Héctor Llaitul / Jorge Arrate WEICHAN

Conversaciones con un weychafe en la prisión política

Colección Ensayo





(TAPA Y CONTRATAPA)

WEICHAN

Conversaciones con un weychafe en la prisión política

Weichan, conversaciones con un weychafe en la prisión política es el resultado de numerosos viajes de Jorge Arrate a la cárcel de Angol para encontrarse con Héctor Llaitul y otros mapuches encerrados en los presidios chilenos; surge de decenas de horas de conversaciones entre mundos diversos.

"Recorrí el sur, milité, hice campaña, y vi el pueblo mapuche, pero ahora entiendo que lo que vi no lo comprendí". Esa fue la forma en que se presentó don Jorge Arrate. Nos dijo que "ver no es suficiente para entender".

Víctor Salazar, Revista Punto Final

Creo que este libro no va a resolver inmediatamente esta cuestión, pero es un puntapié inicial. Los medios de comunicación no nos dan tribuna, porque están al servicio del poder que enfrentamos. Pensamos que hacer este libro nos permitirá tener un espacio para decir algunas cosas en relación a nuestra situación, a nuestras esperanzas, a los trasfondos de nuestra lucha.

No soy un terrorista, como dice el Estado chileno; no soy la representación del terrorista étnico que buscan, soy un dirigente mapuche, parte de un pueblo. Esperamos que la gente que tome en sus manos este libro no lo haga intentando 'comprender', sino que le sirva para reflexionar, para debatir''.

Héctor Llaitul Carrillanca (Cárcel de Angol)

"No soy historiador, ni antropólogo, ni sociólogo, ni jurista especializado en derechos humanos. Carezco de una condición académica que respalde una tesis sobre la materia. Desde mi personal punto de vista, estas páginas aspiran a ser, sin un falso afán de modestia, un aporte para dar más visibilidad a la causa mapuche que, sistemáticamente, se oculta o se deforma.

La voz principal que emerge de estas páginas, en primera persona, es la del dirigente mapuche que más veces ha estado encarcelado, que ha sido condenado a la más alta pena aplicada hasta ahora por la justicia chilena a un luchador por los derechos de su pueblo y que ha sumado cerca de ocho meses de huelga de hambre efectiva en cuarenta y tres años de vida".

Jorge Arrate

"Se concuerde o no con lo que piensa y hace Héctor Llaitul Carrillanca, hay dos cuestiones para mí muy significativas", dice Jorge Arrate, "y que no pueden ser olvidadas: una, la saña con que se le ha perseguido, hasta el punto de someterlo a un proceso y condena que debieran avergonzar a las instituciones del Estado de Chile. Dos, la forma como Llaitul ha enfrentado su destino, con un orgullo y una dignidad que sólo pueden generar respeto por él y por su pueblo".

WEICHAN

Conversaciones con un weychafe en la prisión política

Héctor Llaitul / Jorge Arrate

CEIBO Ediciones Santiago de Chile, 2012

©Héctor Llaitul / Jorge Arrate

1º edición, octubre 2012 Ceibo Ediciones
Teléfono: (02) 285 1475 www.ceiboproducciones.cl
Fotografía de Portada: Víctor Salazar, Punto Final.
Diseño y diagramación: Eugenia Prado B. Edición: Dauno Tótoro Taulis
2012, Santiago-Chile
I.S.B.N. 978-956-9071-19-5
Impreso por Productora ANDROS Ltda.

Escaneado y digitalizado como un aporte de revolucionarios al conocimiento de los pueblos. Descarga gratuita.

Textos como estas conversaciones entre Héctor Llaitul Carrillanca y Jorge Arrate obligan al lector a reconocer el eufemismo al que nos acostumbran los discursos imperantes. Sean estos oficiales, disidentes, progresistas o conservadores. Todas, formas retóricas para no quedar mal con nadie, o no tanto.

El justo medio, el pragmatismo, la medida de lo posible, la concertación, el realismo político, los acuerdos transversales, la tolerancia y el consenso *ex-postfacto* son harinas de un mismo costal.

Es de este modo que se escribe la historia oficial, se sacraliza el Contubernio y se criminaliza el pensamiento y el acto divergente. Es a lo que nos hacen llamar democracia y estado de derecho.

Con el lenguaje así amañado se hace posible blindar una Constitución ilegítima, unas fronteras antojadizas, unas instituciones reprochables, una coerción implacable y una nación sin más pueblos que el promedio. No somos sino estadística sin margen de error. Hasta que se habla con palabra verdadera, se resquebraja la campana de Gauss y nos escapamos por los bordes, donde habitamos los más.

Pero la responsabilidad no es únicamente de los fabricantes de discursos. Radica también en sus consumidores, pues aunque manifestemos desacuerdo, es habitual vernos en las trincheras de aquellas posiciones que resulten cómodas. Divergentes tan solo.

Es fácil y hasta bien visto militar en las causas nobles. Hay variedad de banderas, camisetas, slogans, chapitas, afiches e himnos. Puede mantenerse la ilusión de nadar contra corriente, pero el flujo nos llevará por la misma ruta.

Entonces, lo que en este libro se discute y plantea resultará incómodo. El diálogo se genera en una cárcel. No se trata de un dato menor. Es la esencia de lo que aquí se plantea. Lo que se ha producido es un Nvtram, un diálogo de contenidos, un arte de la palabra.

Hay dos hablantes. Seguramente habrá múltiples categorías de lectores. Porque interesará al mapuche, por cierto, desencadenando o alimentando debates propios. Y al *winka* (blanco, extranjero, invasor), porque nos enrostra nuestra orfandad de territorio.

Probablemente sea ésta nuestra mayor pérdida, nuestra carencia esencial, la del territorio (me refiero a no saber reconocerlo). Su aparente ausencia nos vuelve etéreos, livianos, insustanciales, desapegados. Todas las luchas nos aparecen desvinculadas.

La lectura ha traído a mi memoria un episodio del cotidiano urbano. Habito un barrio de la zona sur y periférica de la ciudad de Santiago que hasta hace algunos años mantenía un indefinido carácter semirural. Calles de tierra, acequias, potreros y habitantes que mantenían chacras y gallineros a la par de su inexorable y progresiva incorporación al mercado de mano de obra barata en los servicios y comercios de la urbe que los fagocitaba. En menos de dos décadas, el barrio experimentó una transformación radical. Sus amplios terrenos fueron fragmentados para ver surgir innumerables proyectos habitacionales de baja calidad urbanística, convirtiéndose ésta una de las comunas más pobladas de la ciudad, hogar de empleados, funcionarios de baja graduación, profesionales, maestros y pequeños comerciantes. La mutación no respetó espacios ni costumbres y trajo consigo todos los defectos y pocas de las virtudes de pertenecer a una gran ciudad en una sociedad segmentada. El barrio dejó de ser tal.

Por caprichos u omisiones de ingenieros y mercaderes, un pequeño espacio de un cuarto de cuadra quedó atrapado en el tiempo entre edificios nuevos y ya defectuosos. A aquel baldío de nadie se redujo el hábitat de una vaca sobreviviente, una decena de aves de

corral y la única polvorienta cancha para los partidos de fútbol de los vecinos. Fue conocido como "la plaza". En un rincón de ésta, vecinos y vecinas de mayor edad junto a jóvenes y niños inquietos por nostalgias inverosímiles, inauguraron un huerto comunitario que alcanzó a prometer una primera cosecha de ajíes, tomates, lechugas y rábanos. Una mañana, sin embargo, la huerta amaneció pisoteada, los animales desaparecieron durante la noche, las porterías de palo fueron derrumbadas, el perímetro demarcado por una malla de alambres y el cartel del emprendimiento barrial reemplazado por un anuncio de "propiedad privada" y la notificación del próximo emplazamiento de un centro comercial.

Incrédulos y asombrados, los vecinos fueron reuniéndose junto a la alambrada a la mañana siguiente. Los comentarios derivaron en asamblea de iracundos. Los hortelanos violentados por el estropicio de sus siembras; los peloteros por la desaparición de su semillero de cracks; los almaceneros de barrio por la amenaza de un supermercado; la junta de vecinos por la evidencia de su nula autoridad.

Un discurso llevó al otro, una propuesta a la siguiente, y en menos de dos horas la cerca había sido desmontada, las porterías reparadas, la huerta reconstruida, la vaca (que nadie sabe cómo regresó sola, rumiando por la vereda) reinstalada. Los almaceneros aportaron para el festejo de esa tarde, los estudiantes de los liceos cercanos ofrecieron sus comités de vigilancia y sus barricadas, los dirigentes vecinales organizaron una recolección de firmas. Y cuando alguien preguntó qué harían cuando llegaran a construir el centro comercial, se produjo el silencio.

"Vecinos", alzó la mano una señora a la que todos siempre vimos de delantal, "si dejamos que descargue el primer camión betonero, cagamos". La decisión fue unánime: se prohibió el acceso a los vehículos de la inmobiliaria, cueste lo que cueste y haya que hacer lo que haya que hacer. De pronto, el baldío de mil quinientos metros cuadrados de superficie había dejado de ser tierra de nadie y se había convertido en santuario, corazón de un recién descubierto territorio.

La reconstrucción territorial puede hacerse desde adentro hacia fuera, o desde afuera hacia adentro, dependiendo del modo en que lo reconozcamos y de la antigüedad de nuestra memoria. Cualquiera sea el camino, hacia adentro o hacia fuera, éste exigirá un proceso de recuperación y mecanismos de control.

Cuando se deja pasar al primer camión betonero, se permite que se alcen los muros de concreto presidiario.

Weichan es congregación y autoconvocatoria; la reunión de un todo para la resistencia. Este libro se conversa en la cárcel y rompe la cárcel, la desborda.

Dauno Tótoro Taulis Santiago de Chile, octubre de 2012.

Reconocimientos

Conocí a Héctor Llaitul en septiembre de 2009. Algunos meses después le propuse la idea de este libro. Él reflexionó un tiempo y luego aceptó. Agradezco ese acto de confianza de su parte.

Me sumergí entonces en lecturas y variadas conversaciones que me revelaron la mayúscula dimensión de mi desconocimiento sobre la historia y cultura mapuches. El hecho me impulsó aun más a adentrarme en el tema. Pero aunque haya leído con urgencia y escuchado con atención, lo que he podido aprender me deja todavía muy lejos del nivel de entendimiento que quisiera. Por eso he sentido este proyecto como una tarea aventurada. No obstante, he asumido el riesgo y perseverado en el empeño. Me alegro de haberlo hecho. El libro se constituyó en un desafío y he llegado a sentirlo como otra expresión de mi compromiso con las ideas centrales que he sustentado por decenios.

Mi perspectiva ha sido muy básica: la de un ciudadano chileno que no es especialista en el tema y que entiende que nunca le fue apropiadamente expuesta la problemática que enfrenta Chile en relación a sus habitantes originarios, particularmente los mapuches, ni por su familia, ni por el sistema escolar o su entorno político. Por mi condición de persona de izquierda nunca fui indiferente a sus batallas, si bien sólo ahora me hago algunas de las preguntas básicas: ¿qué es la justicia en el conflicto mapuche? ¿Cómo se solidariza efectivamente con las demandas mapuches? ¿Cuáles son realmente? ¿Qué piensan ellos sobre su propio destino?

En este tiempo conocí personas y accedí a nuevas visiones. Entendí o creí entender hechos y procesos que no conocía bien. Me estremecieron los poemas de Puerto Tralk de Jaime Huenun, leí atento el mensaje que enviara Elicura Chihuailaf en *Recado confidencial a los chilenos*, valoré la señal de Huilcamán cuando, hace ya unos años, llegó en su cabalgadura a anunciar su postulación presidencial, y me hizo meditar el fuerte requerimiento lanzado por historiadores mapuches en *Escucha*, *Winka*. Estas y otras obras recientes han logrado al menos perforar la invisibilización de la causa mapuche en nuestra sociedad. Ojalá que la palabra de Llaitul aquí recogida contribuya al mismo propósito. Los chilenos debemos conocer un tema que los circuitos tradicionales de poder han querido ocultar precisamente por su enorme significado.

No soy historiador, ni antropólogo, ni sociólogo, ni jurista especializado en derechos humanos. Carezco de una condición académica que respalde una tesis sobre la materia. Desde mi personal punto de vista, estas páginas aspiran a ser, sin un falso afán de modestia, un aporte a dar más visibilidad a la causa mapuche, que sistemáticamente se oculta o se deforma. Si en mi contribución a este objetivo incurro en faltas, me disculpo por anticipado.

Soy sólo uno de los autores de este libro. La voz principal que emerge en estas páginas, en primera persona, es la del dirigente mapuche que más veces ha estado encarcelado, que ha sido condenado a la más alta pena aplicada hasta ahora por la justicia chilena a un luchador por los derechos de su pueblo y que ha sumado cerca de ocho meses de huelga de hambre efectiva en cuarenta y tres años de vida. Se concuerde o no con lo que piensa y hace Héctor Llaitul Carrillanca, hay dos cuestiones, para mí muy significativas, que no pueden ser olvidadas: una, la saña con que se le ha perseguido, hasta el punto de someterlo a un proceso y condena que deberían avergonzar a las instituciones del Estado de Chile. Dos, la forma como Llaitul ha enfrentado su destino, con un orgullo y una dignidad que sólo pueden generar respeto por él y su pueblo.

Los textos del libro en los que habla Llaitul fueron elaborados, en buena parte, sobre la base de las notas que tomé durante nuestros diálogos. Preferí este método y renuncié a la tecnología del registro para así evitar la necesidad de permisos especiales de Gendarmería (institución encargada de la administración carcelaria) y también para no generar los efectos que habitualmente produce la presencia de una grabadora en una conversación. Contrasté y complementé estos materiales con numerosas entrevistas a Llaitul publicadas en medios escritos chilenos y extranjeros. Además Llaitul contribuyó con textos escritos directamente por él que yo incorporé al texto según mi criterio. Héctor fue conociendo los avances en todo el proceso de este libro, y observó y comentó abundantemente los borradores, tanto cuanto le pareció necesario. Aquellos textos en que soy yo la primera persona –pequeñas crónicas, diálogos con terceros que opinan acerca de Llaitul, o breves reflexiones- y que se distinguen a la vista por estar diagramados de modo tal que los párrafos aparecen más anchos en la página, si bien se enriquecieron a través de mis intercambios con Llaitul, son de mi exclusiva responsabilidad. Por su parte, los textos que corresponden a la voz de Héctor Llaitul aparecen en el libro con un margen mayor, constituyéndose en párrafos más angostos y centrados. En aquellos fragmentos que recogen conversaciones mías con terceros, se trata de un relato de mi autoría sobre ese diálogo. No hubo grabaciones y por tanto no hay transcripciones. Las comillas representan un recurso para dar más orden a la lectura y no necesariamente literalidad.

Cuando habla Llaitul se han mantenido los términos en mapudungun, mientras en aquellos fragmentos en que hablo yo esas palabras han sido, por así decirlo, "castellanizadas". Por ejemplo, "mapuche" (el plural en mapudungun) y "mapuches" (en español). En todo caso, la profesora Clara Antinao Varas ha revisado el uso del mapudungun en los textos en que habla Héctor y ha elaborado un glosario que está al final del libro.

El libro no lleva notas, para dejar fluir más fácilmente su lectura. Sin embargo se ha beneficiado de obras escritas o filmadas por muchos autores e investigadores. Es imposible nombrarlos a todos pero, en lo que a mi respecta, quisiera decir lo mucho que he apreciado las obras de los historiadores Sergio Caniuqueo, Martín Correa, Alvaro Jara, Leonardo León, Rodrigo Levil, Pablo Mariman, José Millalén, Raúl Molina, Fernando Pairican, Jorge Pinto Rodríguez, Carlos Ruíz Rodríguez, Augusto Samaniego, Olga Ulianova, entre otros. Del mismo modo, me ha resultado apasionante la lectura de trabajos de los antropólogos y cientistas sociales José Bengoa, Guillaume Boceara, Rolf Forster, Alejandro Lipschutz, Sonia Montesino, Bernardo Subercaseaux y de juristas y trabajadores sociales como José Aylwin, Alberto Espinoza, Eduardo Mella Seguel, Myrna Villegas y Nancy Yáñez, o el trabajo de comunicadores como Ítalo Retamal, Lucía Sepúlveda, Malú Sierra, Dauno Tótoro y Elena Varela.

Pamela Pessoa, esposa de Héctor Llaitul, escribió un valioso testimonio y, además, junto a Luis Carreño Viluñir y Guacolda Chicagual fue una importante colaboradora en la ejecución práctica y edición de este texto y mantuvo ininterrumpida la comunicación entre Héctor Llaitul y yo. Rocío Alorda realizó tareas de investigación periodística y edición y formuló sugerencias valiosas. El historiador Fernando Pairicán me orientó en mis lecturas iniciales y generosamente puso algunos de sus materiales a mi disposición. Manuel Cabieses, director de la revista Punto Final, facilitó el archivo fotográfico de la revista. Diamela Eltit me entregó sus opiniones sobre algunos fragmentos, fue compañera de viajes a Angol y estimuló constantemente mi trabajo.

Seguramente nadie podría haber acogido este libro con el compromiso, cariño y entusiasmo que han demostrado Eugenia Prado y Dauno Tótoro de la editorial CEIBO, que se ha hecho cargo de la edición, lanzamiento y distribución.

Este libro no ha contado en ninguna de las etapas de su ejecución con algún tipo de financiamiento o subsidio, privado o público.

Para mí ha sido honroso compartir inolvidables jornadas de diálogo, en varias cárceles de Chile, con Ramón Llanquileo, Jonathan Huillical, José Huenuche y, especialmente, con Héctor Llaitul.

Jorge Arrate Santiago de Chile, octubre de 2012.

Introducción: grandes esperanzas en el día de la noche más larga

Las fuerzas del Universo se renuevan hoy, el día en que la noche alcanza su mayor duración. Ha ido gradualmente arrinconando al día y, cuando logra su máximo predominio, el día se tomará paulatina revancha, gracias al impulso cíclico del sol con su calor y su luz. Es el We Trupantu o Wiñoy Trupantu, la nueva salida del sol, fin y principio al mismo tiempo, que los mapuches celebran como el amanecer de un nuevo año. Realizan una ceremonia ancestral: un día completo de fiesta, diálogo, plegaria, canto y juego, que comienza la tarde anterior y dura toda la noche, hasta el amanecer en que las madres bañan a sus hijos en las aguas de las vertientes.

No estamos, sin embargo, a orillas de un río ni de un lago. Estamos en la cárcel de Angol, en un lugar amplio que parece ser un gimnasio y en que los presos mapuches celebran la renovación de la vida junto a familiares y amigos que han llegado desde distintos puntos del territorio. En este momento hay doce presos, entre ellos, Héctor Llaitul. Los más nuevos, recién ingresados hace unas semanas, son los hermanos Erik y Rodrigo Montoya, del lof Chequenco. Tienen 20 y 19 años respectivamente; uno de ellos llegó herido con varios perdigonazos en el cuerpo, pero ya está recuperado.

Alrededor del gimnasio, afirmados en los muros, hay sillas, bancas, mesas y mesones. Cada preso ocupa un espacio preestablecido, con su familia y amigos que han llegado cargados de bolsas y paquetes con alimentos. Las mujeres están vestidas con sus trajes y joyas y los hombres —en su mayoría— llevan un cintillo en la frente. La machi Millaray, de la zona de Pilmaiquén, en la región huilliche, está aquí. Los lonkos lucen las mantas características de lana gruesa, para protegerse del frío que, en estos días, ha hecho de las suyas.

Todos los presentes, unos cientos de personas, incluidos los pocos winkas que participamos, hemos sido sellados a la altura de la muñeca derecha, con sello de goma y una tinta que se supone no se desvanecerá, por los menos por algunas horas, para más tarde facilitar a Gendarmería el control de salida.

De a poco se inicia la comida. Hay sopaipillas, ensaladas, el tradicional merkén; más tarde habrá vacuno y pollo asado.

Pasado el mediodía, Ramón Llanquileo, que este año está a cargo de la ceremonia, me ofrece cerdo cuidadosamente asado y me trae una porción desde su mesa. Junto a Diamela, mi mujer, estoy sentado en la mesa de Llaitul. Ahí se encuentra su madre, su mujer, Pamela Pessoa y sus cinco hijos. Llaitul recibe efusivos saludos y a ratos circula entre las mesas.

Me ofrecen mudai sin alcohol. Está exquisito.

Entre los asistentes hay numerosos jóvenes y niños. La gran mayoría son habitantes de comunidades. Han venido junto a sus padres, desde Chiloé, Maihue, Carimallín, San Juan de la Costa, Loloco, Lof Chequenco, Temucuicui, Traiguén, Temulemu, Pantano, Lleu Lleu y otros lugares.

La vida de los niños mapuches está llena de desafíos y motivaciones, pero es una vida dura, arriesgada, siempre bajo amenaza. Pienso en cómo sentirán los hijos de Llaitul la persecución a su padre, cómo habrán asumido, desde pequeños, que son vigilados o, como los hijos mayores de Llaitul, arrestados por colocar carteles alusivos al juicio contra Héctor. ¿Qué pensarán y sentirán los más pequeños cuando su casa en una

comunidad es allanada con la violencia que habitualmente aplica la policía chilena a las comunidades mapuches?

Como los hijos de Llaitul hay muchos, pienso. Desde ya, todos los que están aquí, en la festividad del We Trupantu. Veo, unos metros más allá, al lonko Millacheo, de la comunidad Newen Mapu José Millacheo Levio, de Chequenco, cuyos hijos, José y Luis Millacheo Nanco están presos en la cárcel de Angol. Hace un tiempo, su hija de quince años, Cristina Millaqueo, fue sacada a la fuerza a primera hora de la mañana del internado de Collipulli y detenida por la policía, en medio de la defensa de sus compañeras. Entre ellas se hallaba otra joven, Bania Queipul, hija del lonko de la comunidad autónoma Temocuicui, Víctor Queipul, muchacha que con anterioridad había sufrido la misma vejación. El lonko Millacheo estuvo más de año y medio en prisión preventiva, sin ser juzgado y en 2004, fue declarado sin culpa.

Los niños corren y juegan. Una pequeña se coloca frente a la banca en que estamos Diamela y yo e inicia un juego de signos y morisquetas que me divierte. Niños, como los niños de todas partes. Pero estos han crecido conociendo directamente el racismo y la represión, que los ha afectado directamente. Son muchos los episodios, muchos los niños heridos y maltratados. En los días que repaso estas líneas, la televisión exhibe fotos de niños sangrando de sus cabezas, sus estómagos, sus piernas, víctimas de perdigones de Carabineros.

Se violan, sin duda, los derechos humanos del pueblo nación mapuche y en particular los derechos humanos de los niños. Las autoridades quieren disipar estos hechos con la palabrería que encubre la criminalización de las demandas mapuche, tras disfraces jurídicos. Las leyes que afectan en particular a los mapuches han sido hechas en la República de Chile, con pocas excepciones, para legitimar la ocupación de sus tierras, las compras falsas, los despojos, los juicios inicuos. Hoy una alta autoridad regional ha culpado a los padres de los niños de las heridas que han recibido. Al atentado suman la saña y la ofensa. Por eso Gabriela Mistral escribió con amargura: "Los españoles, vencidos y echados, han debido reírse de buena gana muchas veces de cómo el criollo americano, en todas partes, continuó el aniquilamiento del aborigen con una felonía redonda que toma el contorno del perfecto matricidio".

La ceremonia comienza tarde, a eso del mediodía y se extiende prácticamente hasta el término reglamentario de la visita, o sea, las 16 horas. La dirige Ramón Llanquileo; hay rogativas, cultrunes, trutrucas y pifilcas; se bebe líquido y se comen alimentos en ese colectivo que forma un anillo en torno al rewe, al árbol cósmico de la vida, en cuyo centro se yergue una rama verde. Termina el tiempo en que las hojas abandonan el ramaje de la mayoría de las plantas y se inicia un nuevo ciclo. A eso está destinado el rito: a la renovación de las fuerzas del Universo.

Héctor Llaitul participa de un baile rítmico alrededor del rewe, al que nos vamos incorporando todos. Él está junto a su madre. Ha conversado con todos pero la mayor parte del tiempo está junto a ella, a su mujer Pamela, o abrazado a sus hijos. Se le ve entero, en buen estado físico.

Al lado mío, el cacique de Cuinco, lonko Luis Pailapichun, conversa sobre la reciente operación de vesícula de Héctor. Seguramente, dice, el trato recibido, las huelgas de hambre, la tensión de los traslados al hospital en medio de grandes movilizaciones de efectivos policiales y de Gendarmería, contribuyeron a enfermarlo. Pailapichun estuvo en primera fila en la solidaridad con los presos en huelga de hambre y ha impulsado acciones de recuperación de tierras en su territorio, en las cercanías de Osorno.

Pregunto por Erwin Aguas, de San Juan de la Costa. Quiero saber de sus actividades en la región huilliche y de las relaciones que mantienen las organizaciones huilliches con Llaitul. Me dicen que está ahí, pero no lo conozco y es una oportunidad que será difícil

que se repita. Finalmente lo encuentro. Le pregunto si tiene un minuto y me siento a su lado. La conversación se prolonga mientras un grupo de jóvenes, entre ellos los hermanos Montoya, baila una danza que representa al ñandú que procura la conquista de la hembra. Los instrumentos resuenan con sus sonidos característicos. Los niños siguen corriendo y descargando su incansable impulso lúdico. Algunos, dentro de un lustro, serán adultos jóvenes, otros, dentro de diez años. Me pregunto: ¿habrá que visitarlos en la cárcel, como a sus padres hoy?

Alguien convoca a formar el círculo nuevamente. Cada uno de los lonkos y werkenes abrirá la ronda de diálogo, que siempre encabeza Llanquileo. Hay allí hombres, mujeres, jóvenes de distintos puntos cardinales del mundo mapuche, hay profesionales universitarios, estudiantes, mujeres obreras, campesinos. No es fácil distinguir entre ellos. Hay un espíritu comunitario que no tiene que ver con grados de ilustración o jerarquía, que reina sin contrapeso y hay un respeto recíproco. No es una visión romántica. Las relaciones entre los mapuches me parecen muy democráticas, hijas de la tradición comunitaria, de la cultura que no hace de la acumulación de riqueza su leitmotiv. Los oradores son enérgicos, hablan de su lucha, de la continuidad de esa lucha, hablan de la tierra, especialmente de la tierra.

Ellos me han dicho que cada mapuche es parte de una cadena y que esa cadena no la componen sólo los humanos sino también los ríos, las montañas, los árboles, los animales, que también tienen lenguaje. Explican que las sociedades occidentales se han constituido sobre la base de la relación de causa efecto y del tiempo lineal. Todo, incluso dios, se ha racionalizado y el hombre se ha puesto como centro. La filosofía mapuche se contrapone a la que inspira la actual sociedad occidental. No acepta esa pragmática, me dicen, me repiten. Y el tiempo no es lineal, es circular, es un tiempo en espiral.

El lonko Nahuelpi ha dado un paso adelante y hace uso de la palabra. He leído que hace poco tiempo debió participar de una ceremonia con un Ministro y el Intendente en que, luego de quince años de lucha, el gobierno restituyó tierras del fundo Chihuaihue a comunidades de Traiguén. Estuvo allí presente Aniceto Norín, lonko condenado a cinco años de prisión por haber luchado por esos territorios. Nahulepi me ha dicho hace unos minutos que esos logros han sido fruto de la lucha, de la resistencia, de la recuperación de tierras como objetivo. Me ha dado la impresión de un lonko muy informado de la política, con juicios precisos, comprometido con la línea mantenida firmemente de demandar reconocimiento de sus derechos para el pueblo mapuche.

Cada uno, cuando resuelve hablar o es invitado a hacerlo, da un paso al frente. Los presos se presentan. Los jóvenes Montoya lo hacen sin timidez, con gran apostura. Hay una muy larga tradición de conversación, discurso y arenga en el pueblo mapuche. Cada uno despliega sus dotes de comunicación ante la respetuosa escucha de sus hermanos. Una de las últimas en hablar es la machi Millaray. Tiene 22 años y una oratoria impactante. ¡Marichiweu! Llaitul cierra con una palabra serena, clara, casi pedagógica, recia en el contenido.

El mapuche habla con la cabeza y con el corazón, me ha dicho uno de mis interlocutores. Y escucha atentamente a los antiguos, porque ellos no solo trasmiten palabras sino que en ellas hay sabiduría, se sintetizan siglos de cultura. De generación en generación, la cultura mapuche se ha reproducido y ha superado guerras, invasiones territoriales e ideológicas, gracias a la fuerza de la palabra y al cultivo cotidiano de la memoria. Termina la festividad del We Trupantu en la cárcel de Angol. Es 23 de junio de 2012, el solsticio de invierno, el día más breve del año. Hubo fiesta, rogativa, concejo, bailes, cantos, juegos. No hubo palín, el juego ancestral que requiere territorio, ni hubo fogón en la noche anterior. Pero no importa. El tiempo es circular, ¿no? Ya habrá fogón y

amanecer. Los niños que jugaban serán mujeres y hombres e intervendrán en un punto de ese tiempo en espiral, que será fin y principio. Un nuevo principio que renovará las grandes esperanzas en el día de la noche más larga.

Comienzo este libro con este breve relato sobre un episodio ocurrido en los días de su escritura final. Creo que no es extraño. Muchas veces las introducciones se escriben al terminar, aunque generalmente no se dice así, tan brutalmente.

Para nuestra cultura, en los libros es posible escapar de la linealidad que se nos ha impuesto. ¿Por qué no en la vida?

Weftupe pu weychafe – el renacer de los guerreros

Los weychafe no son muchos. Pero las machi dicen que no serán necesarios muchos más. No estamos organizando una guerra en el sentido común y corriente de esa palabra, o con la perspectiva convencional occidental. La nuestra es también una confrontación cultural y espiritual. Es una contienda que tiene momentos y espacios diversos y cambiantes. Y la vamos a ganar. Por eso nuestro grito de guerra es Wewaiñ.

Nuestra pretensión no es constituir un ejército para que se vaya a la montaña. Nuestra lucha es de una integralidad profunda. El weychafe que reaparece con fuerza es, en las actuales circunstancias, antes que nada un luchador social, un trasmisor de ideas, un militante; en pocas palabras, un dirigente apto para valerse de diversas formas de luchar. El weychafe es un personaje que surge de la historia mapuche, de nuestra lucha eminentemente política y de reafirmación de lo propio. Por eso un weychafe debe ser, expresión de la convicción plasmada en la formación y en el compromiso con su pueblo: porque el establecimiento del weychan es la resistencia y la reconstrucción nacional mapuche.

En mi caso, soy el producto de un encuentro de influencias. Por una parte, tengo experiencia como militante revolucionario, soy lo que la izquierda acostumbra llamar un *cuadro*. Fui formado en la preeminencia de las miradas y propósitos colectivos, en la utopía del hombre nuevo. Por otra, soy parte del proceso que he señalado: el regreso del weychafe. Cumplo un rol político e histórico-cultural en el contexto de la lucha de mi pueblo, de la nación mapuche.

Ramón Llanquileo, aquí a mi lado, es un weychafe reconocido. Él es un wünen, es decir, un jefe de comunidad, un organizador, un líder al interior de su comunidad. En lo que a mí respecta, me auto convoco como weychafe y también como longko en lo relativo a mi organización.

Nos expresamos a través de nuestras acciones, que pueden ser de confrontación, simbólicas o rituales. Y desde este lugar, como usted sabe, nos corresponde seguir participando en la lucha. En el debate, con nuestras actitudes, siempre ligados a la resistencia de nuestro pueblo. Incluso desde aquí, desde la prisión política.

En 1586, el Gobernador de Chile Alonso de Sotomayor, definió a Angol como una "frontera" y usó, para subrayar lo que decía, una expresión que hoy resulta extraña: la ciudad "que más en medio de los enemigos ha estado", escribió.

Trato de recordar cuándo estuve allí por primera vez y no logro precisarlo. Pienso que fue en una elección interna del Partido Socialista, hace ya más de veinte años, poco después del plebiscito de 1988, cuando la dictadura estaba próxima a su fin. Camino por el centro de Angol. Hay muchas farmacias, como en todo Chile. Las tres grandes cadenas, acusadas a menudo de colusión y de enriquecerse con la salud de las chilenas y chilenos, se aparecen por todas partes, bastante cercanas entre sí, en ese perímetro pequeño que es el corazón de la ciudad. Pero, más alejada, una farmacia familiar subsiste y muy bien. Eso me dicen y me alegra. Es una antigua farmacia que vende más barato y que no obedece al proceso de concentración económica.

El signo de la ciudad es su obstinación por existir. Fue fundada o refundada siete veces, tras su destrucción por los ataques mapuches o por el abandono de sus habitantes extenuados por una guerra que no cesaba. Así lo registra la historia oficial.

Sin embargo, un dirigente mapuche me comentó alguna vez: "no fueron siete, fueron catorce". "Catorce", me repitió, "catorce". Bebíamos café en una pastelería y hablábamos de los presos políticos. Yo recién lo conocía. Según él, eran catorce las ocasiones en que la ciudad había sido destruida y reconstruida...

Cualquiera sea la verdad, es probable que pocas localidades chilenas o latinoamericanas hayan sido levantadas tantas veces. Angol acarrea una rúbrica indiscutible: haber surgido como un emplazamiento militar en tiempos de guerra y seguir siéndolo por muchos años, a lo largo de ciclos azarosos de destrucción y resurgimiento. El designio no cede ante nada y, refundación tras refundación, ahí está Angol, si no igual á sus pasadas vidas, parecida, aunque el tiempo transcurra, marcado a sangre y fuego por la empecinada decisión de sobrevivir.

¿Codicia de conquistadores y colonizadores? ¿Orgullo de los que nacieron en la ciudad o sus alrededores, generación tras generación, ¡hasta que para sus hijos fuera natural vivir y crecer allí? No cabe duda que el primer factor fue decisivo, pero no hay que ignorar el segundo. Punta de lanza en pleno territorio mapuche al sur del Bío Bío, Angol se ubica entre las aguas del Renaico y la cordillera de Nahuelbuta, sitio de encuentro de los ríos Malleco y Huequén. Sus colinas y llanuras generosas son distintivas de aquella parte de la Araucanía, una de las más fértiles y disputadas, zona centenaria de malocas e intercambios y de indios explotados, de indias prisioneras y mujeres españolas cautivas, todas madres del mestizaje.

La plaza de Angol recuerda sus renacimientos y lleva el nombre de Plaza de las Siete Fundaciones. Allí, o cerca de allí, por orden de Pedro de Valdivia —primer Gobernador de Chile—, Francisco Gutiérrez Altamirano fundó Angol el 24 de octubre de 1553, doce años después de la fundación de Santiago, la capital del inexplorado territorio. Valdivia llegó a Angol cuando ya se sentía un "señor" —como él mismo se declarara al serle exhibido el primer oro de las minas de Quilacoya—, orgulloso y satisfecho ante su propio logro. Ya era hora, se dijo, de ganar aquellas tierras particularmente bravías al sur de Concepción.

Encabezó entonces una expedición en busca de oro y plata y de nuevos contingentes humanos que pudieran ser sometidos a trabajo forzado para incrementar aún más la riqueza propia y la de sus compañeros de conquista. Angol, recién fundado, apenas campamento con ambición de aldea, riesgosa promesa de una urbe enclavada en pleno corazón del más rebelde de los territorios, se esfumaría unos meses después para convertirse en escombros, luego que a unos kilómetros de allí tuviera lugar el histórico

"desastre" de Tucapel y la muerte de Valdivia y de todos los españoles que lo acompañaban.

La historia oficial lo ha llamado así, "desastre", en una de aquellas torsiones del sentido de los acontecimientos que consagran los libros referidos a la conquista. Las niñas y niños chilenos crecen en el cultivo escolar de las míticas figuras mapuche que heroicamente se opusieron al avance del conquistador español, pero cuando esos héroes triunfan en el campo de batalla, el resultado se bautiza como "desastre". Efectivamente, Tucapel será un desastre para el conquistador, un triunfo magnífico para el indio.

Camino ahora por ese territorio. Salgo desde mi pequeño hotel ubicado en la amplia avenida que conecta el centro de Angol con Huequén, rumbo a la cárcel. No me es desconocida. Antes he estado dos veces en ese recinto penitenciario situado en una larga y ancha arteria bordeada en uno de sus costados por modestas casas de baja altura. Al frente, tras un muro, comienza a emerger otro conjunto de viviendas. Es la calle Los Confines, una vía relativamente apartada que sigue al río casi en paralelo.

El penal ocupa con sus construcciones un amplio terreno. Son instalaciones relativamente recientes, más espaciosas de lo que uno pudiera imaginar, con muros exteriores donde prima un color amarillo mostaza y, naturalmente, muchas rejas, más altas, más bajas, más fuertes. La primera ocasión en que estuve allí fue en 2009, durante la elección presidencial de ese año. Junto a compañeros de la campaña en Temuco visitamos a la dirigente social mapuche Mireya Figueroa, prisionera que había eludido por siete años una orden de captura despachada en su contra, en virtud de la Ley Antiterrorista. La segunda, al año siguiente, para visitar a los procesados por el caso del supuesto ataque al Fiscal Elgueta, entre ellos Héctor Llaitul, quienes realizaban la tercera prolongada huelga de hambre durante el transcurso del juicio. Mireya estaba afectada por un cáncer avanzado. Logramos que fuera trasladada a un hospital de Santiago donde estuvo bajo vigilancia permanente de Gendarmería. Fue sobreseída, salió en libertad y un día llegó al comando de nuestra candidatura a expresar su adhesión, vestida con todos sus paramentos y joyas hermosísimas, y habló a la prensa. Su esfuerzo físico y anímico fue impresionante. Murió tiempo más tarde.

Sigo mi caminata hacia la cárcel. Paso ante almacenes que no llaman la atención, atiborrados de carteles multicolores que promocionan helados, chocolates y goma de mascar y muchos otros productos pequeños de consumo corriente. Diminutos bazares con ese inconfundible estilo provinciano del sur chileno, carente de rebuscamiento, simple, un estilo donde prima la necesidad. Siento el olor a leña que invade el valle. Los aromos asoman aquí y allá, amarillos. No digo cualquier amarillo, un amarillo brillante. El clima oscila entre la lluvia y el sol.

Cuando regrese al atardecer, desde la cárcel a mi habitación, la temperatura habrá bajado muchísimos grados y reinará el frío.

Es domingo. Es 11 de septiembre.

El 11 de septiembre del 2011.

La expresión más alta del weychafe

La mayoría de los weychafe proviene de comunidades, se forma en la resistencia a pedradas y practica las acciones de defensa de sus comunidades. Los weychafe vienen de ahí, en su mayoría libres de todo paternalismo, incluso de aquel que con buena intención se propone *ayudarnos*. Ha habido también un aporte de

gente adiestrada en la educación formal, pero lo principal es la fuerza que emerge de nuestras comunidades, donde los ancianos tienen como tarea prioritaria la formación de los jóvenes. Es por eso que la mayoría de nuestros weychafe trae un fuerte ascendiente cultural y místico mapuche.

Los hogares mapuche y algunos grupos culturales también han contribuido a la formación. Otras instancias para forjar experiencia fueron las organizaciones políticas de izquierda. Pero, debemos dejarlo claro, hubo mapuche que se han formado en Cuba y no sienten el llamado de la madre tierra, por tanto no están cumpliendo con este rol, porque se requiere más que formación, se necesita convicción, esperanza y una unión con lo antiguo, con lo bueno y justo de antaño.

¿La idea del weychafe? ¿Me pregunta cómo se origina la idea del weychafe? Está asociada a la cosmovisión mapuche y a la resistencia de nuestros antiguos. En la cosmovisión, los roles no son una opción, sino que corresponden. Proceden de un fenómeno espiritual, ¿comprende? De la memoria histórica de nuestro pueblo rescatamos el kiñe rupü; el camino, es decir, la línea que guiaba a nuestros antiguos weychafe, principalmente de aquellos que lucharon contra la corona española. Ellos se ordenaron de acuerdo a preceptos militares que devienen del Ad Mapu, o sea las normas, valores y principios que regulan a los mapuche en relación a los espacios territoriales, la naturaleza y su comprensión. Posteriormente, la Guerra de Arauco desatada por la República de Chile contra nuestro pueblo en el siglo XIX, apuntó a liquidar al mapuche. Generó desequilibrios insoportables. La usurpación y el reduccionismo privaron al mapuche de su relación sagrada con el entorno natural, con su entorno natural. No dispuso más de los cerros, el agua comenzó a escasear, la tierra se convirtió en campos yermos y sin vitalidad, los espacios sagrados dejaron de existir, se desatendieron los conceptos de reciprocidad y de armonía entre el ser humano y la naturaleza. Fue un proceso paulatino de desestructuración del mundo mapuche. Sin embargo, algunos cumplieron roles que han permitido que los mapuche sigan siendo tales, como los longko, los ngenpin y las machi, una figura esencial. También el curiche, que cuida personas y espacios sagrados, particularmente los de las machi. Y, bueno, el weychafe, entre otros. Combatir el mundo del despojo, la discriminación y la persecución, ese abismo que constituye la sombría perspectiva de la desaparición como pueblo, requiere de nuestras figuras tradicionales, entre ellas el weychafe.

Hoy, el pueblo mapuche vuelve a necesitar del weychafe. Y es difícil serlo, al menos llegar a serlo. Hay que dar saltos cualitativos. Mal que mal, usted sabe, somos hijos de oprimidos y pobres, provenimos mayoritaria-mente de familias mapuche campesinas, empobrecidas, desestructuradas en cuando a nuestro mundo y sus relaciones; carecemos de contactos sociales más allá del modesto entorno nuestro. En las actuales condiciones, llegar a ser weychafe es un camino de sacrificio. Hay que volver a asimilar nuestro pasado y hay que entender el presente. Y en este sentido, es preciso mantenerse fuerte para asumir las vicisitudes de nuestra lucha de liberación. Las actuales condiciones socio políticas son cada vez más complejas y cambiantes y debemos asumir, además, los costos de nuestra lucha.

Entonces, vuelvo a su pregunta: la concepción de weychafe viene del mundo antiguo. No olvide que antes de la llegada de los españoles el pueblo mapuche resistió duramente el avance del imperio Inca sobre sus territorios. Curiñanko, Michimalongko y Curillanca, entre otros, encabezaron aquellas luchas.

Sin embargo, Leftraru será el más grande estratega militar mapuche. Él representa un avance sustancial en el arte mapuche de guerrear. Leftraru desarrolla los principios de la guerra de guerrillas. La funda sobre criterios claves, tales como la rapidez, la movilidad y la sorpresa, que adquieren forma concreta en los asaltos inesperados o en los ataques en oleadas, en la idea de las fuerzas de refresco, en el hostigamiento planificado y en la elección del terreno y en el aprovechamiento de sus ventajas. Con Leftraru se establece una disciplina militar en la resistencia indígena. Se utilizan fortificaciones y adquiere un desarrollo específico el espionaje y la inteligencia militar. En esta materia, Leftraru es un creador, un fundador y un estratega de excelencia.

Leftraru, el halcón veloz, proviene de un linaje militar, funda una nueva generación y crea una estrategia político-militar. Para nosotros, Leftraru es la expresión más alta del weychafe.

"Inche Lautaro, apumbin tapu huinca, y assí decía otras alabanzas de sus hechos: que en nuestra lengua convertidas suenan: Yo soy Lautaro, que acabé con los Españoles; yo soy el que los derroté en Tucapel, y en la cuesta. Yo maté a Valdivia, y a Villagra puse en huida. Yo les maté sus soldados: Yo abrassé la Ciudad de la Concepción".

Relato de Diego de Rosales sobre la arenga de Lautaro a su llegada a Concepción, abandonada por los españoles e incendiada por los mapuche luego de la batalla de Mari-huenu en Historia General de el Reyno de Chile, Imprenta del Mercurio, Valparaíso, 1872, volumen 2, página 19.

El Halcón Veloz

"Elástico y azul fue nuestro padre, Lautaro era una flecha delgada". Así lo describió Neruda. El poema "Educación del cacique" es quizá la expresión más depurada de las configuraciones que se fueron elaborando en torno a la figura de Lautaro hasta convertirla en un personaje auténticamente legendario.

Hablamos de él, de Lautaro, en el patio de la celda de Llaitul. Es un espacio cementado, de cierta amplitud, al aire libre. Permite, por ejemplo, que los visitantes —yo entre ellos—, pateen pelotazos a un arco imaginario que defiende con bastante habilidad el pequeño Pelantaru, hijo menor de Llaitul. Aquel rincón, efectivamente al final de una de las alas del recinto, corresponde al compartimento carcelario compuesto por cuatro celdas que habitan los presos mapuche en la cárcel de Angol: Huenuche, Huillical, Llaitul y Llanquileo. Otros dos, a los que recién conozco, comparten también ese espacio, condenados en juicios anteriores. Son jóvenes, como lo fue Lautaro durante toda su vida: vivió sólo niñez y juventud.

El sol de septiembre golpea con intensidad poco usual. Estamos sentados allí, en el patio. Desplazo mi asiento cada cierto rato, huyendo de esa cálida luz solar a la que Llaitul no le hace el quite. He llevado empanadas ese domingo 11 de septiembre. Empanadas de pino. Resultan ser de muy buen nivel, coincidimos con Llaitul, y se saborean mejor aún con un auténtico merkén que circula entre los presentes. Héctor se lo comenta a Pamela, su esposa, que lo visita junto con la niña Neyen y el niño

Pelantaru, para que registre el dato. Ella también ha traído empanadas y también están buenas, comento, no por hacer un halago sino por decir la estricta verdad. Es un domingo de muy buenas empanadas y, además, familiares y amigos han aportado unas presas de pollo y otras de cerdo. No siempre es domingo, comento, riendo. Efectivamente, durante la semana, antes del mediodía, funcionarios de la cocina de la cárcel, con atuendos blancos, entran a la celda con bandejas individuales de aluminio que dejan sobre la punta de un mesón. Los presos revisan si hay allí algo que quieran utilizar para agregar a la comida que ellos mismos se preparan.

Llaitul habla de Lautaro. Tomo notas y, mientras lo hago, pienso en el "traro veloz", el halcón veloz, nacido tal vez en Trehuaco,; al norte de Concepción, quizá en Carampangue, o cerca de Tima, a lo mejor bastante más al norte —han especulado algunos historia-dores—, en tierras de los promaucaes. Hijo del lonko Curiñancu, el "aguilucho negro", nació probablemente en 1536. Nada es demasiado preciso en su biografía repartida entre la épica de Ercilla en "La Araucana", las versiones de los principales cronistas, los documentos guardados en el Archivo de Indias, los recuentos de los historiadores coloniales y republicanos.

Son puntos de vista de cada uno. En fin, cuando Lautaro alcanzaba la pubertad, habría sido capturado por las huestes de Pedro de Valdivia y convertido en yanacona o, según otros, requerido por el propio Valdivia a su padre Curiñancu para tornarlo sirviente y darle formación. En su texto sobre Lautaro, Vicuña Mackenna, tan manifiestamente expresivo de la mirada del dominador, claramente filiado en la antinomia "civilización o barbarie" propuesta por Sarmiento, postula sin embargo una interpretación más interesante que aquellas del Lautaro-siervo o del Lautaro-aprendiz de Valdivia o del Lautaro-infiltrado. Dice Vicuña Mackenna: "Lautaro no fue de esta manera un doméstico en la casa de Valdivia: fue un cautivo, no fue un lacayo de su corte, fue un prisionero de guerra que seguía su campo militar".

Es imposible saber qué pensaban exactamente los mapuches sobre los españoles; sobre sus extrañas vestimentas, sus cotas, petos y arneses; sus barbas; qué pensaban de sus armas poderosas, mosquetes, arcabuces y cañones; y muy particularmente del tipo de relación que unía a los invasores con esos organismos compactos y de cuatro patas llamados caballos. ¿Eran un solo cuerpo junto al hombre, cuerpo que quizá se dislocaba naturalmente en dos piezas desmontables de un solo módulo vivo? ¿O sólo algunos podían separarse y otros, en cambio, serían siempre un solo cuerpo indivisible? ¿O eran cuerpos claramente diferentes, enteramente segregables, independientes? La figura del jinete fue para los indígenas americanos, en el primer momento, aterradora, misteriosa e indescifrable. Más difícil aún es saber qué pensaba un niño como Lautaro, cuan sorprendido ha de haber estado al incorporarse de súbito, luego de su formación mapuche, a un modo de vida totalmente desconocido, sustentado por seres que se ignoraba de dónde venían y hacia a dónde iban, si permanecerían o no, si continuarían o no llegando. Gente que hablaba otra lengua, una muy distinta a aquella que los habitantes originarios de Chile utilizaban desde Coquimbo hasta Chiloé. Tal vez serían entes cuya presencia poderosa sería posible resistir y quizá hasta expulsarlos de una vez y para siempre, o a lo mejor serían a partir de entonces un factor permanente de la vida, personajes inevitables, una nueva y feroz autoridad sobre la existencia propia y también la de los descendientes de cada uno y todos los mapuche de ahora y siempre.

Lautaro se especializó en el cuidado de los caballos de Valdivia, llegó a conocerlos tan bien como a su señor y le hizo a éste compañía en expediciones y batallas. Dejó de temerlos a ambos, aprendió a distinguir los dos cuerpos, el del hombre y el del equino y se hizo jinete como su captor. A esos años de palafrenero pareciera haberse referido

Neruda siglos más tarde cuando en su poema biográfico recita que Lautaro "estudió para viento huracanado...".

Al mirar hechos del pasado, uno no sabe de buenas a primeras cuánto debe rendirse ante el contexto, es decir, las circunstancias que se vivían cuando esos hechos ocurrieron y el cómo y con qué intensidad condicionaban aquello que se investiga o analiza. Estamos hablando de acontecimientos ocurridos hace cinco siglos. Sin embargo, entonces ya había grados significativos de aceptación o rechazo a los actos inhumanos, degradantes o crueles. En ese primer siglo de conquista emergió, por ejemplo, la corriente que sostenía una mirada más "humana" en relación con el indígena, enfrentada a aquellos que sostenían que se trataba de *seres carentes de alma*.

Los propios cronistas de esos años iniciales distinguían claramente grados de bestialidad o de saña en las acciones guerreras. No se trata de repetir un debate que se dio con intensidad y hondura cuando se cumplió el quinto centenario de la llegada de Colón a América y respecto, del cual cada uno ha de tener su juicio hecho. Pero algunos han recordado con énfasis que en 1550, Valdivia obtuvo resonantes victorias en Andalién y Penco y quiso escarmentar a costa de sus prisioneros recién derrotados, para diseminar así el terror entre los indios e inducir el sometimiento. Los historiadores señalan que el escarmiento fue de una ferocidad inusitada.

En uno u otro momento, seguramente en diversas ocasiones entre su incorporación al servicio de Valdivia y los triunfos españoles —no es posible establecer con certeza cuándo ni dónde—, Lautaro ha de haber sido testigo de las crueles mutilaciones y de la malévola liberación de los baldados para que retornaran a sus comunidades y representaran a su pueblo, con sus propios cuerpos amputados, las infaustas consecuencias —pues ese era el mensaje— que ocasionaría sostener la desobediencia. Es factible que, motivado por estos hechos, posiblemente también por su descubrimiento de la naturaleza meramente humana, por así decirlo, de Valdivia y su gente, cargados de sus particulares defectos, taras y ambiciones, para nada divinos, Lautaro haya resuelto volver a los suyos.

Según un cronista, al hacerlo llevó consigo un objeto de sus antiguos amos, ahora enemigos: la corneta de un maestre de campo de Pedro de Valdivia. Vuelto a su tierra, pareciera haber asombrado a los lonkos con lo que había aprendido. Restablecido allí y junto a su pueblo, introdujo ideas matrices que serían la base de sus contribuciones militares a la lucha de los mapuches. Una, la tradicional noción de ir siempre al frente, corajuda pero desordenadamente, debía ser sustituida por una concepción reflexiva que implicaba regular el uso de la propia fuerza, no desgastarse de una sola vez, trabajar en bloques o grupos que se sucederían uno a otro en la lucha, como marejadas. La otra, establecer el sentido de la retirada, es decir, poner fin a la simplificadora consideración del retroceso como cobardía, para considerarlo como un instrumento más en la conducción de la batalla.

Escucho atento a Llaitul. Desarrolla su planteamiento sobre Lautaro como un discurso ajedrecístico –no sé, por momentos, si me habla de guerra o de política, si es la mirada de von Klausewitz, o de Machiavello, o de un José Raúl Capablanca que ordena sus peones sobre el tablero de ajedrez y abre camino a sus torres y rodea al enemigo con sus caballos—... Quizás la distinción no tiene mucho sentido: la historia mapuche que (aproximadamente) conocemos, es decir, la de los últimos cinco siglos, ha sido todo eso, simultáneamente. Llaitul habla con una admiración recatada, muy pensada. Me parece muy cerebral su mirada sobre el gran weychafe. Anoto mi sensación en mi cuaderno y aprecio el modo en que se pronuncia acerca de su propia historia.

Las partes se rendían recíprocamente honores

Para enfrentar la guerra contra los conquistadores, los fütalmapu se organizaban como consejos, los que a su vez convergían en juntas generales donde se expresaba la cohesión del pueblo mapuche. Se iba de este modo, gradualmente, generando una experiencia político-militar de defensa territorial. Los lof – nuestras comunidades—, se regían y ordenaban independientemente, pero se agrupaban en conjuntos mayores. Los consejos generales definían fuerzas, modos, plazos y estrategias. Allí se escogía al toqui. Fue el caso de Kalfulikan, que no fue el único. Usted sabe, después de la batalla de Tucapel, Leftraru es también elegido toqui.

Pero es preciso aclarar: la historia winka descontextualiza al toqui, lo tergiversa. Porque el toqui encabezaba la guerra por sus condiciones, por sus atributos, más que por su capacidad de ejecutar proezas. Se ha hecho una ridiculización de sus capacidades al asimilarlas puramente a la fuerza bruta. Kalfulikan no fue un toqui sólo por su fuerza física, fue un longko de Pilmaiken, un ñidol longko que asumió como toqui en una guerra defensiva, una guerra de pueblo. Fue elegido toqui para responder a una necesidad histórica, a un desafío estratégico: dar conducción al proceso de resistencia. Hay que valorar que en aquel entonces los longko comprendieron cabalmente esta necesidad orgánica superior.

Después de Kalfulikan surgen muchas figuras hasta llegar a Pelantaru, a fines del siglo XVI, cuando existe ya un verdadero ejército mapuche, con infantería y caballería y gran organización militar. Una organización tan efectiva que logra destruir todos los fuertes españoles establecidos al sur de Concepción, una organización en la que imperaba una idea de orden y mando y en la que existía disciplina. Estos conceptos se consolidaron en el tiempo. Aunque con el paso de los años la tecnología en la guerra se hizo cada vez más desfavorable para las fuerzas mapuche, como cualquiera puede imaginarse, subsistió la idea de combatir disciplinadamente. Lo subrayo: la necesidad de recrear una orgánica superior de lucha es un legado que no podemos soslayar. Después de la batalla de Curalaba transcurren prácticamente doscientos años apaciguamiento. Los enfrentamientos continúan, pero es un tiempo que pudiera caracterizarse como de primacía de la política- que culmina con el parlamento de Negrete. Los factores que marcaron este período fueron el comercio, la religión y la interculturalidad. Por parte nuestra, de los mapuche, hay una suerte de asunción de una inferioridad tecnológica que pienso que fue muy decisiva. No obstante, potencialmente, la guerra como posibilidad continuó en el horizonte. A los parlamentos, tan comunes e importantes en esa época, los longkos concurrían con sus fuerzas y las partes se rendían recíprocamente honores. Pero a esas alturas el guerrero ha pasado a ser mocetón, un protector que está al servicio de los que ostentan poder, se dedican a la ganadería y no a la guerra. En esas circunstancias, la figura del weychafe ciertamente había perdido vigencia, se había replegado en el marco del poder político que asumen los longko y sus parcialidades.

El siglo del weychafe

La muerte de Pedro de Valdivia en los pantanos de Tucapel, atrapado su caballo en las ciénagas sin retirada posible, fue la primera gran victoria mapuche en la guerra por el control de valle central de Chile. No existe una versión única acerca de la muerte de Valdivia. Es posible que haya sido ultimado allí mismo, en el sitio de la batalla, o juzgado más tarde y victimizado mediante un mazazo preciso y letal propinado por el experto toqui Leucoton, o martirizado por los mapuches y sometido al tormento de beber oro líquido hirviente. El hecho es que su derrota no sólo definió las tierras al sur del Bio Bio como territorio prácticamente inconquistable, sino que generó también la expectativa de los invadidos de expulsar a los españoles de los territorios desde el norte del río, e incluso de Santiago.

Desde 1541, con la fundación de la capital que sería de allí en adelante el emblema de la colonia española —es decir, de la voluntad hispana de permanecer y consolidarse en territorios tan difíciles y belicosos—, hasta Tucapel, en 1553, Valdivia había establecido un predominio claro en el río Maule y había avanzado hasta el Bío Bío. Perdería su vida en el intento de sobrepasar esa frontera y sembrar asentamientos hasta el Toltén. De igual modo, el despliegue de Lautaro por recuperar todo aquel territorio y erradicar a los españoles mediante la toma y destrucción de Santiago, empresa en la que había fracasado Michimalonco, le costarían la suya en algún sitio del valle del río Mataquito, cuando obstinada y valientemente emprendía un tercer intento por apoderarse de la capital de Chile. Muerto Lautaro en 1557, en otro crucial episodio de la guerra por el valle central, la balanza se inclinó del lado español, si bien más al sur el enfrentamiento crecía en ferocidad y encarnizamiento, ante a la persistencia de los conquistadores por sostener los emplazamientos establecidos por Valdivia y por consolidar sus posiciones al sur del Bío Bío.

No es fácil imaginarlo hoy, pero en este período relativamente breve, el territorio se fue transformando. De Santiago al Bío Bío se produjo una desarticulación o desmembramiento de la sociedad indígena. Los historiadores explican el fenómeno por diversos factores, todos asociados a la acerada voluntad de resistencia de los habitantes originarios. Por una parte, los indígenas pusieron en práctica una suerte de huelga productiva o de boicot y redujeron radicalmente la actividad agrícola, dejaron de sembrar y provocaron la escasez de alimentos con el fin de inducir a los invasores a retirarse. Si bien esta acción colocó a su propia gente en una extrema situación de estrechez económica, peor aún era la de los españoles, que sobrevivían gracias a las cosechas ajenas y tenían menos información y otros hábitos que les dificultaban elaborar sus propias estrategias de subsistencia.

Muchos indígenas, particularmente los dirigentes y guerreros, migraron entonces hacia el sur, marcharon hacia las tierras libres y se hicieron parte de la resistencia que sostenían los mapuche en esos dominios. La guerra y la migración despoblaron el territorio y a esos factores se agregaron progresivamente las epidemias, como la viruela, la gripe, el sarampión o el tifus, males que los conquistadores importaron a América y que los nativos resistían con dificultad. El término chavalongo parece haber expresado todos aquellos variados síntomas que provocaban estas enfermedades, desconocidas para los mapuches antes de la Conquista. La población disminuyó brutalmente, diezmada por la enfermedad, el desplazamiento masivo hacia el sur y la penuria alimenticia. Para los españoles, la escasez de alimentos y de mano de obra llegó a ser una restricción que, sumada a la decidida resistencia ante la invasión, contribuyó a hacer tambalear el proyecto colonial.

Cuatro décadas después de las muertes de Valdivia y Lautaro, el cacique Pelantaru adquirió un papel protagónico con el gran levantamiento de 1598. El siglo se cerró con un balance altamente negativo para los hispanos: un segundo gobernador de Chile perdió la vida –Oñez de Loyola– en la batalla de Curalaba. El levantamiento generalizado se materializó en certeros ataques a las posiciones españolas, con la destrucción de todas las ciudades y fortalezas legadas por Valdivia, siete en total (entre ellas Angol, una vez más devastada), manteniéndose en pie sólo Concepción, al norte del Bío Bío.

El siglo XVI fue el siglo del weychafe. El tiempo siguiente no puede calificarse como tiempo de paz, no obstante el centenar de "parlamentos" que se realizó entre españoles e indios. En 1655, nuevamente una sublevación masiva puso en cuestión la capacidad española para permanecer en el territorio conquistado... pero la guerra se negocia, se delimita, se mezcla con el intercambio comercial y se fortalece con la presencia masiva de las misiones (primero jesuitas y luego franciscanas). Sobrevino un tiempo de interacción poderosa entre ambas sociedades, que abrió diversas formas de mestizaje. Se constituyó una superficie económica y socio cultural que tendió a disimular las asperezas más agudas y que atemperó los enfrentamientos de antaño.

Así se llega al parlamento de Negrete, a fines del siglo XVIII, considerado como un momento de alto despliegue de la estrategia española de apaciguamiento. Las relaciones se desarrollan en una atmósfera de incidentes y combates limitados, en el cuadro de una "pequeña guerra" que, sin embargo, permite a Ambrosio O'Higgins al partir de Chile a Lima, a fines del siglo XVIII, dejar la Capitanía General con la idea de que ha conseguido pacificar la Araucanía. El costo que ha debido pagar es la admisión oficial de una frontera, que debe seguir siendo resguardada militarmente y el establecimiento de regulaciones que son propias de dos entes estatales de nivel semejante, prácticamente independientes.

La disposición natural del mapuche no es la de la conquista

Leftraru elaboró su estrategia de lucha apegado a la realidad de su pueblo. Había que combatir ante un enemigo más poderoso, militarmente mucho más poderoso. Las técnicas diseñadas entonces fueron pensadas para enfrentar a un adversario de mayor poderío. Tuvo seguidores, como era esperable que ocurriera con el gran dirigente de la guerra de resistencia que era y que, naturalmente, deja una marca, una huella. Así fue como otros se convirtieron también en estrategas militares de gran nivel. Pensemos en Pelantaru, en Lientur y más tarde en Kalfukura y Kilapang, entre otros. Ya desde los tiempos de resistencia ante el enemigo inca se había hecho imprescindible el desarrollo de un linaje mapuche con perspectiva político-militar. Por eso no es un capricho pensar que Leftraru, durante su permanencia junto a Valdivia, realizó una tarea de comprensión del enemigo español que sirviera luego para luchar contra él, lo que en la actualidad sería concebido como una tarea de inteligencia. Esta es una marcada característica de nuestro pueblo de antaño.

Recuerde usted también que el primer español que se estableció con los mapuche fue el desorejado Barrientes, que había sido castigado por Pizarro con el corte de orejas y que, avergonzado, migró hacia el sur. Los indígenas del valle del Aconcagua lo trataban con honores y los longkos conversaban largamente con él. Deseaban informarse sobre los hispanos, entender, por ejemplo, qué era la

avaricia, que ellos no conocían. Querían informarse para resistir. Otro mecanismo era el cultivo oral de la memoria, ya que el pueblo mapuche no tenía escritura: Y de una generación a otra los historiadores naturales, los wewpife, rescataban las tradiciones y los conocimientos acumulados y los traspasaban. Esa memoria cultivada ayudó al mapuche a resistir. Por eso debemos rememorar a nuestros antepasados y la vigencia del wewpin es fundamental. La memoria histórica se vuelve decisiva.

Leftraru había entendido que caballo y hombre eran cuerpos distintos y apreciado rápidamente la importancia de este animal llegado desde España. Pero piense también en Pelantaru. Fue un tremendo guerrero, un weychafe, cuya ofensiva –iniciada en 1596– fue un hecho de aquellos que consideramos históricos. Destruyó siete ciudades españolas, de ocho que había en la zona. Y llevó adelante un ataque basado en planes estratégicos, perfectamente coordinados. Pelantaru, creó una caballería guerrera de alto nivel, expresión del significado crucial que tuvo el caballo en la guerra de resistencia.

A este animal los mapuche lo rescatamos por razones militares y culturales a través de la figura mística del Aukan Kawellu, el caballo guerrero, un aliado natural, el caballo de las múltiples proezas que se rescatan hasta hoy. ¿Conoció usted el llamado Cuadro Verde de Carabineros y vio sus presentaciones? De alguna manera allí aparece como herencia la habilidad mapuche con el caballo. Es algo que no se reconoce, pero que está implícito en el arte militar de las instituciones chilenas. El caballo es un aporte para la mística de lucha, un animal que entrega su sudor, que es uno de los medicamentos utilizados en los rituales y que en algunas zonas está prohibido comer, salvo para los ngillatun. ¿Se da cuenta?, hablo de un caballo impresionante, que fue componente importante de la lucha de resistencia, a tal punto que se le ritualizó en algunas expresiones de nuestra cultura.

Sin embargo, á partir del siglo XIX, debido a las transformaciones que afectaron a nuestro pueblo, la idea en torno a este noble animal fue cambiando, influida por la visión económica ganadera que se impuso. Con todo, el aporte del caballo nunca ha dejado de ser sacralizado por los mapuche.

De Pelantaru recogemos también el concepto de la disciplina. Fue Pelantaru quien decretó que sus guerreros debían tener el pelo corto para que el enemigo no aprovechara en la guerra las largas cabelleras de nuestros cona, pero también para diferenciarlos de los indios serviles o yanaconas y, además, por una cuestión de higiene indispensable en la actividad militar cuando ésta se vuelve una forma de vida. Nuestros antiguos mapuche fueron guerreros avanzados, desarrollaron su propia perspectiva y, además, aprendieron de incas y españoles. Utilizaron los pukara —o fuertes—, por ejemplo. Pelantaru desarrolló las operaciones tácticas de ataques simultáneos y coordinados, pero esta vez sobre la base de agrupaciones mayores, como la infantería y la caballería, todo bajo una concepción del arte de la guerra.

En fin, el pueblo mapuche ha vivido sus contextos. Alfarero, agricultor, guerrero... No comparto esa idea que consiste en presentarnos como un pueblo belicoso e ignorante o, por el contrario, como un pueblo pacífico. Son estereotipos que se han difundido intencionadamente. El mapuche parlamentó y guerreó para defender su libertad y su territorio; guerreó y parlamentó de acuerdo con las circunstancias geopolíticas y en el marco de la invasión y amenazas permanentes que sufría.

Lo que nuestra historia sí demuestra, sin dudas, es que la disposición natural del mapuche no es la de la conquista. A diferencia de los incas, los mapuche no impulsaron una estrategia de extensión de sus tierras, menos aún la construcción de un imperio. Cuando Leftraru resolvió marchar hacia Santiago lo hizo con la convicción de que era esa la mejor forma de propinar una derrota final a los conquistadores. El mapuche quiere y defiende su territorio, su propio territorio, donde se identifica con sus bosques, plantas, aguas, cerros y animales; donde permanecen sus antepasados. No ambiciona el territorio de los otros.

Fue el intento de invasión de los incas el que generó el arte de la guerra en los mapuche. Nuestra sociedad fue primariamente amenazada por la expansión inca. La nuestra era una sociedad con un significativo nomadismo hacia lo que hoy es la Argentina. ¡Hay quienes han estimado la población hasta en 30 millones! Ese contingente humano cubría desde el golfo del Reloncaví hasta Copiapó, donde se han encontrado vestigios mapuche. Nuestro territorio se fue comprimiendo y al norte quedaron los pikunche, que fueron prácticamente exterminados o integrados. Pero los incas debieron contener su impulso y a la llegada de los españoles ya había alguna demarcación, quizá el Maule o tal vez el Bío Bío. Los williche llegaban hasta el Reloncaví; al sur existían los cuneo...

"Cuando creen el momento propicio, se dividen en escuadrones: el que está a la cabeza se pone en guardia, es decir que cada soldado se alza sol derecho llevando la pierna izquierda sobre la silla y apoyando el brazo izquierdo sobre el cuello del caballo, y que, con la mano derecha apretada contra la axila, mantiene hacia adelante su lanza desmesurada; después de lo cual, este primer cuerpo cae sobre el enemigo; se trata de traspasarlo o de morir, pues el Araucano no retrocede".

Orllie Antoine I, Rey de Araucanía y de Patagonia. Su asunción al trono y su cautiverio en Chile. Relato escrito por él mismo. Santiago, Valente Editores, 2005, p. 13. Traducción de la edición francesa de Librerie de Thelevin, París, 1863.

Los componentes culturales y religiosos

Quizá pudiera parecerle un contrasentido tanta rememoranza de lo antiguo. Pero, aun así, reivindicamos el weychan y su figura, el weychafe, sobre todo en los tiempos de los reche mapuche. Fue en esos años, los primeros de la Conquista, cuando se generó una resistencia integral de nuestro pueblo.

En aquel entonces, la organización social y el universo religioso de nuestros antiguos se cursaba en torno a los rewe. Allí se determinó el fenómeno guerrero y la profundidad de las razones y los fines de la guerra. Es en este contexto que hay que entender a los weychafe antiguos: se involucraban en la guerra como un hecho social total, que produjo y reprodujo un tipo de sociedad que construyó una concepción de cómo entender y vivir el mundo, una cosmogonía de cuyos aspectos fundamentales no deberíamos renegar. Sólo así se podrá asumir un

proceso de resistencia que anteponga los principios, valores y normas del Ad Mapu y del itrofill mongen.

Comprender al weychafe como un actor y un ser social en el contexto de la guerra, nos retrotrae al examen de las razones en que ésta se fundó, cuestión de primordial importancia en la lucha actual. Se trata de la recuperación del *ethos* mapuche, del sentido que tienen —para los verdaderos mapuche- la libertad y su territorio, para reconstruir un tipo de sociedad más justa, igualitaria y respetuosa con el medio natural.

Por lo tanto, debe entenderse el weychan como la guerra propiamente tal, cuyo objetivo es la defensa del territorio y la autonomía. Se trata de una lucha por la preservación de la independencia, regida por un conjunto de códigos y símbolos que permitieron entender el weychan más allá de la lucha por la libertad, ya que en torno a los componentes culturales y religiosos, fue todo un pueblo el que se movilizó y que hoy se moviliza. Es una sociedad en movimiento que es capaz de reproducir su diferencia y de reafirmarse.

El mapuche y su territorio

Para los mapuche la compresión del mundo esta muy ligada a una concepción de territorialidad, de cómo se vive en este espacio vital y cómo se comprende en vida lo que en el pasado fue estructurando una normativa y leyes que interrelacionan a los mapuche en un espacio definido. El territorio no debe ser visto desde una concepción del positivismo, como lo hace la mirada occidental, entendiendo la tierra en mediciones concretas, como hectáreas más o hectáreas menos, sino como un espacio vital integral en el que estamos relacionados con los demás elementos del entorno natural y espiritual, y donde tienen gran relevancia la espiritualidad tanto de nuestros antiguos, como de los ngen mapu, lo que en el fondo son considerados vitales, ya que nos otorgan un arraigo con nuestro pasado, con un territorio, con un linaje, con una historia común. Esto lo entendemos como el nag mapu, el territorio de en medio, el que habitamos todos los seres vivos.

La presencia mapuche en la territorialidad ancestral no es solo física (del habitat), hay efectivamente una presencia espiritual muy ligada con los espacios, los lugares; menoko, mawida, winkul, trayen. Por eso el mapuche antiguo, que poseía un cierto rol o estatus, era enterrado a los pies de algún árbol o en un cerro, se cuenta además que podían elegir el árbol que iba ser destinado como su huampo, o urna. En algunos territorios cuando había algún recién nacido, este era llevado a los pies de un canelo y marcaban su pie en la corteza; en la medida que el tallado de la corteza se cerraba, el ombligo del pichiche se secaba. También se conoce la tradición de enterrar la placenta bajo un árbol, el cual debía ser cuidado tanto como al recién nacido; el árbol sería el reflejo de la vida del pichiche, mientras más derecho creciera el árbol, mas recta sería la vida del hombre que fue parte de esta placenta. Otro ejemplo es en relación a los cerros, las comunidades siempre los han constituido como referencia, como es el caso de los tren tren, que dieron origen y un entorno a los Lof, conformándose como las unidades territoriales básicas, base de la estructuración territorial mapuche. Dentro de la cosmogonía mapuche existen lugares muy precisos para el

desarrollo de la vida en comunidad, que para comprender su existencia y lugar

debemos entender estos espacios vitales naturales (bosques, cerros, humedales, caídas de agua) ya que desde este entorno, se desprenden muchos de los ngillatuwe, que son los centros ceremoniales por excelencia de las comunidades, y su elección no es obra de la gente, sino de los espíritus, así está establecido hasta nuestros tiempos. Por tanto, estos espacios representan genuinamente aspectos tanto espirituales como históricos, su existencia es muy antigua y están relacionados profundamente con la vida mapuche en forma integral, razón por la cual aún en la actualidad se mantienen.

Otro aspecto importante es la relación de parentesco entre los mapuche, que no es solo referido a la consanguinidad, sino también es el parentesco de un espacio territorial o de lugar común, por el cual se reafirma una comunidad, debido a que todos aquellos que viven en un Lof determinado son parientes, en tanto asumen y comparten una forma de vida y prácticas comunitarias que los vinculan. Por tanto la reciprocidad es fundamental, no tan solo entre las personas como se entiende comúnmente, sino también debe ser con la tierra y/o con los espacios que tal ve2 tengan mayor significación por lo del emparentamiento y la identidad. Desde esta reciprocidad se comprenden y arraigan las diversas ceremonias mapuche, desde el Llellipun hasta los Ngilla-ñmawun, porque desde esta ritualidad se pretende una restitución, un agradecimiento ta iñ mapu, porque ella nos protege, nos ofrece alimentos, sanación y albergue en tiempos difíciles. Por tanto el mapuche esta relacionando profundamente con su territorio y tiene una obligación de protección con este espacio vital y sagrado, bajo una concepción de reciprocidad, porque es de aquí el origen, la historia, la proyección, un todo, lo que hace una defensa ineludible. En cada espacio significativo está la historia de nuestro pueblo, lo que se gráfica muy claramente, por ejemplo, con los nombres de esos espacios, que dan cuenta de un significado, de un relato común y de un uso cultural y de preservación de la memoria. En la visión de mundo, el pasado es muy importante, por eso no se pueden desconocer ciertos hitos históricos y su relación con los espacios, ya que éstos nos anclan en una misma tradición y nos sitúan como pueblo y en el fondo nos conforman como mapuche con un pasado, una historia, un presente. Cuando decimos que pertenecemos a una territorialidad específica y que somos parte de los espacios vitales y sagrados, se nos conforma nuestra identidad. Por otro lado, cuando hay un espacio territorial cercenado, usurpado o sin memoria, hay desequilibrios, enfermedades y desarraigo.

Entonces, el mapuche tiene como deber proteger su espacio territorial, sobre todo aquellos lugares definidos como sagrados y vitales. En tal sentido no se debe hablar desde un concepto de propiedad, personal o comunitaria, sino de un sentido de pertenencia relacionado a un linaje y emparentamiento que es lo que entendieron los mapuche para decir "esto es nuestro, nos pertenece, porque se vive ahí con un pasado, presente y futuro común". Esta proyección es muy importante para las descendencias, ya que, implica sobrevida y subsistencia, vinculado al trabajo para obtener el sustento a través, por ejemplo, de la ganadería, la agricultura o recolección, que no tan solo permite generar las condiciones para crear familia, si no además comunidad, recreando la vida y espiritualidad mapuche. Otorgando, además, un valor a las autoridades o roles ancestrales, quienes son los que dirigen las tareas, labores y además mantienen vigente, junto a la comunidad, la concepción comunitaria, lo que en el fondo hace de nuestra sociedad un lugar mas justo, igualitario y en equilibrio.

Las machi son una figura central

Muchas de las prácticas mapuche se fueron perdiendo producto de la persecución de que fueron objeto nuestros antepasados. Y, además, el cristianismo se impuso en sectores mapuche y provocó un impacto cultural. Pudiera ser que los antepasados nos estén culpando por no haber sabido cuidar suficientemente nuestro mundo.

Los que más nos atormentamos somos aquellos que tenemos un rol. Desde ya, me incluyo. Gente como yo sentimos una convocatoria más allá de la realidad, un llamado de la madre tierra, que es representado por las machi, no por las asambleas.

Las machi son una figura central.

Es a través de esta figura que se consolida con mayor fuerza la recuperación de las tradiciones, sobre una base espiritual y cultural, ya que cumplen múltiples papeles. No siguen solamente desempeñando uno sacerdotal, al ordenar y guiar las ceremonias mapuche y en su papel de médicos que logran la sanación a través de las plantas medicinales. En ellas descansa también una función educativa de resistencia que, en las actuales condiciones, es muy significativa para los procesos de recuperación mapuche, en particular de los espacios territoriales sagrados que debieran reconstituir un hábitat mínimo necesario para sustentar verdaderas comunidades mapuche.

A la machi la realza un espíritu antiguo, masculino o femenino, y 1a obliga a asumir como machi y, créame, aquellas que rehúsan el llamado se enferman o se mueren. Cuando la elegida siente que debe ser machi, se dirige a otra machi que será su formadora y que le trasmitirá la sabiduría que viene de antaño. Aprenderá, por ejemplo, que la biodiversidad generó las plantas y que las plantas existen para producir un cierto efecto; que las plantas traen el poder de donde vienen. Una machi no cultiva las plantas, es la tierra la que las produce. Pero la machi sabe dónde ir a buscarlas. Una planta de los mawida o tren tren es distinta a las otras, porque tiene más poder. Lo mismo ocurre con las aguas en aquellos sitios donde los flujos convergen y en los menoko, humedales con una biodiversidad rica y potente. Desde estos referentes, la tierra nos ofrece su poder, su sanación, el equilibrio, normas de vida para los mapuche.

La espiritualidad de la que le hablo no la regula ninguna persona. Se regula por el ad mapu, es decir, por las leyes de la tierra y de los antepasados y se manifiesta en ritos, o en el sueño, o en el trance. Lo esencial es que hay una fuerza sobrenatural de los espíritus que existe, está ahí y tiene vigencia.

En el ngillatun vuelven nuestros antepasados. La machi accede al trance y sus espíritus se expresan a través de ella. Habla en mapuzungun antiguo y una intérprete, una dungu machife, la traduce al mapuzungun actual. Ellas cumplen una función comunitaria. Por ejemplo, no se pueden negar si las llaman de otras comunidades.

La espiritualidad mapuche está estructurada sobre la base de la idea de designios. Un longko no llega a serlo porque sí. Los mapuche nominan al que fue elegido por la espiritualidad. Trae en sí la cultura para dirigir. Las autoridades tradicionales traen consigo su ascendiente. Los sueños o pewma expresan nuestra espiritualidad. El sueño se produce cuando uno está susceptible y en sus sueños, cada uno de nosotros coexiste con sus antepasados.

En la medida en que la espiritualidad esté presente y vuelve a evidenciarse, una y otra vez, el mundo mapuche logra preservarse. Ahora bien, el mapuche debe ser considerado desde lo territorial porque está emparentado con la espiritualidad del medio. Para él son básicos la familia y el entorno. Es con esos elementos con los que cohabita y discute sobre su hacer. Es por eso que para los mapuche son importantes los espacios sagrados, como los pu Ngillatuwe, paliwe, tren tren, menoko, trayen ko, eltun, trawüwe ka ülkatunwe, así como todos los elementos de la naturaleza que lo auto-referencian y lo conectan.

Hay que entenderlo claramente: el mapuche no tiene una mirada occidental y no debiera tenerla. Tiene una mirada mapuche, que corresponde a una visión mapuche. Es lo que se ha denominado como "el mundo mapuche".

En este cuadro, la reivindicación del weychafe no está desvinculada de nuestra propuesta de reconstrucción, sino que la reafirma. Así como se reconoce el papel de los longko y de las machi y de otras figuras tradicionales, la necesidad de un tipo de militancia es un requerimiento ineludible, con base en la disciplina y el compromiso, con base en los elementos que le he ido señalando.

Nuestros héroes de antaño, en el marco de un pueblo en lucha de resistencia, se sacrificaron en defensa de sus territorios y de su libertad. De ahí deriva nuestra noción y la mística de nuestros luchadores, su compromiso, fuerza y dedicación para la guerra defensiva. Rememoramos muchos elementos, pero lo que más reivindicamos es el carácter ritual que se le asigna al acto de entregarse por una causa, la causa de la defensa del pueblo mapuche. Es un acto que se vuelve indispensable en las actuales circunstancias.

"Los machi han existido siempre en el pueblo mapuche, son los intermediarios entre las fuerzas espirituales y la gente, hoy día existe hay harto we machi, filvu (espíritus muy antiguos) que se están levantando en todo el territorio mapuche, sobre todo en lugares,, donde se ha perdido la nuestra cultura, los newenes están diciendo lo que esta pasando y las necesidades que existen, sobre todo recuperar nuestra forma de vida, nuestro ser mapuche. Nuestro territorio se esta perdiendo y hoy día el rol de los machi aparte de recuperar lo espiritual, es defender nuestra mapu, ya que se están viendo invadidas. Un machi o una machi como autoridad religiosa en la actualidad esta teniendo el deber de defender todos los lugares del wall mapu, ya que se está destruyendo nuestro lugar en donde vivimos y viven los ñgen, los laweny todo.

"Es nuestro deber transmitirle a la gente lo que está pasando y qué se esta destruyendo, no sólo el espacio físico sino todo lo espiritual que tenemos como pueblo mapuche. Por eso es que acá en el willimapu existen varios machi que están retomando la lucha que dejaron nuestros antiguos y continuando la resistencia de nuestro pueblo, defendiendo la mapu, porque si perdemos la tierra perdemos todo nuestro ser, todo nuestro feyentun, todos los machi tenemos que andar en eso".

Fragmento de la entrevista al Machi Cristóbal Tremihual "Machi Tremihual: la importancia espiritual sobre la defensa del territorio Mapuche", por Pilmaiken Sin Represas, 22 de Mayo de 2012, http://www.aykinpiykemapu.com.ar

La tercera invasión

El concepto de weychafe resurgió con la ocupación de la Araucanía por parte del Estado Nación chileno. Hoy lo hace una vez más. Como lo hemos planteado en algunas entrevistas, vivimos la tercera invasión del territorio mapuche. Los españoles emprendieron la primera —y la concretaron parcialmente—, estableciendo la frontera que constituía el Bio Bio. La segunda fue la ocupación de nuestros territorios del Bío Bío al sur por el ejército chileno, en la segunda mitad del siglo XIX.

Hoy tiene lugar la tercera invasión. Los mapuche que aún sobreviven en sus tierras son diariamente invadidos por las forestales, las empresas hidroeléctricas, las exploraciones y explotaciones mineras. Es el sistema capitalista, son las transnacionales. Para los nuevos invasores, los mapuche tienen derecho a existir sólo como mano de obra, como individuos que ofrecen su fuerza de trabajo a las grandes empresas, pero no tienen derecho a existir como pueblo, como nación.

La resistencia mapuche ha estado enfocada principalmente contra la actividad forestal, contra aquello que se confronte directamente con los procesos de recuperación territorial que desarrollan las comunidades. Sin embargo, en el último tiempo se ha observado un nuevo frente de conflicto que surge de las nuevas inversiones capitalistas en el wallmapu, las empresas mineras.

La zona del lago Lleu Lleu ha sido y está siendo afectada fuertemente por las empresas mineras. También lo está la zona mapuche williche, por la construcción de nuevas plantas hidroeléctricas sobre ríos que son recursos naturales de las comunidades, pero cuyas aguas, en la legalidad chilena vigente, son propiedad de las corporaciones depredadoras. Efectivamente, en la territorialidad ancestral williche se comienzan a agudizar estas contradicciones. Esto se conoce poco, ¿no es así? La razón es simple: las nuevas inversiones generarán polémica. Por eso, muchos de éstos proyectos se ejecutan silenciosamente y la ciudadanía solo se entera cuando ya están todas las gestiones realizadas para su concreción. De hecho, las empresas que tienen concesiones para la extracción de minerales han hecho un sin fin de artimañas para obtener los permisos de manera lo más reservada posible, con el beneplácito de las autoridades. Se trata de hechos catastróficos en lo que al ambiente natural se refiere, particularmente considerando la importancia que le asignamos los mapuche a nuestras creencias y tradiciones incubadas en la naturaleza. En territorios williche existen numerosas denuncias referidas a la amenaza de lugares considerados sagrados para su cultura. Un ejemplo es la morada del Ngen Kintuante, en la ribera del río Pilmaiken, o los distintos ngen mapu de esta territorialidad, como lo es Wentevao. Los proyectos mineros son, por así decirlo, una novedad en lo que hemos denominado la invasión del territorio mapuche, el wallmapuche. Su expansión implicará el aniquilamiento de muchas comunidades. Algo similar se produce con la instalación de los proyectos hidroeléctricos que destruirán los cursos de los ríos más emblemáticos de la zona mapuche williche como el Pilmaiken, el Rahue, el Huenuleufu y otros.

> "Mi nombre es Millaray Huichalaf, yo soy machi de mi Comunidad El Robk Carrimallin' y actualmente soy la vocera de las Comunidades en resistencia del Pilmaiquen.

"Como machi estoy dispuesta apagar todos los costos que esta lucha me demande en la defensa de mi mapu, de sus aguas y de toda la espiritualidad mapuche que representa el lugar sagrado donde se esta levantando la central hidroeléctrica".

(...)

"Ya existe una central desde hace 50 años, que fue la primera en construirse en Chile y que es de la Empresa Pilmaiquen, que en esos tiempos la controlaba Endesa. Con el paso de los años, Endesa vendió los derechos a otra transnacional y la Empresa Pilmaiquen pasó a ser un bra\o más de ella. Esta empresa transnacional, ya tiene otra central en construcción, que es la 'Central Kucatayo' y tiene otros dos proyectos más que ya están aprobados por la CONAMA (Comisión Nacional del Medioambiente), que son, la 'Central Hidroeléctrica Los Lagos' y la 'Central Hidroeléctrica Osorno'. Esta última afecta al Ngen Mapu Kintuante, inundando 18 kilómetros de extensión del río Pilmaiquen. Los otros proyectos inundan 15 y 14 kilómetros respectivamente, inundando casi la totalidad del borde de nuestro río.

"La única respuesta del listado a este nuevo conflicto ha sido lo mismo de siempre: represión. Hemos sufrido ya dos intentos de desalojo (al momento de realizar esta entrevista), los que han sido resistidos por las Comunidades Mapuche en lucha. En los terrenos, estamos realizando una serie de actividades, que parten desde las Comunidades en resistencia, hemos llevado a cabo hartos tragün (reuniones) sobre este conflicto, de cómo hacemos alianzas con otros territorios que están luchando y vamos a realizar nauillatún y una serie de actividades de nuestra cultura, enmarcado todo esto en la reconstrucción del Pueblo Mapuche. "Nosotros como Mapuche en lucha, nos sentimos hermanos de aquella gente del pueblo chileno que lucha. Formamos parte de la misma lucha, enfrentamos el mismo enemigo. Nosotros luchamos v vamos en el camino de la Liberación Nacional Mapuche. Nosotros le hacemos un llamado al pueblo chileno, para que también siga su propio camino de liberación".

Fragmentos de la entrevista a la machi Millaray Huichalaf "No nos queda otra alternativa que resistir, como lo ha hecho nuestro pueblo por siglos", publicada en diversos medios digitales. Mayo de 2012.

El retorno de los guerreros

Hoy se extiende una conciencia sobre la necesidad de restablecer el rol del weychafe. La vuelta del weychafe es un llamado de la tierra, una convocatoria desde nuestra espiritualidad en el contexto de esta nueva amenaza, tal vez la

definitiva si no defendemos nuestros derechos fundamentales de territorialidad y autonomía.

El retorno del weychafe exige pensar en el antaño y en el hoy y relacionarlos. Leftraru se infiltró en el mundo de los españoles y entendió que estar allí le permitía un aprendizaje. En las circunstancias de hoy la cultura occidental dominante debe ser también para nosotros un terreno que nos permita aprender. En el presente, la experiencia recogida desde el mundo que nos domina debe sustentar la actuación de un weychafe fortalecido, en formación permanente, que sea un luchador *multifacético* —por así decirlo—, con capacidad de expedición en cada ámbito en que deba actuar, pero manteniendo y recuperando siempre nuestra singularidad mapuche.

Por supuesto, también hay que discutir a fondo cómo debería ser un weychafe en la actualidad. Ni yo ni nadie tiene la autoridad para definirlo. Pero hasta ahora compartimos ciertos criterios sobre cómo quisiéramos que fuera aquel que pudiéramos denominar un weychafe de los nuevos tiempos. Algunos sostienen que el mapuche es el que valora su tierra y ama a su pueblo, que se vincula con su fuerza y sin duda este es un elemento central en la caracterización del weychafe. Pero se requieren muchos más elementos para configurarlo, más allá de la participación desde sus comunidades. Se precisa también una experiencia en el proceso de transformación social, política y moral que lo haga apto en cualquier ámbito para enfrentar un cambio radical de la sociedad. Quien esté llamado a ser weychafe debe por tanto estudiar con amplitud, estudiar de todo, comprender bien las luchas propias, las que se libran en distintas partes del mundo y las distintas visiones que las inspiran. El nuevo weychafe debe además cultivar su mente y su cuerpo, cuidar su aspecto, vivir austeramente ajeno a toda adicción, ser capaz de autoimponerse una rigurosa disciplina, para cumplir con la línea y los principios mapuche.

Un weychafe debe tener un espíritu de dedicación, de entrega. Debe estar ligado a la naturaleza, sobre todo porque hoy la naturaleza está bajo ataque, bajo amenaza, padece un proceso de destrucción permanente que hay que frenar porque afecta el conjunto de nuestra sociedad mapuche. Un weychafe es una alta designación, obliga a una connotación y compromiso con su pueblo, significa abrazar una causa justa y necesaria, lo que hace imperioso desarrollar ciertas cualidades, entre ellas la principal: respetar el llamado y designio de su kupalme y los pu longko. Como la situación actual de lucha y las condiciones son desfavorables, el weychafe debe ser ante todo un luchador, un combatiente, una simbiosis, entre categórico, fuerte, decidido pero con prudencia y humildad, una figura en pleno desarrollo, lo más consistente posible con el pensamiento de lucha, un estudioso permanente; en definitiva, un sujeto activo e integral, que sepa contextualizar la lucha y por tanto el rol que debe cumplir adaptándose a los desafíos. Con estas características, complementada por la "mística" de ser escogidos por nuestra espiritualidad ancestral, es que hemos reafirmado lo que avisaron las machi, la aparición y el retorno de los guerreros: weftupe pu weychafe.

Si a uno le tocó, hay que asumir ese deber

Conocí juntos a Llaitul y a Llanquileo. Transcurría la campaña electoral de 2009 y los compañeros de Concepción incluyeron en el programa de aquel día una visita a los presos mapuches en huelga de hambre en la cárcel de El Manzano. El reclusorio era antecedido por una explanada extensa, con muchos vehículos estacionados. Se divisaban, en un sector, las huellas de un incendio ocurrido tiempo antes. Gente iba y venía, a esa hora muchos comenzaban a salir desde el interior del recinto. Era día de visita y el horario implacable debía respetarse.

Entramos a una sala que nos fue especialmente asignada, donde cerca de una decena o más de presos mapuches nos recibieron con distante cordialidad. Un estilo, diría, un modo de ser parco, sencillo, sin aparato, pero marcado por una barrera que en ese instante no sabía decir bien qué era, pero que ellos imponían cortésmente. Si tuviera que precisarla, diría que se trata de una oferta de respeto, donación de respeto y exigencia de respeto. Nos sentamos en el mesón, ellos a un costado y vo y mis acompañantes al otro, como si fuéramos dos delegaciones que sostienen una reunión bilateral. Los mapuches que luchan por sus derechos no aceptan patrocinadores, no buscan ni comprensión ni menos sentimientos compasivos del dominador hacia el dominado, del incluido sobre el excluido. Si hay algo que el pueblo mapuche ha mantenido y revitalizado en el último cuarto de siglo es ese hálito de orgullo y dignidad que avala su historia. De ese día retengo claramente dos nombres, de más de una docena que debo haber saludado: Héctor Llaitul y Ramón Llanquileo. Héctor es, sin duda, el líder. Está sentado al centro y dirige el diálogo, pausadamente. Yo estoy frente a él y a mis costados están mis compañeros, todos dirigentes políticos regionales y miembros del comando de campaña. "Contra nosotros hay actos de maldad porque saben que somos pobres", me dice. Él y sus compañeros llevaban nueve días de huelga de hambre reclamando frente a amenazas de distribuirlos en distintas cárceles del país, mientras se les juzga simultáneamente por los mismos hechos en tribunales civiles y tribunales militares. "Nuestros familiares no van a poder desplazarse a lugares más alejados. Para nosotros la medida es una forma de aislamiento, es un castigo antes de haber sido sentenciados".

Cuando volví a Santiago, visité al Ministro Viera Gallo. No lo sentí cómodo de haberse hecho cargo, por decisión presidencial, del tema mapuche. Un par de días después me comunicó que la medida de relocalización anunciada no se aplicaría. Pensé especialmente en la gente de Lleu Lleu. No conocía el lugar y apenas había escuchado hablar de él. Pero Llaitul me había informado que en el penal de El Manzano y en otro de Temuco había presos catorce jefes de familia, miembros de una comunidad de Lleu Lleu. "Es más de la mitad de los hombres de esa agrupación, son todos de una misma comunidad, de un lugar en disputa territorial con las empresas forestales y con las mineras que tienen antecedentes de la existencia de uranio en la zona".

Ese día, al lado de Llaitul se hallaba un joven de tez cobriza y una mirada impresionante en la que uno creía leer tanto el dolor por el destino que se ha querido imponer a su pueblo, como la convicción sobre la posibilidad de modificarlo; el pleno convencimiento del valor y necesidad de su lucha. Más adelante, en otro encuentro, ese joven me dirá que tiene una enorme confianza en Héctor y su liderazgo, que ha aprendido mucho de él. Pero no siempre está de acuerdo con él, señalará tiempo después, cuando ya existe un terreno de confianza mutua. En las múltiples conversaciones iré aprendiendo a apreciar la capacidad reflexiva de Ramón Llanquileo, la densidad de sus grandes preguntas, sus opiniones claras, incisivas generalmente, a veces terminantes. Por ejemplo, es cuidadoso para no sobrevalorar al estudiantado mapuche y lo dice sin ambages. En su momento, cuando estuvo involucrado, me dice,

actuó con mucha decisión junto a su grupo. Han pasado once o doce años y ahora se da cuenta que muchos era gente en tránsito. Tenían buen discurso, señala y sonríe irónico. Cursaba cuarto año medio, terminaba ya la educación secundaria y ese discurso lo superaba. Me impresionaba, dice, y me sentía apenas un seguidor de mentores que ejercían sin pudor esa pretensión. Pero se fueron alejando. Y no son pocos, anota calmadamente. Hoy están en la estructura de dominación, en las instituciones de la cultura, en el Instituto de Desarrollo Agropecuario (INDAP), en el sector vivienda. Aquellos que estudiaron educación intercultural están en el aparato del Estado, agrega. Todo este proceso ha obligado a Llanquileo a reflexionar a fondo: si el mapuche no desarrolla un proceso de descolonización, cualquier esfuerzo va a terminar siendo absorbido por el sistema vigente. Esa es su firme convicción.

Por ahora es imposible estar en los dos frentes, señala. ¿Se puede abordar la cuestión de formar familia y de participar de lleno en la lucha a la vez? Hay hermanos que lo intentan, que se han casado y siguen luchando, pero es difícil compatibilizar ambas cosas. Lo que resulta claro es que luchar es una necesidad de este minuto, una necesidad urgente. Eso no quiere decir que todos deban ir al choque, lo que significa es que al menos alguna gente tiene que sacrificarse. ¿Por qué me tocó a mí? Bueno, porque no quiero ver al pueblo mapuche dentro de veinte años en estado de extinción, en un proceso como el que vivieron los selknam o los kawashkar. Entonces, si a uno le tocó, hay que asumir ese deber y jugarse el pellejo. Y a uno le tocó porque entran en juego fuerzas espirituales, como nos enseñaron los antiguos.

Esta visión cobra validez cuando uno observa a aquellos peñi que se han ido, que no han seguido en la lucha, continúa. Ha sido su voluntad. "Bueno, en el caso nuestro, ninguno de los cuatro (y se refiere a Llaitul, Huillical, Huenuche y él mismo) ha sido afectado por las huelgas de hambre, nuestros hijos están bien, nuestras familias también. Nuestro entorno está bien. En cambio, a los peñi que se fueron, que dejaron la pelea, la vida les ha dado duro", dice Llanquileo. "Fíjese, en 2004 un peñi encargado de una reunión importante nos dijo que aquellos que debíamos encontrar no habían llegado al punto de encuentro. Derrochamos un esfuerzo grande y aquella importante junta fracasó. Corría el mes de agosto. A mediados de septiembre la señora de ese hermano fue al colegio de su hija, tuvo un accidente en una camioneta y murió. Mala suerte, pensamos. Cuando al año siguiente intentamos nuevamente la trabajosa reunión, la gente con la que queríamos relacionarnos nos dijo: nosotros llegamos el año pasado pero ustedes no llegaron. Esa era la verdad. Había sido nuestro peñi el que no había llegado al punto establecido y no había querido decirnos la verdad, había preferido derivar la culpa. Enviudó, quedó solo con su hijo, tuvo pérdidas en su familia. Es que los antiguos mapuche decían: el mapuche tiene que ir por un solo camino. Un solo camino. Kiñerupo...".

"En cambio, nosotros en nuestro interior estamos bien", afirma Llanquileo. Huillical lo escucha y afirma con la cabeza. Luego interviene: "valoro mucho lo que he aprendido en la cárcel, quizá he aprendido más que si hubiera estado afuera; cuando salga creo que podría estudiar alguna carrera técnica en el área forestal o agrícola, que me mantenga vinculado a mi tierra". Y Llanquileo continua: "yo le digo a Héctor que me siento bien aunque me han quitado la libertad material, pero sigo libre interiormente y dispuesto a analizar y analizar una y otra vez. Y analizando pienso que yo no soy un weychafe, soy solo un aspirante a weychafe. Weychafe me queda grande. Me estoy formando y hasta el fin de mis días me seguiré formando y esa formación será especialmente en terreno". Si alguna vez yo caigo, afirma Ramón, vendrán otros.

"El Supremo Director del Estado a nuestros hermanos los habitantes de la frontera del Sud.

"Chile acaba de arrojar de su territorio a sus enemigos después de nueve años de una guerra obstinada y sangrienta. Sus fuerzas marítimas y terrestres, sus recursos y el orden regular que sigue la causa americana en todo el continente, forman un magnífico cuadro, en que mira afianzada su Independencia.

"Las valientes tribus de Arauco, y demás indígenas de la parte meridional, prodigaron su sangre por más de tres centurias defendiendo su libertad contra el mismo enemigo que hoy es nuestro. ¿Quién no creería que estos pueblos fuesen nuestros aliados en la lid a que nos obligó el enemigo común? Sin embargo, siendo idénticos nuestros derechos, disgustados por ciertos accidentes inevitables en guerra de revolución, se dejaron seducir de los jefes españoles. Esos guerreros, émulos de los antiguos espartanos en su entusiasmo por la independencia, combatieron encarnizadamente contra nuestras armas, unidos al ejército real, sin más fruto que el de retardar algo nuestras empresas y ver correr arroyos de sangre de los descendientes de Caupolicán, Tucapel, Colocolo, Galvarino, Lautaro y demás héroes, que con proejas brillantes inmortalizaron su fama.

"¿Cuál habría sido el fruto de esta alianza en el caso de sojuzgar los españoles a Chile? Seguramente el de la pronta esclavitud de sus aliados. Los españoles jamás olvidaron el interés que tenían en extenderse hasta los confines del territorio austral. Sus preciosas producciones, su incomparable ferocidad, v su situación local, han excitado siempre su ambición y codicia. Con este objeto han mantenido continua querra contra sus habitantes, suspendiéndola sólo cuando han visto que no hay fuerza capaz de sujetar a unos pueblos que han jurado ser libres a costa de todo sacrificio. Pero no han desistido de sus designios, pues en los tiempos que suspendieron las armas fomentaron la guerra intestina, para que destruyéndose mutuamente los naturales, les quedase franco el paso a sus proyectos. Entre tanto el comercio no era sino un criminal monopolio; la perfidia, el fraude, el robo y en fin todos los nidos daban impulso a sus relaciones políticas y comerciales.

"Pueblos del Sud, decidme si en esto hay alguna exageración; y si por el contrario apenas os presento un lisonjero bosquejo de la conducta española, convendréis precisamente en que dominando España a Chile, se hubiera extendido sobres vuestros países como una plaga desoladora, concluyendo con imponeros su yugo de fierro que acaso jamás podríais sacudir.

"En el discurso de la guerra pensé muchas veces hablaros sobre esto, y me detuve porque conocí que estabais muy prevenidos a cerrar los oídos a la voz de la verdad. Ahora que no hay un motivo de consideración hacia vosotros, ni menos a los españoles, creo me escucharéis persuadidos de que sólo me mueve el objeto santo de vuestro bien particular y del común del hemisferio chileno.

"Nosotros hemos jurado y comprado con nuestra sangre esa Independencia, que habéis sabido conservar al mismo precio. Siendo idéntica nuestra causa, no conocemos en la tierra otro enemigo de ella que el español. No hay ni puede haber una razón que nos haga enemigos, cuando sobre estos principios incontestables de mutua conveniencia política, descendemos todos de unos mismos Padres, habitamos bajo de un clima; y las producciones de nuestro territorio, nuestros hábitos y nuestras necesidades respectivas no invitan a vivir en la más inalterable buena armonía y fraternidad.

"El sistema liberal nos obliga a corregir los antiguos abusos del Gobierno español, cuya conducta antipolítica diseminó entre vosotros la desconfianza. Todo motivo de queja desaparecerá si restablecemos los vínculos de la amistad y unión a que nos convida la naturaleza. Yo os ofrezco como Supremo magistrado del pueblo chileno que de acuerdo con vosotros se formarán los pactos de nuestra alianza, de modo que sean indisolubles nuestra amistad y relaciones sociales. Las base sólidas de la buen fe deben amentarlas, y su exacta observancia producirá la felicidad y seguridad de todos nuestros pueblos. Se impondrá penas severas a los infractores, que se ejecutarán a vista de la parte ofendida, para que el ejemplo reprima a los díscolos.

"Nuestras Escuelas estarán abiertas para los jóvenes vuestros que voluntariamente quieran venir a educarse en ellas, siendo de cuenta de nuestro Erario todo costo. De este modo se propagarán la civilización y luces que hacen a los hombres sociales, francos y virtuosos, conociendo el enlace que hay entre los derechos del individuo y los de la sociedad; y que para conservarlos en su territorio es prenso respetar los de los pueblos circunvecinos. De este conocimiento nacerá la confianza para que nuestros comerciantes entren a vuestro territorio sin temor de extorsión alguna, y que vosotros hagáis lo mismo en el nuestro, bajo la salvaguardia del derecho de gentes que observaremos religiosamente.

"Me lleno de complacencia al considerar hago estas proposiciones a unos hombres que aman su independencia como el mejor don del Cielo; que poseen un talento capaz de discernir las benéficas intenciones del pueblo chileno; y que aceptándolas, desmentirán el errado concepto de los europeos sobre su trato y costumbres,

"Araucanos, cunchos, huilliches y todas las tribus indígenas australes: ya no os habla un Presidente que siendo sólo un siervo del rey de España afectaba sobre vosotros una superioridad ilimitada; os habla el jefe de un pueblo libre y soberano, que reconoce vuestra independencia, y está a punto a ratificar este reconocimiento por un acto público y solemne, firmando al mismo tiempo la gran Carta de nuestra alianza para presentarla al mundo como el muro inexpugnable de la libertad de nuestros Estados. Contestadme por el conducto del Gobernador Intendente de Concepción a quien he encargado trate este

interesante negocio, y me avise de nuestra disposición para dar principio a las negociaciones. Entre tanto aceptad la consideración y afecto sincero con que desea ser vuestro verdadero amigo.

"Bernardo O'Higgins R.

"Santiago, Sábado 13 de Marzo de 1819."

Carta dirigida por el Director Supremo de la República de Chile a los habitantes de la frontera del sur, http://www.mapuexpress.net/?act=publications&id=4038.

Un acorralamiento permanente

Es claro que cuando hablo de la llamada –por la historia oficial– "Pacificación de la Araucanía", se trata, más allá del absurdo eufemismo, de una invasión y conquista de tipo militar, bajo una definición político-militar y cuyo objetivo preciso era establecer un estado de dominación y dependencia del pueblo-nación mapuche con carácter definitivo y crear las condiciones para la integración forzada del conjunto de los mapuche. Si eso significaba la desaparición y aniquilamiento de muchas comunidades, nada importaba. Y así sigue siendo hasta hoy, ¿no es así? Es que el proceso independentista chileno de comienzos del siglo XIX tuvo desde el inicio el influjo poderoso de un sector criollo aristócrata, que pretendía controlar la economía a través de la independencia política y económica y la consiguiente liberalización del comercio y el control y propiedad de las tierras. Desde el inicio, aunque de modo menos explícito que al promediar el siglo, ambicionaban la conquista de los territorios mapuche para consolidar un nuevo Estado más poderoso. Este curso termina en la conquista abierta y paulatina del territorio mapuche, cuvo episodio fundamental fue la invasión militar que culminó en la derrota parcial y temporal de los mapuche hacia 1881. Esa partir de este momento en que se pondrá en marcha la llamada "reducción" de nuestras comunidades, una copia del modelo implantado dolorosamente a los indígenas en Norteamérica por los Estados Unidos. Imagínese, la población mapuche había disminuido a sólo 200 mil personas. Este proceso sigue vigente, se mantiene desde 1881 hasta hoy porque sirve como base jurídica y política a la dominación y opresión que vive nuestro pueblo. Por eso reivindicamos el derecho a rebelarnos, porque todavía sufrimos las consecuencias de la ocupación militar que ejecutó el Estado chileno. Se trata de un colonialismo ideológico y cultural, que sobre la base de la rapiña de tierras, la disgregación, los desplazamientos forzados, la migración, en fin, el "reduccionismo", habilita un estado de dominación de base militar que reproduce una institucionalidad opresora no mapuche, más bien antimapuche. No exagero para nada. Recuerde que este proceso colonialista opresor se va a reforzar con la importación de población extranjera a la zona, tanto chilena como europea. Este poblamiento de colonos tuvo como objetivo conquistar y ocupar todos los espacios que eran de vital importancia para nuestro pueblo, tanto desde la perspectiva económica y física, como espiritual. Se trató de un acorralamiento permanente. Para darle legitimidad, se dictó una legislación cuyo propósito fue validar la usurpación y proteger los intereses de los nuevos colonizadores. Manejamos con mucha fuerza estos hitos históricos y su significación en la lucha actual por la reconstrucción de la nación mapuche, a través de un proceso de liberación nacional.

Mi visión es que, una vez lograda la independencia de España, se comenzó a constituir en la naciente república chilena un grupo oligárquico que fue adquiriendo cada vez mayor relevancia económica y política, hasta conseguir ser los gestores de un proceso de ocupación e invasión de los territorios indígenas. Se planteó, usted sabe, como una forma de consolidar económicamente a la república naciente y lograr una independencia económica definitiva de la ex metrópoli. Así, la oligarquía chilena comenzó a crear las condiciones sociopolíticas y discursivas para las campañas de ocupación. Una vez consolidada la ocupación militar, fueron precisamente estos grupos los que concurrieron al reparto de las mejores tierras, junto a la oficialidad del ejército" chileno. Recuérdese, además, que estos grupos fueron desarrollando una mentalidad basada en el "patriotismo", como idea fundamental para el fortalecimiento de los Estados Naciones.

Si bien estos fueron los objetivos primordiales que motivaron la ocupación e invasión de los territorios mapuche, con una estrategia eminentemente militar, hay que señalar que hubo otras condiciones que posibilitaron la conquista, tales como la evangelización, el comercio, la educación. Pero el factor culminante, que es el pilar de los otros, fue la incorporación de colonos extranjeros y el poblamiento por criollos, porque permitió la ocupación física del territorio y la consolidación del despojo. Surge entonces un sistema de propiedad latifundiaria usurpada y con ello la acumulación de riquezas a través de la agricultura y la ganadería, mediante la sobreexplotación de los suelos del territorio ancestral mapuche. En los decenios posteriores habrá una reconversión de las actividades económicas hacia procesos de inversión capitalista de carácter depredador en el marco de la imposición por el Estado chileno de un modelo económico de tipo neoliberal.

Es necesario tener en cuenta que fueron estos grupos (oligarquía chilena, militares y colonizadores criollos y foráneos), quienes cimentaron una estructura de dominación en la Araucanía en base al despojo. Es lo que denominamos el "sistema de usurpación territorial". Ellos sustentan, hasta hoy, una doctrina de la ocupación que se manifiesta, en la cultura del latifundio, conservadora e ideológicamente de derecha. Esta corriente atraviesa todos los ámbitos del quehacer administrativo y político, desde el fin de la Guerra de Arauco. Por eso, la Araucanía es considerada un bastión de la derecha y de las posiciones conservadoras más recalcitrantes.

"Muchos observadores que han tratado de comprender su carácter, han creído que, estando dotados de sensaciones como todo ente racional, al fin se han de convencer i reducir, aspirando a disfrutar del bien i los placeres que proporciona la vida social ilustrada; pero nada de eso hay que esperar de ellos, como lo enseña la experiencia de siglos; pues no solo se oponen a la civilización, por la fuerza de sus pasiones y costumbres materiales con que están brutalmente halagados, sino por sus ideas morales que tienen bastante malicia y cavilosidad para discernir".

El Mercurio de Valparaíso, 11 de mayo de 1859.

"En efecto, siempre hemos mirado la conquista de Arauco como la solución del gran problema de la colonización y del progreso de Chile, y recordamos haber dicho con tal motivo que ni brazos ni población es lo que el país necesita para su engrandecimiento industrial y político, sino territorios; y ésta es sin duda una de las fases más importantes de esta gran cuestión nacional".

El Mercurio de Valparaíso, 24 de mayo de 1859.

'El día 22 llegó la división de Angol, trayendo mil cuatrocientos animales vacunos, trescientos caballares y un poco de ganado lanar y habiendo consumido en el rancho de la tropa de ocho a diez mil ovejas. "Se han incendiado como 500 casas y una gran cantidad de sementeras de trigo y chácaras pertenecientes a las tribus enemigas.

'Este escarmiento parece que ha producido un buen efecto entre los indios que no han tomado parte en la guerra; y por eso se han presentado sumisos y obedientes. En cuanto a los moluches, que son los únicos sublevados, es de esperar o que se sometan a las Autoridades de la República o que emigren de las tierras que ocupan entre el Cautín y el Malleco, las cuales han sido casi del todo asoladas por las diferentes divisiones que han salido de nuestra línea de frontera.

"Si el gobierno continúa por un año más castigando a estos salvajes ladrones, la tranquilidad de la Araucanía quedará asegurada para siempre; y nuestras fuerzas podrán ocupar las riveras del Cautín o cualquier otro punto que se considere aparente para vigilar el movimiento de las tribus indígenas e impedir que se unan en contra nuestra. Esta vigilancia no es fácil tenerla desde la línea del Malleco por la distancia en que se encuentra del centro de las tribus rebeldes...".

El Mercurio de Valparaíso, 5 de abril de 1869.

Nuestro pueblo enfrentó una debacle

Como ya le he señalado, la ocupación de la Araucanía fue un proyecto de liquidación del pueblo mapuche. Significó la expoliación del territorio, el desplazamiento forzado, el exilio. Muchos guerreros cayeron en batalla o se quitaron la vida. Otros vivieron de allí en adelante en permanente congoja. El desarraigo es una pena mayor para el mapuche, usted entiende.

Los estados nacionales socavaron la sociedad mapuche. Tanto en Chile como en Argentina, se propusieron la expoliación, la usurpación del territorio. Actualmente, nosotros no entramos a ese debate sobre el Wallmapu de aquel tiempo. Trabajamos con períodos históricos y con la idea de territorialidad que es posible sostener en el tiempo que vivimos. En Argentina hay también procesos de reivindicación. Los puelche nos han visitado y nos han dicho que

piensan en una rearticulación. Es algo que está en la historia y, si no, recuerde la relación entre Kalfukura y Kilapang.

Ahora bien, la última resistencia transcurrió entre 1861 a 1883, cuando tuvo lugar la invasión y conquista del Wallmapu por parte de los Estados de Chile y Argentina a través de sus respectivos ejércitos. Trajo como consecuencia la pérdida de más del 95% de nuestro territorio ancestral; fue una derrota, una tremenda derrota, pero parcial, porque no puso fin al espíritu de defensa y rescate de nuestra identidad y nuestros derechos. ¿Por qué aquello que defendimos con éxito frente a los soldados españoles, bien armados, experimentados en las guerras europeas y bien entrenados, no pudimos defenderlo ante la invasión chilena? Uno de los principales factores que explica la resistencia mapuche centenaria fue la participación de todo el pueblo en la guerra y la acertada conducción de nuestros estrategas militares. Especial importancia tuvo la fuerza cultural y religiosa dé los mapuche, que fue el elemento espiritual que sostuvo una lucha que no sólo defendía el territorio y la autonomía, sino también la identidad, la cultura, es decir, un modo propio y singular de vida. Pero cuando los españoles previeron que no podrían derrotar militarmente a los mapuche, readecuaron su estrategia: mantuvieron una fuerza militar activa y eficaz y la suplementaron con la diplomacia de los pactos y tratados que reconocieron poder e interlocución a algunos sectores mapuche más que a otros. La intromisión política, comercial y religiosa de los españoles, en que las misiones jugaron un rol primordial, se fue consolidando. Se mermó entonces la unidad mapuche. El naciente Estado chileno asumió esta política e impulsó una guerra que fue ocupando territorios mediante fortificaciones con influencia acotada, es decir, una forma de guerra de posiciones que se conoció como "avance de las líneas de la frontera". El proceso culminó, como usted sabe, en 1881 con la refundación de Villarrica. En paralelo, un proceso parecido ocurría en Argentina, al otro lado de la cordillera. Habría mucho qué decir sobre la llamada "pacificación de la Araucanía", pero quisiera subrayar un hecho que probablemente es poco conocido: los chilenos incorporaron un importante factor técnico, el fusil de repetición Remington, que generó estragos en la población mapuche y aumentó aún más la ventaja considerable de la fuerza invasora en el plano táctico militar. En lo estratégico, fue desfavorable para la lucha de la nación mapuche el surgimiento en su interior de sectores que promovían una salida pactada. Esta política fue desmovilizadora, e impidió que enfrentásemos adecuadamente la arremetida militar final.

Es cierto que a partir de la derrota nuestro pueblo enfrentó una debacle casi definitiva, sin embargo no se rindió. ¿Por qué la magnitud de este desastre? El empobrecimiento generalizado que resultó de la perdida del territorio y la nula posibilidad de ejercer el derecho a autogobernarse, se suman al enorme impacto que implicó cercenar al mapuche de elementos centrales en su idea de la vida, de cultura. Esas eran la base, por siglos, de su propio desarrollo y autogobierno. Luego de la guerra del Estado chileno contra el pueblo mapuche, perdimos todos los derechos fundamentales que nos son inherentes como pueblo originario y que dicen relación con los elementos sagrados y la dimensión espiritual que dio sustento a nuestras formas de vida. Con la imposición de las reducciones se generó una situación de estrechez tal, que hizo imposible todo tipo de desarrollo. Esas pequeñas extensiones de tierra que nos fueron asignadas solo permitían una pobre sobrevivencia y representaban la desvalorización absoluta y permanente de nuestras instituciones culturales. La "campesinización" forzada y el

cataclismo cultural, debilitaron la identidad propia y dieron lugar a un círculo vicioso. Usted sabe, los nombres de las personas fueron trastrocados, los nombres de pila se convirtieron en apellidos. Estos cambios afectaron el tuwun y el kupalme. Fue una política consciente, destinada a erosionar una identidad para exterminar un pueblo. Por eso, designar hoy a un niño o niña con un nombre mapuche es un comienzo, porque contribuye a mantener vigente la consanguinidad con la espiritualidad propia y a la vez nos permite ir desarrollando el gran proceso de autoafirmación étnica nacional, elemento tan necesario para sentar las bases de nuestra liberación.

En cuanto al territorio, la guerra puso fin al espacio físico salvaguardado por siglos. Fueron los colonos y los chilenos quienes, una vez ocupado militarmente el Wall-mapu, se dieron a la tarea de conquistarlo y dominarlo. Para lograrlo, acorralaron cada vez más a las comunidades mapuche en una suerte de sobrevida. Los mapuche, que poblaban cerca de 10.000.000 de hectáreas quedaron reducidos a poco más de 500.000 hectáreas. O sea, 6,1 hectáreas por cada mapuche, en promedio. En el mismo período, 9 millones de hectáreas fueron asignadas a los colonos con un promedio de 500 hectáreas por cada nuevo propietario. A cada uno. ¡Solamente mil nuevos colonos obtuvieron prácticamente la mitad de tierras que los 83.000 mapuche que accedieron a territorios de las reducciones!

En Argentina, la usurpación territorial se denominó "Campaña del Desierto" y fue impulsada en los mismos años.

De ahí en adelante el pueblo mapuche nunca creció. La guerra de Arauco fue un etnocidio. Hoy, proponemos reconstruir y recomponer la territorialidad para restablecer equilibrios mínimos. La lucha por la tierra es la esencia de nuestro movimiento. Con esa lucha renace el guerrero, el weychafe. Su figura cautiva a toda una nueva generación.

"Señor Presidente: ha sido Angol ocupado sin resistencia alguna. Puedo asegurar a Ud. que salvo pequeños tropiezos de poca importancia, la ocupación de Arauco no nos costará sino mucho mosto y mucha música".

Párrafo de carta del General Cornelio Saavedra al Presidente José Joaquín Pérez, dando cuenta de la ocupación de Angol, 1862, citado en Leandro Navarro Rojas, "Crónica militar de la conquista y pacificación de la Araucanía desde el año 1859 hasta su completa incorporación al territorio nacional", editorial Pehuén, Santiago de Chile, 2008.

"Ya sabrá la mortandad de indios que los soldados del Gobierno hicieron en la cordillera de Lonquimay y también el buen golpe que les dieron entre los llanos de Angol y Huequén. Lo cierto es, amigo, que esta vez los soldados han arreado muchas haciendas de Lonquimay y también muchas familias indias. Los indios muertos pasan de seiscientos, las lanzas que dejaron en su arrancada pasan de ochocientos y las familias hasta cien entre mujeres y chiquillos. ¡Qué tal amigo! ¿Qué le parece? Ya

Quilapán, si no ha escarmentado, estará tristísimo con la pérdida de mocetones, mujeres, chuquillos y animales (...)

"Participe estas noticias a Melivilo, a su hermano, Neculman, Lemunao, Cativalj Nancucheo. Hágales saber a los nombrados que para la luna de marzo, tendremos en Toltén una junta con el fin de tratar con los amigos de paz que la junta la hace don Cornelio Saavedra y el señor Ministro de Guerra, por encargo del Presidente de la República; que los buenos amigos, amigos de la paz, deben venir a dar su mano derecha, so pena de ser condenados como enemigos del Gobierno y amigos de Quilapán y que la junta será importante, porque el Ministro y don Cornelio traen palabras muy buenas, como que la palma de olivo para los buenos Caciques".

Párrafos de la carta del Mayor Orosimbo Barbosa, escrita en 1869, al Cacique Manuel Burgos de Maquehua. Citada en Leandro Navarro Rojas, "Crónica militar de la conquista y pacificación de la Araucanía desde el año 1859 hasta su completa incorporación al territorio nacional", editorial Pehuén, Santiago de Chile, 2008.

La República resignó la aspiración "lautarina".

Gonzalo Barrientos –alias de Pedro Calvo–, oficial de Pizarro que fue desorejado por ser autor de un robo, formuló al sorprendido Michimalonco una profecía que se superó a sí misma. Barrientos, o Calvo, el desorejado, fue al parecer el verdadero "descubridor" de Chile si no consideramos tal a Hernando de Magallanes que exploró el estrecho que hoy lleva su nombre en 1520. Efectivamente, el desorejado, lleno de vergüenza por el signo imborrable del hurto visible en su rostro, recurrió, al parecer, a los buenos contactos de su esposa, una indígena emparentada con Atahualpa, para obtener consejo y ayuda. Logradas ambas cosas, partió hacia el sur a esconder su humillación y consiguió hacerse parte de las tribus que comandaba Michimalonco en el valle central de Chile, tres años antes de la llegada de la expedición de Diego de Almagro a Quillota. Cómo lo hizo, no lo sabemos, pero vivió con los indígenas durante ese tiempo y vestía como ellos cuando las huestes españolas anhelantes de metales preciosos fueron festivamente acogidas por el cacique, que siguió en esta materia la recomendación del desorejado. Barrientos parece haber sido un hombre aficionado a decir la verdad: a los conquistadores entregó el decepcionante informe que no esperaban, concretamente que en Chile no encontrarían grandes cantidades de oro y tampoco de plata. Luego sirvió a Almagro como traductor y regresó con él al Perú, donde se dice que murió en alguna de las múltiples refriegas entre los propios españoles, frecuentes en ese tiempo azaroso, particularmente marcado por la ambición.

Es de suponer que para convencer a Michimalonco —que más tarde fue un potente contendor de los conquistadores—, sobre la necesidad de agasajar a visitantes que iban dejando un reguero de crueldad a su paso, le dijo otra verdad. Fue esa suerte de profecía que, sin saberlo el desorejado, iría incluso más allá de su propia humana percepción de entonces: la llegada de los españoles no era un simple episodio que con el regreso de Almagro llegaría a su término. No, los españoles continuarían llegando; Almagro era el primero, o el segundo, después de él mismo, pero vendrían otros. Pedro de Valdivia lo

confirmaría algunos años más tarde y García Hurtado de Mendoza, luego... y así, muchos otros. Lo que Calvo Barrientos no podía apreciar era que, incluso una vez derrotada la corona española a comienzos del siglo XIX, los españoles seguirían allí, ahora en otra condición, con otro estatuto, pero su mirada conquistadora y despectiva, codiciosa y depredadora, sería heredada por la república chilena nacida de la colonia y la guerra de independencia.

En el trazo grueso, uno puede afirmar que en los casi cinco siglos transcurridos desde la llegada de Magallanes, Calvo Barrientos y Almagro, bajo diferentes expresiones institucionales e ideológicas, aquello que define toda esa extensa época son abusos y maltratos que fueron comunes en toda América y que constituyeron un genocidio de incalculable magnitud. Guzmán Poma de Ayala los denunció en el Perú en sus crónicas de comienzos del siglo XVII, convenientemente perdidas y ocultadas por trescientos años. Pero no fue el único y las protestas lograron filtrar la poderosa censura: la encomienda, la mita, la reducción, un mundo de esclavitud y explotación. Después de varios siglos, es verdad que los españoles ya no se desorejan entre sí, ni tampoco sus sucesores, nosotros los chilenos, ni tampoco los hispanos ni los criollos desorejan a sus súbditos o a los sectores sociales dominados, pero también es cierto que modernas formas de "desorejamiento" han remplazado la pérdida física del pabellón auditivo.

La naciente república, más allá de los destellos de reconocimiento "del otro", contenidos en la carta de O'Higgins de 1819, se fue constituyendo sobre la matriz racional europea heredada de la Revolución Francesa. Chile fue un territorio en busca de una identidad que era preciso configurar y en ese camino la Opción oligárquica no tuvo rival. Poco duraron los resplandores liberales de Mora o de Freiré. Portales inviabilizó cualquier proyecto de integración política al derrotar a la Confederación Perú Boliviana y al Mariscal Santa Cruz, un miembro de las logias lautarinas. Luego serían derrotados los liberales de La Serena y su República de los Libres, y los de Concepción, encabezados por el general Pinto, en la guerra civil de 1851, apenas asumido Montt. Mañil Huenu, el gran cacique mapuche de la primera mitad del siglo XIX, vio así frustradas sus esperanzas de convivencia entre el nuevo Estado chileno y el pueblo nación mapuche. Su hijo, Quilapán, a quien Mañil había enviado a Argentina a formarse con Juan Calfucura, el poderoso cacique nacido en Chile y emigrado al Puelmapu, conocido como el "emperador de las Pampas", libraría denodadas batallas y sería derrotado durante la ocupación de la Araucanía. En 1870, el telégrafo llegaría al territorio de la Frontera y daría una ventaja adicional alas fuerzas militares chilenas. En 1879, la nueva República derrotaría nuevamente a Perú y Bolivia en la Guerra del Pacífico, incrementaría su territorio con las ricas provincias del norte y agregaría nuevos elementos a esa identidad propia, afanosamente buscada por sus dirigentes. En 1890, el viaducto del Malleco uniría mediante el ferrocarril el Chile central con la Araucanía.

En fin, en 1876, Vicuña Mackenna había escrito su libro sobre Lautaro: admirativo, fervoroso, maravillado de cómo un "salvaje" había ejecutado tantas proezas militares. Su operación era explícita: despojar a Lautaro del aura legendaria que lo había convertido en una figura histórica endiosada por historiadores y literatos, para "presentar al héroe araucano tal como fue –indio, bárbaro, vicioso, bravo, heroico, guerrero de grandes dotes naturales, patriota sublime—, todo a un tiempo y en el breve día en que vivió. Todo eso fue Lautaro a juicio nuestro; porque no por ser libertador dejó de ser bárbaro, no por ser héroe se desnudó de sus hábitos ni de las pasiones de su raza". El texto de Vicuña Mackenna es uno de los signos que marcan la emergencia de la esquiva identidad "chilena", supuestamente blanca, europea, superior racial y culturalmente a los pueblos originarios, esas razas primitivas y salvajes, según la mirada chilena, que habitaban nuestro territorio.

En el escudo de la Patria Vieja, elaborado en 1812, aparecían un soldado y un indígena en los flancos. Durante el siglo XIX, la imagen no sólo se hizo borrosa, sino que, desde el respeto y la admiración expresados por O'Higgins, la república chilena transitó a la conquista del Wallmapu y al sometimiento de sus habitantes. La imagen de Lautaro se fue haciendo más poética y más distante, pasó a ser un antepasado muy lejano que no logró reproducir sus virtudes en sus descendientes —herederos, según la visión chilena, sólo de sus defectos. La República resignó la aspiración "lautarina" que habían sostenido sus fundadores, e incluso convirtió el mestizaje en ignominiosa desventaja social, para reclamar hasta en sus voces más ilustradas, haber pasado la prueba de la blancura.

3. Lo indígena y lo popular

Mis padres eran mapuche sin tierra.

Los mapuche nos identificamos por nuestro tuwun y nuestro kupalme. Yo creo que muchos saben esto, pero es bueno recordarlo: el tuwun es el lugar de donde uno es, se trata de una identidad espacial. Es el fundamento básico de la familia. El kupalme es el ascendiente, la parentela, el linaje. Es el lazo sanguíneo que une una comunidad familiar que ha determinado vivir en un espacio territorial que identifica y une a sus miembros.

En cuanto al espacio, el pueblo mapuche se rige por leyes de convivencia, entre sí y con el medio que los rodea. Esas leyes establecen cómo debe comportarse el mapuche consigo mismo, con los demás y con su entorno, en un contexto de unidades que se conocieron como los fütalmapu o grandes territorios. Estos eran el producto de la unión de los aillarewe y éstos a su vez de los rewe, que pueden componerse de una o varias comunidades, o lof.

En el pasado se conocieron cuatro grandes fütalmapu. En cuanto a la relación de parentesco, hay que considerar que no se refiere sólo a la consanguinidad. También dice relación con el parentesco de suelo o de hábitat común. De este modo, todos aquellos que viven en un lof determinado, son parientes en tanto comparten y asumen una filosofía de vida común y prácticas comunitarias que los entrelazan. Las relaciones de parentesco se sitúan básicamente en la comunidad, pero existen relaciones entre las comunidades, que se refuerzan por cuestiones que pueden ser afectivas y políticas. Las comunidades son autónomas en sus asuntos y relaciones internas, pero deben estar en una interrelación muy

estrecha con otras comunidades, la que se ve reforzada por ciertos eventos, como los matrimonios y las alianzas de orden político. Este tejido fue muy importante para una defensa territorial mayor. ¿Mi tuwun? ¿Mi kupalme? Soy un mapuche que nació el 19 de noviembre de 1967 en Osorno; hijo de Juan Llaitul y Florinda Carrillanca, ambos mapuche-huilliche originarios del interior de San Juan de la Costa, descendientes de líneas troncales mapuche-huilliche de Kofalmo Quilacahuin y del Riachuelo El Bolsón. Debo explicarle que mi padre llevaba el apellido Llaitul, aunque su apellido original debió ser Llanquilef. La desestructuración del mundo comunitario mapuche posibilitó este hecho. Mi padre había nacido fuera de una familia, llamémosla, "formalmente constituida" y por eso se le asignó un apellido que no era el de su progenitor, sino que de la parte materna. Su padre, José Llanquilef, mi abuelo, no lo reconoció. Mi abuelo era un mapuche conocido, un longko de la zona de Kofalmo, destacado en su comunidad. Poseía tierras y animales, una embarcación a vapor que cruzaba el río Rahue, fabricada por él mismo, y era dueño, además, de la balsa que unía ambas orillas. En la época en que comenzaron a usarse microbuses en el sector, mi abuelo fue el propietario del vehículo que servía en la zona.

José Llanquilef fue un hombre muy serio, muy dedicado a sus diversos oficios, tanto como campesino, carpintero, albañil y pequeño emprendedor. De alguna manera, reivindico el vínculo con mi abuelo, un mapuche williche que representaba con mucha dignidad su condición, con un fuerte ascendiente en su linaje social y cultural, un longko que persistía en la defensa de sus tradiciones y las de su comunidad. Hay un hermoso poema en su memoria escrito por Jaime Huenun. En cuanto a mis abuelos maternos, eran como las numerosas familias mapuche de antaño, empobrecidas por el proceso de reduccionismo territorial. Los Carrillanca Treimun me retrotraen a una vida de esfuerzo y sobrevivencia. Mis padres eran mapuche sin tierra. Como mi padre perdió su tuwun y kupalme, no recibió herencias, por decirlo de alguna forma, y trabajó siempre para poder sobrevivir. La familia, por el lado materno, era muy grande y el pedazo de tierra que hubiera correspondido a mi madre era insignificante. Por tanto, nunca lo reclamó. En definitiva, mis padres pasaron a engrosar la diáspora en la periferia de Rahue, en Osorno, como muchos en la zona williche. Si bien mi padre y en cierta forma mi madre, no tuvieron educación formal, poseían todos los saberes propios del trabajo en el campo y de la vida comunitaria y los trasmitieron a sus hijos. Usted no sabe cuánto les agradezco aquello, porque esos conocimientos han favorecido mi vida militante y me han permitido, como hombre de trabajo, sobrevivir ejerciendo diversos oficios y me han mantenido libre paternalismos.

Juan Llaitul y Florinda Carrillanca se conocieron allí, en pleno desarraigo. Después de arrendar una pieza, se hicieron de un sitio de poco valor y construyeron una casita. Era una vivienda de pobres, auto construida por mi padre en un pequeño terreno que valía muy poco y que él fue pagando con su trabajo. Allí vive mi madre hasta hoy. Ellos trabajaron incansablemente para habilitarlo y protegerlo de las crecidas del agua, con ripio y mucha tierra. Pero, a pesar del esfuerzo, el desborde del río Rahue, todos los años, parecía una condena perpetua. Las aguas hacían de las suyas. El sector de donde provengo es un territorio de confluencia de ríos. Al Rahue que surge desde el lago Rupanco se le suman el río Negro y el río Damas. Es una metáfora de la confluencia cultural que allí se fue gestando: en aquella zona, lo indígena y lo popular se hacían una sola y misma referencia. Por las razones que le he dicho, no tuve en

los hechos abuelos paternos; la única familia de mi padre, fue la que constituyó con mi madre. Ella, en cambio –¡tremendo contraste! –, tuvo dieciséis hermanos. Trece de ellos sobrevivieron hasta la adultez. Mi madre, Florinda, era la hermana menor. Alcanzó solo la instrucción básica y salló a trabajar siendo aún una niña y, ya adolescente, se desvinculó del núcleo familiar. El matrimonio de mis padres generó y llevó a cabo la crianza de seis hijos, cuatro, de ellos aún vivos. Soy el tercero de los seis hermanos. Dos pudimos acceder a la Universidad. En el contexto de entonces, solo se vislumbraba para nosotros una vida nomapuche, de desarraigo y transculturización. Debo reconocer que este hecho afectó en demasía mi reincorporación al mundo mapuche, pero no la limitó.

Mi hijo no ha matado a nadie

La conocí en Cañete durante las sesiones del juicio oral. La Fiscalía aspiraba a que el hijo de Florinda Carrillanca y de su marido Juan Llaitul, fuera condenado a ciento cinco años de cárcel por delitos tipificados en la Ley Antiterrorista. Ahora estamos en la Corte Suprema. Florinda Carrillanca, una mujer mapuche de setenta y tres años (a comienzos del 2011), es la madre de Héctor Llaitul. Carrillanca sostiene en su mano un afiche exigiendo la libertad de su hijo y está junto a un grupo de jóvenes vestidos con atuendos mapuches en las afueras de la Corte Suprema, frente a la puerta de calle Compañía. La acompaña la vocera de los presos políticos, la joven Natividad Llanquileo.

Los fiscales del juicio de Cañete, luego de las huelgas de hambre de los reos, habían resuelto no insistir en acusarlos por delitos terroristas, si bien todo el proceso se había desarrollado en el marco de la Ley Antiterrorista. Para la señora Carrillanca, la huelga de hambre fue la única manera de que la justicia y el gobierno los escucharan. Habla con voz baja y pausada. Me mira directamente a la cara y dice que su hijo no es un delincuente, que no ha cometido asesinatos ni ha arrastrado cajeros automáticos para quedarse con el dinero. Sube un tanto su tono y su molestia es evidente: "dicen que en Chile no sobra nadie, pero parece que no es verdad y que hay quienes piensan que los mapuche estamos de sobra...".

La señora Florinda nació en la provincia de Osorno. Héctor es su tercer hijo y ella lo define como un luchador por los derechos de su pueblo. Le recuerdo que el diario El Austral de Osorno lo bautizó cómo "el huilliche que revolucionó la Araucanía". Ha de gustarle, pienso, pero no advierto ningún gesto de su parte que me lo confirme. No hay nada fatuo en sus maneras sencillas y la autenticidad de sus palabras. Su denuncia es directa. "Nos despojaron de nuestras tierras", me dice, "y se están haciendo ricos explotándolas". Doña Florinda ha viajado más de mil kilómetros para estar presente, apoyar a Héctor y denunciar el despojo y represión del que es víctima el pueblo mapuche.

Los alegatos van a comenzar y la pequeña explanada frente a la Corte comienza a vaciarse. Entramos. El edificio, sus imponentes pilares de mármol, las suntuosas escaleras, los techos altísimos, el mobiliario fino y lustroso de las salas donde los ministros se sientan bastante más alto que los abogados, acusados y público, parecen confabularse para infundir respeto, temor, obediencia. Me pregunto si la Corte Suprema ha tenido respeto por los ciudadanos y recuerdo los tiempos macabros de la dictadura y la complicidad de la mayoría de sus integrantes de entonces, con las violaciones a los

derechos humanos. Algunos ministros que integran la Segunda Sala, la "sala penal", eran ya jueces en esa época.

Mientras tanto, Llaitul, Llanquileo, Huillical y Huenuche han bajado en promedio más de 15 kilos cada uno, luego de dos meses huelga de hambre. Una más, luego de aquella que duró ochenta y días en el año 2010.

Sabríamos el resultado de la audiencia una semana después: el juicio no fue declarado nulo, pero la condena de veinticinco años aplicada a Llaitul en Cañete, con el voto de dos jueces y la disidencia de uno –significativa "rebaja" de los ciento cinco solicitados inicialmente la Fiscalía—, se redujo a catorce. Los testigos protegidos y la aplicación del procedimiento y normas de la Ley Antiterrorista, a pesar de haber cargos de terrorismo, quedaron en pie, validados por el máximo tribunal. Una vergüenza nacional que se seguirá discutiendo en los tribunales internacionales. Lentamente, claro. Por ahora, los condenados han de seguir en la cárcel de Angol en cumplimiento de sus penas.

La madre de Héctor Llaitul es circunspecta. Sabe que su teléfono en Rahue Bajo ha de estar, seguramente, interceptado y a los periodistas les dice cuando la requieren que no la llamen. Tampoco le gusta ser fotografiada. Pero cuando enfrenta las preguntas de la prensa es firme, de una sola línea. "Mi hijo no ha matado a nadie", dice. "El que ha matado es el Estado".

Y se siente orgullosa. Desde hace mucho tiempo... Mal que mal, Héctor Llaitul fue nominado el mejor estudiante del Liceo B-17 de Rahue, en 1983. Las autoridades le entregaron su diploma en la Plaza de Armas.

Sentí el racismo en la escuela y en el liceo

En la juntura de los ríos Bueno o Wenu, río de arriba o de las Estrellas, y Rahue, o río de las Canoas, vivían mis abuelos paternos, cerca de una villita llamada Quilacahuin, en el sector de las Juntas, allí donde convergen esos dos ríos mientras fluyen hacia la costa. Los pu williche poblaban muchos de los lugares productivos que generaban los ríos. Había allí colinas suaves donde asentarse, acceso a las vegas y condiciones para la crianza de animales. Pero mis padres pagaron el costo de la usurpación territorial y la paulatina pero efectiva desestructuración del mundo mapuche: el desarraigo. Ellos se establecieron en Osorno. Es por esta razón que, por mucho tiempo, me consideré un osornino, más bien un rahuino.

Osorno es una ciudad racista, donde la élite son colonos alemanes que tienen su propio "barrio alto". Sentí el racismo en la escuela y en el liceo, también en la población donde me crié. Porque hay que tener presente que el racismo está muy asentado también en los sectores populares. Yo siempre converso con mis hermanos de comunidad sobre el tema y nos preguntamos ¿por qué vivir allí, entre ellos, los racistas? El racismo nos golpea en cualquier parte fuera de las comunidades. No sé si me entiende bien: yo soy hijo de hombre y mujer mapuche que habitaban fuera de una comunidad mapuche. Entonces, yo sé cuan fuerte es el racismo. Tuve primos y primas, tías que negaban u ocultaban su condición mapuche, se rizaban el pelo para ocultar sus rasgos indígenas, querían perder los signos de identidad, porque la identidad sólo era rescatable en campos y ferias. Fuera de allí, la cultura chilena era la dominante y era racista.

Mi familia no tenía otra posibilidad más que enviarme a la escuela que estaba disponible. Me formé como niño "chileno", o sea, educado bajo la visión judeo cristiana occidental. Mi formación inicial fue en un medio que no era mapuche y tuve una educación winka, lo reconozco. En esa escuela no había ningún tipo de formación mapuche, por el contrario, era la época en que el dictador Pinochet había anunciado que ya no habría más mapuche, que todos seríamos chilenos... ¿Recuerda? En ese medio completé mi educación formal, hijo de padre analfabeto y de madre con escasa ilustración formal. Soy, como muchos en cierto sentido, la máxima expresión de la amalgama entre desarraigo y pobreza extrema. En todo caso, se lo digo con orgullo, en la escuela y en el liceo mantuve en alto mis raíces y mi origen, fui rebelde frente al racismo y a los prejuicios. De hecho, muchas veces me trencé a golpes para que me respetaran, traté de destacar en los deportes y en el rendimiento escolar. Esa fue, en ese entonces, mi manera de luchar por respeto y reconocimiento... para mí, mi familia y mi pueblo.

Sin embargo, más tarde, cuando comenzó el proceso de rescate de mi identidad como mapuche, empecé a dar mayor valor a mis orígenes y rememoré con mayor fuerza mi experiencia de niño, con las comunidades y con el campo en Huacowincul y Cantiamo Alto. Allí reconocí vivencias, tradiciones y la cultura williche, junto a mis tíos y a otros parientes. Porque si bien mis padres formaron su hogar en la ciudad, en completo desarraigo, nunca perdieron el vínculo con sus orígenes: toda su parentela básica estaba en las comunidades, en el campo. Acudíamos allí con cierta frecuencia, sobre todo cuando eran las cosechas o los mingacos. Recuerdo cómo, durante toda mi infancia, establecí fuertes lazos con el campo y con las actividades de mi parentela. Esa experiencia me ha anclado a mi condición mapuche. Generó en mí un fuerte apego a la tierra y a la naturaleza en general. Estos aspectos favorecieron en cierta forma mi desarrollo como militante de otros procesos de lucha. Por eso le digo, de mis padres rescato esa raigambre campesina mapuche. Ellos inculcaron en nosotros valores comunitarios y de solidaridad, propios de la vida en comunidad.

"OSORNO. La necesidad de reformar profundamente los códigos de agua y minería a fin de que no sigan siendo lesionados los derechos ancestrales de propiedad del pueblo mapuche williche de la Región de Los Lagos ha sido reiterada en el marco de una masiva marcha que ha tenido lugar este jueves en Osorno.

"Al mismo tiempo y en un contexto más general, ha sido reiterada la aspiración histórica del pueblo mapuche de alcanzar la autonomía territorial, política y cultural, y en cuya perspectiva actores y organizaciones de la etnia trabajan desde hace años a nivel nacional e internacional.

"Pese a la intermitente y helada lluvia que se ha dejado caer justo en el primer día del invierno en el sur, y coincidiendo con el año nuevo mapuche o wetripantu, unas 500 personas han marchadoalrededor del mediodía desde el sector de Quinto Centenario, cruzando por Rahue Bajo y luego por el centro de la ciudad de Osorno para concluir con discursos de los lonkos asistentes en Plazuela Yungay.

"La jornada, discretamente vigilada por Carabineros, se ha desarrollado sin incidentes y ha contado con la presencia de delegaciones de diversas localidades insertas en el llamado territorio del Butawillimapu, como Puerto Montt, Fresia, Purranque, Río Negro, San Juan de la Costa, Puyehue, San Pablo y Río Bueno, además de entidades mapuche de la zona urbana. Asimismo se han presentado para apoyar las demandas representantes de la CUT y de la Asamblea Ciudadana de Osorno".

Fragmento de "Osorno: más de ochocientos comuneros mapuche huilliche marcharon por la defensa del agua y sus territorios", en Red de Medios de los Pueblos, junio de 2012.

La grave crisis económica resintió a la dictadura

A su vez, heredé de mi familia un sentimiento de izquierda. En 1973, cuando se supo que Allende había muerto, recuerdo a mis padres llorando. Podría decir que ellos tenían cierta "conciencia de clase", que se sentían parte del pueblo. Rememoro escuchar a mi madre referirse a Pinochet como "perro" y "asesino". La vi patear la radio de ira al oír las noticias sobre el nuevo gobierno militar. Ella decía que los ricos, para sabotear a Allende, habían botado la leche a los ríos y ahora los llenaban de sangre. Estas expresiones, esas imágenes, calaron muy profundo en el niño que yo era.

Siendo muchacho, me marcó mucho el caso de la familia Leveque, vecinos nuestros. Habían desaparecido dos o tres de sus miembros y el hecho era ampliamente comentado en la vecindad. La represión hacía estragos evidentes. También recuerdo al vecino Quezada, un agente colaborador de la dictadura. A los niños nos daba miedo pasar frente a su casa, no fuera a ser que nos ocurriera lo mismo que a los Leveque...

Pero fue en el liceo donde primero me vinculé a un grupo de izquierda. Éramos bien inquietos. Violeta Parra, Víctor Jara, la Nueva Trova y toda esa música me hacía vibrar y más tarde, Silvio, los Inti Illimani, Illapu. En verdad, me impactaban.

A partir de los ochenta, tuvieron lugar las protestas. La recesión resultante de la grave crisis económica resintió a la dictadura. La situación era apremiante, las necesidades básicas insatisfechas eran visibles. Recuerdo a mucha gente golpeando las puertas y pidiendo un trozo de pan. Comenzaron entonces las manifestaciones espontáneas, masivas; más tarde con barricadas y una fuerte resistencia. Participé en esos acontecimientos junto a un hermano. Me pareció que lo que hacíamos era audaz, que tenía un componente aventurero. En las barricadas buscábamos el riesgo. Recuerdo también que un vecino tenía una vulcanización y nosotros le dábamos una mano en su negocio para que nos pasara neumáticos que pudiéramos utilizar en las barricadas. Uno avanzaba, lanzaba piedras y escapaba para esperar una nueva ocasión, volver a avanzar y arrojar el peñascazo. Yo tenía 12 ó 13 años...

Mi padre fue jornalero en la CCU, la Compañía Cervecerías Unidas. Quedó cesante en aquel período y la falta de trabajo nos golpeó duro. Mi madre lavaba

ropa y no conseguía por esa tarea suficientes ingresos. Muchos de nuestros amigos enfrentaron una situación parecida. La comida escaseaba y generalmente lo que comíamos estaba aguado... Usábamos la "harinilla" que se utiliza para alimentar animales y con eso hacíamos pan y sopaipillas. Compartíamos lo que teníamos con los vecinos pobres que habitaban las casas vecinas, todas de piso de tierra, y nos encontrábamos en los espacios traseros. Éramos algo así como una suerte de familia extendida, compuesta por puros desamparados.

Como le dije, en el liceo accedí a un nivel político elemental. Partía temprano a clases y, en un tramo del camino, podía oír la radio Cooperativa, la única que valía la pena escuchar en aquel entonces. No podíamos coger la señal en nuestra propia radio, pero había un vecino que salía a barrer todos los días, abría las ventanas y ponía la Cooperativa a todo volumen. Yo escuchaba sus ecos al acercarme a su casa, lo saludaba religiosamente al pasar y continuaba mi camino oyendo la Cooperativa que a medida que me alejaba parecía irse desvaneciendo. Entendía que él quería que muchos pudieran oírla.

Fue a través de los informativos como ese y de las denuncias contra la dictadura, que se fue formando en mí una conciencia política que, posteriormente, fue configurando un primario perfil militante por la causa de los oprimidos en general.

Recuerdan a los Leveque y a otros osorninos

Rodolfo Iván Leveque Carrasco había nacido en 1951; era pintor y estudiante y había sido elegido Secretario General de las Juventudes Comunistas de Osorno. Su hermano, Raúl Bladimir Leveque Carrasco, era dos años mayor, soltero, minusválido. Y no tenía trabajo, al menos no para el 15 de septiembre de 1973, cuando ambos fueron violentamente arrestados por Carabineros en casa de sus padres, sector de Rahue, Osorno. Eran hijos de Raúl Leveque, uno de los fundadores del Partido Comunista en la ciudad.

Han pasado casi treinta años y aún la prensa local registra pequeños actos que, todos los meses de septiembre, casi siempre en día lluvioso, recuerdan a los Leveque y a otros osorninos aún desaparecidos. Los desesperados esfuerzos del padre y de la madre de los jóvenes y de la pareja de Rodolfo, no hallaron eco y, por el contrario, todo tipo de obstáculos –fueran éstos administrativos o el simple abuso de poder–, les impidieron obtener algún informe acerca de sus hijos.

Cinco años después, la señora Uberlinda Inés Carrasco Carrasco, madre de los hermanos Leveque, pudo interponer una querella judicial: "El día 15 de septiembre de 1973, estando Raúl Bladimir y Rodolfo Iván en el domicilio de sus padres, esto es, Tarapacá 145, a eso de las 10 horas, se detuvo un furgón de Carabineros de la Tercera Comisaría de Rahue frente a la casa y de él descendieron 8 funcionarios al mando de un teniente joven, todos los cuales rodearon la casa, cerrando el sector y luego, sin orden alguna y actuando violentamente, entraron a nuestro domicilio, llegando hasta el dormitorio donde se hallaban los nombrados. Todos portaban armas, con las cuales amenazaron a los jóvenes y bajo insultos, empujones, puntapiés, los sacaron a la calle haciéndolos subir al furgón a punta de metralletas, empujones y groserías. Entre los funcionarios que intervinieron en la detención reconocieron al sargento primero José Estuardo Muñoz Vera, al suboficial Francisco Inostroza Baeza, al Carabinero Mario

Maragaño Oyarzún y a Gustavo Muñoz Albornoz, todos los cuales eran conocidos del sector por pertenecer a la Tercera Comisaría de Rahue, la que estaba al mando del entonces mayor Adrián José Fernández Hernández, quien tenía activa participación en la persecución de los elementos de izquierda, al igual que el cabo Elíseo Águila y un tal Canales". Su relato agrega: "Aterrorizada como estaba toda la población civil, sólo al día siguiente nos atrevimos a ir a preguntar por los detenidos a la Tercera Comisaría, en donde nos los negaron. Mi marido, sabiendo por otras personas que sí permanecían en el Cuartel, optó por presentarse para que a él lo dejaran detenido y así ver a sus dos hijos, pero cuando ello ocurrió ya los habían sacado del Cuartel". Más adelante declara: "Ante esta falta de atención y la protección que se prestaba a quienes secuestraron a mis hijos, opté por callarme y más aún cuando después se había arrestado y detenido a mi propio marido, con lo cual quedé sola y sin amparo". La querella se ahogó en el mar de complicidades que en aquel entonces se establecieron entre el poder judicial y la dictadura.

Recién en 1991, la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación presentó una denuncia por la detención y posterior desaparición de diversas personas en la localidad de Rahue, Osorno, las que ocurrieron en los días posteriores al golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973. Entre ellos, al menos seis personas eran de origen mapuche: los desparecidos Luis Aros Huichacán, 23 años, obrero; José Huenumán, 30 años y José Rosario Panguinamún, 31 años, obreros; las víctimas de ejecuciones extrajudiciales, María Ester Bustamante Llancamil, 28 años, secretaria; el agricultor de 54 años José Audino Runca Runca; y José Vidal Panguilef de 26 años, albañil.

En 2007, Adrián José Fernández Hernández, oficial de Carabineros, fue sentenciado a tres años de prisión remitida como cómplice en el secuestro de los hermanos Rodolfo Iván y Raúl Bladimir Leveque Carrasco; eran "los Leveque", como los denominaban los niños que, como Héctor Llaitul, conocían de oídas su trágica historia en los mismos días en que aquel crimen tuvo lugar. Un año después, la sala penal de la Corte Suprema sostuvo la condena y la elevó a cinco años y un día, en votación dividida de tres ministros contra dos. Entre aquellos que estuvieron por declarar amnistiado el delito en virtud del Decreto Ley dictado por Pinochet en 1978 y, por lo tanto, sin sanción, se hallaba el actual Presidente de la Corte Suprema Rubén Ballesteros.

Leíamos mucho sobre el Sandinismo

En 1986 inicié mis estudios de educación superior. No había entonces un movimiento mapuche vital y atractivo o, por lo menos, yo lo no lo conocía. La participación política estaba reducida a los espacios que ofrecía la izquierda tradicional y yo me definía de izquierda. Ese año, Sebastián Acevedo se prendió fuego en la Plaza de Armas de Concepción para demandar la libertad de su hija desaparecida y su gesto valeroso y espeluznante me marcó profundamente. En ese tiempo comencé a militar en serio. A través de la televisión, me había dado cuenta que Santiago y Valparaíso eran centros decisivos. Y, no menos importante para mí, advertí que la universidad más barata y accesible era en ese momento la Universidad Católica de Valparaíso. Postulé a Servicio Social, una carrera que elegí por vocación. Sentía un compromiso vital con los más desposeídos.

Cuando fui aceptado, debí juntar el dinero para financiar los estudios. Trabajé de pescador, alguero y ayudante de buzo mariscador en Maullín. Mis primos vivían allí y me invitaban a trabajar con ellos. Pero había veda de locos y de algas y su explotación era manejada por una verdadera mafia. Viví entonces mi primera detención, por extracción ilegal. Me aplicaron una multa, pero no tenía con qué pagarla y debí ir a la cárcel. Tenía 17 años y fui ubicado en un lugar separado, aislado de los adultos, en una celda que cuando llovía se inundaba, como lo hacía nuestra casa paterna en Rahue. Entonces, un oficial de Gendarmería y un asistente social me interrogaron y les dije que estaba admitido en la Universidad y que necesitaba el dinero para matricularme. Pensaron que los estaba engañando. Pero al día siguiente el asistente volvió contento y me dijo: "el lunes te matriculas... Tu puntaje es muy bueno".

De ese modo, pude salir de la cárcel, viajé a Valparaíso, entré a la Universidad a estudiar Servicio Social y decidí ingresar a la Juventud Rebelde Miguel Enríquez, la organización juvenil que se identificaba con el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). En la Universidad, uno de nuestros líderes más destacados era Igor Goicovic, hoy un destacado historiador. Participé en la Juventud Rebelde, tanto en las actividades estudiantiles como poblacionales, hasta el Cuarto Congreso del MIR en 1988. Entonces, el Frente Patriótico Manuel Rodríguez se fraccionó y yo ingresé al sector que se autonomizó del Partido Comunista. Me contacté a través de una mujer que era cercana a Vasily Carrillo. A ella le planteé mi deseo de incorporarme y también a un amigo que tenía contacto con alguien de la línea de Raúl Pellegrini.

En esa época leí a Marx, pero las lecturas disponibles eran muchas y uno no le dedicaba demasiado tiempo a los clásicos, como entiendo que hacía su generación. ¿Verdad? Más que a Marx, Engels o a Lenin, leíamos mucho sobre el sandinismo, sobre Vietnam y Nguyen Giap, sobre la guerrilla salvadoreña, sobre Cuba. Yo leía de todo, muchísimo relacionado al momento, a las circunstancias que vivíamos. El sandinismo nos llamaba mucho la atención y su ejemplo fue muy fuerte. Los militantes teníamos poca instrucción, yo incluido, naturalmente. Era un tiempo en que en la Universidad

Católica de Valparaíso la Juventud Demócrata Cristiana participaba en las barricadas, en que la gente de la Izquierda Cristiana salía a la calle encapuchada. Conocí expresiones políticas militares de distinto tipo: socialistas del destacamento armado Amoldo Camú, militantes del Partido Socialista Salvador Allende, miembros de las Juventudes Comunistas, del MIR, del Movimiento Lautaro... Había mucho fraccionamiento. Teníamos desconfianza de las posiciones pro-comunistas. Los acontecimientos de Tiananmen en China nos habían impactado. También lo ocurrido en Polonia, donde una sublevación popular había cuestionado el régimen de partido único. Observábamos la polémica suscitada por el eurocomunismo y las acusaciones en su contra que lo calificaban de "revisionista".

Me convertí, en esos días, en estudiante, trabajador y militante. No visitaba a mi familia, no tenía pareja, cultivaba a muy pocos amigos. Estudiaba, trabajaba y luchaba contra la dictadura, frontalmente, con fervor revolucionario.

"Carlos Mejía Godoy, uno de los cantores icono de la Revolución Sandinista, solidariza con la causa del pueblo mapuche y con los comuneros en huelga de hambre, a quienes esta noche del viernes 24 de septiembre, en una presentación realizada en Managua, Nicaragua, les dedica uno de sus temas más conocidos, el 'Credo'''.

www.munaq.blogspot.com, 26 de septiembre de 2010.

Nunca baja la guardia

La lucha popular con perspectiva insurreccional, impulsada por el Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR), había alcanzado una acogida significativa, especialmente entre los jóvenes. El giro del Partido Comunista desde la línea conocida como "frente antifascista", propiciada luego del golpe militar hasta 1980, a la que sería finalmente conocida como "rebelión popular de masas", cuyo pilar básico fue el Frente, había representado costos políticos pero lograba día a día una creciente aceptación social. La dirección comunista quiso interpretar que había una continuidad entre las dos líneas, a fin de no desperdiciar lo que difícilmente se había avanzado en trabajos compartidos por toda la oposición a la dictadura, particularmente en el frente sindical y en las organizaciones de derechos humanos.

Pero todo aquello que sonara a rebelión, a insurrección, a cualquier grado de violencia — aún defensiva— contra la represión dictatorial, era motivo de alejamiento para corrientes tan importantes como la Democracia Cristiana o el radicalismo. La mayor parte de los socialistas, muy divididos entonces, no compartía el uso de formas violentas de lucha por razones tácticas. Enfrentar a fuerzas armadas como las chilenas, altamente profesionales y bien apertrechadas luego de años de un flujo enorme de recursos a su disposición y de control de todas las palancas del poder político, conduciría, pensaban, a una derrota inevitable. Pero los comunistas y sus pequeños aliados de izquierda, sostuvieron su política, aún a costa ele disensiones internas fuertes. La rebelión popular comenzó a cosechar pequeños triunfos y muchas voluntades. Entonces, 1986 fue proclamado el "año decisivo". El descubrimiento por la dictadura del ingreso clandestino de armamento por Carrizal Bajo en la costa norte del país y el frustrado atentado contra la vida de Pinochet, pusieron fin al alza del movimiento insurreccional. Muchos, sin embargo, persistieron en su lucha.

Para el historiador Igor Goicovic, 1986 fue efectivamente decisivo: fue el año que salió de la cárcel luego de ser recluido por sus actividades como dirigente del MIR. "La Universidad Católica de Valparaíso quiso dar la oportunidad de terminar sus estudios a los presos políticos", me dice Goicovic. "Ahí, ese año, conocí a Héctor Llaitul, que ya era parte del MIR". Goicovic debía necesariamente convertirse en un cuadro público del MIR. Estaba "quemado" luego de su paso por la cárcel. En ese papel llegó a ejercer un liderazgo estudiantil muy activo.

La negociación sobre la transición, de uno u otro modo, ya se había iniciado. Las protestas de la primera mitad de los ochenta, alimentadas por la gravísima crisis económica de aquellos años, pusieron sobre aviso a los grandes centros de poder nacionales e internacionales. La dictadura debía buscar otros derroteros. La condena mundial era sistemática y permanente, desde organizaciones privadas hasta las Naciones Unidas, y el malestar interno crecía y parecía consolidarse en la reemergencia de los partidos políticos legalizados y sus articulaciones tentativas. En 1988 debía tener lugar el plebiscito que definiría si Pinochet continuaría por ocho años más en el poder, o si se

abriría un momento electoral competitivo. Una parte de la izquierda optó por participar en el proceso de apertura e intentar el uso eficaz de esos espacios. Otra, el PC, el Frente Patriótico, el MIR, la Izquierda Cristiana, un segmento del Partido Socialista, crearon el Movimiento Democrático Popular (MDP), opuesto al curso negociado de la transición y promotor de una lucha política y social constante contra la dictadura. Goicovic asumió la representación pública del MDP en la Universidad Católica de Valparaíso. Constituyó una periferia de trabajo con miembros de la Juventud Rebelde Miguel Enríquez, la organización juvenil del MIR, y con jóvenes que se definían como milicianos de la resistencia. Entre ellos estaba Héctor Llaitul, con quien Goicovic llegaría a tener un fuerte vínculo de identidad y camaradería.

"En ese tiempo", dice Goicovic, "la Católica de Valparaíso y la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, UMCE, llevaban el pandero en el movimiento estudiantil antidictatorial. Fueron las más radicales en la protesta callejera de esos años finales de los ochenta. A nosotros nos ayudaba la firme postura del Rector: no dejaba entrar 'pacos' a la Universidad. Entonces, los enfrentamientos eran a diario. Allí Llaitul destacaba por su coraje, por su osadía. Iba siempre al frente. No parecía tener un nivel teórico superior a los demás, no era en realidad aficionado a los manuales de teoría". Goicovic hace una pausa, reflexiona unos segundos, y agrega: "Héctor era un soldado contra la represión, la miseria, la explotación. Y daba batalla. Además, era un 'rahuino', nacido en ese barrio de Osorno, el barrio pobre, donde ser pobre era una realidad concreta que abarcaba todo en la vida y lo marcaba a uno para siempre".

Goicovic recuerda las condiciones de estrechez económica en que vivía Llaitul cuando llegó como estudiante en Valparaíso. Vivió un tiempo en el pensionado de la Universidad, pero luego éste fue cerrado. Muchos jóvenes quedaron en una situación de extrema fragilidad económica. "Mi mujer trabajaba y nosotros teníamos más que los otros compañeros", describe Goicovic. "Algunos, Héctor entre ellos, llegaban a mi casa en Viña. Jugaban con nuestro hijo, que hoy tiene treinta años. Mi esposa sigue siendo una gran amiga de Llaitul. Hicimos una intensa vida social, construimos una gran amistad. Cuando en 1987 maduró la crisis que condujo a la división del MIR entre un grupo cercano a Nelson Gutiérrez y otro a Andrés Pascal, nosotros quedamos en el sector que encabezaba Pascal. Pero era ya una estructura desgastada, sin capacidad operativa, donde Héctor no encontró espacio para accionar. El MIR comenzó su lenta extinción y Llaitul se aproximó entonces al Frente Patriótico, que conservó una capacidad operativa hasta 1993 o 1994. Hubo un momento en que cuadros urbanos, como era el caso de Héctor, fueron destinados a las zonas rurales –en una operación que aspiraba a construir fuerza allí y al mismo tiempo a buscar, en cierto modo, refugio en los campos. Llaitul había logrado evadir la represión afirmando su condición de indígena y estableciendo nuevas relaciones con entornos que no estaban tan 'quemados' como los del Frente. Entonces, aproximadamente entonces, dejé de verlo. Héctor se había ido de la región de Valparaíso y pasarían diez años, casi, antes que nos encontráramos nuevamente".

Igor Goicovic no es un historiador especializado en el tema mapuche. Me precisa el hecho: "soy amigo de Héctor Llaitul, pero la cuestión mapuche no es mi objeto de estudio". Entiende el proceso vivido por Llaitul como una resignificación de su lucha desde muchacho, como un redescubrimiento de su identidad. Le pregunto en qué sentido. Me dice que su inserción en las organizaciones mapuche ha de haber sido compleja. Pero sin duda debe haber contado con grandes factores a favor, como su honestidad y transparencia, su falta de apego por el dinero y la riqueza, afirma Goicovic. "También su lucidez, la claridad de su mirada política y su horizonte. Y habrá jugado a favor, quizá también en contra, por momentos, la certidumbre que es capaz de

trasmitir, el don dirigente que le permite configurar ideas que seducen e invitan a la acción".

Varias veces, Goicovic ha visitado a Llaitul en la cárcel. Con cierto orgullo me señala: "algo creo que lo ha influido el modelo de preso político de los 80. Sabe sostenerse en la prisión, nunca baja la guardia y mantiene en alto el respeto que se debe a sí mismo".

Viví días de reflexión muy profunda

Sobre mis actividades en el 'Frente' no me resulta fácil hablar. En parte, porque fui siempre disciplinado y me acostumbré a no referirme a mi propio quehacer. Pienso que uno no participa en la lucha para engrosar un currículum o para vanagloriarse de una trayectoria y darse ínfulas. Lo hace por una convicción, por adhesión a valores y de un modo tal que, a mayor desprendimiento, a mayor compromiso, mayor es también la voluntad de crecer en la lucha. Sin embargo, creo que es hora que diga algunas cosas.

Como muchos del Frente de ese tiempo, nunca fui un militante de izquierda conocido, a pesar de mi detención en 1988 por Ley de Control de Armas. Llevaba una vida conspirativa y clandestina y logré evadir muchos golpes que impactaron cerca de mí. Creo que me ayudó mi propia disciplina, más allá de aquella de la organización, la disciplina que me he autoimpuesto. Además, mi situación era bien particular, diversa a la de mis compañeros. La mayoría de los cuadros político-militares tenía contacto o vínculos o relaciones con la izquierda en general, en cambio yo no las tenía. Simplemente era un mapuche pobre, que venía no se sabía de dónde v sin la más mínima jerarquía. Ni de partido, ni de círculos de intelectuales, ni de familia... Nada. Cuando fui detenido en 1988, fui llevado a la cárcel de Quillota, sometido a interrogatorio por los organismos de seguridad y procesado por la fiscalía naval. Curiosamente, mi origen indígena me favoreció. Aunque mueva a risa, el prejuicio se volvió a mi favor. El capitán de Carabineros me lo dijo: "¡Pero qué hace un indio en la revolución! No tiene sentido, ustedes deben estar en el sur con el arado". Así fue, la subvaloración y el desprecio hicieron posible que mi versión de los hechos resultara más creíble y que fuera puesto en libertad.

Más cuidadoso de lo que había sido hasta entonces, seguí participando en el 'Frente'. Contrariamente a lo que han sostenido los organismos de seguridad, mi centro de actividades en ese momento no era la región del Bío Bío, sino la de Valparaíso. En esa región, el 'Frente' tenía una presencia significativa; varios de sus comandantes más emblemáticos eran originarios de la zona.

En el 'Frente' nunca pasé por las milicias rodriguistas, fui directamente asignado a los grupos operativos territoriales; luego pertenecí a los grupos operativos especiales urbanos y, finalmente, me mandaron al trabajo estratégico, a las fuerzas estratégicas de las FAR (Fuerzas Armadas Rodriguistas), un grupo de élite que debía pasar, se suponía, a conformar la guerrilla en el sur.

No tuve participación administrativa, ni logística, ni de comunicaciones, fui simplemente un cuadro operativo. Cuando el Frente puso fin a sus actividades en Chile, yo había alcanzado un grado medio; trabajé directamente subordinado a los comandantes, a Ramiro, al Chele, a Salvador... A comienzos de 1990, el Frente sufrió una crisis, no tuvo el recambio necesario, se complicó ante el desafío de hacer un replanteo. Había divisiones al interior de la organización. A

un sector se le acusaba de militarista o "aparatista". A su vez, los partidos de izquierda planteaban los mismos reproches contra el 'Frente'.

La capacidad organizativa fue mermando y los errores propios se multiplicaron, particularmente la idea de resolver operativamente las cosas que eran de orden político. Es decir, hubo efectivamente una visión "aparatista" militar para resolver cuestiones de índole política. Esa situación condujo a desprendimientos, divisiones y, para un sector importante, inmovilismo.

En aquel entonces, a principios de los noventa, yo ya había partido al sur, a trabajar en el proyecto estratégico de inserción rural. De esta manera, estaba bastante alejado del proceso de discusión interna en curso. Varios de los que estábamos allí no teníamos mayor participación y los hechos nos llegaban, digamos, de rebote. La represión se había enfocado en el 'Frente' y particularmente en su dirección; sus dirigentes habían sido identificados y eran perseguidos. Hubo un repliegue táctico que implicó la salida del país de muchos militantes. Eso resintió la capacidad direccional en Chile.

Esta debilidad y el trabajo de inteligencia de los aparatos del Estado, hicieron posible que fueran golpeadas algunas estructuras vitales del 'Frente' y que prosperaran acciones de inteligencia bastante elaboradas que generaron confusión en el frentismo y su entorno. Se gestaba el ocaso definitivo. Hablo de los años 1992 y 1993.

Estos hechos coincidieron con fechas importantes para el movimiento indígena continental. Seguí atentamente su desarrollo. Por otra parte, para cumplir los objetivos propuestos en el mundo rural, me había insertado en las comunidades mapuche, lo que por mi condición, era bastante natural. Sin embargo, estaba prácticamente solo en lo que a la orgánica respecta y seguía el curso de los acontecimientos a la distancia.

Bueno, la suma de todas estas circunstancias, el repliegue del 'Frente', su crepúsculo y mi involucramiento total en la realidad mapuche, me acercaron nuevamente a la política, a la elaboración, a la reflexión y –emocionalmente— a mis raíces.

Había recorrido mucho la zona y confeccionado mapas, la conocía bien y había logrado una inserción socio-política. Además, la lucha indígena era mucho más decidida a partir de la protestas impulsadas en su momento por las organizaciones Admapu y el Consejo de Todas las Tierras. Viví días de reflexión muy profunda, en el marco de una mirada crecientemente crítica hacia la organización en que participaba. Entre fines de 1993 y el comienzo de 1994, decidí mi alejamiento definitivo del 'Frente' y me comprometí enteramente como militante de la causa mapuche. Había comprendido que un proyecto como el del FPMR u otro, no representaban cabalmente la realidad de mi pueblo. Surgía, así, la necesidad de un proyecto propio.

A pesar de todo, debo reconocer que mi experiencia en la resistencia, en particular en el 'Frente', marcó mi vida para siempre. Consolidé un compromiso con la lucha de los oprimidos. Aprendí a valorar a los que, con consecuencia, entregaron la vida por sus ideales. Quisiera homenajearlos, rendirle un pequeño homenaje de un hermano que si bien se alejó de la línea orgánica y de las estrategias, no se ha alejado en lo que respecta al honor y dignidad de los que luchan. En estos momentos rememoro a Ramiro, preso en Brasil, y a Eduardo, que ha debido sufrir una de las más largas condenas en una cárcel chilena.

"Conocí a Héctor a principios de 1992, en la Universidad de Concepción. Lo primero que me llamó la atención fueron sus rasgos mapuche. Probablemente, no era el único mapuche en la Universidad, pero en él sus facciones eran más marcadas. Confirmé mi impresión mirando una lista de los alumnos de primer año que había en la facultad.

"Después supe que se trataba de un militante de la izquierda revolucionaria, pues un compañero, que antes había estudiado en Valparaíso, lo reconoció como tal. Un 1987, Héctor había sido procesado por la Fiscalía Naval de Valparaíso, torturado por la CNI y preso en la cárcel de Quillota.

"También me llamó mucho la atención su forma de vestir. No era como los típicos estudiantes de izquierda, chascones, desgarbados y despreocupados por su físico. Al contrario, usaba camisa y ambo, tenía un cuerpo trabajado, de cintura angosta y hombros anchos. ¡Como los mapuche de los murales! Pensaba yo...

"Yo tenía una hijita, Victoria, de tres años. En 1991 había estado presa en la Cárcel de Coronel y después de una crisis ideológica había renunciado a la Jota y al PC, donde milité desde los 15 años.

"Héctor y yo éramos jóvenes: teníamos 23 y 24 años respectivamente. No tardaron muchos meses para que finalmente nos hiciéramos amigos inseparables. Pasábamos horas conversando y, lo central, siempre, era la discusión ideológica. Salíamos a correr y cocinábamos lo más sano posible. En las tardes, Héctor me enseñaba a jugar pool. También recorrimos el Bío Bío y La Araucanía, principalmente, de mar a cordillera, de Lumaco a Lonquimay, desde Tirúa a Alto Bío Bío y Trapa Trapa, inclusive pasamos a Argentina, y la zona huilliche de San Juan de la Costa.

"El año 1992 estuvo muy marcado por los 500 años'. Héctor se desaparecía de Concepción por días, producto de su militancia en el FPMR-A y me pedía que asistiera a conferencias relacionadas con el tema mapuche y que tomara nota. Asistí, por ejemplo, a la exposición del Consejo de Todas las Tierras en la Facultad de Biología.

"Recuerdo también cuando me encargó arrendar una casa en Dichato para una reunión del Frente. Ahí conocí a Agdalín y al Chele. También recuerdo el día en que detuvieron a Ramiro. Era el año 1993 y ya estábamos viviendo juntos. Esa mañana, Héctor se levantó temprano para viajar a un sector rural, dentro de la Octava Región, a una reunión que nunca se concretó. En la noche vimos las noticias y supimos lo que había sucedido.

"Ramiro era la persona más importante para Héctor en el Frente, era profesor de Educación Física y a Héctor siempre le gustó mucho el deporte. También lo admiraba porque se había fogueado en Chile en la lucha contra la dictadura, sin grandes cursos en el extranjero. Hasta hoy lo considera el más consecuente.

"De ahí en adelante, Héctor tuvo muy poco contacto con la gente del Frente y fue acercándose muchos más a las comunidades mapuche. Nos propusimos terminar nuestras carreras, tener un hijo e irnos a vivir a territorio mapuche. Nuestro deseo se concretó entre 1994 y 1995. Recuerdo ese proceso tan profundo y complejo, de horas y horas meditando y discutiendo, y lo veo muy ligado a mi embarazo. Cuando nació Lautaro, Héctor ya había dado vuelta la hoja. Ese verano fuimos a Lleu Lleu. Mi hijo tenía 4 ó 5 meses, yo lo llevaba en un porta bebé y Héctor llevaba la

mochila. Nos bajamos en San Ramón y entramos a pie por un camino de Trumao. A cada paso que dábamos el polvo llegaba hasta nuestras caras. Era llegar a otro mundo... Diez años más tarde todo ha cambiado: hay caminos pavimentados por toda la ribera del lago, sitios de camping, camionetas 4x4, cabañas... y Fuerzas Especiales por todos lados.

'En aquellos días, un hecho estremecedor estaba por ocurrir. Fue en 1995, vivíamos en Purén. Una mañana, cuando aún dormíamos, llegó a la casa, desesperado y llorando, Eduardo Vivian, a quien en aquel tiempo yo sólo conocía por su chapa. Desde el dormitorio escuché que le repetía a Héctor que habían matado a Agdalín. Creo que ese fue el último episodio. Allí se terminó la relación entre Héctor y el FPMR. Ya desvinculado, Héctor siempre dudó de la calidad de informante que se atribuía a Agdalín y siempre pensó que había sido un montaje de la Oficina'''.

Fragmento de un texto de Pamela Pessoa Matas, especialmente escrito para este libro; agosto de 2012.

Lo convenció su propia historia

La casa de Eduardo Vivian, en Angol, está situada en una esquina que se eleva desde la calle mediante unos cuantos escalones de piedra. Es una casa acogedora, cálida. El día es un bello día de invierno con sol. El veranito de San Juan, lo llama la tradición popular chilena. En ese lugar es donde Vivian pasa los fines de semana, un beneficio carcelario al que ha accedido luego de cumplir una serie de requisitos, además de llevar cumplida la mitad de la condena: 15 de un total de 30 años. De lunes a viernes, debe recluirse en un C.E.T. (Centro de Estudio y Trabajo) en Angol, donde trabaja y se capacita en labores agrícolas.

Tomamos desayuno junto a la esposa y el suegro de Vivian, en una mesa próxima la estufa. Pronto se incorpora su bella hija, una niña de dos o tres años, que acaba de despertar. Cuando estamos por terminar el café y las hallullas tibias con queso y jamón, la familia se levanta y quedamos Eduardo y yo. Eduardo, pienso, debe ser algo mayor que Llaitul. Se conocieron en la Universidad. "Héctor", me dice mi invitante, "estudiaba Servicio Social y luchaba contra la dictadura en las filas de las juventudes del MIR, y yo lo hacía en las filas de las Juventudes Comunistas. Estábamos en Valparaíso. Allí, Héctor fue una vez detenido por la Fiscalía Naval de Valparaíso. Él fue muy consecuente y luchó con todo por liberar a nuestro pueblo y construir una auténtica democracia y supo lo que significaba pasarlo mal en los calabozos de la dictadura. Héctor era un estudiante pobre que venía del sur", agrega, "era muy esforzado. Recuerdo que durante un período debió rotar su casa de alojamiento en viviendas de amigos o compañeros".

En ese entonces Vivian era parte del Destacamento Estudiantil del Frente Patriótico Manuel Rodríguez. "Aquel sector del Frente", me dice, "que permaneció ligado al Partido Comunista y en el yo que fui militante hasta después del plebiscito de 1988. En los meses siguientes ocurrió algo extraño que no sé bien como definir: nuestro mundo político de entonces se esfumó, sin más, sin explicaciones, sin que supiéramos bien cómo. Para usar un término más clásico, quedamos sin orientación. El Destacamento Estudiantil del FPMR fue desmovilizado sin explicaciones para nadie. Por otro lado, el FPMR que se denominaba Autónomo, fue desarticulado violentamente en la quinta

región mediante operativos conjuntos de la Armada de Chile, Carabineros e Investigaciones.

"Quedé a la deriva, buscando un espacio donde luchar; y así fue como llegué a las filas del FPMR conocido como Autónomo, con la tarea prioritaria de reconstruirlo junto a otros jóvenes luchadores de la quinta región, a levantarlo de nuevo. Fue ahí cuando volví a encontrarme con Héctor, ahora compañeros en una misma organización y con la inmensa tarea de levantar al Frente de las cenizas".

Vivian recuerda: "Logramos avanzar harto en nuestra tarea política. Héctor era un militante muy destacado, muy preparado políticamente, estaba a mucha distancia por delante de todos nosotros. Era muy inteligente y estudioso. Entonces, cuando Héctor hablaba, todo escuchábamos atentamente. Pocos eran tan disciplinados y activos. Estudiaba, militaba, trabajaba; se daba tiempo para todo. Fue en un trabajo en una construcción donde un desprendimiento metálico de un galletero le hirió un ojo y lo dejó con visión disminuida".

Vivian me ofrece otro café con leche y lo acepto con gusto. "En cierto momento empezamos a tener problemas de seguridad", me dice, "y la dirección nos destinó al sur. La tarea específica de Llaitul era involucrarse con el mundo mapuche para generar un nuevo espacio y contribuir desde allí a los objetivos del pueblo mapuche y al cambio profundo de la sociedad. Héctor debía actuar solo, no tenía ayuda. Con el tiempo, hubo reveses, retrocesos", me dice Vivian, "en fin, usted sabe cómo fue aquel tiempo. Entonces, Llaitul empezó a reflexionar más profundamente. Cuando nos veíamos, lo notaba más meditabundo, me insinuaba puntos de vista que no le había escuchado antes. Empecé a notar que profundizaba la visión que habíamos compartido y que por esa vía elaboraba otra mirada.

"Fue particularmente en el contacto con los jóvenes mapuche que Llaitul se fue incorporando al movimiento de su pueblo. Lo convenció su propia historia y comenzó a perfilar una visión diferente donde el mismo pueblo mapuche era el gestor de su natural libertad. Por siglos había sido así. Yo lo escuchaba y lo que me decía me parecía razonable".

Miro el reloj y le señalo a Vivian que nos quedan unos pocos minutos; se acerca la hora de partida de mi bus. Acostumbrado a las distancias de Santiago, estoy inquieto. Sonríe y me dice: "en Angol todo está a cinco minutos, a lo más a diez. No se preocupe, nosotros lo iremos a dejar".,

EL distanciamiento entre Héctor y el FPMR (A) tuvo, por decirlo de algún modo, un curso bastante lógico, continua. "Con el paso de los meses se pierden los vínculos, paso a paso, hasta la desconexión total. Recuerde que en ese momento se armó en contra del frente una implacable persecución, para aislarlo y destruirlo. Si bien Héctor quedó solo, esto le permitió terminar un proceso que, a mi parecer, había iniciado en su espíritu y desarrollado en su análisis. Fue el momento del nacimiento de Héctor como weychafe o luchador mapuche. Más tarde, Llaitul contribuiría a la formación de la CAM. Todo lo fueron haciendo a pulso, impulsados por sus ideas y su propia acción. No hay ninguna intervención externa interesada, tras bambalinas, en el trayecto de la CAM. Lo que hay es solidaridad pura".

Concluye Vivian: "ahora Héctor está preso y condenado a una larga pena. ¿No le parece injusto y paradójico que un incansable luchador contra de la dictadura sea perseguido y encarcelado por esta supuesta democracia?".

4. La recuperación del territorio

La vida se volvió más exigente

Retomé mis estudios en la Universidad de Concepción, para terminar mi carrera. Fue un temporada intensa. La vida se volvió más exigente. En aquel tiempo comenzó mi distanciamiento del 'Frente' y lo que yo llamaría mi militancia primaria en la causa mapuche. Cuando nació Lautaro, mi primer hijo, había decidido dejar el 'Frente' y me volqué a desarrollarme como militante mapuche y a continuar con mi actividad académica.

Mi tesis de grado en Trabajo Social versó sobre proyectos mapuche en comunidades, es decir, maté dos pájaros de un tiro: me dediqué a mi licenciatura y, al mismo tiempo, a analizar la política social del Estado. Dentro de mi investigación, consideré a la CONADI (Corporación Nacional de Desarrollo Indígena), al Instituto Indígena del Arzobispado y otras instituciones. Fui a Temuco para recoger antecedentes para mi tesis; luego hice mi práctica en comunidades del sector de Purén y Lumaco y terminé ejerciendo mi profesión en el programa de la Iglesia Metodista en esas ciudades y en Los Sauces.

El habitante mapuche que encontré en esas actividades era muy distinto al mapuche de hoy. La pérdida del territorio fue una calamidad. La pobreza, la desestructuración cultural, han significado verdaderos cataclismos. Por ejemplo, los indicadores de riesgo biomédico y social de nuestra gente eran bajísimos, hasta que las enfermedades y la descalcificación generalizada, la fueron transformando en una población en riesgo. Me di cuenta que bajo esas condiciones objetivas, no era llegar y plantear la ruptura, había que generar nuevas condiciones a través del desarrollo de una conciencia y de la organización —o reorganización — de un referente autónomo mapuche.

Al momento de retomar estudios en la Universidad de Concepción, me acerqué en especial a algunos grupos más activos, como Pegun Dugun, integrado por jóvenes universitarios que reivindicaban la autonomía y el territorio. También a agrupaciones de Arauco, Lumaco, Purén y otros sitios. De alguna manera, hice militancia con ellos, acorde con lo que se pedía desde las comunidades. La hice y la seguiré haciendo como un aprendizaje, como un mapuche más, con mucha voluntad y ganas de aportar.

Milité en la Coordinadora de Identidades Territoriales Lafkenche; me involucré en zonas potenciales de conflicto. Para ese momento, ya era un militante, un militante total y en mi trabajo académico hice el seguimiento de los conflictos. En esos años, a principios de los noventa, me aproximé a las primeras zonas donde se manifestó abiertamente la conflagración. Lo hice de manera bastante reservada. De ese tiempo son los conflictos de Lumaco, Alto Bío Bío y el comienzo de los de Arauco, con Pascual Coña entre ellos, que son los primeros en detonar. Recuérdese que en aquel entonces ya se habían iniciado pequeñas acciones de resistencia, las del contexto de los "quinientos años", por ejemplo. Luego habría una sucesión de conflictos en los que nosotros tuvimos una participación destacada como movimiento autonomista.

En 1995 y 1996 conformamos un embrión orgánico, una estructura llamada Identidad Territorial de Arauco, en la que participaban dirigentes que no voy a nombrar porque la mayoría es objeto de persecución o condena y otros adoptaron líneas diversas a la nuestra. Cuando el conflicto comenzó a expandirse, se inició la historia de la Coordinadora Arauco Malleco (CAM). La formación de la CAM comenzó en reuniones amplias donde participaban muchos grupos distintos, cruzados por legítimas diferencias, entre otras la de ser o no miembro de un partido y la de a cuál partido adscribían los que lo hacían. Nosotros, en cambio, teníamos ya una postura autonomista, que se había configurado en Arauco. La mayoría de los encuentros iniciales fueron allí, patrocinados por pu longko de Arauco, con espíritu amplio y con la perspectiva de conformar un referente mayor, más unitario y cohesionado, capaz de retomar las propuestas históricas de nuestro pueblo con una propuesta con más énfasis autonomista.

"Cuando nació Victoria, mi primera hija, el año 1988, tenía la esperanza de un país distinto, con Justicia y libertad, pero con el pasar de los años ese sueño se desmoronó, pues me di cuenta que todo iba a continuar igual, no se había logrado la tan ansiada revolución. Al conocer a Héctor todo cambió y nuevamente surgieron en mí las esperanzas de ese gran cambio, primero a través de la Guerra Patriótica Nacional y luego con el proyecto mapuche. Usa esperanza se vio reflejada en el nacimiento de tres hijos y una hija (1994-1996-1998-2003). Pudimos criar en conjunto a los dos primeros. Héctor los mudaba y bañaba y yo los amamantaba. Posteriormente, la lucha tomó protagonismo en la vida del Negro y yo continué con mi rol asumido, que siempre consideré un aporte a la tarea política común. Nunca me he sentido frustrada.

"En el 2006, Héctor tuvo otro hijo. Con el tiempo me sacudí de los prejuicios occidentales y lo asumí desde una perspectiva integral. Hoy existe mucho respeto entre ambas madres, en cuanto tales, y nuestros hijos e hijas se quieren mucho entre sí".

Fragmento escrito por Pamela Pessoa Matus especialmente para este libro; agosto de 2012.

Inquietudes, protestas y rebeldías

En un cierto punto de mis conversaciones con Héctor Llaitul, el personaje comenzó a esfumarse; sentí que el individuo se desvanecía y que, en cambio, el protagonista pasaba a ser una organización política mapuche llamada Coordinadora Arauco Malleco. Recapitulo: Llaitul estaba en el sur, proveniente de Valparaíso y cumplía en su nueva destinación una tarea organizativa encomendada por el Frente Patriótico Manuel Rodríguez. Se había internado en las provincias de Arauco y de Malleco, había recorrido sus lagos y costas, sus montañas, se había compenetrado con sus bosques y en algún momento de los inicios de los años noventa había resignificado su lucha y revivía en plenitud su identidad mapuche. Sus enemigos principales seguían siendo los mismos: los grandes poderes económicos que en las tierras mapuches alcanzaban un poderío inconmensurable y el sistema político nacionalista y discriminador sintetizado en el

Estado chileno. Pero ahora, Llaitul lograba una singularidad mayor en su aproximación a la vida política y al motivo de su combate. Prioritariamente, bregaba en su condición de mapuche y no de trabajador, de pobre o de socialmente excluido. Tal vez sus adversarios fundamentales no habían cambiado, pero se había modificado sustancialmente el nivel y ángulo de su propia mirada.

Y en ese giro, intrascendente a lo mejor para aquellos que lo identificaban como enemigo, el militante Héctor Llaitul emergió como weychafe, como guerrero que en los años siguientes estuvo en prácticamente todas las acciones de rebeldía mapuche, aunque no exista constancia que haya estado en ninguna...

Terminó en Concepción la carrera universitaria que había comenzado en Valparaíso, en algún momento de ese tiempo se unió a Pamela Pessoa, tuvo hijos y sembró el Wallmapu de inquietudes, protestas y rebeldías, que estaban contenidas o silenciadas. Eran rebeldías enraizadas en la memoria del siglo XVI y de los levantamientos e insurgencias que nunca dejaron de existir, desde Curalaba en 1598 y luego con el levantamiento general de 1654, la rebelión de 1723, o aquella contra la malhadada "construcción de pueblos" de 1766, hasta la última gran rebelión de 1881. Y luego, en el renacimiento suscitado a propósito de la llamada Marcación Pailahueque, cuando el cacique de ese nombre fue secuestrado y marcado a fuego por oponerse al despojo de tierras, ya entrado el siglo XX.

No soy un periodista que hace un reportaje. No me interesan los detalles de su vida privada o clandestina o de sus actividades reservadas, le dije. Me pareció que me miraba con picardía. No preguntaré nada en particular. Cuénteme usted lo que le parezca, reiteré.

Entonces, iniciamos la conversación en la que me relató cómo había vivido los hechos de Lumaco.

No aceptamos la dominación occidental como modelo de vida

Pero, volvamos a mi ascendiente. Soy, entonces, de familia desarraigada, parte de la diáspora, desterritorializada. No soy un mapuche criado y formado en comunidad. Soy, en cierta forma, transculturizado; fui transculturizado en el mundo winka. Pero ahora vivo un proceso permanente de recuperación identitaria y cultural a través de mi rol de weychafe. Me siento en pleno reintegro a través no sólo de la práctica de valores y costumbres propias, sino de mis convicciones y de mi compromiso con la liberación de mi pueblo. Para mí, este proceso de descolonización ideológica y práctica se ha facilitado por los principios y valores que me trasmitió mi familia y que consolidé en la lucha contra la dictadura. Mi apego a la vida territorial es pleno, me llena integralmente, ya soy parte de muchas comunidades. Así me lo han hecho saber algunos longko, sobre todo mis dignos pu peni ka pu lamngen williche, que me reivindican en sus espacios e instancias.

La cultura mapuche admite la incorporación: cuando alguien se hace parte de la cultura, pasa a ser considerado una persona mapuche, ¿lo sabía? No quiero inducir a confusión: por si acaso, yo no propicio una suerte de "racismo a la inversa", o un fundamentalismo mapuche. La verdad es que esa postura me incomoda. No me atrae tampoco el discurso que se agota en la relación

insondable con la naturaleza, esa posición casi romántica, tan poética, tan armoniosa... Hay que ser más realista: el lof era otra cosa que las reducciones actuales y el lof ya no existe hoy día. Excepcionalmente, alguna comunidad tiene un cerro. Los cerros son de la Mininco, de las forestales. Usted sabe, un conjunto de familias conforman una comunidad, antes llamada lof. Pero la ocupación del territorio quebrantó esa forma de vida. Ahora vivimos un tiempo en que, intencionadamente, han querido convertir las comunidades en juntas de vecinos... El desafío es restituir los lof, pero para eso es preciso rescatar espacialidades y restablecer en plenitud una cultura que fue herida. Pero tenemos muchos elementos a favor. Por ejemplo, entre los mapuche nunca hubo sentido de la propiedad. No es parte de la cosmogonía mapuche. ¿Se da cuenta?

Entonces, hay que luchar y no hacer puras poesías o discursos románticos, aunque por supuesto ambas cosas pueden hacerse al mismo tiempo y hay poetas que escriben poemas y luchan con su poesía y también con otras acciones. Lo que importa es que contribuyan al proceso de recuperación territorial y política. Surge, entonces, la cuestión de la interculturalidad. Según algunos, la interculturalidad trae consigo lo ajeno y por tanto rechazan ese concepto. Para ellos, o se es mapuche, o se es winka. La postura de la CAM es que no existe un deslinde tan categórico. Somos antisistémicos, porque no aceptamos la dominación occidental como modelo de vida y lo hacemos a través de la lucha territorial. Creemos que las vías que el sistema ofrece, sus programas y políticas sociales, resultan funcionales al sistema que nos oprime, no nos sirven. Queremos pasar a otro tipo de práctica: ocupar territorio y controlarlo. Mediante la acción directa, quebrar de alguna manera la institucionalidad que se nos quiere imponer. Llamamos a este proceso "experiencias de control territorial, formas embrionarias de autonomía y liberación".

Entendemos que existe la educación formal y que hay una gran demanda por mejorarla. Constatamos que ha habido avances en educación y salud; que hoy existe, por ejemplo, una salud que incorpora la sabiduría mapuche en esta materia, que hay machi en los hospitales. En La Imperial hay un hospital con una sección donde se ejerce medicina mapuche. Estrictamente, debemos considerar que la machi es una figura central, una ordenadora de ceremonias, que su medicina debe ser desde y en las comunidades. Pero nosotros no rechazamos *a priori* las experiencias que le menciono, las miramos sin dogmatismo, aunque con cuidado. Siempre reivindicamos, para la mantención y recuperación de nuestros derechos políticos y territoriales, el rol histórico y ancestral de nuestras autoridades tradicionales y, en esta perspectiva, no nos restamos de denunciar al Estado y al gobierno de querer, intencionadamente, desvirtuar nuestras figuras. Es por lo mismo que debemos reafirmar que las machi son de las comunidades y que se rigen por preceptos que reafirman su rol en la lucha mapuche de liberación.

En este sentido, creo que el mayor mérito de nuestra juventud es la capacidad de contextualizar, de mirar la realidad como es, sin tanta añoranza. Están surgiendo nuevas generaciones que apuntan a la reconstrucción del mundo mapuche y a procesos propios de formación, que recuperan nuestra cosmovisión. Se ha revitalizado el rol de la machi, su función educativa, con bastantes matices, pero con una convergencia en lo esencial. También el ngillatun, el rol del longko, la consideración y respeto por las autoridades tradicionales. Hay ulkantufe y wewpife que están reconstruyendo cultura y memoria histórica, en y desde las comunidades y hay otros cuyo papel es entregar nuestra palabra a la sociedad no

mapuche. Esta última es también una tarea importante, porque si la sociedad chilena no nos acompaña, no hay reconocimiento y la legitimidad de nuestras banderas queda disminuida, también nuestros símbolos.

"Esta lucha es contra el sistema capitalista. Sistema opresor y explotador que extermina a los pueblos. Por eso los mapuche no pueden luchar en forma aislada en contra de estas trasnacionales instaladas en territorio mapuche. Necesitamos de los no mapuches (wingkas) como ellos necesitan de nosotros. Ambos pueblos el chileno y el mapuche somos explotados por el mismo modelo económico, y tenemos en frente un enemigo común al que debemos combatir coordinadamente respetando las particularidades y autonomía de cada pueblo".

Fragmento del discursos de Patricia Troncoso ("La Chepa"), ex presa política mapuche, en un acto de protesta en Osorno. En "Machi Millaray Huichalaf en Osorno: 'No nos queda otra alternativa que resistir, como lo ha hecho nuestro pueblo por siglos", www.mapuexpress.cl, 24 de mayo de 2012.

Llaitul generó un punto de quiebre

Llaitul es la figura que provoca un punto de quiebre en la comunidad nacional y también en la mapuche, me dice Jaime Huenun, una personalidad cultural y uno de los poetas mapuches de mayor relieve, mientras pedimos un café cortado en una pastelería. "Llaitul ha sido satanizado por el sistema político", continúa, "y también por algunos sectores del pueblo mapuche. Ha caído sobre él un velo de desconfianza que, poco a poco, se ha ido descorriendo con el tiempo y las huelgas de hambre, esos actos de lucha que Llaitul ha encabezado y que han generado unidad. A propósito de él, pudiera decirse que la encarnación de un 'héroe político' de la nación mapuche, capaz de desarrollar con honestidad y coraje una protesta social continua, genera acompañamiento político".

Nos traen el café. Huenun sigue reflexionado, mis preguntas no son necesarias por ratos largos. "En América Latina", dice, "las sociedades indígenas están influenciadas, naturalmente, por las políticas nacionales y por la cultura de los pueblos mayoritarios. De este modo, se van generando líneas de recepción y de acción política variadas. En Chile, durante cuatro siglos emergen mentalidades diversas, que configuran el espectro político mapuche. Los mapuche no siguen a un solo líder, por el contrario, hay diversidad de liderazgos y variadas relaciones con partidos políticos chilenos. Evangélicos, católicos, militantes de la izquierda clásica, simpatizantes de la derecha, sectores más autónomos que van ganando poderío y hacen fuerte crítica a los estados nacionales, en fin, sectores ancestralistas".

Escucho el análisis de Huenun y comento sobre las complejidades que ha de haber significado la reinserción de Llaitul en el mundo mapuche. Huenun lo confirma: Llaitul generó un punto de quiebre, me responde, porque él impulsó acciones políticas rotundas, fuertes; tomas, recuperaciones, actos que el estado de derecho vigente en Chile considera delitos. De esta manera, la figura de Llaitul ha oscilado entre el héroe y

el bandido. Así como Aucan Huilcaman y el Consejo de Todas las Tierras lo hicieron en un momento, Héctor Llaitul tomó el toro por las astas al reaccionar frente a un Estado violento, que no dialoga y que sólo persigue el provecho de los propietarios.

Mientras conversamos, pasan por la calle Irarrázabal centenares de estudiantes secundarios que portan banderas y carteles, que vocean y gritan sus reclamos. Está en pleno curso el gran movimiento de protesta ciudadana que encabezan los jóvenes. El gobierno está malherido, la derecha atónita, la Concertación desprestigiada e impotente, la izquierda fragmentada, aunque, aun así, es la única que marca presencia en el movimiento que estalló como una ola contenida que, finalmente, resquebraja la represa y da curso al flujo torrencial de las demandas. Comenta Huenun: Llaitul fue un adelantado; debería ser elogiado como son hoy los estudiantes. El también generó una reacción de protesta y logró instalar la lucha indígena en los campos.

"Una lucha que dio lugar a una represión desconocida en las últimas décadas. Yo me crié en dictadura, fui comunista a los trece o catorce años y nunca vi tal tipo de represión sobre comunidades rurales. Treinta tanquetas, diez buses, policía motorizada. Todo el poder militar para atacar comunidades rurales desarmadas...; En gobiernos democráticos! Su objetivo: detener el proceso en su raíz. Porque la Coordinadora Arauco Malleco (CAM) fue la instalación del dolor mapuche ancestral, significó instalar la acción por sobre el diálogo que nunca llegó. En ciento treinta años de vida republicana, los mapuche siempre tuvimos disposición a dialogar. Nunca fuimos escuchados. Ocurre que los indígenas seguimos sentados en él banquillo del juzgado de Indias de la modernidad".

Huenun hace un alto y a través del vidrio, vemos que más y más estudiantes pasan con sus banderas en dirección al centro de Santiago. Él prosigue: en este marco, la acción de Llaitul se presentó como vinculada a actos vandálicos, que el sistema comunicacional satanizó, para inhabilitarlo.

"Pero estaba en curso el proceso imparable de recuperación de los roles tradicionales, de reafirmación identitaria. La juventud comenzó a participar masivamente, la lectura se convirtió en hábito y fuente de conocimiento e inspiración. Las familias mapuche comenzaron a tener asesinados, violentados, perseguidos, presos, parias. Llaitul, que es huilliche, como lo soy yo, lo sabe bien. Tengo tres familiares muertos a balazos; mi familia no tiene tierras después de haber poseído diez mil hectáreas. Soy un mapuche sin tierra. Se rompieron tugun y kupalme, desatando una tragedia por generaciones. Hay que agregar la pérdida del idioma... Todos estos elementos se sumaron y generaron una reacción".

Huenun conoce a Llaitul pero no han mantenido una relación sistemática. "Nuestras familias son de San Juan de la Costa", apunta. Lo considera, me dice, "un poeta de la acción política; sus palabras son sus actos, son su conducta. Llaitul es un ejemplo de alta dignidad para el mapuche. Él y la CAM, instalaron de modo notorio el discurso político mapuche. El tema de la intermediación fue superado por las gestas que significaron las huelgas de hambre". Y reflexiona: hasta 1973, hubo más posibilidades de variedad. En cambio, en los últimos veinte años, sólo Huenchumilla ha emergido como dirigente en la sociedad chilena.

"Antes, llegaron a haber ocho o nueve diputados mapuche. Hoy eso es impensable. ¿Cómo se hace escuchar el subalterno? No tiene vocería ni plataforma. Los referentes han tenido que buscar alternativas, canales de circunstancia, vías alrededor del fuerte que constituye el sistema político chileno. Aucan Huilcaman y su caballo, trajeron al presente la historia y el Consejo de Todas las Tierras, la CAM y otras organizaciones, han ido marcando el lenguaje político de la acción. No hay plataforma para el mapuche a través del lenguaje de las palabras".

Huenun viaja hacia atrás y hacia adelante en la historia mapuche y en la historia chilena. En ambas, se despliega con soltura. Particularmente, se detiene en el tiempo de la post dictadura: "Avlwin generó la Lev Indígena, con algunos aciertos, pero esa lev sería traicionada muchas veces y usada en contra de los indígenas. La represión se acentuó bajo los gobiernos de Lagos y Bachelet. Ahí están Lemún, Catrileo y Mendoza Collío. Pero no son los únicos. Está Huentecura, Huenante, desaparecido en Puerto Montt y hay muchos reprimidos que no han figurado públicamente. Esto se repite y se repite y la reacción ciudadana es débil. Hay un poder enceguecido. Se ha querido legitimar el uso de la violencia de Estado como recurso. Llaitul y sus compañeros la han enfrentado y han puesto en cuestión esa supuesta legitimidad, la legitimidad del Estado de derecho', la historia impuesta a la fuerza, una axiología que quiere someter a todos a sus ejes. Ha habido avances en la puesta en cuestión del Estado monolingüe y de una sola religión. Aunque los efectos de esa lucha aún no impactan radicalmente, van construyendo una marca significativa. Es una contribución de la ética del sacrificio, que han ejemplificado Llaitul y sus compañeros. Cuando han puesto el cuerpo, cuando se han jugado enteros, de pies a cabeza".

La quema de camiones en Lumaco

Así fue como me "desfrenté" —como digo yo-, y me "mapuchicé". Algunos han cuestionado mi proceso. Efectivamente, no vengo de una comunidad, pero soy mapuche. ¿Me desafora el no pertenecer a una comunidad? No. Tengo tuwun y tengo kupalme. Los estoy reconstruyendo y, de algún modo, con mi propia realidad estoy interpretando a muchos de mis hermanos que sufren el desarraigo y se autoafirman.

Bien, en esos años noventa, mi análisis me indicaba que las condiciones objetivas que enfrentábamos no generaban, por alguna razón, una lucha que estuviera a la altura del desafío. ¿Era un polvorín a la espera de la chispa que lo hiciera explotar? No lo sabía, no lo sabíamos con certeza aquellos que discutíamos cómo configurar un motor potente para la lucha mapuche. Había hambre, miseria en muchas familias, las tierras estaban sobreexplotadas y apenas producían. Recuerdo que uno de los problemas más elementales para una comunidad, era tener un pozo de agua. El agua debía trasladarse desde los riachuelos mediante carretas que recorrían largas distancias. Muchachas jóvenes quedaban embarazadas y optaban por entregar sus guaguas porque no podían mantenerlas. Pero esta situación desgarradora había ocurrido ya por mucho tiempo. El éxodo a las grandes ciudades estaba en curso y servía de válvula de escape. Este era el diagnóstico que nosotros manejábamos y la situación generaba una crisis en nuestro pueblo. Había que reaccionar y generar nuevas condiciones.

Muchos pensaban que, con el desplazamiento de la dictadura, se generaría progresivamente otra situación y no renunciaban a su más entrañable esperanza: recuperar la tierra usurpada. Pero no fue así. Por el contrario, se fue constituyendo una nueva y poderosa articulación entre el mundo de los latifundistas —que habían sustentado a la dictadura— y las modernas empresas forestales. Comenzaron nuevas presiones para que las comunidades vendieran

sus tierras y otras fueron derechamente amenazadas con su desaparición, mediante el acorralamiento. De devolución de tierras, ni hablar.

La famosa Ley Indígena resultaba ser nada más que un fuego artificial. ¿Paternalismo o asistencialismo? Creo que no valía la pena discutirlo, daba igual. Había una cuestión que estaba clara: los mapuche querían a toda costa recuperar sus tierras. Entonces, a nadie debe extrañar que, comunidades con poco desarrollo político, fueran los detonantes de la nueva fase que estaba por iniciarse. Así ocurrió con el acontecimiento que pudiera considerarse como decisivo para la irrupción de la CAM: la quema de camiones en Lumaco.

La prensa registró este hecho como una acción terrorista, aunque en realidad era sólo una manifestación de la rebeldía de comunidades, que se había gestado durante mucho tiempo. Era una corriente de protesta que nosotros veníamos apoyando en dos zonas, Arauco y Malleco. La quema de vehículos en Lumaco convulsionó a la opinión pública y a las autoridades chilenas y generó un cuadro completamente nuevo. A partir de entonces, se difundió la idea de "conflicto", la gente de las comunidades pasó de ser considerada *pueblo ignorante y atrasado* a ser un *factor activo*.

"¿Arde Lumaco?

"En algunas comunidades mapuches de la Novena Región se cuece un odio silencioso alimentado por años y años de marginalidad, desprecio y pobreza. Lo de los camiones quemados fue sólo una demostración de fuerza".

La Tercera en Internet, domingo 21 de diciembre de 1997.

Habíamos arrebatado unas radios a los forestales

No hay, pues, un momento preciso en que aparece la Coordinadora Arauco Malleco, CAM. La idea de coordinarnos venía de mucho tiempo atrás.

A fines de 1997, tuvimos varios encuentros con el fin de preparar, un evento mayor, entre otros propósitos para salir al paso de algunos que quisieron aprovechar la acción realizada en Lumaco —la primera acción valiosa durante el tiempo de la Concertación—, y desviar agua a su propio molino, sin tener los títulos. Nosotros reivindicamos nuestra participación: en Lumaco, personalmente, estuve allí, aportando a la organización y lucha de esas comunidades.

Se trataba de una recuperación de tierras del fundo Pidenco, por parte de dos comunidades y fuimos a solidarizar, a apoyar. En un momento, luego de una refriega con operarios de la forestal Bosques Arauco, nos retiramos al predio de una machi que nos respaldaba, para refrescarnos unos momentos. Les habíamos arrebatado unas radios de comunicación a los forestales. Descansábamos, evaluábamos, conversábamos, discutíamos sobre el tema de los límites. Uno de nosotros, ex trabajador forestal, puso en funcionamiento una radio y sintonizó una cierta frecuencia. Nos quedamos escuchando. Hablaban mezclado, parte en clave, parte de modo muy directo. Algunos de nuestros hombres trataban de dormitar un poco, la atmósfera era propicia para escuchar. Los que estábamos

despiertos nos acercamos más a la radio y oímos una comunicación entre Carabineros y operarios de la forestal.

- -Oiga, mi cabo, ¿se han visto más indios de mierda por ahí? —Negativo, no se encuentran los indios de mierda.
- -Mi cabo, si vemos a un indio cualiao, lo vamos a atropellar, le vamos a pasar por encima con el camión.
- -Positivo, háganlos mierda.

Ese diálogo nos enervó a todos. Escurrió una rabia a flor de piel. Entonces, se levantó un peñi, que parecía estar dormitando y dijo con voz fuerte: "el que tenga pantalones y se sienta mapuche, que me siga". Los mapuche partieron y en el camino decidieron que si encontraban un camión, lo quemarían. Estaban en medio del bosque, tenían palos y piedras. Con rocas grandes detuvieron los camiones y los atacaron con hacha y podas, los forestales arrancaron; alguien sacó un encendedor y entre todos echaron la chamiza adentro de los camiones y la encendieron.

La prensa de derecha atribuyó la acción a un sector del MIR y, seguramente, ellos no lo descartaron, pero los hechos fueron los que relato.

En el fondo, se trató de un acto muy rústico, que ejecutaron unos treinta hombres unidos por una sensación insuperable de rabia surgida del desprecio, del hambre, de la miseria de sus familias.

Posteriormente, le dije a un Fiscal: "Hasta un animal tiene derecho a reaccionar cuando está herido".

Este hecho, detonado por el diálogo radial entre Carabineros y operarios forestales, ritualizó la lucha mapuche. La quema de camiones en Lumaco no tuvo nada de planificado, ni fue parte de un plan subversivo. Inmediatamente después, Lumaco fue militarizado, llegaron tanquetas y fuerzas especiales. En un juicio, doce mapuches fueron condenados, todos ellos miembros de comunidades.

La acción en Lumaco marcó un antes y un después en el ciclo actual de lucha. Así ha sido y así debe ser el bregar de los mapuche, marcado por puntos de quiebre. De ahí en adelante, la CAM se comprometería con todas las acciones nacidas desde las propias comunidades, no desde eventuales agentes externos. Vendría entonces una sucesión de hechos que el Estado descontextualizó y codificó como delitos. Sentó así las bases de la criminalización y la posterior militarización de las zonas en conflicto.

"Nuestro pequeño Chiapas. 1999: el año de la rebelión mapuche".

Titular publicado en El Mercurio de Santiago, 28 de febrero de 1998, cuerpo D, página 21.

La contradicción entre el discurso y la práctica

En un momento, quisimos tener un referente con dos expresiones, una que fuera conformada exclusivamente por las comunidades y otra que involucrara al movimiento mapuche que se estaba fortaleciendo con el CTT (Consejo de Todas las Tierras) y la Coordinadora Mapuche Metropolitana, entre otras. Lo que nosotros propusimos en principio como CAM, no es precisamente lo que hoy se conoce con esa denominación, porque nuestra propuesta era una coordinación mapuche muy amplia.

Nos esforzamos por darle esa amplitud a nuestro evento, que se realizó en Tranaquepe. Ocurrió entonces algo esperable, cuando se trata de un proceso al que se suman grupos pequeños: las diferencias sobre cómo conducir el conflicto no lograron superarse y se generó además la contradicción entre el discurso y la práctica... Escuché alocuciones muy variadas; estuvimos dos días encerrados concentrados en el debate; algunos incluso hablaron de lucha armada; otros propusieron insertarse en la institucionalidad.

La discusión se zanjó, aceptando que el calor de la lucha fuera resolviendo las diferencias pero, en los hechos, en Tranaquepe no surgió la CAM organizada. Nunca vimos a muchos de los grandes oradores en los momentos culminantes de los acontecimientos que vendrían. El calor de la lucha tuvo un tono que fue dado por las comunidades apoyándose solidariamente.

En el segundo encuentro, la discusión fue más aclaratoria y se produjo una separación de aguas. Ya en un tercer evento, formamos la Coordinadora en Tirúa, a fines de 1998, con una dirección de longko y werken bien definidos, como correspondía. En lo personal, pasé a formar parte del trabajo interno y de dirección, junto a las principales figuras del movimiento, como Huenchunao, Ankalaf y Pichún, entre otros.

En octubre de 1999, una convocatoria a protestar en respaldo de la causa mapuche tuvo un eco impresionante. No sé si usted se acuerda, pero, más allá de quienes hayan convocado, la respuesta masiva nos animó mucho. Para mí, un hecho resultó evidente: se había desarrollado una conciencia mayor respecto de nuestras demandas. En cuanto a los mapuche, era manifiesto que se había alcanzado más claridad respecto de quiénes eran nuestros enemigos directos, si bien carecíamos aún de una buena definición del escenario social y político que debíamos enfrentar.

A varios dirigentes, la masividad de las movilizaciones nos sugirió que era realmente posible llegar a contar con una base social de apoyo grandísima. Para configurarla, era preciso darle más coherencia a nuestro proyecto, de modo de contener líneas de lucha por derechos políticos y territoriales del pueblo mapuche que pudieran ser sustentados por esa base amplia.

La antesala de las movilizaciones de 1999 fueron las múltiples acciones emprendidas por las comunidades en conflicto, organizadas por la Coordinadora Arauco Malleco. Fue precisamente en función de la resistencia de las comunidades que, una agrupación de organizaciones, convocó a una marcha en Concepción, la que tuvo gran respaldo. Nosotros valoramos el hecho en sí, pero sin ignorar los elementos de manipulación que pudieran ejercer las organizaciones convocantes a la marcha, la mayoría ligadas abiertamente a partidos políticos de gobierno. No se trata de sectarismo, ¿me entiende?, se trata de no avalar en modo alguno una posible salida a la problemática mapuche, dentro del marco actual de dominación del Estado chileno.

En Santiago, en cambio, las agrupaciones convocantes apoyaron más decididamente los contenidos de lucha planteados por las comunidades en conflicto. Es allí, desde las comunidades en lucha real, donde empieza a surgir

una auténtica propuesta de autonomía y de liberación y se consolida la Coordinadora de Comunidades en Conflicto Arauco Malleco.

La movilización de ese 12 de octubre, aniversario del "descubrimiento de América" —de la resistencia, para nosotros los pueblos originarios—, aglutinó amplios sectores. En ese momento, la visión estratégica, construida desde la Coordinadora Arauco Malleco, trascendió los controles ejercidos desde el Estado dominante. A partir de entonces, los esfuerzos principales se han centrado en continuar la acumulación de fuerza propia, fortalecer la resistencia al neo capitalismo y propiciar la reconstrucción del pueblo nación mapuche. Aspirábamos entonces a consolidar nuestro control en las zonas de conflicto y a dar apoyo concreto a nuevos procesos de recuperación de derechos territoriales y políticos. Lo central entonces, era la recuperación de tierras de modo productivo, efectivo y el ejercicio de las prácticas de autodefensa masiva, resistiendo los desalojos.

En 1999, existía una cantidad de organizaciones en lo que podemos denominar el "movimiento mapuche", pero no todas proclamaban la autonomía y, por tanto, no se planteaban la reconstrucción de la nación mapuche. La mayoría de estas organizaciones, seguidoras de las políticas estatales, respondían y responden a una práctica situada en el marco de la dominación del Estado chileno y, en varios sentidos, resultan y siguen resultando funcionales a la mantención de los grandes intereses capitalistas en territorios históricos mapuche. Así operan las políticas de integración y asimilación que desarrolla el Estado hacia las comunidades. Se manifiestan en todas aquellas organizaciones e instancias que participan y se relacionan preferentemente con la CONADI, que es la máxima expresión de subordinación al Estado chileno. Esta situación afecta el proceso de construcción de un movimiento político autonomista, que sea la base de una propuesta de liberación. Este obstáculo y también desafío, lo hemos encontrado siempre en las distintas etapas de nuestra existencia, particularmente cuando los gobiernos de turno persisten en las líneas de inclusión y cooptación de dirigentes y organizaciones de todo nivel.

Una historia mapuchista

Comento a Llaitul que la CAM parece haber alcanzado un perfil tal, que ya se escriben las primeras historias. Entonces me habla de los historiadores.

Me dice que es indispensable conocer sus posiciones políticas, porque permean su trabajo, aunque ellos incluso no se den cuenta; que la historia que se enseña en los colegios es la historia oficial y que debe ser contextualizada, que, hasta ahora, es la historia de, los vencedores, cuyo mejor ejemplo es Villalobos. "Es una historia distorsionada", sostiene, "fundada en claros intereses políticos. "Es denigrante y tergiversadora", me dice. "Si bien se resaltan las cualidades militares del mapuche, con la intención de incorporarlas a la impronta patriótica del proyecto republicano, se le denigra y se omite el contexto de disputa territorial. Esta visión sostiene que los mapuche siempre fuimos un pueblo bárbaro, en estado de subdesarrollo en las distintas áreas de la existencia humana. Bárbaros, salvajes y después alzados y violentos, a la par de flojos, bebedores e irresponsables", enumera Llaitul.

No es casual, apunto, que en la última década, con la nueva emergencia de la lucha mapuche por sus derechos territoriales y políticos, vuelvan a aflorar esas posturas.

Para Llaitul, Bengoa ha realizado un empeño de investigación muy dedicado. "Estuvo a cargo de la CEPI (Comisión Especial de Pueblos Indígenas) y ha sido, claramente, un hombre de la Concertación. Bengoa reconoce al mundo mapuche, lo respeta, a veces pareciera admirarlo", afirma Llaitul, "pero de allí a aceptar que nosotros podamos sustentar una concepción propia en materia ideológica y política e instalar la idea de liberación de las actuales condiciones de dominación, está muy lejos. Es que el indigenismo tiene una mirada reivindicativa", reflexiona Llaitul, "pero es una mirada externa, intencionada políticamente, que busca reivindicar al indio 'bueno'. Yo creo", me dice, "que esta corriente conduce sólo a un planteo de procesos de multiculturalidad e interculturalidad, pero en un marco de integración ya instalado por un Estado único y pluri-naciorial. La última Ley Indígena tiene mucho de esta concepción. Con esta mirada, la ocupación de la Araucanía termina siendo un acontecimiento legítimo. Esta postura limita, por supuesto, las reivindicaciones territoriales y políticas".

Llaitul se explaya sobre el tema histórico, que lo apasiona. Se nota esta dedicación en las filas de libros que guarda en su celda. Un día, sentados allí, dentro de su pequeño cubículo, le menciono a Domeyko. Se da vueltas, busca y me pasa el libro correspondiente. A veces pienso que ha leído todo sobre el tema, pero luego me digo que es una exageración mía, derivada de las limitaciones y vacíos en mis propios conocimientos sobre los pueblos originarios. Guardo silencio y tomo notas. Los demás compañeros del módulo de la prisión no nos han interrumpido; solo dos gendarmes han ingresado por unos segundos, pareciera ser que simplemente a mirar.

Pregunto por algunos trabajos específicos y por la opinión de Llaitul acerca ellos. Me responde que reconoce una búsqueda historiográfica más crítica y asertiva en algunos intelectuales de izquierda que tratan de restituir ciertos hitos historiográficos desde una mirada de los oprimidos en general. "Pero sus trabajos", agrega, "tienen ún fuerte sello occidental. Hay en su visión una carencia respecto de aspectos socioculturales que supuestamente nos son propios".

"La tercera posición", dice Llaitul, "es representada por un grupo de intelectuales —la mayoría de ascendiente mapuche—, que busca generar una nueva visión de nuestra historia, configurar una historia mapuchista. Entre ellos, los autores de Escucha, Winka y otros, como Fernando Pairican, Sergio Caniuqueo, Pablo Marimán, José Millalen.

Miran desde adentro y de esa manera cobra mucha importancia la memoria histórica de nuestros propios sujetos en el contexto de su particular cosmovisión sociocultural-religiosa, desde la microhistoria. De ese modo, se reafirma que para una compresión de la historia de nuestro pueblo, hay que reconstruir la mirada de nuestros antepasados y su evolución a través de los tiempos. Tiene que ver con cómo fue y aún es la forma como los mapuche ven y viven el mundo".

Recomposición de una forma de vida

La CAM es una lucha de nuevo tipo en América Latina. No es la clásica brega indigenista o la lucha típica de la izquierda. Ha representado un hito en el contexto de las luchas indígenas a nivel continental, tanto por sus definiciones etnopolíticas, como por la instalación de nuevas formas de hacer política, caracterizadas por la radicalidad de su propuesta de liberación nacional mapuche. Es decir, un proceso de reconstrucción nacionalitaria. Es en este marco que cobra vigencia el rescate de la identidad propia. La importancia de la

identidad es crucial, porque nuestro empeño exige definiciones y la primera es ser mapuche. Quien es mapuche y sostiene su cosmovisión, no puede ser un expoliador y pasa necesariamente a ser un antisistémico, un anticapitalista. Por aquí parte nuestro proyecto.

La identidad, en nuestro caso, está estrechamente asociada a la recuperación territorial. La característica de estas recuperaciones de hecho, algunas de ellas impulsadas en forma directa por esta organización y otras, gestadas espontáneamente por las comunidades, es que se mantienen en manos mapuche, que hacen producir la tierra para beneficio colectivo. Las experiencias son variadas. En ciertos casos, se trata de tierras recuperadas hace varios años y que han pasado por sucesivos desalojos y nuevas recuperaciones, hasta llegar a una especie de estabilidad bajo control mapuche. En otras situaciones, las tierras están en permanente disputa y si bien la comunidad no ha logrado cultivar ni asentarse en ellas, tampoco la empresa ha conseguido materializar sus proyectos de inversión. Son distintas modalidades de un control territorial en construcción que, a la vez, es punto de partida para la creación de autonomía.

Cuando decidimos controlar un predio, comenzamos a luchar por él. Si nos reprimen, en vez de atacar a los represores, golpeamos directamente a la empresa que es quien efectivamente da sustento a la represión. Para nosotros, las acciones que emprendemos son actos de justicia. Nuestra gente los apoya emocional y políticamente y nos alienta de múltiples formas. Saben y comprueban que no se trata de hacer daño para destruir, o emprender una acción por el prurito de estar en acción, sino que es parte de una recuperación que deja como resultado un predio, un terreno que no se va a seguir desertificando, que se va a recomponer como tierra productiva. Y al recomponerse esa tierra, habrá una recomposición de una forma de vida y de una filosofía, de nuestra cosmovisión. Por eso, control territorial y autonomía son los pilares centrales de la estrategia de lucha de la Coordinadora, que se plantea como meta avanzar en un proceso de liberación nacional mapuche.

Es nuestra lucha territorial la que más duele a los ricos, a los poderosos. Por eso nos criminalizan y nos aplican la Ley Antiterrorista, primero en el 2001, luego en 2003, en 2004, en una infinidad de juicios iniciados contra hermanos mapuche. Hay decenas de mapuche presos, condenados por la Ley Antiterrorista. Antes, usaron la Ley de Seguridad Interior del Estado; ahora es un instrumento más filudo, más cauterizador: la Ley Antiterrorista que está pensada, precisamente, para aterrorizar. No es la violencia la que nos condena ante los ojos del Estado chileno –porque no somos violentos y ellos lo saben–; es nuestra lucha contra los ricos. Tocamos a fondo los intereses de los sectores más pudientes, representamos la pugna contra los que controlan el poder económico y manipulan las instituciones políticas.

Nuestra contienda tiene un contenido anticapitalista porque queremos recuperar la tierra de manos del capital. No tenemos otro camino. Usted sabe lo que significa la tierra para nosotros, la relación que existe entre el ser humano mapuche y su tierra. Para ser nosotros mismos, para considerarnos una comunidad, para reivindicar una nación ¡tenemos que recuperar la tierra!

Allende no podía construir socialismo sin tocar los intereses de los ricos. Nosotros, no podemos reconstruir una nación sin hacer lo mismo. Es obvio, ¿no?

Instalamos la forma de enfrentar al usurpador

En el lago Lleu Lleu, las plantaciones forestales han invadido la territorialidad ancestral. La cordillera de Nahuelbuta, casi en su totalidad, es propiedad usurpada por la invasión forestal. Se denuncia que, de las tierras ribereñas en torno al lago, un setenta por ciento corresponde a las forestales y las comunidades solo cuentan con una porción menor. En la zona existe otro tipo de inversiones capitalistas de gran envergadura, que pone en serio riesgo la vida mapuche. Por una parte están las reservas de agua dulce del lago y sus afluentes que, a estas alturas y producto de las leyes que favorecen al empresariado, están en manos de la transnacional ENDESA. Por otra, se cierne una nueva amenaza, que poco a poco se configura más claramente y que dice relación con la instalación de empresas mineras en torno al lago. Así se entiende la nula voluntad para impulsar allí una política seria de devolución de tierras, a pesar de los fuertes procesos de recuperación desarrollados por las comunidades mapuche.

Efectivamente, desde mediados del año 2005, existe evidencia concreta del interés de empresas del rubro minero, particularmente interesadas en minerales de hierro y escandio, de alto valor comercial. Están en curso las exploraciones autorizadas por los agentes del Estado; las demarcaciones comenzaron en el 2008. Al parecer, las actividades se empezarían a concretar en los sectores más apartados de las comunidades, con el objeto de no provocar abiertamente un conflicto inmediato. La estrategia sería avanzar progresivamente. Es en este contexto que se entiende la represión a la organización de la CAM en el sector, los allanamientos, malos tratos y la militarización del territorio.

De acuerdo con nuestro diagnóstico, el desafío es mayor aún que en otras zonas de conflicto, precisamente por el poder y la variedad de los sectores involucrados. Será una de las pruebas de fuego para la lucha mapuche, tal vez la madre de todas las batallas en el actual contexto.

Tengo una condena del 2001, en el marco de una recuperación de tierras en la zona del lago Lleu Lleu. Fue una de nuestras acciones exitosas. Esa vez, golpeamos cuando debíamos. Si no lo hubiésemos hecho, el lago Lleu Lleu sería hoy como el Villarica, o el Pucón, o el Caburga. Sí, recuperamos cuatrocientas hectáreas para la comunidad Pascual Coña. Las tenía un empresario de apellido Carvajal, alto dirigente del partido Renovación Nacional y nosotros instalamos la forma de enfrentar al usurpador. Carvajal fue expulsado. Ahora, esas tierras son controladas por los mapuche. Algunos de ellos a través de proyectos, otros no. Allí siembran, allí crían sus animales, allí construyen sus hogares. Están ante nuevos desafíos en relación a la autoafirmación y a la experiencia de autonomía.

"El año 98, comentaron los conflictos, se conformó la CAM y posteriormente vino la clandestinidad, acuerdo el día de la quema de los camiones en Lumaco. Yo estaba embarazada de siete meses de mi hija y no sabía lo que había pasado, aunque conocía del conflicto de Lumaco. Esa mañana, cuando llegué a trabajar al Hospital de Angol, mis colegas me llamaron en forma urgente, me dijeron que en la noche anterior Carabineros había ido a la Urgencia del Hospital a preguntar por mi domicilio. Todo fue muy confuso. Después alguien del tribunal llamó al hospital y habló con mi jefa. Querían que yo fuera a declarar

y hasta enviaron un vehículo policial para llevarme, pero mi jefa no me dejó salir. Después de días, supimos que un dirigente de Lumaco, que tenía su esposa hospitalizada, pues iba a tener mellizos, estaba detenido por la quema de los camiones. Chureo había dado mi nombre para que yo declarara que él había estado en el hospital esos días acompañando a su mujer, lo que era cierto. Finalmente, Héctor (quien trabajaba en Purén en ese tiempo) y yo fuimos sus testigos de buena conducta.

"Así fueron pasando los años de conflicto en conflicto: Lumaco, Traiguén, Ercilla Cuyinco, Alto Bío Bío, Lleu Lleu, Collipulli y otros, alternando periodos de cárcel y la clandestinidad. Recuerdo una historia que un anciano le contó a Héctor sobre la comunidad Coliwinka Tori de Collipulli. Tori era el lonko del sector. Una vez los winka, no sé si españoles o chilenos, asaltaron su comunidad, quemaron sus rucas y violaron a sus mujeres. De este acto criminal nació un niño colorín, al que el lonko acogió como su hijo y llamó Coliwuinhatori, es decir Tori Winka Rojo. Esta comunidad, un tiempo después de esa conversación, fue trasladada a las cercanías de Angol. Por mi trabajo tuve que visitarles y vi lo que ocasionaba la política de entrega de tierras de la CONADI. Estaban todos los hombres y sólo un par de mujeres. Vivían en un galpón. Las otras mujeres se habían quedado en Collipulli. Allí, en las tierras asignadas, no tenían agua ni luz y al terreno era infértil. Sólo servía para plantar remolacha. Uno de los dirigentes sufrió un grave accidente en ese lugar. Me dijo: "todo esto ocurre porque abandonamos nuestra tierra, debimos no hacer caso al winka y haber seguido en la lucha junto a la CAM".

"En el 2001, en la comunidad Pascual Coña, Héctor fue herido con perdigones en el pecho y la cabeza. Allá fui con mis dos hijos, a verlo al hospital de Cañete y después a la cárcel de Concepción. El Negro fue procesado por Ley de Seguridad Interior del Estado y por maltrato a Carabineros por la Fiscalía Militar. Un caso de doble procesamiento. "Después del juicio por Asociación Ilícita en Temuco, comentó el periodo de clandestinidad. Recuerdo que nos iba a ver en la noche y se iba en la mañana antes de aclarar. A veces se quedaba algunos días y luego partía. Yo seguía con mi rutina, nadie que no me conociera entendía de donde habían salido tantos chiquillo(a)s si siempre me veían sola. Otras veces quedábamos de juntarnos en otro lado, generalmente en el campo o pueblos cercanos., o en Concepción o hasta en Santiago. Ahí debíamos tomar nosotros las medidas de seguridad para desviar la atención de la policía. No olvido una vez que nos íbamos a juntar en el sur. Le pedí a una amiga que nos llevara a la comunidad Nicolás Calbullanca de Cañete donde había un palín. Ahí Héctor se llevó a los niños mayores y yo me quedé con mis hijas y mi guaqua. Durante el domingo permanecimos en la casa y a primera hora de la mañana del lunes tomamos un bus a Temuco, luego a Villarrica, donde nos reunimos todos y nos dirigimos a una comunidad cerca de Coñaripe. Todo salió perfecto, salvo que ese domingo Carabineros llegó a la casa de mi vecina, que cuidaba mi guagua cuando yo trabajaba, y la detuvo bajo el pretexto de un control de identidad, pues no tenía su cédula. La interrogó por cerca de seis horas

en la comisaría de Cañete. También supe de otras personas a quienes la PDI les ofreció trabajo y dinero a cambio de colaboración.

"Otra vez me fui de mi trabajo a buscar a mis hijos y me di cuenta de un seguimiento. Entonces, en vez de tomar el bus, me fui a encerrar a la casa de una amiga por un par de horas y le pedí a su pareja que preguntara por el horario del próximo bus. Salí justo a la hora, tomé el bus y una cuadra más allá una camioneta se adelantó y se cruzó.

Subió un hombre vestido como obrero forestal. Ya me habían detectado, no sabía si seguir o bajarme. Decidí romper con el seguimiento más adelante, lo logré y pudimos estar un par de días juntos con Héctor. Sin embargo, la tecnología ya comentaba a causar efectos, como parte de la llamada Operación Paciencia. Héctor comentó a recibir llamadas a su celular, sólo lo pinchaban y cortaban. Cuando salió de Purén en dirección de las comunidades en Traiguén, fue detenido.

"Era muy difícil pasar desapercibida con tantos niño(a s a la colita, pero valía la pena. Era la única forma de que pudieran estar con su padre. "Recuerdo también que un día la PDI interceptó a mi hija mayor en las afueras de su liceo en Concepción. Le pidieron que subiera a un vehículo pero ella se negó. Varios compañeros se dieron cuenta de la situación. Otra vez fueron a interrogar a mi madre en Concepción y a otros familiares y conocidos."

Fragmento escrito por Pamela Pessoa Matus para este libro, agosto, 2012.

Los mapuche vivimos bajo un Estado policial

La cronología da cuenta de movilizaciones en ascenso, de consolidación de la resistencia hasta el 2002 y, luego, de un tiempo en que hemos sido golpeados duramente. Muchos militantes clave de la lucha mapuche, han sido detenidos y sistemáticamente perseguidos; muchos debimos pasar a la clandestinidad. Hasta hoy, nos hemos sostenido con muchas dificultades. El Estado chileno se ha convertido en un Estado de contrainsurgencia respecto del pueblo mapuche. Militarización, declaratoria de Estado de Sitio, persecución selectiva, infiltración profesionalizada, campañas orientadas a dividirnos, a generar pugnas, rivalidades y confusión. He visto en estos años un enorme despliegue de equipamiento, que incluye –por ejemplo– pilotos aéreos de las forestales entrenados o provenientes del extranjero, guardias blancas que conforman policías privadas que sólo responden a quien les paga su dinero. Eso, aparte de Carabineros, que disponen de alta tecnología, e incluso marinos allí donde hay lagos. Existe una estrategia conjunta de contrainsurgencia, de la que son parte las acciones políticas, las mediáticas, las campañas de prensa. Los mapuche vivimos bajo un Estado policial desde el 2002. Algunos especialistas, incluso, han definido la situación como de verdadero "terrorismo de Estado contra comunidades movilizadas". Sin embargo, la lucha sigue, tal vez no con el nivel que alcanzamos en el apogeo del control territorial efectivo por

parte de la CAM. Usted sabe: el nuevo escenario represivo generó los desprendimientos típicos de cualquier movimiento que se enfrenta al Estado y al sistema capitalista y que, por lo tanto, requiere definiciones sustanciales. Hoy por ejemplo, Meli Witran Mapu, una organización de Santiago y otros sectores mapuche que optaron por negociar a nivel local, se fueron de la CAM o bien hicieron compromisos políticos con sectores de la Concertación; no creveron en la vía rebelde que nosotros hemos llamado autonómica y revolucionaria. Sinceramente, pienso que las críticas que nos hacen estos grupos pecan de inmadurez y resentimiento, porque hoy resulta evidente que lo que se precisaba era ponerse al nivel de lucha de las propias comunidades y colocarse al frente. La legitimidad de la pelea venía de allí y no de las propuestas asistenciales que llevaban a arriar las banderas. Sin embargo, estos sectores no se atreven a cambiar el discurso y abandonarlo, pero a su vez, no están dispuestos a asumir el impacto de la represión y pagar los costos de la lucha real. Entonces, hay que analizar no sólo los discursos sino también la práctica política y, en este sentido, me enorgullece decir que la CAM ha sido consecuente con la aspiración autonómica y, creo, la más clara en el sentido político-ideológico. Sostenemos una definida postura contraria a la doctrina neoliberal, que reafirmamos con más vigor aún en las actuales condiciones. Si bien hay sectores mapuche que aparecen como favorables a las banderas autonómicas, en su acción se contradicen. Por ejemplo, en el encuentro denominado ENAMA, realizado en 2012, convocando a personalidades mapuche que han alcanzado notoriedad en el mundo winka, se tomó el discurso de la autonomía, pero su línea fue contradictoria, va que reafirmaron el capitalismo en la región. Nuestra postura es de desconfianza ante este tipo de iniciativas, como también de aquellas propuestas que se fundan en decir que los mapuche no somos de izquierda, ni de centro ni de derecha y que rio debemos asimilar ninguna ideología winka. Pensamos que quienes sustentan este discurso actúan de modo oportunista y pragmático y lo que dicen y hacen resulta funcional al modelo vigente. Así, se entiende la razón por la que muchos están con el gobierno de derecha, so pretexto de reivindicar la "deuda histórica". Eso les permite aceptar proyectos, programas, ideas sobre supuestas "áreas de desarrollo" y otros instrumentos del clientelismo político. Por nuestra parte, nos reivindicamos como CAM, con posiciones claramente anticapitalistas, sustentadas en la reconstrucción del ser mapuche a través de la lucha por el territorio y la autonomía. A la vez, reclamamos más diálogo con aquellas corrientes políticas que debieran reconocernos, específicamente con el mundo de izquierda, la verdadera izquierda, la que propone alternativas al modelo neoliberal. Cuando hemos hablado de nuestra perspectiva de largo plazo, le he señalado ya que no queremos una sociedad mapuche asentada sobre bases aristocráticas o con poderes disociados de la gente, en que sea el más fuerte el que gobierna y subordina al otro. Menos aún queremos una sociedad dirigida por una casta de políticos que nuevamente se constituya en aliada del poder central, como tiempo atrás ocurrió con los conservadores y la derecha en el parlamento. Ahora bien, retomando el hilo cronológico, el 2002 debimos adecuarnos a las nuevas

condiciones y nos replegamos tácticamente para cuidar estructuras, ejercitar formas más conspirativas de trabajo, no tan abierta, menos visibles. En otras palabras, más secretas, muy cuidadosas con la acción del enemigo, que comenzó a desplegar un fuerte trabajo de inteligencia. Nos hicimos más clandestinos. Pero, usted sabe, la clandestinidad genera nuevos problemas. Ayuda a resolver algunos pero genera otros. Desde ya, a la gente le costó comprender nuestros resguardos, o los mal interpretó como expresiones de falta de confianza, o los atribuyó a deslealtad o a pugnas de poder. No todos se acomodaron a la nueva situación y tuvimos desprendimientos que, a estas alturas, pensamos derivan de falta de formación y experiencia, o de la intervención de grupos de izquierda antisistémicos que acostumbran azuzar —especialmente a nuestros jóvenes— y favorecen las rivalidades entre nosotros.

Cuando el Estado y sus aparatos se abalanzaron sobre nosotros, recogimos la opinión de nuestra gente sobre cómo enfrentar la nueva situación. De allí surgió la política de pasar a la clandestinidad, la táctica del repliegue. Sin embargo, no todos concordaron, hubo quienes sostuvieron que no teníamos la capacidad suficiente para luchar desde la clandestinidad. Efectivamente, con el nivel de represión que se nos ha aplicado, es más difícil estar en todo aquello que hubiéramos querido cubrir y marcar presencia en las comunidades, pero no nos desmovilizamos. A partir de entonces, como CAM perdimos una base social amplia por la necesidad del trabajo y lucha desde la clandestinidad, porque lo que protege a los militantes y weychafe en materia de seguridad y resguardo, te quita ciertamente espacios, a los que comenzaron a llegar otros, que no seguían la línea de la CAM. Es más, muchos fueron y son anti CAM e influyeron en que varias comunidades abandonaran sus procesos e iniciaran "negociaciones" clientelistas, lo que llevó a divisiones y pugnas que se mantienen hasta hoy. Por otra parte, cerramos filas inmediatamente, porque seguir una organización amplia de comunidades negociaciones, programas y proyectos, hubiese significado abandonar nuestra línea y principios, razón por la que cada vez que esto ocurría, dimos un paso al costado. Fuimos intransigentes, sí, pero la consecuencia tiene un gran valor en la CAM.

Estamos convencidos que van a emerger los líderes que podrán cambiar realmente la historia de este país en general y del pueblo mapuche en particular. La mayoría de nuestros militantes son jóvenes, con mucho camino por recorrer. Sabemos que se trata de procesos que son lentos y que serán largos. Enfrentamos un sistema muy endurecido. Pero confiamos en una nueva generación mapuche, que proviene de las propias comunidades, se ha involucrado a fondo y continuará batallando con una entrega total. Para ese fin hay que mantener en alto los planteamientos y una consecuente práctica política, seguir siendo escuela ideológica, donde la formación permanente y el estudio sean una constante que genere debate y nos retroalimente.

"Héctor Llaitul y yo nos conocimos en una recuperación de tierras en la provincia de Arauco", me dice Erwin Aguas. Lo escucho con dificultad, a pesar que estamos sentados uno al lado del otro durante la festividad de año nuevo mapuche en el gimnasio de la cárcel de Angol. Unos jóvenes danzan a pie pelado y con sus mantas características alrededor de unas hojas de foye, un árbol sagrado, y los instrumentos mapuches resuenan rítmicamente.

"Nosotros", dice Aguas, "los huilliche, vinimos a solidarizar. Nuestro movimiento se rige por los principios históricos de los lonkos huilliche. Yo creo que usted sabe que nuestros antepasados suscribieron, en 1793, los acuerdos elaborados en el parlamento de Las Canoas, que se ha querido presentar como un hecho de paz y de buena convivencia. La verdad es que el parlamento fue el resultado de la violencia extrema y de una concreta amenaza de exterminio, luego del potente levantamiento de Río Bueno en 1792, que había logrado expulsar a los españoles hacia Valdivia. La ocupación tuvo características singulares en la zona huilliche. En Las Canoas no se reconoció autonomía ni control por parte huilliche; la estructura de lonkos fue sometida al aparato administrativo español. Se perdió la autonomía política y se instalaron muchísimas misiones católicas. Particularmente, esta última operación tuvo fuerte impacto cultural y generó un retroceso de la cultura mapuche. El ejército huilliche quedó desarticulado. Se facilitó así la imposición del vasallaje por la fuerza. Para decírselo en una frase", me mira Aguas, "1793 es el equivalente para nosotros del 1881 en Arauco y Malleco".

Erwin Aguas Deucaman es profesor de historia y, luego de terminar sus estudios, regresó a su tierra. Es también tallador y escultor en madera. Trabaja materiales nativos como el pellín, el alerce o el lingue y realiza piezas utilitarias, esculturas e instrumentos musicales, entre ellos el kultrún y la trutruka. En esta área, su contribución ha sido destacada, porque ha impulsado el renacimiento en la zona de bandas de música y grupos de danza. Aguas conoce al dedillo la historia de su pueblo, particularmente la de los pobladores del territorio cuneo que se extiende desde Valdivia hasta la isla grande de Chiloé. Me cuenta de los viajes solidarios hacia el norte, para apoyar recuperaciones. "Pantano, Didaico, Temulemu, en Traiguén", enumera Aguas. "Y comenzamos entonces nuestras propias recuperaciones", agrega.

Los huilliche están organizados en torno al Consejo de Lonkos. Mantienen relaciones políticas con la Coordinadora Arauco Malleco, pero se enfocan primordialmente en sus propios objetivos. "Recuperamos Tren Tren", dice, "y hemos reinstalado una propuesta política en nuestro territorio ancestral. El gran movimiento de demanda territorial ha sido fuertemente alimentado por jóvenes mapuche que recién regresan de las universidades. En mi caso, estudié en la Universidad de Los Lagos", señala. "En estos grupos nos relacionamos como estudiantes y luego como comuneros".

Aguas me cuenta que Llaitul estaba en Concepción cuando establecieron un intercambio basado en el diálogo político. "La CAM", dice, "también ha participado en el territorio huilliche. Ellos sentaron las bases. Actualmente, gracias al proceso de activación de demandas y a la brutalidad de la represión, nuestra gente ha ido comprendiendo y advirtiendo las serias amenazas que enfrentamos: el despojo avanza hacia el sur para apoderarse del territorio, aguas, árboles, cualquier riqueza que allí se encuentre. Nuestras tierras poseen la mayor cantidad de bosque nativo existente y potentes reservas de agua.

Ahora la amenaza transnacional, de forestales, hidroeléctricas y mineras, pone en cuestión la subsistencia hasta de las comunidades más sólidas".

"Como huilliches", subraya Aguas, "hemos compartido con los hermanos del norte la idea de reconstruir el pueblo-nación, independientemente del lugar preciso donde estemos viviendo. No siempre concordamos, pero el sueño que compartimos es reconstruirnos como nación, con toda nuestra diversidad, valorándonos mutuamente".

Efectivamente, las organizaciones huilliches han expresado abiertamente y con fuerza su rechazo a las acusaciones del gobierno, que culpa a mapuches de los incendios ocurrido en el verano del 2012 en Carahue. "Los pinos y eucaliptos en verano son una bomba de tiempo", me dice Aguas. "En el caso de Carahue, los Bomberos y la CONAF (Corporación Nacional Forestal) se habían retirado porque no podían controlar el fuego. La empresa mandó entonces a un grupo inexperto de jóvenes, los mandó a la muerte. En su momento", me dice, denuncié los hechos como un nuevo montaje destinado a legitimar la persecución. No es posible enfocar los incendios con varas tan distintas: en Torres del Paine un ciudadano israelí estuvo tres meses retenido, en cambio, a los mapuche se nos culpabiliza sin fundamento y se nos aplica la Ley Antiterrorista. Se trata de construir estereotipos: ¡Hemos sido bárbaros, asesinos, bandidos, flojos, alcohólicos, hoy somos terroristas! Lo que hay de verdad", continua Aguas, "es terrorismo de Estado. Nosotros somos respetuosos de la vida vegetal, animal y humana. No hemos declarado la guerra nadie. Lo que hacemos es defender lo que nos corresponde".

El wiñol, que comenzó temprano en la mañana, sigue su curso, marcado por la reflexión, la fiesta y la conversación.

Hablamos de dignidad

La dictadura de Pinochet había recobrado para los viejos latifundistas las tierras recuperadas en los procesos de la Reforma Agraria de Frei y de Allende. La ira quedó allí, sembrada, brotando poco a poco. En 1997, hicimos reventar el conflicto, con base en estos antecedentes.

Desde entonces, antes del 2001, hubo procesados por la Ley de Seguridad Interior del Estado. Ese era el contexto de nuestras acciones. Y de esa manera se fue extendiendo la política del control territorial hacia el Wallmapu. Control territorial, para que entendamos bien, quiere decir recuperación de tierras y transformación productiva de esas tierras. Recuperamos para inmediatamente desarrollar las siembras productivas y así recomponer el tejido social y político mapuche. Es la reconstrucción de nuestro pueblo desde las pequeñas experiencias, donde se conjugan la dignidad y la autonomía.

El Estado, por su parte, continuó su política de frenar el movimiento indígena, con sus propósitos de "campesinizar" al mapuche. Pero la idea del control territorial se fue extendiendo y en situaciones muy distintas. La comunidad Pascual Coña, por ejemplo, tiene un proyecto de electrificación, pero se declara autónoma. En otros lugares, no entran los proyectos, ni la presencia winka. La situación comenzó a tornarse

incontrolable. Temucuicui recuperó el fundo Alaska y también muchos otros fundos pasaron a manos de las comunidades que lucharon, como es el caso de Temulemu, Didaico y Pantano. Se adquirieron tierras por el Estado para restituirlas al pueblo mapuche. El territorio donde murió asesinado Matías Catrileo, finalmente fue comprado al latifundista colonizador Luchsinger y traspasado a las comunidades. Otros predios aún no son traspasados legalmente, pero están bajo control de los mapuche. En fin, en catorce o quince años de existencia de la CAM, hemos contribuido decisivamente a la recuperación de entre 17 y 20 mil hectáreas, luego de conflictos en los que estuvo presente la CONADI o donde hubo un interventor, o simplemente donde el control mapuche se impuso. Hemos debido enfrentar la política de los gobiernos, según la cual la tierra en conflicto, no se compra. Pero la CAM nunca negoció sus ocupaciones por dinero. Queremos la tierra, porque queremos luego reconstituirla, fertilizarla para sembrar trigo, avena, criar animales y recomponerla para que se revitalicen los lugares sagrados y así practicar más coherentemente nuestra cultura. Estuvimos en Raleo y en el Valle del Queuco. Actuamos en Ercilla, Vilcún, Chol Chol, Collipulli, Tirúa. Hemos hecho recuperaciones y contribuido a reconstruir comunidades. Estuvimos y estamos en Lleu Lleu. En Arauco, donde la confrontación tiene un significado estratégico. Ha habido fuerte represión en Lleu Lleu norte, también en la zona de Rukañanco. La represión ha sido más precisa allí. Ha buscado individualizar, perseguir, condenar. Para eso, el aparato represor dispone de recursos técnicos, humanos y económicos y ofrece incentivos tentadores. Entre los habitantes del Lleu Lleu, hay varias decenas de procesamientos. A fines del 2011, había aproximadamente unos 200 procesados. La mayoría participaron en procesos emprendidos y sostenidos por la CAM.

Sin embargo, nuestro saldo es positivo. Lo demuestra el carácter de la represión y hacia quién está dirigida. Eso es indicativo de que estamos en la línea acertada. Ahora la represión es mucho más sofisticada y no persigue sancionar conductas y acciones, sino perseguir y castigar a las personas que representan posiciones de lucha. El resultado es una "justicia" esencialmente injusta, que se aplica por razones de discriminación étnica y política, que no es rigurosa en cuanto a las pruebas, que acepta los montajes y que aplica la Ley Antiterrorista en el procedimiento, para luego dejarla de lado al acusar, cuando el proceso oral ya ha prácticamente terminado y ha puesto en juego todas las ventajas para la fiscalía que significa esa ley.

También es preciso incluir en un balance la valoración de nosotros mismos. Para la CAM, este es un elemento muy importante. Acompañamos la reconstitución del hábitat, la reconfiguración como pueblo y la autoafirmación. Hablamos de dignidad, que tiene que ver con la salud, con las formas de acceso social que no necesariamente vienen del Estado dominador, sino de la lucha. Todo esto genera un proceso de reconstrucción autonómico. Esa dignidad se ha orientado en luchar para recuperar tierras usurpadas por los ricos y por eso se nos cataloga de enemigos. Pero si nosotros recuperamos sesenta hectáreas, con eso es posible alimentar a un montón de gente, producir cereales, tener ganado. Ese es el proceso que hemos impulsado, que está en

marcha y que las forestales, por supuesto, no quieren. Con la ocupación material y, digamos, socio cultural de los predios, hacemos efectivo el control territorial. Y el control territorial es la base para la reconstrucción de nuestro pueblo, porque la nueva situación genera experiencias de autonomía territorial, en las que las comunidades establecen las bases para un proceso de liberación de largo alcance.

"Tu flor La robé Rosi esa flor para ti... Vale más robá que comprá... En todo este tiempo mi Mami lo ha entendido y me corrige: 'Es recuperada' ¡¡Sí, es Recuperada!!"

Mauricio Waikilao Waikilao, ex preso político mapuche, "Bitácora Guerrillera", Santiago de Chile, 2011.

Viejas heridas

El camino entre Angol y Capitán Pastene es, como la región, aparentemente plácido, con colinas suavemente curvas y, es verdad, tiene un parentesco visual con la Emilia Romagna y los faldeos de los Apeninos, de donde llegaron las familias italianas colonizadoras, arribadas a comienzos del siglo XX. Los cerros de los costados están cubiertos de pinos y eucaliptus de alguna empresa forestal subsidiada por el Estado. Pasamos por Los Sauces y Trintre, observo algunos álamos blancos, más frondosos y de brazos más extensos que el álamo que se ve habitualmente en el valle central de Chile. Se divisa gente en el camino que "hace dedo". Aquí es muy común viajar "a dedo", me dice el chofer del vehículo en el que me desplazo y me cuenta que los camiones madereros, con sus enormes cargas de troncos, muchas veces con acoplados que se ven como moles de bosque, generalmente paran y prestan amablemente el servicio de transportar a los viajeros. Delante de nosotros diviso, erguido como un semidiós, un eucaliptus de porte centenario con un tronco de varios metros de grosor. El camino bordea un río.

Entonces llegamos a Lumaco, una pequeña ciudad, cabecera del municipio de ese nombre, la principal comuna de la colonización italiana. "Lumaco, ciudad tricultural", informa la letra de una figura que ofrece al viajero la bienvenida. Quiero indagar qué significa. Pregunto por esa lectura a un hombre que está sentado a la sombra de un "paragua", el árbol con esa forma que le da su nombre popular, que en línea perfecta con sus iguales se yergue en una fila a las orillas de la avenida principal de Lumaco. Es sábado, son las cuatro de la tarde y hace un calor de más de treinta grados. Desde su asiento de hojas y tierra fértil, me responde: italianos, chilenos y mapuches. El panorama, el horario, la paz dormilona del camino y sus callejuelas adyacentes, no permiten

adivinar que ahí, en Lumaco, en 1997, ocurrió el episodio que Llaitul me acaba de relatar y que fue un hito en el actual ciclo de la lucha mapuche.

Seguimos por la carretera y llegamos a Capitán Pastene, una villa bien conformada, graciosa, llena de *tratorías* y almacenes donde anuncian el jamón crudo, producido según la mejor tradición italiana, quesos y pastas.

Uno de los locales es una vieja bodega restaurada y convertida en salón de té. Hay variedad de tortas caseras y un helado auténticamente artesanal de limón, preparado con leche, *purísimo*, me dice la muchacha de rasgos europeos que nos atiende. Pregunto a mi acompañante cómo es la relación del mapuche con los descendientes de la colonización italiana que han convertido a Capitán Pastene en un centro gastronómico de la zona, un punto turístico inevitable para los que se internan en la Araucanía. Me dice que es muy positiva, que los mapuches son muy bien valorados. "Incluso", agrega, "cuando llegan ellos y no tienen dinero, se les admite el trueque, algo que jamás se acepta de un winka". Un viejo mapuche, al día siguiente, me dirá en Angol que para el golpe militar de 1973, los oficiales militares no conocían a nadie. Rotaban mucho, me dice, no se asentaban en ninguna parte, iban y venían de regimiento en regimiento. Entonces, preguntaban. Y los winka nos señalaban con el dedo, a los que éramos dirigentes de una u otra cosa. Los winkas, los italianos...

Viejas heridas hay en todo Chile, especialmente en la Araucanía.

"No hay fuerza política aquí para que eso funcione. Es un bluff. No hay que olvidar que el proyecto estuvo 17 años en el Congreso, y al igual que la creación del Fondo de Tierras, eso se aprobó porque había un proceso de fuerza en curso —las recuperaciones de tierra— que llevó a eso. Pero en la práctica el Convenio no se aplica. Porque dentro de sus normas está la consulta en caso de que se vayan a vulnerar derechos ancestrales por otros agentes. Las forestales lo hacen, aplican el robo, la represión. El convenio no opera para nada, no defiende a ninguna comunidad. Si queremos defender el territorio, entendemos que hay que hacerlo, que eso no va a venir por decreto. Nosotros luchamos por recuperar el territorio metro a metro".

Héctor Llaitul opina sobre el Convenio 169 de la OIT en entrevista con Lucía Sepúlveda Ruiz. www.periodismosanador.blogspot.com, agosto de 2011.

Lo que nunca dejó de ser mío

El militante de la CAM no es intelectual, pero no por eso es menos visionario: debe serlo en alguna medida. Es el que está en la comunidad y está en la práctica de todos los días. En esa instancia es preciso construir, es donde nosotros construimos. Lo hacemos sobre la base de las cualidades de cada uno. Valoramos al hermano o hermana sencillos, buenos seres humanos, con conciencia y sin recursos materiales, pero convencidos. Es el que usa el arado, el fogón, trabaja con instrumentos rudimentarios y desde allí reconstruye tejido social y político. Desde esa vida en el terreno, consecuente como mapuche, se desafía a crecer, instruyéndose, formándose y luchando integralmente. Con

estoicismo inclusive, frente a nuestros enemigos, así como también frente a nuestros adversarios y disidencia.

He pasado un período ya largo de mi vida construyendo en las comunidades, explicando las cosas sin tanta rigurosidad, con simplicidad, con mucha vocación. Hice un reconocimiento de territorio y de personas, así me inserté en lo mío, en lo que nunca dejó de ser mío, con la paciencia suficiente para entender a mis hermanos y para hacerme entender. Ese es el valor de la CAM: somos hijos de longko, comuneros, gente simple que ha dado saltos cualitativos en su conciencia y espíritu de lucha. Estamos en las comunidades, de allí surgimos y allí nos quedaremos.

5. El crimen de resistir

Un dirigente ideológico y político

Para la opinión pública, lo que soy y lo que hago es —obviamente— lo que han dicho los medios de comunicación, aquello que se ha reproducido en internet, por Google, por Wikipedia y lo que maneja la inteligencia policial y que filtra y promueve intencionalmente. Las dos vertientes están interrelacionadas y, supongo, nadie se podrá sorprender. Se trata de versiones muy sesgadas. En la página que me dedica Wikipedia, lo central son los procesos judiciales en mi contra. A veces, también aparecen viejos apodos de otras épocas como "comandante Héctor" o "Negro". Todo oscila, sin lugar a dudas, entre el sensacionalismo y la caricatura.

A fines de los noventas, supuestamente, aparezco en público en una movilización cerca de Traiguén, cuando se activan las comunidades de Didaico, Pantano, y Temulemu. Entonces, aparece un grupo de encapuchados dirigido por un supuesto comandante, alguien que dirige las acciones y que, supuestamente, tiene cierta instrucción militar. La prensa se agarró de eso y comenzó la estigmatización, para crear la figura de un *subversivo étnico*, un terrorista.

Luego de las detenciones de que soy objeto, en Traiguén en 1999 —si mal no recuerdo— y en el 2000, en la zona de Lleu Lleu, la policía filtra supuestos antecedentes de mi pasado en el 'Frente'. Entonces, lo que se maneja en los medios de comunicación, es una cantidad de información destinada a configurar un estigma, a marcar a un dirigente mapuche, con el fin de mostrarlo a la sociedad como un peligroso terrorista. Se trata de dar a las acciones mapuche una connotación distinta, desvirtuándolas y desprestigiándolas, con el objeto de restar apoyo social e instalar la criminalización y la persecución. En este sentido, puedo afirmar enfáticamente: yo no soy un jefe militar, soy un dirigente ideológico y político. Este estigma de jefe militar me lo cuelgan para desvirtuar la lucha mapuche y criminalizarla. Pero, como he dicho, no es para sorprenderse: la mayor parte de los medios de comunicación actúa como cajas de resonancia de los intereses afectados por nuestras demandas.

Mire usted cómo es de tendenciosa la prensa. Los fiscales dicen lo justo y necesario para echar harina a su costal y les dan toda la cobertura. Compare esto con el silencio que guardaron ante las huelgas de hambre. Una vez terminadas, hace unos meses, Televisión Nacional vino hasta la cárcel y me hizo una entrevista para el canal de cable "24 horas". Nuestra gente la subió a Youtube y ha tenido miles de visitas. Esto demuestra que hay público que tiene interés por saber lo que realmente pasa y lo que estamos planteando y no por informaciones fuera de contexto o de escenario.

También hay cosas que no se han dicho, que sólo se manejan a nivel de inteligencia. Fíjese que en una de mis detenciones, en el 2003, uno de los detectives de la PDI me dijo: "Llaitul, tenemos que ponerte chaleco antibalas". Yo lo miré sorprendido y ante mi cara de pregunta insistió: "La DINE anda detrás de ti"; o sea, según él, la Dirección de Inteligencia del Ejército quería matarme. No me sorprendió, porque todo el Estado está sobre nosotros. En los años siguientes, fui emboscado dos veces, pienso que con la intención de acabar conmigo. Una vez aquí, en Angol; otra, camino a Contulmo. También existen grupos del poder que actúan al margen de la ley; están los "Trizano", por ejemplo, que actúan con impunidad al servicio de las forestales. Los gobiernos de turno saben de estos grupos y cuáles son sus intenciones. Imagínese, hoy, en pleno gobierno de derecha, algunos de los miembros de este grupo se pavonean de sus equipos y armamento sin que exista legislación que los controle.

Le hablo de acciones que no cabe duda que son extremas. Ellos, los agentes del fascismo, son los extremistas. Hay que entenderlos en el marco de su afán por hacer frente a nuestra causa. Han montado una constante campaña de distorsión, ocultamiento y desprestigio. Se trata de una maniobra que contó con respaldo oficial en los períodos de la Concertación y, naturalmente, lo tienen en este gobierno de derecha. Hay una complicidad entre los gobiernos y la mayor parte de la oposición, incluso miembros "progresistas" de la clase política chilena. El gran poder de dominación que está detrás de estas maniobras está constituido por las transnacionales y sus inversiones en nuestro territorio ancestral. Ejercieron una brutal presión sobre los gobiernos concertacionistas. Ahora ejercen directamente el poder a través de un gobierno de derecha.

Ellos fijan un marco en el que deben encuadrarse todas las políticas: la protección de los intereses del sistema a cualquier precio.

Es importante no perder de vista la particular rudeza de la mano dura del Estado cuando se nos aplica a nosotros. Se debe al avance en el proceso de reconstrucción del pueblo-nación mapuche, que llevan adelante las comunidades y a nuestras experiencias exitosas de resistencia y de control de predios, que pertenecían o ambicionaban las forestales. Nuestra acción induce un cambio, efectivamente, el que no responde a la lógica del sistema y que traba, en cierta medida, el proceso de transnacionalización. Ahora nosotros, los mapuche, como usted sabe, pasamos a usufructuar los predios y ese hecho detona con ímpetu la política represiva. Quieren prevenir otros procesos de ese tipo y, para hacerlo, se reprime todo acto de resistencia o de rebeldía, se judicializa nuestro accionar y se lo criminaliza. Y, para intensificar el rigor al máximo, se aplica la Ley Antiterrorista y se militarizan zonas de conflicto, en el marco de verdaderos planes de contrainsurgencia, con una lógica de definición de un enemigo interno: el pueblo mapuche.

Sin embargo y, a pesar de todo, nos hemos posicionado en la opinión pública. Eso es indudable, usted lo conoce bien. Tenemos apoyo ciudadano. Lo dicen

también las encuestas que se dan a conocer. El posicionamiento de la causa mapuche, a nivel internacional, ha sido fundamental, en el último tiempo.

Pienso que la CAM y su lucha y la de otras organizaciones mapuche, han contribuido decisivamente a ello. El mayor grado de conocimiento y sensibilidad de la ciudadanía, esa simpatía que muchos sienten hacia nuestra causa, considerada como una causa justa, es porque trabajosamente, desde las comunidades en conflicto, hemos representado la dignidad de todo nuestro pueblo.

Si hubiera que comparar, diría que hace quince años estábamos cien veces más solos. Entonces, el mal llamado "problema mapuche", no existía. Hoy, los grandes empresarios chilenos y extranjeros consideran, aunque muchos lo callan, que éste es tal vez el problema principal en Chile. Y los partidos políticos, en Chile, aún no tienen una propuesta clara sobre el tema, están a la expectativa y siguen las políticas públicas en "materia indígena", cuyas líneas de acción han sido erráticas, de corto plazo y engañosas.

"Instituciones de gobierno, la gente de las empresas capitalistas y también personas dicen eso, que en el pasado el mapuche era bueno para la guerra. Pero no es así. El mapuche ha sido bueno para defenderse cuando lo vienen a atropellar, a violentar, a invadir. Eso sucedió en el pasado y ahora esta sucediendo lo mismo. Otra tremenda falsedad es que seamos terroristas. Aunque busquen por mar y tierra, nunca nos van a encontrar armas, solamente piedras, boleadoras. En Ercilla Collipulli han allanado más de ocho veces las comunidades y nunca han encontrado armas. No es terrorismo actuar para recuperar el territorio que nos han quitado. Una vez un funcionario de gobierno estuvo a punto de hacernos un montaje de armas y drogas en Lleu-Lleu, pero los mapuche alcanzaron a parar la oreja, y le falló el plan".

Vocero de la comunidad Loncotripay en "17 mil hectáreas recuperadas por la Coordinadora Arauco-Malleco. Esta tierra es nuestra", Patricia Bravo, Punto Final, 1 de julio de 2003.

La operación "paciencia"

Siempre pensamos que el aumento en la intensidad de la movilización mapuche traería aparejada más represión. Pero, la verdad, fue sólo por los medios de comunicación que nos enteramos de la magnitud del operativo lanzado en nuestra contra y de su nombre: operación "paciencia". Se trata de una operación de inteligencia que impulsó el Ministerio del Interior y un grupo de fiscales. Ellos definieron sus prioridades y una de ellas fue desarticular la CAM.

La búsqueda de información sobre el movimiento no era nada nuevo. Había existido siempre. Pero ahora se trataba de un plan más afinado, más preciso, con muchos más recursos. Nosotros teníamos claro que en cualquier momento

vendría una arremetida represiva; no sabíamos cuándo ni cómo, pero teníamos claro que se nos vendría encima.

Cuando comenzó, vimos que la inteligencia no acertaba demasiado bien; pero la embestida afectó el trabajo abierto, el más público. Las tareas internas no fueron tocadas: ningún weychafe cayó, si bien yo quedé expuesto por mi participación en actividades públicas. De esta manera, la primera ola represiva de la operación "paciencia" no consiguió desarticular estructuras internas o a nivel de weychafe y las expresiones de lucha siguieron manifestándose en el territorio. Sin embargo, debemos reconocer que el trabajo social y político en algunas comunidades resultó lesionado y hubo que replantearse la presencia en esos espacios.

En mi caso, el riesgo se hizo mayor y debí pasar a la clandestinidad. Las normas de seguridad que a esas alturas aplicaba a mi propia acción no eran suficientes. Seis meses después fui detenido en Temulemu, como resultado de una delación por algunos comuneros que tenían un trato con los fiscales. Me procesaron por Asociación Ilícita Terrorista. Estuve cerca de un año preso y, finalmente, absuelto.

Había dos líneas complementarias para intentar el desmembramiento de la CAM. Una era poner énfasis en el caso Poluco-Pidenco, punto clave de la lucha de las comunidades y aplicar un castigo ejemplar a aquellas que se movilizaban. La otra era atacar la forma en que se venían organizando las comunidades a través de un referente como la CAM y golpear sus estructuras más preparadas y representativas.

Para hacerlo, la inteligencia policial determinó que nuestra práctica no era entrar a un fundo y realizar alguna acción directa, sino que hacernos partícipes de un proceso mayor de recuperación territorial. De este modo, concurríamos a la recuperación como parte de un movimiento más amplio. El enemigo, por tanto, decidió montar un ardid y envió a un grupo ajeno a aquel en el que participábamos. El grupo extraño comenzó a quemar un bosque aledaño. Nosotros nunca nos exponíamos más allá de lo indispensable. No fuimos parte de esa acción, la que fue ideada por las propias empresas forestales, o por algún grupo operativo de la policía.

El resultado fue que nos inculparon, según lo habían planificado y desataron de inmediato la represión hacia las comunidades y hacia nuestra organización.

Tras la refriega, producto del enfrentamiento que se produjo, política y judicialmente se desató una coacción masiva sobre la mayoría de las comunidades movilizadas. La represión fue indiscriminada. No distinguían bien; cayeron dirigentes que los represores deseaban castigar y otras personas sin razón alguna, prácticamente por el azar de las circunstancias. Finalmente, doce personas fueron procesadas en el llamado caso Poluco-Pidenco.

Las forestales presionaron para que se les aplicara la Ley Antiterrorista y se dio inicio a un programa de castigo directo a una de las comunidades que tenía un planteamiento radical. Fue una gran maniobra de las forestales para frenar la lucha y castigar al movimiento mapuche: aplicaron altas penas de cárcel, con el fin de escarmentar. Ese era el mensaje a todo el que entrara a los fundos y realizara cualquier tipo de acciones en contra de las empresas.

La otra forma de des estructurar a la CAM fue considerarla y perseguirla como una asociación ilícita terrorista y concentrarse principalmente en su dirección política, la que coordinaba a las comunidades en conflicto. Creo que no fuimos muy finos en la evaluación, porque estimábamos que esta línea era desmedida.

Mirando los hechos retrospectivamente, fallamos en preparar mejor una defensa jurídico-política para enfrentar los encausamientos que sufrieron numerosos dirigentes mapuche. En todo caso, la acusación de asociación ilícita no prosperó, pero tuvimos poca capacidad para hacer una buena defensa, más política, frente a los procesamientos que se nos vinieron encima posteriormente.

Esta es tierra con tradición de regimiento

El poeta Pedro de Oña nació en Angol en 1570. A la altura del puente que cruza el río Vergara, se encuentra la estatua que le dedicó el Club de Leones, en el cuarto centenario de la fundación de la ciudad.

Ahora, al lado izquierdo de Oña, viniendo desde Huequén, han colocado un enorme aviso luminoso, un LED —como le llaman— que ha desatado las iras del mundo más ilustrado. Me lo dice un colectivero cuyo oficio principal es ser retratista al óleo y, más tarde, escucho decir lo mismo a un profesor de secundaria. Al frente de Pedro de Oña, en otro espacio de la irregular plazoleta, hay un busto dorado de Arturo Prat y, delante de él, un antiguo torpedo de algunos metros, de punta negra y cuerpo plateado, cuyo origen y significado ignoro. Pero me trae a la memoria el traslado de contingentes militares del norte, una vez asegurada la victoria en la Guerra del Pacífico, hacia la Araucanía. Es muy posible que la memoria de aquella conflagración bélica, tenga una fuerza particular en Angol.

La gente de Angol es siempre cálida, como su verano. Unos pocos, que fueron mis partidarios en la elección de 2009 y que aún me reconocen, saludan con un par de bocinazos o se acercan mientras camino por el centro de la ciudad. Otros, aunque es seguro que no votaron por la izquierda, se muestran amables y contentos de verme. La televisión es capaz de generar las más obtusas reflexiones, pero lo que mejor hace es dejar imágenes grabadas, más allá del significado de gestos o palabras. Es un hecho que todos estamos conectados, de un modo especial, claro, a través de ella. Especial y diferenciado. En el caso de los mapuches, la aparición de sus rostros y opiniones en los noticieros nacionales es ocasional y absolutamente insignificante y más bien se les conceden espacios de carácter folklórico.

Mientras camino, un chofer de ambulancia detiene el vehículo y me pregunta a dónde voy. Contesto y me dice que le queda en su ruta, ofrece llevarme y acepto. Llego de manera un tanto extraña al Museo Julio Abasolo Aldea —un emprendimiento privado que se sostiene gracias a la obstinación de un dedicado profesor—, en un blanco vehículo hospitalario, que en su parte trasera lleva una gran camilla y varios aparatos médicos y, en sus vidrios, una cruz roja. Me siento agradecido pero raro y deseo —ocultamente— que nadie vea mi bizarra llegada. Supongo que es por un exagerado sentido del ridículo. El lugar es poco transitado, afortunadamente. En realidad, se trata de una escuela apartada, que desde fuera se ve amplia. Allí, el Museo, que exhibe diversos materiales relativos a la historia de Angol, ha encontrado austera acogida. Lo recorro con calma. Mi principal conclusión es que su condición es de una pobreza inmerecida.

Otro día, un votante, profesor normalista, me recoge de la calle en su pequeño auto y me acarrea a mi lugar de alojamiento. Es un ex preso político de la dictadura y, "de pasadita", me lleva a su casa, se baja, toca el timbre y salen su señora y su hija a saludarme. Ellas también fueron mis votantes, me dicen, mientras nos tomamos una foto.

La mayoría de los angolinos, o no me conoce, o están lejos de sentir simpatía por mí. Mal que mal, esta es tierra con tradición de regimiento de primera línea, lugar de retiro de muchos carabineros jubilados, me informa un conocido. Recuerdo a Trizano, aquel napolitano que es considerado antecesor ilustre del Cuerpo de Carabineros y que organizó las guardias de frontera que luego de la ocupación de la Araucanía debían combatir el bandidaje, incluidos en el concepto —sin duda—, los indígenas que resistían o demandaban respeto por sus derechos.

"A comienzos del siglo XX y tras concluir las campañas militares de ocupación del territorio mapuche, el caos y la anarquía se tomaron por asalto las tierras de La Frontera. Bandoleros chilenos, por un lado, y parcialidades mapuches que se resistían a la invasión, por el otro, transformaron los "fértiles" campos del sur reden colonizados en un verdadero y peligroso Far West. Para remediar esta situación, el gobierno encargó al oficial de ejército Hernán Trizano la creación de un cuerpo de policía rural, que años más tarde sólo sería recordado por el apellido de su tristemente célebre progenitor:

"Los Trizanos".

"Integrado por ex militares, colonos, agricultores y una entusiasta corte de mercenarios sin dios ni ley, el ejército paramilitar de Hernán Trizano asolaría por 15 años los campos de La Araucanía, dejando tras de si una estela de cruentos asesinatos que sólo terminaron cuando las autoridades comprendieron que el remedio había resultado mucho peor que la enfermedad. Actualmente, un monolito levantado en la céntrica Avenida Balmaceda de Angol recuerda para las nuevas generaciones de mallequinos su increíble historia. Sin embargo, también hay quienes gustan de recordarlo más allá de la frialdad de los monumentos oficiales.

"Estamos dispuestos a empegar una represalia contra los señores indígenas, en defensa de los agricultores, las forestales y las empresas hidroeléctricas... En vista que el Gobierno no ha hecho absolutamente nada para detener a los comuneros violentistas ni ha garantizado la seguridad de los agricultores, el movimiento va ha intervenir en los próximos días para contrarrestar los acciones terroristas de ciertos grupos indígenas... Con este anuncio empieza a funcionar el Comando Hernán Trizano y todas las actividades que realice desde hoy en adelante, junto con adjudicárselas, se van a dar a conocer oportunamente a los medios de comunicación", precisaba un escueto comunicado hecho llegar con fecha 10 de junio de 2001 al reportero de la radio Los Colonos de Victoria, Manuel Burgos."

Pedro Cayuqueo, fragmento de "El regreso de los Trizano", reportaje publicado en <u>Azkintuwe</u>, 6 de julio de 2005.

Un acoso contra una idea

Nosotros fuimos condenados a priori. Antes de serlo, ya lo sabíamos. Los avances de la CAM habían sido importantes y se había iniciado una nueva etapa, compleja, difícil para nosotros: la criminalización. Comenzó en tiempos de la Concertación, si bien con límites. El gobierno de entonces cuidaba ciertas apariencias, actuaba con hipocresía. No le convenía mostrar su verdadera faz, pero instaló la criminalización como herramienta para frenar el proceso. Fue en pleno periodo denominado "democrático".

Fíjese: en el 2009, hubo una quema en una oficina salmonera y también vehículos incendiados en el mineral de El Teniente, durante una huelga obrera. De aquel episodio en El Teniente no hay rastros, no hay detenidos ni presos. En buena hora que no hubiera presos en El Teniente. Pero al mapuche había que criminalizarlo y, en consecuencia, se incriminó injustamente a un mapuche por el incidente en la salmonera. La Concertación discriminaba también entre los luchadores sociales.

La construcción del Estado chileno es heredera del pensamiento del siglo XIX. Basta recordar la visión de entonces y el lenguaje que la expresaba. "Salvajes", "bárbaros", eso eran los mapuche para la República chilena que "pacificaba" la Araucanía. Incluso, historiadores contemporáneos, como Sergio Villalobos, han hecho suya esa mirada. Esa forma de construir la historia ha creado las condiciones para estigmatizar al pueblo mapuche. Aún hoy existe la discriminación, existe racismo, así, con todas sus letras.

En cuanto a mí: se me ha procesado seis veces desde fines de los noventa. En algunos casos he debido cumplir con largos períodos de cárcel, como ocurre actualmente. En otros procesos, los montajes de los fiscales no pudieron demostrar los cargos y ni siquiera lograron convencer al tribunal, a pesar de los dudosos estándares de la justicia chilena. Como el 2008, cuando fui dejado libre, sin cargos, luego de un arresto efectuado en 2007. Seguí cumpliendo funciones en mi organización, incluso de carácter público. Esto incomodó a los detentores del poder, que idearon finalmente un montaje en mi contra. Las autoridades iniciaron el juicio de Cañete, lleno de irregularidades, entre otras imputarme por declaraciones de otros comuneros mapuche que fueron forzados mediante torturas, porque no existían pruebas en mi contra, ni nada que me relacionara con los hechos. Al final, se impuso la figura del testigo sin rostro como retorcido instrumento para poder condenar.

Pero no se trata de algo personal, de una acción dirigida solo en contra mía. La persecución política se ha ejercido contra los que hoy estamos presos, como también sobre aquellos hermanos que han debido asumir la clandestinidad. Es un acoso contra una idea, contra una propuesta. Se trata de acorralar una idea, una manifestación política de lucha, la más fuerte, clara y decidida expresión de lucha dentro del movimiento mapuche, sin pretender disminuir el valor de otras. De alguna manera, representamos una resistencia que no se doblega, la resistencia centenaria de un pueblo a la usurpación, a la transnacionalización del territorio ancestral.

Al mismo tiempo, hemos constituido, a través de nuestra práctica, una experiencia de reconstrucción de identidad y de lucha participativa. Se expresa en el proyecto de rearticulación de comunidades, con el fin de recuperar las tierras y establecer sobre ellas un control territorial y político.

El poder de nuestros adversarios es abrumador y, a veces, nos hace sentir desprotegidos cuando debemos enfrentar a los tribunales que juzgan los cargos que se nos imputan. O sea, nuestras comunidades se enfrentan —principalmente—, con los grupos económicos más poderosos de Chile, que disfrutan de la simpatía y garantías que les otorga el Estado chileno.

El gran empresariado es el gran mentor, el padrino del poder político. Los gobiernos concertacionistas correspondieron, desafortunadamente, a este modelo. No debe sorprender, entonces, la ausencia de imparcialidad y objetividad en los procesamientos en nuestra contra. Por ejemplo, es corriente la presencia de numerosos querellantes. Son mandatarios de las forestales que siempre están coludidos con los fiscales del Estado y, a todos ellos, se suma -por si fuera poco-, los abogados que envía el Ministerio de Interior, es decir, el gobierno.

El poder económico y el poder represivo se retratan allí de cuerpo entero. Frente a una presión tan enorme, son pocos los jueces que optan por pensar con independencia y tratan de hacer justicia. El entendimiento entre fiscales, políticos inescrupulosos, gobierno y medios de comunicación, genera las condiciones para condenar a nuestra gente a largos años de prisión. Es por eso que siempre demandamos juicios justos y ante tribunales independientes e imparciales. Pero es algo que resulta casi imposible.

Además, hay que considerar que tampoco contamos con abogados comprometidos o cercanos a la causa mapuche, salvo algunas honorables excepciones; por lo que, en ocasiones, nuestra defensa debe apoyarse en los defensores públicos asignados por el Estado. Debo decir que algunos de ellos han actuado con inteligencia y han puesto el corazón, pero no siempre es así y se replica un hecho que cae en el absurdo: el Estado nos persigue y a su vez pretende ofrecer defensa.

"Lunes 14 febrero 2011 / 11:43.

"Detienen a hijos de Héctor Llaitul por rayar paredes en Cañete. "Carabineros detuvo a dos de los hijos de Héctor Uaitul, mapuche procesado en Cañete por distintos hechos de violencia registrados en la zona del lago Lleu Lleu, junto a otros 16 comuneros.

"Se trata de dos menores de 14 y 16 años quienes fueron sorprendidos rayando las murallas de un supermercado en calle Arturo Prat con Villagrán, centro de Cañete.

"Los jóvenes quedarán a disposición de la justicia, uno de ellos será derivado a los Tribunales de Familia, ambos bajo la imputación de rayar leyendas alusivas al juicio en el que su padre arriesga condenas que superan los 100 años de cárcel.

"Transcurridos casi tres meses de iniciado este emblemático juicio del conflicto mapuche, este martes comentarán los alegatos de clausura que determinarán la decisión del Tribunal.

"Héctor Llaitul sindicado como líder de la Coordinadora Arauco Malleco (CAM), organización a la que se atribuyen distintos hechos de violencia presentados en este juicio, como la quema de cabañas y el presunto ataque a la comitiva del fiscal Mario

Elgueta, sucesos ocurridos en los alrededores del lago Lleu Lleu, en la provincia de Arauco".

http://www.radiobiobio.cl/2011/02/14/detienen-a-hijos-de-hector-llaitul-por-rayar-paredes-en-el-centro-de-canete/

El compromiso genera nuevas realidades

El espacio principal en que se desata la represión es en las comunidades, porque la energía viene de allí, no de nosotros, a quienes los represores consideran un grupo de dirigentes que se sienten iluminados. No somos eso, pero tampoco somos lo que vulgarmente se llama un "aparato". Estamos en las comunidades, somos parte de ellas y nuestros adversarios lo perciben bien, aunque no les conviene reconocerlo.

El caso más ilustrativo es Poluco Pidenco, donde se produce el encuentro entre una mayoría de luchadores de las comunidades y dirigentes de la CAM. El asesinato de Alex Lemún, un joven de diecisiete años, muerto por una bala que le destruyó el cerebro, está inscrito en este proceso de lucha. Lemún cayó por su entrega a la lucha por recuperar la tierra. Él participaba muy activamente en la recuperación de un fundo que se estaba demandando, en un lugar donde la contradicción estaba viva, ardiente, diría. Cayó en el proceso de la resistencia mapuche, en medio de la refriega entre las boleadoras y las armas automáticas.

Nuestro proyecto político exige entrega y compromiso. No seguimos una vía fácil; impulsamos una lucha real contra el latifundista y las forestales, contra la lógica capitalista y en esa lucha, sabemos que tendremos heridos, presos y muertos.

Otro caso, con su propio significado, es el de Matías Catrileo, cuya entrega valoramos enormemente. La bala que lo mató, una mañana de enero de 2008, fue disparada en terreno plano, un campo abierto; le entró por la espalda y salió por su pecho. Él fue tomando progresivamente decisiones políticas e ideológicas, se fue acercando e integrando a una comunidad. Su joven historia demuestra que el compromiso genera nuevas realidades. No importa si el hermano viene de la diáspora o de las comunidades, si realmente toma un lugar en la lucha.

A Matías lo conocí en Rucañanco, cuando participaba en una recuperación de tierras. Yo había estado clandestino por un buen tiempo, luego del repliegue táctico que habíamos resuelto como CAM. Dirigía una reunión. Recuerdo haber indicado que solo participarían mapuche y, luego, señalé la presencia de un joven que no respondía a nuestras características físicas. Entonces él me emplazó y subrayó con convicción su apellido: Catrileo, dijo y repitió: "Catrileo".

Más tarde supe que provenía de Santiago y que, según el mismo gustaba decir, era una mezcla de *punk y chorizo*. Fue tal vez mi gesto cuestionador el que lo impulsó a ser el más dedicado a las tareas de esa jornada. Me lo encontré en los puestos de seguridad, haciendo guardia y siempre muy atento a las discusiones, callado, sin intervenir. Más tarde, alguien propuso que me sacaran de la zona. Sin dudar, Matías se ofreció para hacerlo.

En esa ocasión, cruzamos algunas palabras y él, derechamente, me preguntó por mi disposición a resistir ante una eventual detención. Posteriormente, fui hecho prisionero en febrero de 2007 y mi primera visita fue la de Matías Catrileo. A partir de entonces, se convirtió en hermano y amigo, no solo mío, sino de toda mi familia, en particular de mis pequeños hijos, con quienes desplegó su gran dimensión humana. Jugaba con ellos, practicaba el palín y los acompañó siempre cuando se estableció un campamento durante la huelga de hambre a fines del 2007, frente a la cárcel de Angol.

Con sus visitas me fui enterando de sus cambios. Matías terminó por transformarse en un destacado militar mapuche, en un weychafe. Lo recuerdo ávido de lecturas y de discusión. Para mí, sus inquietudes y sus deseos de formación eran un desafío. En una ocasión, se coló entre dirigentes indianos que me visitaban, entre ellos Felipe Quispe. Él quería ser parte de esa experiencia y conocer más a fondo la lucha de los pueblos americanos. Para mí, fue impresionante seguir sus cambios, que incluían su forma de hablar y su presencia personal. Dejó de fumar y se ejercitaba y absorbía todo lo que se proponía intelectualmente, porque en ese plano era muy destacado. Su máxima definición fue abandonar sus estudios e irse a vivir y luchar en las comunidades. Matías Catrilero fue siempre un ser humano animoso y vital, muy convencido del proceso que emprendía nuestra organización. Sus cualidades como weychafe lo habrían impulsado, lo doy por seguro, a ser una figura principal de nuestro movimiento.

Soy un convencido que Matías vive entre nosotros. Los mapuche lo sabemos. Su püllü se deposita cada vez que continuamos éste proceso de liberación.

Y, mire usted,: el asesinato de un mapuche parece no conllevar pena. El mayor Treuer y el cabo Ramírez, autores del crimen, gozan de libertad y sus carreras están intactas.

"No fue un hecho aislado, como tampoco lo son la muerte de Alex Lemún, asesinado por el carabinero Marco Aurelio Treuer, de Matías Catrileo, asesinado por el cabo Water Ramírez Espinosa, de Zenén Díaz Necul, de Juan Domingo Collihuin, de Julio Alberto Huentecura Llancaleo, de Luis Lican, de Jorge Antonio Suárez Marihuan, de Jhonny Cariqueo Yáñez todos casos que han quedado en la más absoluta impunidad.

"Un definitiva, el asesinato de Jaime Facundo Mendoza Collío no es ni un hecho aislado ni un accidente: es parte de una historia de conflictos entre las comunidades mapuche aledañas al cerro Chiquaihue y el Estado chileno; de una historia en que la muerte ha ocupado un lugar más de una vez; una historia en que los organismos del Estado han dedicado sus esfuerzos a defender los intereses de los particulares, sean estos latifundistas o empresas forestales. El asesinato de Jaime Facundo Mendoza Collío ocurre en el mismo lugar en donde durante la Ocupación Militar de la Araucanía se levantó el fuerte Chiquaihue y fue puerta de entrada para el Ejército de Ocupación, de cuyos hechos existe una memoria viva en las comunidades mapuche del sector; en el mismo espacio territorial donde fue asesinado en el año 1962 Carlos Collío, por el entonces propietario del fundo Chiquahue Ignacio Silva Correa, en momentos en que las comunidades del sector levantaban una ruka en sus tierras ancestrales; no es un hecho aislado porque ocurre en el mismo territorio donde fue asesinado Alex Lemún, también por

demandas territoriales. Finalmente, tampoco es un hecho aislado porque forma parte de los resultados de una política de Estado para enfrentar las movilizaciones de demandas territoriales mapuche desde antaño: la represión".

Martín Correa Cabrera, "El Asesinato de Jaime Facundo Mendoza Collío: ni accidente ni hecho aislado", Azkintuwe, www.azkintuwe.org, 21 de septiembre de 2009.

Asesinato estratégico

Hemos hablado de todo un poco. Es un día de visita con bastante concurrencia y, con Héctor, dedicamos la mañana a charlar sobre este libro. Yo he revisado borradores y chequeado con él informaciones imprecisas o incompletas. Luego de un rato, el mesón situado en una especie de vestíbulo, que es parte del módulo destinado a los presos políticos mapuches, se ha llenado; los diálogos se cruzan y si uno no se esforzara por concentrarse en las palabras, seguramente escucharía una música extraña, irregular, en la que resuenan dos lenguas, un sonido único compuesto de muchas voces.

Alguien, desde la puerta de entrada a las celdas, dice algo que no alcanzo a escuchar. Es Jonathan Huillical, el más joven de los condenados. Hablamos sobre el Servicio Militar y ante mi pregunta, él dice que no, que no le tocó cumplirlo. El tema surge a propósito de Mendoza Collío. Una de las visitas es Roberto Curín, dirigente de la Alianza Territorial, organización con la que la CAM mantiene positivas relaciones. Curín acaba de decir que Mendoza Collío había sido recluta del Servicio Militar en Victoria. Le pido que me cuente más sobre Mendoza.

El Consejo de Todas las Tierras lo envió al Alto Bío Bío cuando se produjo allí el conflicto por la represa; él volvió, me dice, con la firme visión que las tierras que habíamos recuperado eran mínimas y que debíamos seguir luchando por más territorio. "Jaime trabajó con ahínco y formó organización, generó una fusión de cuatro comunidades y tuvo un rol principal en los levantamientos de Collipulli"; La voz de Curín es sorprendentemente plana, sin ningún tono de exaltación, prácticamente sin énfasis. El tono parece bajar un tanto cuando se interrumpe y luego, continúa: dice que Mendoza Collío tenía un enorme liderazgo, un prestigio. Su asesinato, afirma, fue estratégico.

La conversación sigue yuxtaponiendo unas palabras sobre otras. Hay una pareja joven, un mapuche anciano de antigua militancia, una muchacha. Conversamos con Llaitul sobre temas variados, saltamos de uno a otro: China, su cultura, su crecimiento, luego repasamos lo ocurrido después de la conquista de la Araucanía en 1881, el tiempo de la integración forzada, del despojo, de las políticas de asimilación después de los años treinta. Y nuevamente del despojo.

Curín guarda silencio, pero sus palabras me siguen impactando y se superponen a los ruidos del instante: la muerte de Mendoza Collío fue un asesinato estratégico.

"Y eso sucede bajo el nuevo autoritarismo del siglo XXI, que nace en la sociedad del riesgo, en donde la legislación de emergencia se perpetúa bajo un manto teórico doctrinal que no solo avala, sino justifica, la aplicación de un derecho penal distinto, sin las clásicas garantías, para los "enemigos". Este "nuevo autoritarismo cool del siglo XXI" –como le

llama Zafaroni 9– ya no tiene las características de represión soterrada que asistía al viejo autoritarismo del s. XX, sino que mas bien es evidente, brutal y generalizado.

"El derecho penal del enemigo se nutre, de un lado, del viejo "punitivismo" de entreguerras, que implica expandir cada vez más el derecho penal ya sea aumentando las sanciones para delitos existentes, o creando delitos nuevos, y de otro lado, del derecho penal simbólico. Este último resulta sumamente importante en la reproducción de subjetividad del sistema y se caracteriza por los efectos que tiene en la ciudadanía el derecho penal. Se trata de dar la impresión de un legislador atento, decidido, eficaz frente al combate de la delincuencia. "Así. los medios de comunicación social producen noticia, en función de determinados intereses, que nos hablan de un supuesto aumento de la delincuencia, o del recrudecimiento de acciones terroristas. La ciudadanía crea verdaderos frentes de solidaridad ante lo que estima un enemigo común, pide mayor severidad en la respuesta penal, y el legislador no escatima en proporcionarla, aún cuando ello signifique mermar derechos y garantías fundamentales. Es lo que sucede con las campañas antidelictuales en las que nos muestran a jóvenes delincuentes atracando farmacias, o a mapuches disputando de manera violenta territorios ancestrales, o golpeando a la autoridad (Juana Calfunao)". Myrna Villegas Díaz, "El Mapuche como enemigo en el Derecho (Penal). Consideraciones desde la biopolítica y el derecho penal del enemigo".

Universidad de Chile, Portal Iberoamericano de las Ciencias Penales http://www.cienciaspenales.net. Publicaciones del Instituto de Derecho Penal Europeo e Internacional (www.cienciaspenales.net).

Una forma de castigo anticipado

El juicio oral en el Juzgado de Cañete ya se ha iniciado hace días. Junto a Diamela viajamos de Santiago al sur, en automóvil. Nos detenemos una noche en Chillan, visitamos el mercado y compramos unas cucharas de palo para la cocina. Ahí hay bellas gredas de color natural y las negras, magníficas siempre, de Quinchamalí, el tradicional pueblo cercano. Luego nos vamos a Lebu, a la cárcel de Lebu, donde Llaitul y sus compañeros están recluidos mientras dure el juicio oral. Será la tercera cárcel donde nos encontramos con Llaitul, Llanquileo y los demás. El Manzano, Angol, ahora Lebu. Desde Lebu los presos son llevados al tribunal de Cañete y, al fin cicla sesión de cada día, devueltos a la cárcel de Lebu. En Cañete vive y trabaja Pamela, la esposa de Héctor, junto a sus hijos.

Ese día Llaitul me dice que su proceso es uno de muchos: a la fecha existen numerosas personas condenadas —y a muchos años de cárcel— por medio de condenas desproporcionadas y a través de procesos judiciales viciados, en los que se han aplicado leyes de excepción, como la Ley Antiterrorista, contraviniendo los convenios internacionales. La criminalización es a través de los medios, de las declaraciones, de la reafirmación de los prejuicios y del racismo. Este juicio, me dice Llaitul, es sólo una arista de la criminalización: la judicialización de la causa mapuche, que no es

considerada una demanda política posible de cursar como tal; es, para las autoridades chilenas, un delito. Para eso están los tribunales. ¡Que funcionen las instituciones!

De Lebu nos hemos despedido con un "hasta mañana". Estamos ahora en el Juzgado, un edificio moderno, como todos los construidos para poner en práctica la reforma procesal penal establecida hace poco y que se fue aplicando progresivamente en el territorio nacional. Una de las primeras regiones en que comenzó a funcionar, para monitorear su marcha, se dijo, fue la Araucanía. Ha acortado los procesos que antes podían durar años, pero no pareciera haber resuelto algunos graves desequilibrios y ya está en curso un debate sobre la necesidad de urgentes reformas.

En el juicio de Cañete contra Llaitul y sus hermanos, es evidente para el observador menos avezado que la Fiscalía cuenta con todos los medios a su disposición, mientras los defensores hacen lo que pueden y esto incluye a los Defensores Públicos. En Cañete hay uno de ellos que ha tomado la defensa con pasión e inteligencia. Pero el peso de la Fiscalía es enorme. Luego de la reforma, el número de mapuches procesados se incrementó y el examen, incluso superficial de los procesos, muestra una absoluta descontextualización que el Ministerio Público pareciera no advertir. Las acusaciones prácticamente no consideran las singularidades culturales del pueblo mapuche y menos aún la historia de Chile y de la usurpación de sus tierras. De este modo, las nuevas normas más bien han desequilibrado aún más la condición del mapuche ante la justicia. Quizá podría argumentarse que esta situación no corresponde a la intención que inspiró a la reforma procesal. El punto es que nunca se consideró la necesidad de introducir contextos al sistema penal o procesal penal. No es raro: esta concepción es la predominante en la cultura chilena. El caso de la reforma procesal y su aplicación a la sociedad mapuche es un signo más de una dominación de la que la mayoría de los chilenos no está consciente.

Por otra parte, la invocación de la Ley Antiterrorista abre un espacio excepcional para la acción de los fiscales. Esta ley, elaborada bajo la dictadura de Pinochet, fue modificada en el gobierno de Aylwin para despojarla de su carácter persecutorio de partidos e ideas políticas. Fue aplicada por primera vez contra comuneros mapuches durante el gobierno de Lagos. Deja amplio espacio para su utilización torcida, como lo demuestra la puesta en libertad o absolución de numerosos procesados luego de haber sido víctimas de largos períodos de prisión preventiva.

Aquellos que son condenados deben su sentencia de culpabilidad a la institución de los *testigos sin rostro* y al secreto de la investigación, que dura seis meses, y, de este modo, deja en feble posición a los abogados defensores. "Los testigos protegidos, que declaran contra nosotros, reciben un pago del Estado, del Ministerio Público", me dice Llaitul. Y agrega: "el Ministerio Público no actúa independientemente, es un componente de una estrategia que realiza montajes y que busca condenas anticipadas de la opinión pública contra nosotros".

Por otra parte, son varias las declaraciones de altos funcionarios que dan a entender o expresan que no creen efectivamente hallarse frente a delitos propiamente terroristas, pero que la ley se aplica para facilitar la investigación. El propio fiscal principal en el juicio oral de Cañete ha formulado declaraciones señalando que la ley antiterrorista se aplica con un sentido preventivo, para evitar la comisión de hechos realmente terroristas. ¿Qué ocurriría en nuestro sistema penal si todas las leyes y todas las acusaciones penales tuvieran ese fundamento preventivo?

La sala del tribunal está en el segundo piso y tiene una amplia espera. La guardia de gendarmería es numerosa y el control del ingreso al edificio es severo. La sala propiamente tal está dividida por un grueso cristal que impide cualquier contacto del público con los acusados o abogados litigantes, o magistrados. Nos sentamos en las

bancas destinadas al público. Hay algunos amigos y familiares de los acusados, llegan delegados de comunidades mapuches que vienen a solidarizar; unos jóvenes franceses que acompañan el juicio están allí también. De pronto, aparecen por el fondo de la sala los acusados, en ese momento catorce. Hace meses que están presos, pero la Ley Antiterrorista dificulta seriamente su posibilidad de libertad provisional. La prisión preventiva es una forma de castigo anticipado, antes de saber si el acusado es o no culpable. Es un castigo a la condición de sospechoso. Efectivamente, diez de ellos serán posteriormente declarados inocentes, por la unanimidad del tribunal que componen tres ministros, dos hombres y una mujer.

Entran los tres magistrados y se sientan en su podio, comienza la jornada de ese día. A la izquierda del tribunal están amontonados, en un espacio pequeño, cuatro o cinco fiscales, el abogado del Ministerio del Interior y el de la empresa forestal Mininco. Son un acompañamiento: los fiscales llevan el peso. Al frente, al lado izquierdo, se amontonan también los abogados defensores y el Defensor Público.

La Fiscalía rinde prueba de testigos. Algunos, como el personal de la Policía de Investigaciones o Carabineros, comparecen físicamente. Hay otros que no: son testigos "protegidos", una institución del "anti terrorismo", testigos sin rostro, si es preciso, con voz deformada electrónicamente. Comparecen con las caras ocultas o simplemente a través de medios digitales. No es fácil para la defensa descalificarlos sin saber quiénes son ni poder interrogarlos apropiadamente.

La Fiscalía presenta como prueba una serie de intercepciones telefónicas grabadas y rigurosamente organizadas. ¿De quién son esas voces? Un defensor pregunta si se ha hecho un peritaje para identificarlas. No se ha hecho. Pero sí hay un peritaje riguroso de un geógrafo que explica las condiciones del terreno donde se cometieron los supuestos delitos, triangula puntos, ofrece amplias informaciones técnicas.

"El presidente del tribunal: El testigo por ser acusado no será juramentado, se le exhorta decir verdad respeto a los hechos que va a declarar luego de cual será interrogado por la defensa, luego por el ministerio público. En ese para efecto de los registros audio su nombre completo por favor. « Ramón Llanquileo: Mari Mari kompu che.

"En la sala algunas voces contestan 'MariMan".

"Ramón Llanquileo: Señores magistrados buenas tardes, hermanos imputados...

"El presidente del tribunal: Solamente su nombre por favor, nombre completo...

"Ramón Llanquileo: Discúlpeme su señoría pero según nuestras tradiciones como Mapuche, nosotros antes de comentar un dialogo o una presentación, previamente tenemos que saludar a todos los presentes, eso es una tradición al interior de nuestro pueblo. Señores abogados defensores, señores de la fiscalía, señores custodios. In che ta Ramón Esteban Llanquileo Pilquimán. Cédula de identidad según el registro del Estado chileno 14.033.798-6, actualmente recluido en el centro de detención preventiva de Lebu, me considero preso político. Me voy solicitar al señor presidente quedarme de pie la primera parte de mi exponencia. Primero que nada debo dejar claro a los presentes mi condición innegable de Mapuche. En el segundo lugar, dejaré claro mi condición de militante de la causa Mapuche, así también dejando claro

mi condición del movimiento Mapuche más consecuente de lo último tiempo. Eso es.

"El presidente del tribunal: Según el código procesal, puede exponer lo que estime pertinente, luego las preguntas de la defensa, del ministerio publico y eventualmente el tribunal.

(...)

'Ramón Llanquileo: Primero que nada, dejare en claro mi condición de Mapuche, partiendo con relatar una parte de mi infancia, mis estudios básicos, mis estudios secundarios, mi incorporación al movimiento Mapuche, mi reencuentro con mi identidad y con mi mundo. Posteriormente daré cuenta de mi militancia en si, de mi compromiso en el proceso de reconstrucción nacional de nuestro pueblo, para luego llegar a dejar claro enfrente de este tribunal mi condición de militante Mapuche, y con la consiguiente consecuencias de ser un perseguido político por parte de este Estado. Como quiero demostrar y como ha quedado demostrado durante estos tres meses y un poco más que llevamos el juicio en donde por un lado tenemos una defensa particular y por otro lado tenemos una defensa publica del Estado. Además, como los presentes se darán cuenta, el Estado chileno está interviniendo directamente en este juicio por los señores abogados que lo representan, sumados a ellos los señores fiscales, y por otro lado los señores representantes de las empresas forestales, una de la segunda fuerza económica de este país. En concreto, quiero dejar de manifiesto que el movimiento al cual pertenezco se enfrenta al sistema ECONÓMICO que se pretende instalar en el territorio Mapuche y específicamente en la zona del Lago Lleu-Lleu. Entonces quiero dejar claro desde ya de que la situación que nos ha llevado a asumir este juicio es justamente este fin del tratamiento que se viene desarrollando desde hace un tiempo atrás, en donde están involucrados miembros de comunidades Mapuche enfrentados directamente a los intereses económicos que se pretenden y que ya están instalados en el territorio Mapuche. En este caso intereses de carácter económico forestal, intereses mineros, intereses de las empresas dueñas de las aguas. En concreto es eso que quiero dejar de manifiesto, es una pelea entre los más pobres de los pobres, en este caso somos nosotros los Mapuche, y los grandes grupos económicos que en este caso están siendo representados por el Estado y salvaguardados por ese mismo. Eso quiero dejar de manifiesto."

Fragmento de la declaración de Ramón Iianquileo en el juicio oral ante el Tribunal de Cañete, 2 y 3 de febrero de 2011.

Testigo número 26, sin rostro

En fin, semanas más tarde, en su presentación final, la Fiscalía admite que no se ha podido configurar ninguna acusación que pueda caer dentro de la Ley Antiterrorista y los ciento cinco años de cárcel que pedía para Llaitul disminuyen radicalmente. En el veredicto, dos de los jueces absuelven a diez comuneros, condenan a cuatro por

homicidio frustrado del Fiscal Elgueta, ejecutado mediante "emboscada" a poca distancia de las viviendas de la comunidad, según sostuvieron los fiscales. No es fácil imaginar el montaje de una emboscada a unas decenas de metros de las viviendas donde habitan familia e hijos. Pero, esa es la condena. Además, la sentencia los condena por robo con intimidación en el llamado "caso Jorquera", en que la comunidad hizo un emplazamiento a un colaborador de policías y fiscales. Sumadas sus penas, Llaitul deberá cumplir veinticinco años de cárcel.

La magistrada que integra el tribunal sostiene una postura de minoría: no hubo homicidio frustrado, no está probado el robo de madera. Su voto es por la absolución de todos los inculpados.

Ahora bien, si fueron desechados los cargos que tipifica la Ley Antiterrorista, entonces, ¿por qué los juzgaron y condenaron gracias a procedimientos excepcionales que establece la ley dictada para delitos terroristas?

Hay que agregar que los reos habían sido procesados por un largo tiempo en dos juicios simultáneos, por los mismos hechos, ante la justicia civil y también ante la militar. Esta última emitió sentencia absolutoria en mayo de 2011, porque, según el juez militar y la Corte Marcial, posteriormente, era imposible acreditar los hechos. Para la justicia militar, no hubo emboscada y el único antecedente del que dispuso, fue la declaración de un testigo sin rostro. A los jueces militares no les pareció suficiente como para condenar.

Doble procesamiento, Ley Antiterrorista para supuestos delitos que no tienen ese carácter. Llaitul me dice: el uso del testigo protegido vició el juicio; fui condenado por la declaración del testigo número 26, sin rostro. Pero, en realidad, me condenaron por ser Héctor Llaitul.

"Con el uso de testigos sin rostro no pudo haber defensa y sin defensa no hay justicia", me dice Llaitul.

A la Suprema, habrá que ir a la Suprema, dicen los abogados.

Las tierras mapuche están dañadas

Como ya le señalé, el pilar fundamental del sistema de propiedad usurpada, son las compañías forestales. El proceso de inversión capitalista en el área ha sido vertiginoso y también brutal. No exagero, porque su expansión puede significar la desestructuración definitiva de nuestro pueblo. La invasión forestal, además, trunca la posibilidad de acceder a espacios territoriales más amplios, demandados por las comunidades mapuche. Ha tenido consecuencias negativas sobre la geografía física, social y humana. Su fundamento es un armazón administrativo y político.

Si bien antes hubo explotación de los bosques, la aparición estelar de estas empresas se remonta a los años inmediatamente siguientes al golpe militar, cuando la CONAF remató grandes extensiones territoriales que adquirieron por esta vía los grupos económicos que promovieron el derrocamiento de Allende. Por su parte, el famoso decreto 701, dictado en 1974, configuró el llamado "fomento forestal" y legitimó un robo descomunal. Fíjese usted: no sólo se apropiaron del suelo, sino que a través de la legislación, privilegian sus inversiones a costa de los recursos estatales convertidos en subsidios. Se trata de un negocio redondo, en plena zona de territorio ancestral mapuche, basado en la explotación de nuestra tierra, de nuestros recursos. A partir de entonces, Chile se convierte en un gran productor y exportador de productos forestales, gracias a la aberrante depredación y devastación del territorio.

La presencia de las forestales ha sido nefasta para nuestro pueblo, en todo sentido. Créame, ha implicado la destrucción del mundo mapuche en dimensiones fundamentales. No olvide que nuestro territorio ancestral, aquel defendido por nuestros antepasados, era uno de los más fértiles y generosos. Allí existían extensos y bellos bosques naturales, terrenos despejados y prolíficos, ríos y humedales con una biodiversidad impresionantes. Este cuadro ha ido cambiando gradualmente, para desgracia de nuestro pueblo y de toda la humanidad. Con la conformación del Estado chileno, primero y con la ocupación militar, después, se inició la quema de bosques nativos para abrir espacios al poblamiento y a una explotación agrícola y ganadera indiscriminada, sin resguardo y extensiva. El desmonte irracional generó un proceso erosivo, que las forestales han intensificado con la producción desmedida y sin control del monocultivo de pino y eucaliptos, que acidifican los suelos, imposibilitando el crecimiento de otros tipos de especies. La biodiversidad allí existente dio sustento y sentido a la visión de mundo de los mapuche. Su desaparición y remplazo ha sido un impacto en su vida espiritual. La sustitución del bosque nativo es responsable, además, de la extinción de la fauna asociada. Los pesticidas no solo destruyen las plantas y árboles naturales. También matan animales, que son considerados un peligro para el crecimiento de las especies exóticas que sirven para producir madera comercializable. Pesticidas y tóxicos usados para proteger el crecimiento de pinos y eucaliptos, son también un veneno que afecta la vida de las comunidades aledañas. El equilibrio natural se rompe, se altera, en todas sus dimensiones. ¿Me explico?

En relación al agua, el efecto también ha sido devastador. El recurso ha mermado en los territorios invadidos y hace cada día más difícil el trabajo del pequeño agricultor. Pinos y eucaliptos han secado vertientes y fuentes de aguas naturales, afectando la mínima reproducción del bosque nativo y generando un círculo vicioso que afecta gravemente a la población colindante, es decir, a las comunidades mapuche. En el plano social, la expansión forestal desplazó a la población rural. Así ocurrió con casi todos los habitantes rurales de origen mapuche y hoy afecta cada vez más a las comunidades. Conozco muchos casos de comunidades que han desaparecido y otras que apenas sobreviven, golpeadas por la fuerte migración. También conozco comunidades encerradas, rodeadas por forestales... ¡Se imagina! ¿Qué otro destino les espera que no sea desaparecer?

Por eso le digo que está en juego la vida mapuche, por eso la resistencia subsiste a pesar del poderío de los adversarios. Han desaparecido muchos bosques, cerros sagrados, sitios rituales y ceremoniales. Las tierras mapuche están dañadas, las montañas degradadas, los manantiales y vertientes secos. Las napas subterráneas también se han secado. Por sus implicancias, estamos frente a una forma de etnocidio.

Las forestales y el Estado están firmemente entrelazados y, actualmente, son las forestales, junto a otros grupos de inversión capitalista con intereses en el Wallmapu, los principales promotores de la criminalización.

"Violencia en Araucanía. "Mientras en el resto del país se plantean críticas a los fiscales por las debilidades que se atribuyen a su desempeño, cabe destacar que en la Región de La Araucanía ellos desarrollan en condiciones dificilísimas sus investigaciones en torno a los constantes ataques violentos de grupos extremistas que se autodenominan mapuches y reivindican tierras que afirman habrían sido de sus ancestros.

"Para advertir la magnitud de esa dificultad, cabe notar que los actos extremistas llevaron hace poco a que el intendente de La Araucanía advirtiera que el Gobierno no negociará con comunidades mapuches violentistas. No obstante, un somero recuento parcial de sus atentados muestra una tendencia al alza en el segundo semestre. Cinco carabineros han sido heridos desde que el 20 de julio comentara una nueva escalada de violencia en esa zona. Dos de ellos lo fueron con disparos de escopeta cuando intentaban despejar barricadas instaladas en la Ruta 5 Sur por encapuchados que se oponen a la construcción del nuevo aeropuerto de La Araucanía. Son ya familiares para la opinión pública los nombres de agricultores como Rene Urban, entre otros, que decenas de veces han sido víctimas de grupos de encapuchados armados. En octubre, la Coordinadora Arauco Malleco (CAM) se adjudicó el incendio de la cabaña de veraneo de la gobernadora de Arauco. Sus principales líderes, según el Ministerio Público, se encuentran en prisión tras diversos juicios, pero la fiscalía de Biobío ha prevenido que "corresponde mantener abiertas todas las hipótesis" respecto de una eventual rearticulación de la CAM.

"Ese mismo mes, grupos de encapuchados lanzaron bombas molotov contra dos camiones, en un ataque en el que dispararon al menos en 10 ocasiones y luego escaparon. Desde 2006, se han registrado en esa zona 23 ataques armados e incendiarios a camiones de empresas madereras y placas de peaje, habitualmente reivindicados por dicha Coordinadora. También se han atacado propiedades y bienes de testigos en juicios contra los terroristas, en represalia por sus declaraciones. El fiscal jefe anunció que pedirá mayor dotación policial para su protección.

"En noviembre pasado, dos atacantes fueron detenidos con armas de fuego en Ercilla y tres carabineros resultaron heridos en una emboscada de encapuchados contra buses forestales. En esa comuna se está procurando videograbar tales asaltos para mejorar las pruebas judiciales, y numerosos violentistas estarían identificados. "Los fiscales han actuado con diligencia, pero —como lo advierte el fiscal jefe de Collipulli— "ha escalado la intensidad, gravedad y poder de fuego de los atacantes. Estos son cada vez más violentos y recurrentes".

"Convendría que el Gobierno explicite las iniciativas que está desplegando para contrarrestar esta situación. El conflicto estudiantil de este año puede haber difuminado un tanto la conciencia pública del problema de La Araucanía".

Editorial de El Mercurio de Santiago, 13 de diciembre de 2011.

"Criminalizar las justas demandas —apoyadas por todos los organismos internacionales sobre los pueblos originarios y principios democráticos de convivencia humana— sigue intacta en este nuevo editorial Mercurial. Eavar las manos y cara de latifundistas y fiscales, generales de Carabineros, latifundistas asociados, y que niegan su propia violencia, que es la única presente. Quienes se acercan al pueblo Mapuche ven y reconocen, fuera de los afectados, una guerra sucia contra el pueblo Mapuche. Esta guerra sostiene el aparataje del control del mar, mineras, del agua, energía, de las forestales, plantas de celulosa,

educación, salud y todo el aparataje especulativo-comercial y de bancos que superexplota al pueblo entero. La Constitución actual permite asesinar impunemente, en violación con todos los tratados firmados por Chile de Derechos Humanos y que deberían ser considerados leyes nacionales. Así, personas como Rodrigo Cisternas (Laraquete 2007) Jaime Mendoza Collío (Malleco 2009), Alexis Lemún (en el Fundo Santa Elisa de Ercilla, perteneciente a la Empresa Forestal Mininco), Matías Catrileo (2008), Jaime Mendoza Collío (2009), Manuel Gutiérrez (2011), José Henulao (menor desaparecido a manos de Carabineros conocidos y aún impunes (2005) y de otros, además del encarcelamiento y tortura de todo el que se atreva a desobedecer al patrón. La tortura que incluye a niños y comunidades enteras, que ha recrudecido, aunque parecía imposible ya por su sostenida virulencia de las últimas décadas—no es ni siquiera nombrada por el editorial tergiversador.

Fragmentos del comentario de José Venturelli, Vocero del Secretariado Europeo de la Comisión Ética Contra la Tortura, CECT-SE, sobre la editorial de El Mercurio del 13 de diciembre de 2011, publicado en Correo de los Trabajadores, www.cctt.

El cuerpo es un instrumento de lucha

Puede ser mayor o menor la eficacia de las huelgas de hambre, dependerá de las circunstancias. Pero hay que considerar en primer lugar que, en nuestra situación, el cuerpo es un instrumento de lucha que debemos utilizar. En segundo término, aquello que es indudable es que estas acciones transforman la cárcel y la prisión política en un espacio de la lucha por la liberación mapuche también.

Para algunos hermanos detractores nuestros por supuesto, las huelgas de hambre son una contradicción con nuestra concepción de vida. Al respecto hemos dicho que atentamos contra nuestra vida por luchar por la vida mapuche. De seguro hay un sacrificio, es muy duro asumirlo, pero a su vez estamos reencontrándonos con el compromiso de nuestros antepasados, quienes no dudaron en asumir los rigores de una lucha cruenta por mantener la libertad de nuestro pueblo. Son varios los presos políticos mapuche que han realizado huelgas de hambre. Recuerdo una, del año 2001 y otras en el tiempo siguiente. Yo no participé el 2006, porque estaba en las comunidades, aunque clandestino. Aquella del 2007 comenzó el 11 de octubre. Había sido detenido el 26 de febrero y, en agosto, me habían condenado por porte ilegal de armas a una multa de once UTM. Pero me acusaban de haber participado en varias acciones en un fundo forestal en la zona de Cholchol, imagínese, estaba desde febrero a octubre en la cárcel de Temuco esperando el juicio oral... Fuimos cinco en la cárcel de Angol, los que, con fundamentos diversos, participamos en esa huelga de hambre. Cuando ya llevábamos más de sesenta días, la Iglesia pidió una suspensión y tres, que estaban en un delicado estado de salud, la aceptaron. La "Chepa", condenada equivocadamente por el caso Poluco Pidenco a diez años de cárcel y yo, seguimos adelante por un tiempo más. Yo hice 81 días y la "Chepa" 102, un récord, a pesar que ya había participado en la huelga del 2006, que duró setenta y dos días, sesenta y siete de ellos continuados. En 2008, fui absuelto y, al año siguiente, nuevamente fui detenido para ser procesado por el supuesto ataque al fiscal Elgueta. Un montaje, como le he señalado. El 2009, realizamos en la cárcel de El Manzano una huelga de hambre, exigiendo que no nos separaran enviándonos a distintos penales del país y que no se nos aplicara la Ley Antiterrorista. Fue entonces cuando usted nos visitó y nos conocimos. En aquella ocasión queríamos repetir esta huelga en diversas cárceles, pero no lo logramos.

El 2010, en cambio, conseguimos una gran resonancia nacional e internacional con una huelga masiva. Fuimos treinta y cuatro huelguistas. Se debe reconocer que hubo logros significativos. A pesar de las críticas y malos entendidos posteriores, se consiguió que se modificaran las medidas cautelares para la mayoría de quienes estuvieron en huelga de hambre y, finalmente, en el juicio de Cañete trece de nuestros compañeros de proceso fueron absueltos. Algunos dijeron que habíamos negociado la huelga en nuestro beneficio. Fui atacado personalmente, se dijo que había renegado de mi propio discurso y que había optado por aliar a la CAM con sectores de izquierda, de la Concertación y de la Iglesia Católica.

Efectivamente, a estas alturas de los acontecimientos, debemos reconocer que hubo discrepancias entre los presos políticos, se manifestó una disidencia bastante dura. Nosotros en su momento callamos. El tiempo ha hecho claridad: hemos sido los únicos condenados.

Pero nuestra lucha en las huelgas, fue y es por todos. Por eso estamos contentos que nuestros hermanos que estaban en las cárceles de Angol y Temuco hayan logrado quedar libres, aún cuando varios de esos juicios están todavía pendientes. Sin embargo, el fin de la huelga de 2010 dejó un mal sabor. Creo que con el nuevo movimiento de 2011 las cosas quedaron más claras y, además, logramos un apoyo direccionado hacia la CAM. Hacer una huelga de hambre prolongada es muy duro, requiere una predisposición, una cierta condición física. Para lograrla se requiere mucha autodisciplina. Hay que sacudirse de cualquier vicio, fumar, por ejemplo, o ingerir alcohol. Se requiere una alimentación sana. Hay que acumular algo de grasa, fortalecer la fibra, ingerir previamente mucha proteína y vitaminas. Además, para nosotros, la medicina de la machi ha sido importantísima. Hemos trabajado con tres machi, cada una hace su preparación. Se pierden veinte kilos o más en una huelga de hambre de la extensión de aquellas en que me ha tocado participar. Son entre dos y tres meses y cuesta mantenerse. A la larga, las secuelas quedan, pero debemos asimilar teste sacrificio.

En fin, para la última huelga, la del 2011, cuando recurrimos a la Corte Suprema para anular el juicio oral de Cañete, sentí que físicamente no estábamos preparados del todo. No tuvimos una vocería acertada y quedamos muy perjudicados en materia de salud. Sólo logramos una rebaja en las condenas. Una ignominia, condenas absolutamente injustas. Pero con esa acción, una vez más, conmocionamos a nuestro pueblo y hubo amplia solidaridad. Pero, en realidad, esa no era mi mayor inquietud. Más importante era mi preocupación por la familia y el impacto que la persecución tiene sobre ellos, el control que se ejerce, la vigilancia, incluso la detención de hijos míos.

"En febrero del 2007, Héctor fue detenido en la plaza Acevedo de Concepción, donde pensábamos reunimos nuevamente. Fue acusado por porte de arma de fuego y estuvo recluido en la cárcel El Manzano. Después lo llevaron a Temuco para ser procesado por hechos ocurridos en Chol Chol. Allá hizo una huelga de hambre, solicitando su traslado a la cárcel de Angol, ya que en Temuco estaba prácticamente en una celda de aislamiento en la enfermería de dicho recinto. "En Angol, se reunió con sus antiguos compañeros Huenchunao y Patricia

Troncoso, "Chepa", entre otros, algunos de ellos condenados por Ley Antiterrorista a diez años de cárcel. Había quienes ya llevaban casi cinco años, sin derecho a beneficios carcelarios. Analizaron la situación y acordaron iniciar una huelga de hambre cuyas demandas centrales eran denunciarla militarización de las zonas en conflicto y las condiciones de vida de los presos políticos mapuche. En este marco, desglosaban las exigencias específicas de cada situación, tanto la de los condenados, como la de Héctor, en su categoría de procesado.

"Siempre recuerdo la primera reunión entre los presos y los familiares, cuando nos informaron de su decisión. Patricia aclaró desde el principio que esta sería su última huelga de hambre, por lo que ella iba a llegar hasta el final y que respetaba las posturas menos radicales. Dijo que estaba 'retobada', un termino canero que significa todo o nada. Su convicción nos impactó. "Es muy difícil analizar las huelgas de hambre, todas las personas que las inician tienen distintas motivaciones y es decisión de cada uno(a) hasta donde van a llegar, pero todos y todas se merecen nuestro respeto absoluto. Las huelgas de hambre son extremadamente dramáticas, se sufre, se ve sufrir y llega un momento en que hay que poner en la balanza lo que se puede ganar con lo que se está perdiendo en cuanto a salud física. Podríamos decir que uno sabe cómo comienzan, pero no cómo terminan.

"La huelga del 2007 fue muy tremenda en cuanto al plano emocional. Cerca de los cincuenta días, ya no recuerdo bien, Patricia y Héctor continuaron solos. Con el padre de Patricia, don Chepo, como le decíamos, recorrimos instituciones y personas, todo lo que parecía razonable, para buscar una salida. Pero el gobierno de Bachelet se mantuvo impávido. Fuimos a La Moneda y no nos recibió ni el portero.

"En paralelo, se organizaron diferentes grupos de apoyo en Santiago, Concepción y Temuco. La coordinación de estas tareas en el sur estuvo a cargo de Matías Catrileo. Matías visitaba a los presos y con Héctor tenía una relación muy cercana. Realizaba su labor en los distintos hogares estudiantiles, pero él quería trabajar en las comunidades y ya no en las redes de apoyo. Fue así como, en enero de 2008, en medio de la huelga, Matías cayó luchando en Vilcún. En su funeral, los voceros de la CAM no quisieron asumir su rol, por temor a las mismas represalias ocurridas después del funeral de Alex Lemún. Entonces fue un joven dirigente interno de la CAM quien tomó la palabra: Ramón Llanquileo, quien aun afectado por la muerte de su hermano, nos llenó de fuerza y emoción.

"La huelga siguió adelante y se fue complicando. En un momento parecía que ya no había nada que hacer. La insensibilidad de la Concertación era abismante, inalcanzable, las familias estábamos desesperadas. En un acto de suma entereza y falta de mezquindad, Chepa le insistió a Héctor que no continuara, ya había bajado 25 kilos, sus signos vitales estaban muy alterados y sus demandas particulares no eran tan trascendentales, lo importante había sido la denuncia. Al día ochenta y uno, Héctor desistió y Chepa fue hospitalizada en Chillán con el objetivo de exponerla al sufrimiento de su familia y obligarla a un quiebre con los suyos. La CAM y sus redes de apoyo y nosotros, como familia, continuamos apoyándola, pero también fuimos objeto de acusaciones que decían que 'queríamos una mártir'. En el hospital de Chillán, Chepa fue torturada brutalmente y nadie pudo hacer nada. Fueron días interminables. La muerte de Matías y las torturas a Patricia, cuyo padre fue

también preso político y torturado, son horrores cometidos por la Concertación, imperdonables.

"Con la huelga, Patricia logró para ella y sus compañeros los tan ansiados beneficios carcelarios, la salida de fin de semana se estableció para algunos y el traslado al CET para otros. El juicio de Héctor se inició el segundo trimestre del 2008y quedó absuelto. Un papel muy importante cumplió en esa Ocasión don Juan Guzmán Tapia.

"Héctor salió de la cárcel y se sumó al conflicto del Lof Choque, que Ramón Llanquileo junto a Otros y otras dirigentes, venían organizando desde bacía varios meses. Lo tenían vigilado constantemente, entonces no subía a algunas reuniones para no 'llevar cola'. Una patrulla del GOPE permanecía en la entrada del camino a Choque en forma permanente, justo frente a nuestra casa. A su vez, otra casa era ocupada por efectivos de la Policía de Investigaciones en los alrededores.

"Una madrugada de abril del 2009, se realizaron los allanamientos simultáneos en los cuales detuvieron a la mayoría de los comuneros. Jira un fin de semana largo y Héctor había viajado a visitar a su hijo menor. Yo estaba en mi casa junto a mis cuatro hijos y un sobrino. La PDI echó abajo la puerta y encañonaron a los niños mayores, que tenían entonces quince y once años, pensando que alguno de ellos podía ser Héctor. Los chicos dormían de a dos en cada pieza y yo dormía junto a mi hijo menor, de 5 años, en otro dormitorio. Salté de la cama y les grité: ¡Cálmense, cálmense, hay sólo niños! Cuando miramos por la ventana, eran decenas de PDI que, en una especie de operación rastrillo, recorrían los alrededores. Todos vestían de negro y estaban encapuchados. Para mi hijo pequeño era la mejor película de acción que había visto. Por mucho tiempo lo único que dibujaba eran esas imágenes. Pese a la violencia, todos se mantuvieron estoicos y en calma.

"La huelga de hambre del 2009 fue más compleja, políticamente. Nadie sabía cómo iba a reaccionar la derecha. La primera discusión fue determinar a quién se le iba a hacer la huelga, al gobierno de la Concertación o al gobierno de derecha. La discusión se daba entre el colectivo de PPM más antiguo, que era el que estaba en Concepción y el de Temuco, la mayoría militantes de la CAM. Se definió que el hito central era el Bicentenario.

"Creo que los objetivos generales se cumplieron: la denuncia nacional e internacional sobre la prisión política mapuche, la ley antiterrorista y la justicia militar; la masividad en el apoyo, las grandes marchas y movilizaciones en diferentes ciudades del mundo. En la práctica, la mayoría de los presos políticos mapuche que realizaron la huelga de hambre fueron quedando en libertad de diferentes formas y sólo fueron condenados, casi inmediatamente, los dirigentes de la CAM de Arauco.

"Sin duda, fue una huelga compleja, porque siempre una huelga involucra muchas cosas, no sólo políticas, también formas distintas de hacer las cosas, de realizar alianzas, distintas opiniones en el cuidado de la salud, en fin. También sentimientos y emociones; por ejemplo, madres o padres que se enojaban con Héctor porque estaba 'matando a sus hijos' al seguir manteniendo la huelga; conflictos con las parejas, muchas, muchas cosas que sólo se ven cuando se está ahí dentro. La presión para quienes tienen la calidad de dirigentes es enorme, tienen que poner en la balanza el logro político planteado y la vida de sus compañeros. Si optan por detener la huelga, son unos cobardes y si la continúan, unos irresponsables. Pero todas estas posturas, errores, diferencias

o debilidades humanas, son absolutamente respetables, porque estamos hablando de la gente que está ahí, en la jugada, sin comer por días y meses, autodestruyéndose, enfermándose y de quienes están sufriendo por ellos y que, al mismo tiempo, tienen la fuerza suficiente para luchar por ellos. Al contrario, quisiera condenar a toda esa gente externa, malintencionada, que se mete en estos procesos cuando ya son noticia y que desesperados, buscan por dónde subirse al tren, para figurar, para decir que estuvieron y para llevar agua para sus molinos personales o políticos, contaminando, manipulando y dividiendo".

Fragmento escrito por Pamela Pessoa Matus especialmente para este libro, agosto de 2012.

Un hecho mayúsculo

La huelga de hambre de 2010 está teniendo un impacto nacional e internacional sin precedentes. Efectivamente, la sociedad chilena está sacudida como nunca antes y se ha generado un decidido apoyo a los huelguistas. En las protestas ciudadanas, participan miles de personas, la mayoría jóvenes y la bandera mapuche es enarbolada en calles y también en casas. La huelga encabezada por Llaitul ha sido, me dirá más tarde Jaime Huenun, un intento de instalar el diálogo intercultural de modo sostenido, ha sido un hecho mayúsculo.

He viajado al anochecer en avión hasta Temuco para partir al día siguiente en bus hacia Angol. Esa mañana el bus se ha atrasado. Mientras espero, entablamos conversación con un joven que viaja por razones de trabajo, según me dice. Como otros, me pregunta qué hago en la zona. Contesto como siempre. Vengo a visitar amigos que están en Angol. ¿Trabajan allí o son amigos que hacen vida política? Son amigos mapuches, digo, y están presos. Como ha sido habitual, la conversación se vuelve un hilo, se enfría. Los huelguistas han sido separados. Llaitul y Huillical están en sus celdas, en Angol, donde son monitoreados diariamente por Gendarmería. La pérdida de peso es notoria, pero la entereza y el ánimo no decaen. Esta vez, obviamente, no he llevado ningún comestible de regalo. Llaitul me dice que se siente bien y que la separación se debe a que los médicos consideraron de cuidado la condición de Huenuche y, particularmente, la de Llanquileo. Por eso, los hospitalizaron en Victoria.

Dejo la cárcel y me encamino a uno de los terminales de buses de Angol para volver a Temuco, pero me detengo antes en Victoria. Nunca he estado allí. Es uno de los fuertes establecidos durante la conquista de la Araucanía por la República de Chile, que poco a poco fue convirtiéndose en una ciudad. Su nombre fue un homenaje a la victoria chilena en la Guerra del Pacífico y, por eso, sus calles llevan nombres de batallas y héroes de aquella conflagración. Los colonos más numerosos que llegaron a Victoria fueron suizos y franceses.

Llego cuando oscurece, en el hospital solicito ver a los presos en huelga de hambre. Me conducen a un piso superior donde están hospitalizados Huenuche y Llanquileo. En mi trayecto, cuento numerosos gendarmes, más de diez, seguro. Una machi acompaña a los huelguistas. Los siento contentos por la visita. Ramón está muy delgado, demasiado, me digo a mí mismo. Él me cuenta que los médicos lo controlan varias veces al día y que le han dicho que su estado es delicado. Su andar me parece algo endeble. Es que han pasado ya más de setenta días de huelga de hambre.

Cuando salgo del hospital, debo esperar más de una hora para tomar el bus a Temuco. Camino por las calles de Victoria cercanas a la plaza y al terminal, bastante asediado por mis inquietudes. Paso frente a una pastelería y miro a través de su ventana. La luz artificial es amarillenta, diviso tortas y pasteles que me recuerdan la dulcería europea y unas mesas y sillas de estilo antiguo. Pudiera ser un rincón de provincia, en Francia o Alemania o Suiza, en fin.

Mientras camino, se me acerca una joven y con curiosidad me pregunta por la razón de mi presencia. Vine a ver unos amigos, le respondo. Llegamos ya al terminal de buses y ella me pregunta a qué horas parte mi bus. Falta más de media hora, digo. Me pregunta si me puede acompañar. Caminamos nuevamente unas cuadras, de ida y vuelta. Me dice que es estudiante de enfermería. Me pregunta por mis amigos. Son mapuches, le digo, son los mapuches que están hospitalizados porque están en huelga de hambre desde hace unas diez semanas y vine a visitarlos. Me mira sin complejos y me dice que no le gustan los mapuches, que han apedreado su bus cuando va a clases, que son agresivos. Luchan por recuperar su tierra, le digo. El diálogo sigue siendo cortés pero se ha tensionado. Quizá por eso pienso que lo ocurrido es sospechoso. Mucha personalidad, mucho desplante. Llega el bus y me despido, cordialmente.

Por eso me negué a declarar

Los incendios forestales, según se informa, han causado en el verano del 2012 más daño que el habitual en la misma estación. La mirada se focaliza en la Araucanía, aunque hay incendios gravísimos en todo el país, como en Torres del Paine, la región de Valparaíso y otros lugares. En Carahue, mueren siete brigadistas. Yo he hecho una declaración muy clarificadora: nosotros no hemos participado. Los verdaderos responsables son las forestales, que operan con subcontratistas y que no respetan los estándares laborales mínimos. Hay gente que trabaja con equipo insuficiente, sin radio y sin un buen plan. Usan personal inexperto para tareas que requieren oficio. En el caso de los incendios de Carahue, todos los que tenían preparación suficiente se retiraron para evadir el fuego y los encargados mandaron allí, irresponsablemente, a un grupo sin conocimiento ni experiencia. Personeros del gobierno de turno apuntaron presurosos sus dardos contra el pueblo mapuche, en su afán de congraciarse con el poder económico. Nos acusaron sin antecedentes, ni pruebas. Hay irresponsabilidad, delirio para acusar y operaciones de inteligencia para incriminar.

En fin, ahora nos allanaron en nuestras celdas, con cámara fotográfica y video. Revisaron todos nuestros objetos, libros y papeles, se apoderaron incluso de cartas personales, íntimas y luego echaron a correr rumores sobre presuntos hallazgos, unos celulares, según ellos, un croquis que, se especuló, formaba parte de un plan de fuga. Presentamos un recurso de amparo al Juzgado de Garantía de Angol y la jueza dio orden de devolvernos todas nuestras pertenencias entre las cuales no había ni celulares —supuestamente hallados—, ni croquis, ni nada que nos relacionara con los incendios. Pero el estilo del Ministro Hinzpeter es acusar antes de investigar. Y promover una campaña publicitaria. Es un gran

continuador, con fuerza redoblada, de la operación "paciencia" y de los métodos que utilizaron los gobiernos de la Concertación.

Después del allanamiento, anunciaron mi traslado a declarar a Temuco, a propósito de los incendios de Carahue. Luego, modificaron la orden para, finalmente, traer a dos fiscales de Temuco y Victoria a interrogarme sobre las causas del incendio. En condición de testigo, dijeron. Bien, me negué a declarar, porque el objetivo de ellos es aniquilar figuras, incriminar antes de investigar, usando para este efecto la prensa que los favorece.

A nosotros, estos incendios no nos quedan para nada claros. Pensamos que hay un nuevo montaje en curso. Fíjese que circuló un comunicado en que se reivindican los incendios de un helicóptero y otras acciones. Ese comunicado no es de la CAM, no lo es su estilo, ni lo son los conceptos que utiliza, además, no existen los referentes que lo suscriben. Los Órganos de Resistencia Territorial (ORT) sí existen, pero los que allí llaman "órganos ancestrales" nos resultan extraños. En lo personal, yo me responsabilizo sólo del comunicado que emití, en el que descarté cualquier participación en los hechos de Carahue.

Además, llegaron periodistas de La Segunda y de La Tercera. Este último se coló, como se dice, entregando datos confusos, según consta en el libro de ingreso de Gendarmería. En su diario publicó supuestas declaraciones mías, que no existieron. ¡Entonces el fiscal Velásquez, de Victoria, indica que me interrogará por mi comunicado y mis supuestas declaraciones a la prensa...! La situación es clara: inventaron el comunicado CAM, mandaron a un periodista a hacer un trabajo sucio, publicaron falsedades y luego el fiscal viene a interrogarme como si fueran hechos ciertos e involucrarme. ¿Se da cuenta? Aún preso soy objeto de persecución e intentos de montaje. Por eso me negué a declarar.

"El Embajador de Estados Unidos señala que la campaña presidencial del candidato Sebastián Piñera ha estado marcada por esta obsesión. Son terroristas, se dijo y repitió, están conectados a grupos terroristas internacionales, en fin, toma y sigue. El candidato en Temuco ofreció "mano dura"y ante el ambiente ya convencido de temucanos asustados, ganó ampliamente las elecciones. No se prometió el desarrollo de la Región, sino que se jugó con el miedo ya introducido por una década y media de "campañas del terror". Francisco Huenchumilla, prestigioso abogado mapuche chileno, ex diputado de la Democracia Cristiana y Alcalde de Temuco, que pretendió moderar los discursos y dar un marco de cordura a la cuestión mapuche perdió la senaturía. Le ganó un candidato que no habló del tema y que manipula en forma eficiente sus clientelas cautivas. En la provincia de Malleco el candidato al senado Alberto Espina, en cambio arrasó prometiendo "mano dura" a la amenaza terrorista.

"Dice el Embajador de manera textual en los Wikileaks capturados:

'El candidato presidencial de la oposición, Sebastián Pinera, ha declarado que "la Araucanía arde en llamas". Los principales periódicos chilenos, que son generalmente conservadores, publican muy a menudo en primera página reportajes sobre este conflicto", y agrega, "la destrucción de

propiedades, que supone la inmensa mayoría de las acciones ilegales de los mapuches, se presenta frecuentemente a todo color con descarados titulares y a veces una cobertura muy superior a la que se da a crímenes mucho más graves cometidos por chilenos no indígenas"

(Diario El Mostrador, 14 de diciembre del 2010)". José Bengoa, "Los Mapuche Wikileaks Links", Centro de Documentación Étnico, Rural y Pesquero de la Escuela de Antropología, Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Chile, 16 de diciembre de 2010, http://centrodedocumentacion.wordpress. com/2010/12/16/the-mapuche-wikileaks-links/

Cuando la gente está presa, de repente escribe un poema

La ciudad con sol se ve más próspera que en invierno. Supongo que ocurre con todas nuestras urbes. El invierno siempre arrastra su frío, inventa cielos grises y el agua de su lluvia resalta la pobreza, subraya fuertemente las necesidades. En cambio, ahora hasta la cárcel se ve más llamativa. Sus colores amarillentos reflejan bien la luz. Es una cárcel de alta seguridad y eso quiere decir puertas de fuertes rejas, alambradas que se pretenden inexpugnables, muros de concreto, altavoces, cerrojos, cámaras, recorridos permanentes de vigilancia por un corredor en altura desde el que el ejercicio panóptico se facilita. Los gendarmes son cordiales conmigo. Sin embargo, el mando ha debido —por orden superior— allanar el módulo donde están recluidos Llaitul y los miembros de la CAM y un par de jóvenes mapuches imputados por hechos recientes, miembros de una comunidad de la provincia de Malleco.

El allanamiento se inició a las siete de la tarde, con cámaras fotográficas, videos y órdenes precisas. Dieron vuelta las celdas, me cuenta Huillical, las camas, los libros, los papeles. Incluso se apoderaron de papeles privados, me dice Huenuche. "Usted sabe", agrega Llaitul, "cuando la gente está presa, de repente escribe un poema o recibe alguna carta cargada de amor o de emoción".

Antes de ingresar a la cárcel, he impreso dos copias de un recurso de amparo que me ha enviado Pamela y los cuatro presos de la CAM lo firman. Salgo al mediodía y me espera "La Chepa", la famosa Patricia Troncoso, que batió el record de las huelgas de hambre: ciento catorce días, después de los cuales logró las razonables medidas que solicitaba. Era el año 2008.

Casi tres años después, "La Chepa" me acompaña al Juzgado de Garantía y, después de medio siglo, algo sorprendido, vuelvo al ejercicio de la abogacía. Me siento rejuvenecido, un inexperto procurador que está terminando sus estudios de derecho... El amparo ingresa a las trece horas, a las quince horas la jueza se constituye en la cárcel e inicia una investigación. Vuelvo al día siguiente, un sábado y me informan que ese día no tengo permiso para ingresar. Un cabo que está a cargo tiene instrucciones de leerme un oficio, errado en las fechas, que precisa equivocadamente la autorización que se me había dado. De esa manera, ese día no podré ingresar, me dice. Muy bien, respondo, pero hoy es sábado y es día de visita, no necesito permiso especial. Es obvio y así lo entiende, pero debe consultar a algún oficial y ninguno está a esa hora en el recinto. Después de una media hora, logran comunicarse y el oficial consultado considera atendible mi demanda y ordena que se me enrole y luego se me permita entrar. Nombre, cédula de identidad, fotografía. Estoy enrolado.

Recorro una vez más los corredores de la cárcel. Ya no me sorprenden. Veo, a mi derecha, el edificio de tres pisos que habitan los condenados. Al final del corredor ya conocido está el módulo de los presos mapuches. Es el último, al fondo, más allá de los módulos de los imputados que esperan proceso y de la unidad donde los adictos o los reos con problemas de conducta son sometidos a terapia.

Los domingos la visita es masiva. El módulo mapuche y su patio se llenan de familiares, de padres, madres, hermanos, esposas, amantes, amigos, niños. Los niños corren y gritan y sus voces se convierten en música de fondo en nuestras horas de conversación. Es domingo y, como es habitual, hay empanadas. He contribuido con una caja de cartón rellena con empanadas. A la salida de la pastelería, un taxi colectivo me ha llevado a la cárcel con mis papeles y las empanadas. Trescientos cincuenta pesos los días de semana, cuatrocientos los domingo. Viajan hasta cuatro pasajeros que van a diferentes destinos y el auto los lleva al lugar preciso que indican. La ida a dejar es en orden, de manera que si uno sube último, puede tocarle un largo paseo por todo Angol, antes de tomar la calle Los Confines y llegar a la cárcel. Pero los choferes pueden alterar ese orden y, para hacerlo, acostumbran pedir permiso al pasajero cuya prelación se propone modificar. Normas de cortesía, como una exagerada pero cariñosa que ocurrió ese día: el colectivero no alteró el orden, pero una vez llegados a la cárcel, se negó a cobrarme. Estoy particularmente contento: el recurso de amparo fue presentado y con la visita de la jueza comenzó a producir sus efectos. Tiempo después, todos los objetos requisados serán devueltos a los presos. No hay, como había informado la prensa profusamente, ningún croquis diseñado para planificar una fuga. Los dos celulares prohibidos que las noticias señalaban que se habrían encontrado en el allanamiento, simplemente no

El aparato judicial chileno se debate entre el gobierno y los empresarios que presionan y la honestidad de algunos de sus jueces. Los primeros llevan las de ganar. Por eso, a muchos no les queda sino la esperanza en la justicia internacional.

"El juicio que llevará adelante esta Corte jurisdiccional de la OEA, agrupa tres denuncias presentadas ante la Comisión Interamericana (CIDH) durante la administración de Ricardo Lagos, por los procesos y condenas a mapuches bajo esta ley de excepción. Éstas son las presentadas por Segundo Aniceto Norin Catrimán y Pascual Huentequeo Pichún Paillalao, lonkos procesados por amenaza terrorista contra el particular Juan Agustín Figueroa. Los casos de Florencio Jaime Marileo Saravia, José Huenchunao Marinan, Juan Patricio Marileo Saravia, Juan Ciriaco Millacheo Picán, Patricia Roxana Troncoso Robles procesados por el incendio en el predio Poluco-Pidenco ocurrido en el año 2001; y de Víctor Manuel Ancalaf Llaupe, procesado por quema de camiones en Alto Bío Bío, todos dirigentes y activistas del pueblo Mapuche.

"Entre los argumentos esgrimidos por la Comisión para dar traslado de estos casos a la Corte, es que los comuneros fueron condenados mediante la "aplicación de una normativa penal contraria al principio de legalidad, con una serie de irregularidades que afectaron el debido proceso y tomando en consideración su origen étnico de manera injustificada y discriminatoria. Todo esto en un contexto de aplicación selectiva de la legislación antiterrorista en perjuicio de miembros del

pueblo indígena Mapuche en Chile". Por eso la Comisión destaca que la resolución de este caso permitirá definir "estándares en materia de igualdad y no discriminación, en un supuesto novedoso en la jurisprudencia del sistema interamericano como es el de la aplicación selectiva de un marco legal a un grupo incluido en la cláusula de no discriminación consagrada en la Convención Americana."

www.manuexpress.net, 11 de agosto de 2011.

"Hace frío en el interior del centro penitenciario de Angol (...) Patricia Troncoso Robles, la Chepa, está recién llegada. Ella es la más famosa entre las presas por la causa mapuche, porque fue monja y ha estado detenida en varias oportunidades tras manifestaciones y protestas del movimiento mapuche.

(...)

"Sus padres nacieron en localidades agrícolas cercanas a Chillán y emigraron a Santiago. La madre trabajaba de empleada doméstica y el padre era obrero del plástico. Ellos participaron en la toma de terrenos que dio origen a la población La Pincoya. La Chepa, la mayor de cinco hermanos, nació en la toma: 'Primero vivíamos en carpa, después mis papás levantaron una casa con sobras de materiales. Pero no teníamos agua potable ni luz. Siempre estábamos endeudados con el almacén de la esquina. Para Navidad nos regalaban zapatos, porque andábamos con las suelas rotas. Pero yo no me sentía triste por ser pobre; ahí toda la gente era igual. Los niños jugábamos a hacer guerras de barro, porque el pavimento llegó a nuestra calle recién cuando cumplí quince años'.

(...)

"Entre 1994 y 1999 estudió ciencias religiosas y teológicas en la Universidad Católica de Valparaíso. En esos años, en que convivía con un francés, se interesó en el tema de la construcción de la central hidroeléctrica de Ralco. 'Hice una opción más radical: dejé mi carrera, dejé a mi pareja y me fui a trabajar la tierra y a encontrarme con mis raíces en el Alto Bío Bío. Conocí a las hermanas Quintramán y a Aurelia Mariguán; ahí me sucedieron cosas extrañas. Cuando estábamos preparando un nguillatún, de pronto escuché el canto de una mujer mapuche entre los árboles. Veía su sombra pasando y tocando el cultrún. Sentí la energía mística".

(...)

"A Patricia Troncoso Robles la buscó la policía durante meses pero, dice ella, 'no me iba a entregar si no había hecho nada'. Durante ese

tiempo vivió en la clandestinidad en distintas comunidades indígenas, cortando trigo para pagar su alimento. Finalmente, la detuvieron el 13 de septiembre de 2002 junto a los lonkos Pascual Pichún y Aniceto Norín. "Luché para no caer tan fácil. Cogí unos palos, pero ellos me esposaron. Tenía tanta rabia porque había estado presa como seis veces antes y los pacos me habían pegado tanto, que me dejaron un edema pulmonar. Así que le pegué una patada a un paco y me dijo 'india de mierda, cállate' y me tiraron arriba del furgón".

Fragmentos de "Chile y las guerreras Mapuches : Su vida en las cárceles de La Araucanía", por Cherie Zalaquet, Kolectivo Lientur, www.rebelion.com, 26 de diciembre de 2003.

La Ley Antiterrorista castró nuestra defensa

La presentación que hemos hecho, este año 2012, contra el Estado de Chile ante la Corte Interamericana de Derechos Humanos, va a tomar años. Allí se abrirán dos aristas de la causa, ya que la condena se fundó en dos hechos. El primero es el supuesto ataque al fiscal Elgueta. Se trata, como lo hemos dicho muchas veces, de un montaje que se develó en el curso de la revisión de la causa por la Corte Suprema. La acusación por homicidio frustrado finalmente derivó en un cargo por lesiones, un efecto típico de los enfrentamientos, pero los fiscales lo atribuyeron a una emboscada, parte del montaje político judicial digitado desde el Ministerio Público.

El segundo, es el caso Jorquera, donde el cargo es de robo con intimidación, acusación de la que derivó la mayor parte de mi condena: diez años por este hecho. En la Corte Suprema no se pudo corregir esta sentencia. En el juicio de Cañete fue imposible establecer la verdad; enfrentamos a testigos sin rostro y al peso de las normas de procedimiento propias de la Ley Antiterrorista.

La cuestión es que, se lo digo con toda claridad y firmeza, no hubo nunca un robo. Lo que realmente ocurrió allí fue un acto comunitario. Usted sabe, nos referimos a los derechos indígenas comunitarios. En este caso son los procedimientos tradicionales de nuestro mundo para ejercer justicia. Es lo que se conoce como justicia comunitaria. En el caso Jorquera actuó toda la comunidad. Realizó una reunión, un trawun, o acto comunitario en contra de Jorquera, fue una verdadera expresión de justicia comunitaria ancestral. Esto no es una novedad en el mundo mapuche. Hubo un caso en el Alto Bío Bío, en Cauñicú, causa en que la Corte Suprema modificó su criterio porque reconoció que el hecho que se juzgó era una forma de justicia ancestral. De esta manera, queremos cuestionar a la justicia chilena en el caso Jorquera ante los tribunales internacionales, tanto porque no tuvimos acceso a un juicio justo o debido proceso, como porque no se consideraron los elementos idiosincráticos o socioculturales, propios de una comunidad mapuche en el contexto de reivindicaciones legítimas. Jorquera tenía una hoja de vida condenable. Había disparado contra la comunidad en plenos allanamientos, incluso facilitaba armas a Carabineros. La comunidad, para usar el término que se aplica actualmente, lo

"funó", fue y lo emplazó. La gente de la CAM que estaba allí debió actuar para poner límites, para impedir que la ira de la masa se desatara. Los había por diversas razones, todas relacionadas con el comportamiento de Jorquera con los mapuche. Un muchacho joven, por ejemplo, le imputaba practicar el comercio clandestino de alcohol y ser el responsable de alcoholizar a sus padres. Jorquera además, ha sido denunciado por organizaciones de derechos humanos como un agente represor, un torturador en tiempo de dictadura, así como en el contexto de la movilización de las comunidades por recuperar sus tierras. Fue un asiduo colaborador de fiscales y policías. Por eso la comunidad lo emplazó. La recuperación de madera correspondió a árboles que la comunidad había plantado con acuerdo de la CONAF, en predios que pertenecieron a la comunidad, plantaciones que luego crecieron y que ahora se talaban comunitariamente, era lo que llamamos una recuperación productiva. Pero la Ley Antiterrorista no permite desarrollar la defensa y, en cambio, valida todo lo que sea en contra del acusado. La Ley Antiterrorista castró nuestra defensa, no permitió validar la justeza de la recuperación de tierras y dio rienda suelta a los burdos montajes de la policía y los fiscales.

Con la presentación de nuestro caso ante la Corte Interamericana, queremos una opinión de acuerdo a derecho, ya que en Chile no hay justicia para los mapuche. En el juicio de Cañete, los miembros de la CAM fuimos condenados previamente. La actuación de los jueces y los fiscales fue deplorable y nuestra defensa estuvo atada de manos. El objetivo de fondo era condenar a los miembros de la CAM, de cualquier manera. Con el juicio quedó en evidencia la complicidad que existe en el Estado chileno para la defensa de los intereses de los poderosos. A la hora de perseguir políticamente una expresión como la nuestra, tanto el Poder Ejecutivo, como el Legislativo y el Judicial, actúan en concomitancia. Todo esto lo confirmó el posterior fallo de la Corte Suprema, que solo estableció rebajas de condena, dejando a firme la resolución viciada del Tribunal de Cañete. De esta manera, validó la aplicación de la Ley Antiterrorista, el derecho penal del enemigo y sus arbitrariedades y el montaje apoyado por las campañas mediáticas en contra nuestra.

Si bien nuestras detenciones y procesamientos fueron bajo un gobierno de la Concertación, fue con el gobierno de derecha que se dieron las mejores condiciones para una condena tan aberrante. En todo caso, como le he dicho en varias ocasiones, en ambos gobiernos se operó con la misma lógica e intención. El andamiaje institucional es el mismo y responde a los intereses del capital nacional y transnacional.

En el juicio de Cañete fui condenado sin pruebas, sólo con la declaración de un testigo protegido, de dudosa reputación y otra declaración obtenida bajo tortura de la que el testigo, una vez sin apremios, se retractó. Queríamos la verdad, pero la justicia actual no permite establecerla.

Llaitul nunca ha sido condenado por terrorismo

"He prestado una forma de asesoría general a Héctor Llaitul en los procesos que ha habido en su contra", me dice Alberto Espinoza. Abogado especializado en derechos humanos, Espinoza tiene renombre nacional e internacional tras una persistente

participación en batallas judiciales que han tenido como protagonista a víctimas de la dictadura y sus asesinos y torturadores, a dirigentes del Frente Patriótico Manuel Rodríguez y también a mapuches perseguidos en el marco de la política represiva del Estado chileno. Fue uno de los integrantes del equipo jurídico que llevó adelante la querella contra Augusto Pinochet en los tribunales chilenos. "Mi asesoría a Héctor", me señala, "comenzó hace más de una década y se funda en mi plena coincidencia política y jurídica con las bases de la causa mapuche. Para mí, las acciones de los mapuches, que se les imputan como delito, son absolutamente legítimas en el derecho y en el ámbito cultural".

En una causa en que Espinoza asumió directamente la defensa de Llaitul, en segunda instancia ante la Corte Marcial, su defendido fue declarado inocente. "Se trata", apunta, "del conocido caso de doble procesamiento: por los mismos hechos, Llaitul fue absuelto en la justicia militar y poco después condenado en la civil".

Alberto Espinoza ha sido desde joven un hombre de izquierda y lo sigue siendo. Lo siento orgulloso de aquello a lo que dedica su conocimiento y esfuerzo. No lo arredran las dificultades, que son grandes. Afirma que Llaitul es una víctima del Estado chileno. Ha sido objeto de toda clase de juicios y se le han imputado los más variados delitos; se le ha aplicado la Ley Común, la Ley de Control de Armas, la Ley de Seguridad Interior y la Ley Antiterrorista.

Actualmente, Espinoza profundiza el estudio de la condena de que es víctima Héctor Llaitul, que actualmente suma más de quince años por tres delitos sancionados en dos procesos. "Primero", me dice, "estudio si la condena ha sido conforme a derecho, para examinar qué posibilidades hay de revisarla. Segundo, en paralelo, trabajo en la presentación ante la Corte Interamericana de Derechos Humanos. Pero recién comenzamos: estamos apenas en la etapa de obtener la declaratoria de admisibilidad. Y, desgraciadamente, la Corte tiene muchos procesos y el procedimiento es demoroso".

Hablamos luego de las huelgas de hambre. Espinoza visitó a Llaitul y sus compañeros en varias oportunidades y expresa su admiración por lo que hicieron. "Lograron", me dice, "que la modificación al Código de Justicia Militar, que dejaba a los civiles fuera del circuito de la justicia militar, que estaba en el Congreso hacía años, fuera finalmente aprobada. No es poco, ¿cierto?".

"En todo caso", agrega, "hay causas en que mapuches han sido aberrantemente condenados por Ley Antiterrorista. Pero Héctor Llaitul no, en su caso nunca han podido ni siquiera aproximarse a configurar ese tipo de delito. Sin embargo, se utiliza esta legislación para procesarlo y poder condenarlo. La opinión ciudadana no lo sabe, por la manipulación que hace el Estado y los medios: Llaitul nunca ha sido condenado por terrorismo".

"De todos estos años junto a Héctor puedo decir, sin lugar a dudas, que he estado junto a una de las personas más consecuentes que he conocido, una de esas que, como dice Bertold Brecht, son las imprescindibles. Nunca dejó de actuar, desde la dictadura hasta ahora. Su clandestinidad fue activa, puesto que en todos esos periodos continuó inserto en las comunidades. Como preso político realizó tres huelgas de hambre consecutivas de ochenta días cada una, con más de veinticinco kilos de pérdida de peso cada vez.

"Es una persona leal con su pueblo. Desde su vinculación en el movimiento mapuche, su postura política fue la de impedir la intromisión y manipulación winka. Por su vinculación anterior al mundo

de la izquierda, sabía muy bien quién era quién, de dónde venían, cuáles eran sus intenciones y cada vez que debió hacerlo, advirtió a las comunidades. Esto le significó la enemistad de buena parte de la izquierda chilena, que siempre ha querido infiltrar la lucha mapuche. Leí una vez: No queremos que nos den una mano, queremos que nos saquen las manos de encima...

"Su mayor defecto es que siempre está esperando más de las personas y rompe con ellas cuando, desde su punto de vista, alguien 'no se pega el salto' o, al revés, 'tira para la cola'. Su característica principal es que es muy disciplinado y ordenado, tanto con lo que hace como con su entorno. Leer, elaborar pensamiento y hacer ejercicios físicos son sus intereses principales. En la cárcel hacen pesas con botellas con agua, no hay justificación para no hacer ejercicios. "Héctor es estricto en sus posturas: rechaza el alcohol, los cigarros y las drogas, sobre todo en el mundo mapuche. La CAM fue la primera organización que impulsó los guillatún sin consumo de alcohol y sólo con muday. Es además una norma para los militantes de la CAM, fundamental para ellos, sobre todo por rabones de seguridad. De hecho, ninguno de sus miembros ha sido procesado alguna vez por algún delito común, como abigeato, robo u otro. Aseveran que 'el carrete y la lucha no se pueden juntar'.

"Considero a Héctor una persona que cree más que mucho(a)s en la lucha de su pueblo. He escuchado a algunas personas mapuche decirle: Pero, Negro, si el pueblo mapuche sólo quiere proyectos, no se quiere liberar, ¿por qué insistes?'. El responde con ejemplos. El fundo Lleu Lleu hoy está en manos de mapuche. Si no hubiésemos luchado, Lleu Lleu seria como Pucón. No era la salida que nosotros como CAM queríamos, pero es un avance'. Una vez leí a un dirigente del PRT Argentino hablando de Santucho y decía 'Santucho era de todos nosotros el que más creía'.

"Además, tiene una característica especial: es un estratega y eso si que es difícil encontrar. Héctor sabe siempre como llegar hasta el objetivo propuesto, sea político o jurídico. Creo que nunca se ha equivocado, salvo porque en cada proceso intervienen variables que no se pueden manejar y él no siempre logra convencer a todos o todas. Creo que por esto es considerado un peligro mayor por el enemigo y desata la persecución.

"Voy a complementar con algunos ejemplos: en el juicio de Cañete, su estrategia de defensa chocó con la de los abogados defensores y algunos familiares. La postura de Héctor era que había que reivindicar la lucha de Choque y denunciar a Santos Jorquera como lo que era realmente: un colaborador de la dictadura. Había, además, que reivindicar la 'funa' como un acto de justicia comunitaria. Por el contrario, la estrategia de los abogados era descartar a todos a través de las coartadas y señalar que Santos Jorquera era un buen vecino y que, por lo tanto, nadie quería hacerle daño. La estrategia de Héctor era, además, que todos debían declarar y la de los abogados era la opuesta: todos debían guardar silencio.

"Para dicha estrategia, que fue discutida y aceptada por los presos políticos mapuche de la CAM, se convocó al especialista en terrorismo, Raúl Sohr, a fin de descartar que la protesta mapuche tuviera ese carácter, al historiador Martín Correa, para mostrar las raíces del conflicto y que el fundo reivindicado por la comunidad de Choque es mapuche, y a Dauno Tótoro e Ítalo Retamal, para denunciar el montaje. De hecho, el video 'El Engaño' refleja muy bien lo que era esa estrategia de defensa. Hasta el día de hoy, Héctor piensa que si su postura hubiese ganado, el juicio habría sido un revés para el Ministerio Público, al igual que ha sido el 'caso bombas' y un triunfo para el pueblo mapuche. Todos hubieran quedado libres, o al menos sólo él habría quedado preso por la persecución política dirigida en su contra.

"En Chol Chol, en cambio, su estrategia fue asumida por todos y fue un éxito. En el juicio por asociación ilícita terrorista y Poluco Pidenco, la posición de Héctor fue que no había que presentarse y que era preciso pasar a la clandestinidad. El tiempo también le dio la razón: quienes se presentaron sufrieron la cárcel por muchos años.

"Admirar a Héctor es, también, admirar a sus más cercanos y su enorme sacrificio. Los he visto llegar y caer exhaustos, después de caminar horas, de trabajar y luchar al mismo tiempo, pasar hambre y frío, de noche y de día, organizando guillatún, siendo curiche, entrando a los fundos, enfrentándose a los pacos, arriesgando sus vidas, clandestinos o presos. Sé también que hasta el día de hoy no tienen nada material, ni un pedazo de tierra más, ni un tractor, ni un proyecto, ni un cargo en una 'muní' o en la CONADI, sólo sus convicciones".

Fragmento escrito por Pamela Pessoa Matus especialmente para este libro, agosto 2012.

Uno lucha con lo que puede

Algunos nuevos historiadores mapuche han reivindicado a Venancio Coñoepan. Ha habido, yo creo que usted lo sabe, varios Venancio Coñoepan. Uno, muy importante, fue un longko que, en el siglo XIX, fue aliado del gobierno chileno y que, en 1881, participó en Temuco en la firma de un acuerdo.

Otro, en el siglo XX, fue diputado y ministro de Carlos Ibáñez. De este se trata. ¿Qué le parece? No es un personaje que yo admire, menos que reivindique políticamente, pero entiendo que el análisis hay que hacerlo según los contextos. Claro que de tanto contextualizar, podemos terminar aceptando todo, en particular cuando se reduce la participación política a vías parlamentaristas y conservadoras y se sacrifican nuestros derechos.

Por lo tanto, lo que no compartimos en este caso, decididamente, es la justificación de una suerte de pragmatismo en virtud del cual se reivindica a figuras históricas con el fin de impulsar posiciones políticas que debilitan el proceso de acumulación de fuerzas para la resistencia.

En concreto, no debemos aceptar que en nombre del *pragmatismo político* se reafirmen posiciones mapuche que se acerquen y justifiquen a los sectores neoliberales de este país, porque ellos son los enemigos históricos y naturales de nuestro pueblo. Además, de este modo se trata de justificar un tipo de, lucha política y de invalidar otras que generan confrontación, descalificándolas, como si éstas no fueran viables.

Hoy, en el contexto actual, hemos emprendido una nueva fase de nuestra lucha centenaria. Estamos en un momento embrionario de esta nueva fase, en que sostenemos que diversas formas de lucha son válidas. Incluso, formas que pueden denominarse violentas. No podemos descartar las formas violentas cuando se nos aplica violencia a diario. A nuestro pueblo se le ha violentado permanentemente. La opresión, la discriminación, el racismo, el estado de miseria y pobreza, las injusticias y la represión, son violencia. La verdad es que grados de violencia siempre han existido en los procesos sociales y políticos, de un modo u otro, como violencia efectiva o potencial, como violencia institucional o militar. El punto es que hay circunstancias en que la violencia se vuelve necesaria para poner freno a estructuras de injusticia, esto, siempre y cuando se hayan agotado todas las vías políticas.

Entiéndame bien: hoy no estamos planteando la lucha armada en el sentido convencional o con el reduccionismo clásico con que se la encasilla por parte de nuestros detractores. Ya se lo he dicho. Sin embargo, la movilización de masas, la ocupación de espacios, la protesta, son, en un sentido amplio, formas de violencia política también. Y los oprimidos tienen el derecho a usarlas porque son expresiones de autodefensa. Mire usted, en el caso nuestro se trata de una violencia que podríamos calificar como rústica. Incluso son decidoras las imágenes en que se observa a mapuches defendiéndose con palos y piedras. Mal que mal, para la quema de los primeros camiones forestales, a fines de los años noventa, se usó la paja como combustible. Los mapuche no estamos utilizando ni armas de guerra sofisticadas, ni explosivos. A veces, con mínimos elementos de autodefensa, generamos un mejor cuadro para avanzar en la recuperación de nuestros derechos.

Así nos hacemos escuchar y pretendemos que nos escuchen. A través de muchos pequeños actos, de actividades de protesta y reivindicación. ¿Violentas? Depende, hay que analizar cada una. Pueden serlo, en el sentido que le he dicho. Para comprender un poco la actuación caracterizada como "violencia política mapuche", debemos expresar al menos lo siguiente: en el marco del conflicto mapuche, las acciones emprendidas por la CAM no son aisladas o desvinculadas de procesos de lucha por la tierra, o con base en una demanda territorial. Las acciones, básicamente generan daño material y siempre van ligadas a una demanda precisa en el proceso de recuperación de tierras. Por tanto, la acción directa acompaña estos procesos reivindicativos, los cuales, por definición política e ideológica, están dirigidos básicamente contra compañías forestales v propietarios privados considerados latifundistas, por ser poseedores de grandes extensiones de tierras y a empresarios inescrupulosos que atentan contra sitios considerados sagrados por nuestro pueblo. En tal sentido, es evidente que dichas acciones no buscan dañar a personas, con lo que se reafirma la definición de que el actuar mapuche se rige por una ética de la acción política. Lo que se persigue, en el fondo, es la defensa y restitución del mundo mapuche ante la destrucción y depredación del sistema capitalista.

Por otra parte, en la actualidad aún no disponemos de un instrumento político que podamos utilizar para una defensa de nuestros derechos. Desde ya, no lo son ni el parlamento, ni los espacios de poder local. Tampoco en el ámbito internacional, por ejemplo: el convenio 169 se firmó hace tres años y, en la práctica, aún no se aplica. En cierta ocasión expresé públicamente que en Venezuela no estaríamos presos. Si estuviéramos allá, seguramente estaríamos en el parlamento. En el parlamento 'chavista' los indígenas pelean contra la

oligarquía y también con los sectores reformistas, unidos a los revolucionarios. ¿Qué quiero decir con esto? Que los instrumentos de los que se dispone condicionan en buena parte la lucha política.

Uno lucha con lo que puede y según puede. En nuestro caso, se nos ha reducido a territorios miserables y estamos sometidos a una legislación de ocupación. ¿Debemos aceptar las instituciones y sentarnos a dialogar y a negociar mientras usurpan nuestras tierras y atentan contra nuestros niños? Mientras se mantengan las estructuras de dominación y se violente a nuestras comunidades, tenemos el legítimo derecho a defendernos. En efecto, yo he legitimado el derecho a la autodefensa de nuestro pueblo, inclusive en una carta dirigida al Secretario General de la ONU.

En fin, yo no promuevo la violencia por la violencia, como un método de lucha específico o superior. En nuestro caso, cuando se expresa, es claramente una violencia defensiva, muy acotada, legitimada por nuestra gente. Eso explica que nuestra propuesta sea avalada en los sectores más conscientes y comprometidos del pueblo mapuche y que estas expresiones de lucha se repliquen en diferentes zonas del Wallmapu.

El ascendiente militar de los mapuche

Ocurre que hay una penetración recíproca entre lo político y lo militar. Lo primero que quisiera decir sobre esta materia es que la derecha no tiene porqué adueñarse de la esfera de lo militar. Yo sé que para algunos es contradictorio ser de izquierda, o revolucionario y al mismo tiempo gustar de la disciplina militar. A mí, en cambio, me gusta la disciplina militar y la practico.

Además, hago mucho deporte, cultivo el desarrollo físico. ¿Me pregunta si hice el servicio militar? Imagínese mi frustración: ¡No me dejaron porque soy miope! Me explico más: en Chile lo militar pareciera ser patrimonio de la cultura de derecha. De esta manera, se ha hecho una marcada diferencia con la violencia revolucionaria. ¿Por qué solo los poderosos tienen derecho a utilizar violencia y, cuando la llegan a usar los oprimidos, son catalogados de terroristas? Por mi parte, reivindico al guerrillero y sobre todo al weychafe, que es una concepción mucho más integral que un militar de derecha, porque está indefensa de su pueblo, de los suyos y no de un grupo de poderosos que dominan.

No sé si usted sabe que los mapuche tienen condiciones militares excepcionales, por eso hay muchos que hacen el servicio militar y son reclutados por las FFAA, inclusive algunos terminan en tropas de élite. Sin duda que existe un ascendiente militar en los mapuche. Es más, el mapuche desarrolló antiguamente el Kollellawaiñ, que pudiera traducirse como *el arte de mantener la cintura como una hormiga*. Es una disciplina, un tipo de arte marcial, como las de origen oriental, que recoge posturas y movimientos defensivos y ofensivos, propios de ciertos animales. En el pasado, el Kollellawaiñ se practicó mucho por los cona y los weychafe. Era parte obligada de la disciplina militar. Hoy, algunos lo siguen practicando de manera reservada, con el fin de ritualizar al antiguo guerrero y nosotros lo reivindicamos como parte de la autodisciplina del weychafe.

En las organizaciones de izquierda en las que participé, me miraban con cierta extrañeza por mis formas y mi comportamiento lleno de rigurosidad y, a veces, solemne. Lo que ocurre es que el mundo mapuche es muy protocolizado y existe

un basamento militar que es parte de nuestra herencia cultural. Lamentablemente, la derecha ha querido apoderarse de ese legado. Ahí tiene usted la reivindicación de nuestros héroes por parte de la República chilena; ahí están las obras del General Indalecio Téllez, que invoca la capacidad militar mapuche como parte de un patrimonio del que el Ejército chileno sería depositario y la estrategia militar de Lautaro y Pelantaru que se estudia en las academias militares chilenas.

El pueblo mapuche tiene mucha experiencia en la lucha de resistencia, no en la guerra ofensiva o de conquista. Ahora, si miramos retrospectivamente, concluiremos que debió haber una cierta cohesión durante un largo tiempo para sostener esa resistencia, haciendo frente a enemigos poderosos y en desventaja estratégica. Entonces, nuestra convocatoria y el hecho de coordinarnos, no son nuevos, vienen de la tradición de los reche, los antiguos mapuche, que se unían en torno al rewe, coaligando a todas las parcialidades.

Es en este sentido que es preciso entender el concepto de weychan, que implica también congregación y autoconvocatoria. Es la reunión de un todo para la resistencia. Por lo mismo, es de suponer que la autonomía de cada comunidad ha sido siempre relativa y que la capacidad de batirse unidos en la guerra permanente ha existido por siglos. Desde antes de la llegada de los españoles, ya se luchaba por nuestra tierra y los mapuche se enfrentaban al conquistador inca. Este fue el primer gran desafío militar, enfrentar a un pueblo poderoso e invasor. Fíjese, entre otras versiones, la mapuche dice que de allí viene la palabra winka, la conjunción entre we, que quiere decir nuevo, e inka, que se refiere a los invasores de entonces.

En el marco del estigma de que soy objeto, se me ha querido encasillar como apologista de la violencia, porque doy fundamento a expresiones de lucha que pueden requerir esta arista.

Para ello, se realizan operaciones de inteligencia y montajes de los que, en seguida, los medios de comunicación se hacen eco e inician campañas de difamación y desprestigio, preparando las condiciones para la represión y la persecución política. Por ejemplo "la emboscada al Fiscal Elgueta y el asalto a Santos Jorquera" y, más recientemente, el "incendio de Carahue". Es parte de lo que denominamos criminalización.

En todo caso, es preciso tener claro que no somos ni nos sentimos víctimas derrotadas. Somos herederos de una larga lucha política que sigue y está en curso y que ha dado pasos importantes en las comunidades, muchas de las cuales han asumido formas de expresarse con gran racionalidad política. Es decir, sus actuaciones se subordinan a definiciones políticas cada vez más claras y consistentes.

Así se entiende que algunas comunidades estén en procesos de recuperación en forma pacífica, pero que, cuando son violentadas, se desarrolle una respuesta organizada y combativa. En este proceso, es necesario no caer en el autoritarismo o en el militarismo. Nuestra causa surge de las comunidades, la mayoría de nuestros presos y perseguidos políticos son miembros de comunidades y la comunidad no es precisamente una organización militar. Que en algún momento pueda actuar por definiciones político militares, como ocurrió en el pasado, dependerá de las circunstancias. Esta situación que le describo es muy diferente a lo que ocurre con las FARC colombianas o la ETA vasca u otros grupos armados. Por eso, en los allanamientos y en las búsquedas policiales obsesivas, lo único que han encontrado son mapuche miembros de comunidades.

Solo comuneros comprometidos con su pueblo. ¿Cometen actos violentos? Claro, porque somos un pueblo ocupado y oprimido, por lo tanto, tenemos derecho a la rebelión y a la autodefensa y porque somos reprimidos por policías militarizados con un armamento moderno y superior, cada vez que reclamamos por nuestros derechos. No promovemos la violencia indiscriminada, ni la violencia contra las personas, pero en ciertas situaciones la violencia acotada y proporcionada es un componente políticamente necesario para la lucha.

"... en los años 40y 50, l@s mapuche mantuvieron en el sur una organización reivindicativa, definida o auto identificada, más que como mapuche, como 'araucana', sin la fuerza de los que plantearon la República Indígena en los años 20 e inicios de los 30, sin la fuerza de los colonos chilenos y mapuche de Ranguil, masacrados en 1934. Los años 40 y 50 son de reflujo de las luchas mapuche. Durante un año, sólo un año (1952-1953), Venancio Coñuepán fue Ministro de Tierras y Colonización, al servido del gobierno de Ibáñez. Los intereses de los gobiernos de derecha lograron imponerse por sobre los de las organizaciones mapuche. En los años 60, se produce la radicalización de la izquierda y fuerzas "progresistas" chilenas, y el movimiento indígena termina casi absorbido por la corriente integradora. Los partidos de izquierda han asumido los emblemas mapuche: el personaje del diario El Siglo que lanza flechas cómicas al sistema, es Lautarito; el P.S. edita la revista Araucoy usa como emblema un tipo de hacha de toki (más prehistórica europea que indoamericana) sobre el mapa de América Latina; surge el MAPU, con nombre de doble interpretación (como sigla y como símbolo de lucha por la tierra) y con bandera que alude a la cosmovisión mapuche. Sin embargo, ningún partido tiene un programa que asuma las luchas de los pueblos originarios. Para los teóricos marxistas, la servidumbre doméstica es una capa social de las que no son clases; los propietarios de predios medianos y pequeños, independientemente de su filiación étnica, son "burguesía agraria mediana y pequeña", un sector que podría ser "ganado como aliado táctico... o al menos neutralizado"; si el predio es menor y el propietario lo cultiva con su familia o uno que otro peón, es "pequeña burguesía agraria" (58). La cultura global, debe integrar a los indígenas, para que puedan acceder a los beneficios de la modernización y del progreso. En el campo, la reivindicación principal, es la Reforma Agraria. A la izquierda chilena, sólo le interesan los planteamientos indígenas en favor del acceso a la tierra, no así las reivindicaciones del ejercicio de una cultura con cosmovisión, lengua, espiritualidad, sociabilidad y medicina diferentes. lEstas tampoco están en la orden del día, incluso para los propios mapuche. En 1971, un ínfimo grupo propone crear el Partido Mapuche de Chile, PAMACHI, sin mayor éxito. También la izquierda chilena aporta su cuota de prejuicio y posterga los planteamientos de los pueblos originarios, en pos de las luchas globales. Salvo el MIR, a través del MCR, que mediante una política también pero, confrontacional, plantea y practica recuperaciones de tierras indígenas y campesinas que habían sido ocupadas por latifundistas, no hay otra política que acoja las luchas

mapuche con sus especificidades" (59). El desencuentro entre la intelectualidad y funcionarios de izquierda por una parte, y los mapuche v sus organizaciones por otra, se refleja en la constante caracterización que los primeros hicieron de éstos. Foerster y Montecino citan que una investigación suscrita por Bernardo Berdichewsky en 1971, entre las comunidades que habían recuperado sus tierras, evidenciaba su "baja conciencia de clase" debido al espíritu "pequeño burgués" de los campesinos mapuche (60). El gobierno de Allende, aunque fue renovador de la concepción clásica del marxismo frente a las vías para la conquista del poder político, en cuanto a la fijación de metas económicas y sociales estuvo inspirado en los esquemas marxistas clásicos, para los cuales los grandes temas tenían que ver con la solución a los problemas del proletariado frente al gran capital; de allí que los indígenas, calificados de pequeños agricultores, prácticamente no fuesen tomados en cuenta ni como agentes de cambio ni como sujetos receptores de políticas reivindicativas, a excepción de la incorporación parcial de algunas comunidades a planes de desarrollo agrícola. Debe mencionarse que tras largas décadas de debilitamiento de la propiedad indígena, Allende promulgó en 1972 una ley indígena, la Nº 17.729, que permitió algunas mejoras de la situación anterior, creando el Instituto de Desarrollo Indígena (IDI), pero esta ley tras el golpe de 1973 no tuvo mayor aplicación y fue derogada finalmente.

Guillermo Lincolao Garcés y Carlos Ruíz Rodríguez, "Memoria de l@s mapuche urban@s", en Mario Garcés y otros (compiladores), Memoria para un nuevo siglo. Chile, miradas a la segunda mitad del siglo XX, Universidad de Santiago de Chile, Departamento de Historia, ECO, Educación y Comunicaciones. LOM Ediciones, Santiago, 2000, pp. 415-424.

La izquierda sigue desperfilada

El marxismo fue mi primer referente político intelectual, pero hoy pienso el marxismo como una forma de colonización más. Y debemos descolonizarnos. Descolonizarnos de la cultura que nos domina, la occidental cristiana o cualquier otra. Pero no lo digo con absolutismo. Nosotros, efectivamente utilizamos aspectos del marxismo como método de análisis, nos sirve para interpretar la realidad. De hecho, nosotros creemos que es muy legítimo utilizar el marxismo para interpretar la realidad actual del pueblo mapuche. Sin el marxismo sería imposible comprender cabalmente por qué el pueblo mapuche fue colonizado y despojado por el capitalismo. Descolonizarnos no quiere decir cerrarnos a contribuciones que vengan de otras esferas y que nos sean realmente útiles en el proceso que emprendemos, que es de por sí muy complejo y genera cada vez nuevos desafíos.

No soy fundamentalista, ni fetichista del vestuario o de otras formas de reafirmación sólo culturalistas y estéticas de lo que es ser mapuche. Pero nuestros ancestros construyeron una concepción que hoy podríamos llamar "mapuchista" y a ella me siento vinculado. La izquierda, para configurar la emancipación, construyó una ideología y, en cierta forma, nos involucró, en

cuanto a procesos históricos, símbolos y figuras. Hay allí mucho que no nos corresponde, sin embargo es respetable y hay elementos que se pueden rescatar.

En Chile, por ejemplo, rescato del socialismo (histórico) su visión latinoamericanista inclusiva de los pueblos originarios y de sus derechos. Los comunistas siempre me parecieron demasiado influidos por definiciones que venían de fuera. El significado que atribuyeron a su internacionalismo les hizo más difícil perfilar una identidad propia, exclusiva, que no apareciera contaminada por los modelos que venían del exterior. Salvo honrosas excepciones, como la contribución teórica de Lipschutz y sus ideas sobre la presencia e importancia de los pueblos originarios.

Ahora bien, la ideología que sostiene a la izquierda no es la mía, aunque me encuentro con ella en muchos planos. Al fin y al cabo, la postura mapuche complica al poder y pone en cuestión las estructuras de dominación. Y si la izquierda comprende de verdad las transformaciones que propone y se juega por conseguirlas, existirá entonces un trazado de convergencias. Pero éste debe tener como antesala una comprensión mayor de nuestra realidad social y cultural como pueblo. Es innegable que, en la izquierda, también hay aún mucho racismo y subestimación. Hay que observar bien lo que ocurrió con los misquitos al principio de la revolución sandinista en Nicaragua, o lo que ocurre aún en procesos insurgentes en América Latina, que merecen nuestro respeto, pero que persisten en subsumir las reivindicaciones indígenas en un proyecto de matriz occidental. En cuanto al movimiento mapuche, la izquierda sigue desperfilada, sigue confundida, no tiene capacidad para un encuentro honesto y fructífero con el movimiento mapuche. Actualmente, la vemos como a una fuerza que continúa sin una gran expresión política a nivel nacional y por eso siempre termina tratando de meterse en la contienda electoral e intentando, al mismo tiempo, articular una postura de protesta al calor de ciertas reivindicaciones. Pero ese quehacer termina siempre siendo funcional a la lógica del sistema. Hasta ahora, la izquierda tradicional no ofrece una alternativa realmente distinta. En ese sentido, nosotros, como organización mapuche, nos mantenemos distanciada y no vemos posible una alianza en el corto plazo. En el último tiempo también vemos nuevos grupos que se definen como parte del movimiento autónomo y anarquista, con los cuales tampoco tenemos relación alguna.

No obstante, observamos a algunos de estos grupos insistiendo en la misma práctica de la izquierda tradicional, de inmiscuirse en nuestros asuntos, como Pueblo Mapuche y lo hacen de muy mala manera. A veces tratan de ganarse algunos dirigentes con ciertos apoyos logísticos, en el ámbito de las comunicaciones, la agitación o las redes de apoyo, o intentan forzar su inserción en ciertas comunidades, de manera bastante irresponsable, generado evidentes equívocos en el accionar de algunos hermanos mapuche.

Como CAM, rechazamos esas posturas, creemos que es un gran error que lleguen a tener expresión en los distintos planos de la lucha mapuche. En este sentido, pensamos que nuestro pueblo y sus organizaciones tienen el derecho y la obligación de organizar su propio desarrollo político, anteponiendo nuestra historia e ideología propias. Lamentablemente, esta postura es a veces incomprendida, incluso alguna vez alguien de izquierda nos acusó, privadamente, de querer "controlarlo todo" y es que, como CAM, siempre estamos muy atentos a las infiltraciones.

A pesar de lo anterior, en el último tiempo también nos vamos enterando de la aparición de nuevos colectivos de izquierda, definidos como revolucionarios y

antisistémicos. Han tomado un fuerte rol en el movimiento estudiantil y hasta ahora los vemos muy consecuentes y combativos. A su vez, son críticos de la izquierda tradicional. En su mayoría, son jóvenes, por tanto, muy dinámicos y activos. Es lo que observamos a la distancia. Esperamos sinceramente que tengan un buen desarrollo y que respeten nuestra lucha.

Sería un hito histórico para nosotros y una contribución al movimiento de todos los oprimidos, en general, que el pueblo mapuche hiciera su propio proceso, no dirigido ni alimentado desde la izquierda , sino asentado en una perspectiva propia, con una línea propia. Así fue realmente en el pasado, cuando nuestro pueblo luchó en forma muy cohesionada. Esa es nuestra apuesta y definición, a pesar de las incomprensiones, prejuicios y críticas de muchos sectores.

Tome usted, por ejemplo, la idea del weychafe de la que tanto hemos hablado. Cuando yo me refiero a las características y cualidades del militante mapuche en general y del weychafe en particular, no busco hacer un símil con la experiencia de la izquierda, cuando sus organizaciones plantearon la necesidad de "cuadros revolucionarios". Con todo el respeto que me merece esa definición, quisiera claramente diferenciar, ya que lo que nos corresponde a nosotros los pueblos originarios es sustentar los procesos de acuerdo a nuestras propias referencias. Entonces, la figura del weychafe debe ser entendida como la de nuestros guerreros, nuestros héroes de antaño. De ahí viene la noción y la mística del luchador, de un luchador desde nuestra perspectiva, desde nuestra cosmovisión. Y es al calor de la reemergencia de la lucha mapuche y, precisamente, con el nacimiento de la CAM, cuando aparece un nuevo tipo de militante mapuche, más político, con mayor compromiso, pero que claramente no surge bajo una visión de izquierda o de su tradición, sino que es un militante "mapuchista". Sus referencias son las propias, su cultura y su cosmovisión. Se trata de una figura con un nivel y con una moral de acuerdo a la tradición y al mito de los guerreros antiguos. De aquí surge la idea del retorno de los weychafe, fundada en la recuperación de la fuerza espiritual que nutrió a nuestros antepasados, que defendieron con fuerza la tierra y la libertad. En la medida que el mundo mapuche se vaya recuperando, con base en asertivos proyectos políticos de resistencia, que se fortalezca el tejido social, político y cultural y la espiritualidad se vivifique una y otra vez, la tierra llamará con más fuerza a los weychafe. Es un acto de reciprocidad y así se ritualiza la lucha mapuche.

Queremos, también, nivelar nuestra perspectiva con la de la izquierda; no tenemos por qué estar en desventaja. Pero eso implica comprensión, objetividad, transparencia y buena disposición. Le explico por qué: cuando era gobierno la Concertación, cierta izquierda nos acusaba de derechistas ultraizquierdistas, porque desarrollábamos expresiones de lucha directa en un contexto en que en el gobierno también "participaban compañeros". Por otro lado, se tiende a pensar a organizaciones como la nuestra como parte de otros referentes de izquierda y viceversa. No es así. Entonces, lo que necesitamos es un acercamiento y que sea sano, verdadero y eso requiere de la izquierda que reflexione sobre algo que parece dar por entendido: la supuesta supremacía de los pueblos llamados occidentales. Debe concebir que otras culturas, como la nuestra, también somos acumulaciones de experiencias y saberes que es deseable compartir. Nuestra visión se funda en el concepto de reciprocidad, de equilibrio, de respeto a la naturaleza y a la sabiduría de los antiguos. Nuestra resistencia se basó en estos principios.

En síntesis, si bien somos anticapitalistas, no por eso hemos tenido una buena relación con la izquierda. Además, hay que considerar otro elemento que es de mucha importancia. Somos anticapitalistas, antisistémicos, pero también somos por sobre todo nacionalitarios mapuche y la izquierda, en general, debería comprenderlo y hacer una definición al respecto.

Pero, atención, ya le he señalado que no todo en la izquierda chilena está mal, según nosotros. Hay esfuerzos minoritarios que hay que rescatar y que pudieran desarrollarse. Además, le repito, es preciso considerar que en el último tiempo han irrumpido fuertes movimientos sociales que cuestionan seriamente al sistema. Por ahí debiera revitalizarse una nueva izquierda, más ligada a los oprimidos, más moral y consecuente. Con esa izquierda queremos encontrarnos. Hay que buscar los espacios de entendimiento y comprensión con la izquierda, pero eso requiere apertura de ambos lados.

Agarraron a mi padre

Ramón preparó ese día el almuerzo. Cochayullo y luche. Manjares para muchos, sufrimientos gastronómicos para algunos winkas. Ya hemos terminado y entonces nos sentamos uno al frente del otro y le pregunto por sus primeros recuerdos políticos. "Recuerdo", dice, "algo sobre las primeras tomas en tiempos de la dictadura. Debe haber sido en 1984, en el fundo 'El Canelo', en Tranaquepe. Admapu organizaba y dirigía, – sonríe. Aquellas acciones eran bien pacíficas, tenían por objeto marcar una presencia por uno o dos días, a lo más. Y los milicos correteaban al tiro a los viejos. Una vez, estaba con mis padres en una recuperación, oímos tiroteos y fuimos a mirar desde un cerro y recuerdo la vista del mar y de todo ese paisaje". Ramón Llanquileo dice que, entonces, teñía cuatro o cinco años.

"Y luego", continúa, "recuerdo un guillatún, en el 84 u 85 fuimos a un guillatún... De repente llegaron los milicos y los pacos a reprimirnos. ¿Qué dónde estábamos? En la comunidad, dentro de la comunidad. Recuerdo a los viejos peleando. Pelearon y pelearon, también las mujeres y quedaron varios de los nuestros heridos a bala. Había mucha unidad en ese tiempo entre los de Choque y Miquihue. Las comunidades eran bien activas, muy dinámicas. Había viejos y jóvenes comunistas, de esos comunistas que se la jugaban", dice Ramón. "Entre ellos estaba el tío Gilberto, Gilberto Reinao. Tenía un discurso bien abierto, poco apegado a consignas, algo simple como 'los mapuche tenemos que recuperar la tierra', siempre dicho con simpleza".

Los inicios de Ramón fueron en las Juventudes Comunistas de Concepción. "Salí de la comunidad a estudiar", relata, "me fui a un internado. Ahí conocí gente de la 'jota', en Cañete; ingresé y fui asumiendo responsabilidades. Trabajé en formar el sindicato de trabajadores forestales, en Los Álamos y en varios otros sitios. También cumplí tareas en Coronel. Pero no me sentía a mis anchas. Creo que me convertí en un personaje raro. Yo era muy estricto y criticaba las tomateras o a los que fumaban marihuana, que en esa época estaba entrando fuerte. Me fui alejando, alejando".

"Aprendí mucho en la 'jota'", señala. "Entré como a los 14 años y estuve hasta los 18. Alcancé a ser delegado al Congreso del Partido en 1998, porque bastante pronto me 'pasaron' a los viejos, al Partido y dejé de participar en la organización juvenil". Llanquileo me dice que tiene buenos recuerdos, a pesar del alejamiento. Estudió en el

liceo forestal de Los Álamos, entre 1994 y 1998 y no olvida al director del colegio, un comunista, Desiderio Millanao.

"En todo caso, mi identificación con la izquierda venía de atrás. Mi padre fue un luchador. Él era bien consciente y además muy interesado en las actividades culturales mapuche. El idioma es algo que depende de la familia y en el caso de mi padre, le tocó ser niño cuando más se difundieron las escuelas winkas en los fundos y prohibieron hablar el mapuzungun. Mi papá se llamaba Juan y de muy joven se hizo militante de las Juventudes Comunistas. Una vez me contó que, como militante, le ofrecieron ir a estudiar a un instituto en Chillán, o afuera, a la República Democrática Alemana, o a Rusia. Estuvo casi listo para irse, pero se quedó, se casó, nacimos nosotros, sus hijos y empezó a trabajar en una forestal. Después, comenzaron a desarrollarse las recuperaciones de tierra y se involucró, gracias a una fuerte influencia de mi abuelo, Lorenzo Carilao que insistía en la necesidad de recuperar territorio".

Ramón ha hablado largo, no lo he interrumpido. Los demás ni nos miran; Llaitul conversa con unos jóvenes que lo visitan y que vienen de algún lugar próximo a Rancagua. Mientras Ramón habla, observo en el muro la bandera mapuche multicolor. Y al lado, un afiche con el rostro de los cuatro condenados en el juicio de Cañete que dice "Libertad para los presos políticos mapuche".

Llanquileo me cuenta que su abuelo paterno, Antonio Llanquileo, vivió el proceso de reforma agraria. "Y mi tatarabuelo, Lorenzo Carilao, fue militante del Partido Comunista, trabajó con el diputado comunista Leoncio Medel. Vivió algo así como ciento quince años", dice. "Andaba siempre metido como figura importante en los guillatunes y en los juegos de palín. Tenía buenas historias, contaba de las alianzas con los mineros, de las tomas. Decía que la única forma de luchar era tomarse las tierras ocupadas por los fundos y las forestales, que había que ir ahí y levantar casas y trabajar la tierra.

"Entre los años 90 y 94 hubo una quema de maquinarias y galpones en el fundo Tranaquepe. Entonces agarraron a mi padre como sospechoso, junto a otros tres miembros de la comunidad y los llevaron a declarar. Era un momento en que había que hacer algo para darle fuerza a las recuperaciones, porque después de llegada la democracia, la mayoría de los dirigentes históricos, por decirlo así, entre esos el hijo del tío Gilberto, Santos Reinao y Juan Carilao, renunciaron a la idea de recuperar tierras y se metieron algunos al PPD y postularon a los municipios. Así se fueron involucrando, hasta que por ahí por el 96 comenzaron a emerger otros actores".

"Pasó el tiempo", continua Llanquileo, "y en el año 97 ocurrió la quema de camiones en Lumaco. Para mí, surgió entonces la opción de la CAM y la preferí a mi militancia comunista. Pero yo desconocía los protocolos del mundo mapuche. Mi incorporación fue un proceso, una pelea día a día para establecer sin dudas, claramente, mi identidad mapuche, para demostrar que no me había contaminado".

Se dio cuenta, una vez en la cárcel, que los comunistas pensaban que era miembro del Partido y él ya lo había dejado hacía tiempo. Se los aclaró. En 1998, había sido convocado a Tranapeque a uno de los primeros encuentros de la Coordinadora Arauco Malleco, al que no pudo asistir. Después de Tranapeque fue a la siguiente cita y conoció a los principales líderes de entonces. En ese momento, había estallado el conflicto en Cuyinco y fue allí donde, entre todos ellos, se sintió identificado con Llaitul. Ramón estaba todavía conmovido por la quema de camiones en Lumaco y sus secuelas y seguía con atención el conflicto en Los Álamos.

Le preguntó a un peñi si en la acción de Lumaco habían participado peñi que ahora estaban en la Coordinadora y la respuesta fue que sí. "Entonces, me decidí. Ya terminaba la secundaria, dejé de lado mis planes de entrar a la Universidad. Ya nos

conocíamoscon Héctor y él confiaba en mi. Me comprometí con él en el trabajo en las comunidades y empecé a producir adrenalina. Aprendí con Héctor a descubrir nuestro mundo. Entendí que para pertenecer a él, hay que estar permanentemente y que solo así se va generando un ordenamiento. No era muy grande ese grupo que se nucleó alrededor de Héctor, unos diez habrán sido. Cumplíamos todas las funciones, estábamos siempre a disposición.

"De aquellos, seis o siete aún nos mantenemos y tres somos, diría, dirigentes del núcleo central. Yo llevo ya trece años en esta lucha. Ninguno de nosotros ha llegado a tener ni una hectárea de tierra. Los que nos identificamos con la CAM podemos mostrar consecuencia. Damos lo que podemos y aquello que prometemos. Me pregunto si lo hemos hecho bien", agrega. "La respuesta la da el enemigo: algo hicimos bien, por eso nos ha querido castigar. Nuestro proyecto se ha ido enraizando, se ha hecho cada vez más peligroso para el sistema. Hemos tenido avances. No exagero porque entiendo que es importante que la gente que está a la cabeza vea la realidad y no se maree. Para evitar eso, he tenido la ventaja de estar al lado de Héctor. Aunque tenemos caracteres diferentes, que a veces chocan, yo he podido nutrirme de su experiencia.

"La tierra donde nací, en 1981, está en Puerto Choque y ahí está la escuela básica a la que asistí. Son cursos como de veinte estudiantes, los profesores son todos chilenos. En las cercanías desagua el río, confluyen muchos ríos, a orillas del lago Lleu Lleu, que en mapuzungun significa 'piedras redonditas'. Es bien puro, aunque en el verano se contamina un poco. Abundan los salmones, los pejerreyes y las truchas. Y vuelan las águilas".

Políticas de invisibilización

Hace más de dos años, los viajes a Angol se convirtieron en parte de mi rutina de vida. Como he contado, conocí a Llaitulen 2009, durante la campaña electoral. En 2010, ya resuelta la elección presidencial, creí imprescindible visitarlo nuevamente. Quise disipar cualquier duda respeto a que mi visita anterior hubiera tenido un fin electoral de significado menor.

Fui entonces a renovar mi compromiso con la injusticia que él y sus compañeros sufrían en manos del aparato judicial chileno. Más allá de eso, nuestra primera conversación, en que la mayor parte del tiempo mis acompañantes y yo escuchamos atentamente su planteamiento global sobre sus reivindicaciones, me puso abiertamente frente a la temática mapuche.

Advertí que, como izquierda, estábamos lejos de sustentar una postura suficientemente difundida. Mi candidatura, en el programa y en mis discursos, había intentado hacerlo, fundada en la perspectiva que el agrupamiento Juntos Podemos había propuesto ya en las presidenciales de 1999 y de 2005. Pero esa perspectiva trascendía poco. La izquierda, que durante toda la transición fue objeto de políticas de invisibilización, padeció en este caso un doble efecto: la invisibilización por ser izquierda y aquella que resultaba de aplicársele además la invisibilización propia de los temas reivindicativos mapuches.

En los últimos tres años, comencé a hablar asiduamente a mis amigos sobre las tierras mapuches y las versiones de la historia chilena. Uno de ellos me comentó, entre divertido y algo irónico, que yo hablaba de los paisajes, la gente, los olores y colores, como si fuera un recién iniciado; Pareciera, me dijo, que los estás descubriendo. Y, en verdad, ambos habíamos estado muchas veces antes en aquel extenso y bello territorio.

La cuestión, respondí, es que siento que antes miraba pero no veía bien todo lo que miraba. Y recordé una vez más mi involucramiento en el conflicto de Quinquén, mis visitas personales y políticas, como socialista o como candidato de la izquierda en 2009, a lugares como Curacautín, Angol, Temuco, Collipulli, Cañete, Curanilahue, Lebu, Puerto Saavedra, el lago Budi, entre otros.

Nunca vi, le dije, lo que ahora veo. No es que me haya convertido en un profundo conocedor, porque mis limitaciones subsisten. La cuestión es que ahora mi análisis se sitúa en un ángulo más contemporáneo, menos esquemático y más libre de prejuicios. Quizá es tarde en la vida para descubrir aquello que no divisé antes en toda su profundidad. No lo creo. Uno aprende hasta que muere. En todo caso, el fenómeno no es exclusivo de mi posible ceguera o insensibilidad para penetrar con la mirada en lo profundo de un territorio o una identidad. Ha embargado por mucho tiempo la perspectiva de la mayoría de los chilenos. Eso incluye a la izquierda. Entre otras, es una de las razones por las que he querido hacer este libro.

Reconozco que, para el ciudadano común, los signos a veces parecieran contradictorios, muy confusos. No es extraño, en realidad corresponden a la forma particular en que Chile ha ido construyendo su identidad. Por ejemplo, regreso de Angol a Temuco en un bus de línea, al atardecer, miro por la ventana y veo un gran aviso de venta de departamentos que, en vistosas letras, ostenta la identidad que pretende: "Barrio Inglés". A los pies del anuncio hay una plazuela pequeña con varias estilizadas esculturas de mapuches, sostenidas sobre bases de granito negro. ¿No es extraño?, pienso. Pero luego reflexiono que la zona es en realidad multiétnica y multicultural. Las esculturas y el nombre del barrio representan esa realidad.

Pero es que la idílica convivencia de letreros comerciales y obras de arte no la expresa efectivamente. Lo que allí ocurre, en verdad, es que aquello que se ha impuesto como cultura dominante, es la que se postula pretenciosamente como el "barrio inglés", mientras la otra cultura, etnia, nación, pueblo, ha sido subordinada.

Sostener que en la izquierda no hemos apreciado este hecho clave, es quizá una afirmación demasiado general, pero expresa una verdad. Me parece válido afirmar que la izquierda del siglo XX tuvo limitaciones que le impidieron romper con la invisibilización de la cuestión mapuche, que los sectores dominantes y el Estado chileno han procurado.

El bus ya llega al terminal donde tomaré un taxi al aeropuerto. Guardo en mi maletín los materiales revisados en las horas de viaje.

Entre ellos hay un libro de una valiosa serie publicada a través de los años bajo la presentación de "Archivo Salvador Allende", que en sus quince volúmenes recogió documentos y fotografías relacionadas con el ex Presidente y con el Partido Socialista.

En una de sus páginas aparece Allende saludando a unas mapuches y, más abajo, otra fotografía donde se ve una ruca, una mujer y una niña, unos patos, un cerdo que se está alimentando y una arboleda al fondo. La única lectura de esa página, que no está entre comillas ni tiene autor identificado, dice: La cuestión mapuche: inseparable de la reforma agraria.

La mayor parte del tiempo, la izquierda del siglo XX vio los hechos a través de este prisma. Desde ese punto de vista, sus principales componentes políticos solidarizaron con el pueblo mapuche en su condición de oprimido. Hay varios estudios publicados sobre esta materia. Luego de recorrerlos, no se puede sino concluir que, no obstante una cierta solidaridad con que la izquierda apoyó algunas de las reivindicaciones de los mapuches, en cuanto campesinos o en su condición de pobres y explotados, pocas veces se asomó a una perspectiva que considerara sus demandas como las de un pueblo nación distinto al chileno y con derechos en cuanto tal.

El Partido Socialista nació en la década de los treinta con una fuerte vocación latinoamericanista y con una significativa propensión a considerar cómo una de las bases de esa definición la forma en que criollos e indígenas lograban constituir una nueva y potente identidad. La influencia del APRA peruano en su fundación y de las ideas indoamericanistas de su líder, Víctor Raúl Haya de la Torre, tuvieron notoria influencia en los socialistas chilenos y, en menor medida, los trabajos de Juan Carlos Mariátegui que, desde el marxismo, abordó la cuestión indígena en Perú.

La bandera socialista, con el mapa de América al sur del Río Grande y un hacha indígena en su centro, simbolizaban una aspiración que, por muchos años, movilizó al socialismo chileno. En la década de los sesenta, el órgano teórico del Partido Socialista se denominó "Arauco" y numerosos mapuches formaron y forman parte hasta hoy de las filas socialistas.

Precisamente, en aquella década se puso fin a una suerte de acuerdo no explícito, que regía desde fines de los años treinta y que convertía en una suerte de tabú político la cuestión agraria. Entonces, emergió con toda su fuerza la problemática del latifundio. Con ella, la situación de los mapuches en el sur de Chile adquirió pública relevancia y recobró energía el movimiento mapuche, duramente golpeado después de 1881 y luego sometido al régimen de "reducciones" y a diversas políticas, explícita o implícitamente asimilacionistas.

La legalización de los sindicatos campesinos, durante el gobierno de Frei Montalva y el inicio de una reforma agraria, que apuntaba a terminar con el latifundio, abrieron un gran espacio de activismo y organización para dirigentes sociales democristianos, socialistas y comunistas. Emergieron nuevos líderes mapuches, se crearon nuevas organizaciones, entre ellas la importante Confederación Campesina e Indígena Ranquil y algunos de ellos se incorporaron a los partidos políticos, para proseguir su lucha por la recuperación de tierras.

La mayor efervescencia tuvo lugar inmediatamente antes y, con mucha fuerza, después que Allende fuera electo Presidente, en 1970. La Reforma Agraria adquirió un ritmo por momentos vertiginoso y el movimiento campesino demostró fuerza creciente. Un grupo político que no era parte de la Unidad Popular gobernante, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), se involucró a fondo con comunidades mapuches, a través del llamado Movimiento Campesino Revolucionario; impulsó acciones concretas de reconquista territorial, conocidas como "corridas de cerco" y escribió un episodio de lucha significativo. Otras fuerzas, como el Partido Comunista Revolucionario, de orientación maoísta, crearon también en el mundo indígena el Netuaiñ Mapu, organización revolucionaria que reivindicaba las tierras mapuches. Junto a corrientes del Partido Socialista, estas fuerzas tensionaron y potenciaron las demandas mapuches. Los partidos de la Unidad Popular, a su vez, sostenían la aspiración de exterminar el latifundio y, en ese marco, las demandas mapuches por tierras. Aparte de comunistas y socialistas, el MAPU y la Izquierda Cristiana tuvieron también acercamientos al mundo mapuche o expresiones del mundo mapuche en su interior. Particularmente interesantes fueron las elaboraciones de la Izquierda Cristiana en aquella época y en los años inmediatamente siguientes al golpe militar, en que el análisis de la problemática mapuche comenzó a superar la visión que asimilaba a los indígenas a los campesinos pobres.

Sin embargo, la Unidad Popular, en su programa, no había ido demasiado lejos en esta materia y el propio Allende, que otorgó particular atención al tema mapuche por la condición de pobreza generalizada que todos reconocían, sólo alcanzó a esbozar una perspectiva basada en el reconocimiento de la naturaleza específica y compleja de la cuestión mapuche y los derechos colectivos de su pueblo. En uno de sus mensajes al

Congreso Nacional, sostuvo que "la problemática indígena es distinta a la del resto del campesinado" y que, en cuanto a la tierra, la bandera de lucha mapuche era la "recuperación", mientras "para los demás, es la distribución para quienes mejor la trabajen".

En el gobierno de Allende, en todo caso, aparte de la recuperación de tierras mapuches en cuanto tales y de la recuperación fruto de la Reforma Agraria que benefició a comunidades mapuches, se desarrollaron políticas de asistencia económica y técnica, e interesantes experiencias de programas de salud intercultural.

El gobierno sostuvo políticas antidiscriminatorias y no desperdició ocasión para dignificar y honrar simbólicamente al pueblo mapuche. Otro episodio destacable fue la aprobación de una nueva ley indígena, tendiente a proteger la propiedad comunitaria. No obstante, la mayoría del Senado, opositora a Allende, mutiló el proyecto original y "lo hizo tiras" al decir de Luis Corvalán, en aquel entonces senador y Secretario General del Partido Comunista.

Por su parte, el Partido Comunista pareciera ser aquel que, en ciertos períodos, más se aproximó a una consideración positiva del tema de los pueblos originarios, de su identidad y autonomía. Los comunistas contaron desde sus inicios como partido, con una base sólida en los escritos de Lenin, particularmente en el texto "Sobre el Derecho de las naciones a la autodeterminación", inspirado en la problemática de las nacionalidades que experimentaba la Unión Soviética, después de la revolución de 1917 y que reconocía la existencia de "minorías nacionales" con derechos establecidos.

En los debates parlamentarios de fines de la década de los veinte del siglo pasado, constan las intervenciones de diputados comunistas que planteaban la creación de la "República Araucana" y postulaban la recuperación de territorios y un estatuto autonómico para el pueblo mapuche. Por otra parte, recientes investigaciones de archivo avalan la afirmación que, en los sangrientos eventos represivos de Lonquimay y Ranquil, a fines de la década de los veinte, el Partido Comunista tuvo una intervención manifiesta, si bien existía en el movimiento campesino una presencia de agricultores criollos mayor a la de campesinos mapuches. Los historiadores que han investigado esta época coinciden que la política de "frente popular", impulsada en todo el mundo al promediar la década de los treinta, obligó a comunistas y también a socialistas chilenos, a omitir de los programas la Reforma Agraria y el latifundio, a fin de lograr acuerdo con el Partido Radical, en el que se expresaban con fuerza intereses de grandes agricultores sureños.

Un cuarto de siglo después, el pensamiento del estudioso comunista, Alejandro Lipschutz, incidió fuertemente en la izquierda y en las políticas del gobierno de la Unidad Popular. Lipschutz puso en cuestión el ideario liberal progresista que consideraba a las culturas originarias resabios del pasado y propuso formular políticas que reconocieran la autonomía de aquellos pueblos. Enunció, en el marco de su reflexión, lo que denominó "doble patriotismo", ilustrando el concepto con experiencias de otras latitudes.

Los tiempos de la dictadura fueron una nueva época de despojo para las comunidades mapuche. Si bien la dictadura no pudo reconstituir el latifundio tradicional, dejó sin efecto las asignaciones de tierras efectuadas durante la Reforma Agraria y, en definitiva, las traspasó a las grandes empresas forestales que, de allí en adelante, llevaron a cabo la que Llaitul ha denominado "tercera invasión" del territorio mapuche.

La transición a la democracia no significó la restitución de esos derechos a las comunidades y, en un cuadro de ambigüedades interminables, sus gobiernos no sólo no detuvieron el desarrollo depredador, sino que muchas veces lo incentivaron.

Sin embargo, uno de los episodios que no debe ser pasado por alto es la elaboración del informe encargado al ex Presidente Aylwin durante el gobierno de Ricardo Lagos. No me refiero en particular a sus propuestas ni menos aún a la puesta en práctica, que ha estado lejos de las metas del informe. Pero los análisis históricos y, desde las ciencias sociales, que son parte de dicho documento, dejan palmariamente en claro la responsabilidad del Estado chileno en el empobrecimiento de los mapuches y la incapacidad de ese Estado para reconocerles plenamente su identidad y sus derechos.

"Hemos llegado para decirles que la fuerza de izquierda, que yo represento, es la fuerza política, social y cultural que se siente siempre, y no sólo hoy, cuando hay campaña presidencial, profundamente identificada con la lucha del pueblo mapuche.

(…)

"La izquierda plantea una nueva sociedad, un Estado democrático, y eso significa que nos reconozcamos como un Estado multinacional, y que en él hay más de un pueblo, más de una nación. Están el pueblo y la nadan chilena, y el pueblo y la nación mapuche. "Me pregunto qué otra fuerza política y no solamente qué candidatura, porque los candidatos pasan, plantea en su programa como nosotros, abiertamente y sin temor, un Estado multinacional.

"Y no nos vengan con el cuento de que estamos planteando la división del Estado chileno. ¡Ignorantes! No saben que en muchos países del mundo se reconoce la existencia de pueblos distintos, de la diversidad. Por eso les digo que nos sentimos absolutamente identificados con el pueblo mapuche, porque nuestra lucha es por el respeto a la diversidad étnica, de los pueblos, de géneros, o la diversidad sexual. Todas las diversidades formarán parte mañana de la gran cultura universal, y que no es otra cosa que la cultura de los seres humanos...

"Lo político electoral es importante porque el voto fue una conquista democrática cuando la oligarquía, los grandes señores, no querían que el pueblo participara. Tenemos que defender ese derecho, pero lo electoral forma parte de algo más grande, que es la lucha social, la movilización, y eso lo que hoy aprendemos del pueblo mapuche.

"Han pasado siglos y siglos, y el pueblo mapuche jamás ha dejado de luchar por lo suyo. Y nosotros en nuestro programa señalamos: devolución de las tierras. Pero no basta con eso, planteamos la autonomía plena para el pueblo mapuche. Autonomía política, territorial y cultural. Eso es lo que corresponde.

"Cuando veníamos viajando encontramos una consigna muy linda escrita en una pared, que decía:

Tierra robada, tierra recuperada. Y tienen toda la razón, y las tierras que han sido robadas, tendrán que ser recuperadas por el pueblo mapuche."

Fragmentos del discurso de Gladys Marín, candidata presidencial de la izquierda agrupada en el Juntos Podemos, Lumaco, noviembre de 1999. En "La izquierda es la única que asegura la autonomía", El Siglo, N° 958 - Del 19 al 25 de noviembre de 1999.

La Reforma Agraria fue una respuesta concreta e imperfecta

Hacia los años 60, se produjeron una serie de manifestaciones en el país que tuvieron repercusión en la zona mapuche. Se iniciaron procesos de recuperación de tierras que, en aquel entonces, se denominaban ocupaciones y que eran impulsadas por organizaciones de izquierda, algunas, y otras por comunidades.

Este movimiento lo canalizó ese punto de inflexión histórica que se conoce como "Reforma Agraria". Si bien el proceso inicial tendía a la recuperación de tierras mapuche ancestrales, la reforma no fue exclusivamente para reparar a las comunidades, sino que consideró al campesinado que allí habitaba. Se establecieron los asentamientos, que eran compartidos por comunidades mapuche y campesinos pobres o sin tierra.

Algunos hechos que ocurrieron durante la reforma ponen en evidencia sus limitaciones desde el punto de vista mapuche. Por ejemplo, a los asentamientos se le ponían nombres apropiados para la cultura de izquierda, como Luis Emilio Recabarren. De hecho, en comunidades de Ercilla hubo un tractor al que lo identificaron como "Ho Chi Minh". Por otra parte, los asentamientos eran de base asambleísta, algo propio de la cultura de izquierda. La forma de plantear la Reforma Agraria, fue responsabilidad de los partidos políticos en los que primó una visión que dio continuidad al colonialismo ideológico. Todo lo mapuche ceremonial fue olvidado.

Por eso, si bien los procesos de recuperación fueron impulsados por comunidades mapuche alineadas con las propuestas de izquierda, este hecho no invalidaba las reivindicaciones y demandas históricas de nuestro pueblo.

Aquel proceso no fue una solución ajustada a la demanda de las comunidades por sus derechos ancestrales e históricos. Se hizo más bien en base a una concepción "campesinista" que englobó a los mapuche. No se les consideró como pueblo y realidad diferenciada.

Sin embargo, el valor de la Reforma Agraria residió en el reconocimiento de derechos sobre tierras ancestrales, que de modo espurio poseían latifundistas antimapuche. La reforma generó una nueva base legal y nuevos títulos. ¿Me explico? Así se entiende que muchos de los procesos de recuperación de tierras actuales tengan a la Reforma Agraria como raíz inmediata.

Cuando ocurre la contra reforma, en plena dictadura militar, muchos —si no todos— de estos predios pasaron a manos de los grupos económicos controladores de las forestales. Se trata de una de las situaciones injustas que más golpea la conciencia colectiva de nuestro pueblo y que genera una fuerte contradicción entre las comunidades y el Estado chileno.

En otras palabras, la Reforma Agraria fue una respuesta imperfecta, sin dudas, pero concreta. De este modo, la contra reforma que se hizo después es, para nuestros comuneros, un acto de absoluta injusticia que caló profundo y permanece en la memoria colectiva de los mapuche.

"La izquierda chilena -alimento ideológico de Allende- no recogió seriamente, salvo escasas excepciones, la problemática de las nacionalidades, tan importante para los europeos. En mi paso por la izquierda yo nunca oi hablar de Karl Klausky, Kart Renner, Otto Bauer, Ver Borojov, entre otros, a no ser para hablar de renegados, revisionistas y otras vainas o bien excomulgados. O dentro de la corriente leninista, nunca oí hablar de los escritos de Lenin sobre autodeterminación o la tesis de Stalin sobre la nación, aunque debo reconocer que las condiciones precarias de militar bajo tiempos de dictadura no ayudaban a desarrollar el intelecto precisamente. Por nuestros tiempos el profesor Samaniego de la Usach, también Carlos Ruiz entre otros, ha historiado la actitud ambivalente de la izquierda ante el tema de las nacionalidades bajo la óptica de la temática mapuche, y de paso nos ha informado que un inmigrante letón de izquierda, como lo fue el profesor Alejandro Lipschüzt, asesor de Allende en temas indígenas, como los relacionados a la Ley 17.729, ha sido uno de los pocos que se acercó a tratar el tema de los mapuche al estilo de las nacionalidades, a diferencia del tratamiento de la "cuestión indígena" en otros países latinoamericanos. "Allende no es el responsable final de encuentros o desencuentros entre chilenos -en este caso de izquierda- y mapuche, hay una culpabilidad colectiva que recae en la forma en que nos abordó la izquierda, en general como campesinos aliados del proletariado o fuerza motriz revolucionaria, y la forma en que nuestros líderes pensaban nuestra situación. Es decir, nuestra precariedad intelectual, político, reflexiva y propositiva que no fue más allá del etnicismo mezclado con el clasismo."

José Marimán Quemenado, fragmentos de "La izquierda chilena no podía ver a los mapuches como nación", entrevista realizada por Pedro Cayuqueo, Azkintuwe, 4 de julio de 2008, reproducida en Rebelión, www.rebelion.org.

Mi padre recorrió Arauco y Malleco

No hay duda: los beneficios resultantes de la Reforma Agraria fueron posibles, junto a otros factores, gracias a la lucha de los mapuches por su tierra. La idea de Reforma Agraria tenía ya una fuerte legitimación durante el gobierno de Jorge Alessandri (1958-1964) y fue entonces cuando se dictó en Chile la primera ley sobre el tema, tímida, acotada. En los años sesenta y comienzos de los setenta, la lucha mapuche alcanzó notable intensidad e influyó, sin duda, la nueva ley dictada en el gobierno de Frei Montalva y la aplicación que tanto ese gobierno como el siguiente, el de Salvador Allende, hicieron de sus instrumentos. Para expresarlo de otro modo: la Reforma

Agraria no fue un acto de justicia que simplemente llegó a los mapuches caído del cielo o impulsado por fuerzas socialcristianas y de izquierda marxista, fue resultado de la resistencia mapuche frente al despojo de sus tierras.

Uno de los grandes líderes de aquel tiempo fue Arturo Curín. "Mi papá era analfabeto", me dice uno de sus hijos, hoy dirigente mapuche que lucha por recuperar tierras desde la Alianza Territorial. "Tenía ocho hijos. Su gran inquietud era el destino de su comunidad. Ahora", agrega, "tenía convicción: pensaba que con sólo un puñado de luchadores podía ganar. Quería superar la miseria de nuestro pueblo, recuperar la tierra y la cosmovisión mapuche".

Curín puso su mirada en el amplio territorio de 5300 hectáreas que habían sido territorio ancestral del cacique Curif y que, en los años sesenta, estaban en manos de un austríaco. Allí nació posteriormente la famosa Cooperativa Lautaro de Lumaco.

"Mi padre recorrió Arauco y Malleco con su convocatoria a recuperar tierras", continúa el hijo de Arturo Curín. "En su comunidad, algunos comentaban reservadamente que a Curín se le había 'corrido la teja'. Un mapuche con chalas, decían, no va a derrotar a los patrones".

El proceso comenzó en 1958 y condujo a la primera toma, en torno a 1962, cerca de Piedra Santa. "La represión", continua el relato, "fue avasalladora. Mi padre tenía poca gente, pero eran incansables. Hacían una toma, iban presos, salían y hacían una nueva toma, y así, interminablemente. Fueron duramente perseguidos y una vez mi padre se salvó sólo porque lo ayudó el Chau Guenechen y un capitán de Carabineros que lo iba a agarrar se cayó a un barranco. Así, en 1964 se dictó la nueva ley de Reforma Agraria. Sin la lucha mapuche no hubiera habido ley. Con la ley se produjo una relación más estrecha entre los políticos y los mapuches que luchaban".

El hijo de Curin está pleno de memorias, de recuerdos y de admiración por su padre. "Sí", me dice, "mi padre comenzó a avanzar hacia Purén, hacia Traiguén. Se vinculó políticamente y se hizo militante del Partido Comunista y comenzó a participar en concentraciones y a hacer discursos y luego en las campañas de Allende. Una vez, en Santiago, unos winkas representantes del austríaco le pusieron por delante dos maletines llenos de plata. No tenemos nada en contra tuyo, le dijeron, y por eso te ofrecemos esta alternativa: ándate al extranjero con tu familia y con este dinero; si no, vas a morir miserablemente y nadie te va a agradecer". Por supuesto, Curín no aceptó.

"Tuvo sus ocho hijos con una winka, yo entre ellos", dice. Pero su mujer se aburrió de él y se fue. Su abuelo era cacique y él tenía que ser cacique. Puso nombre mapuche a todos sus hijos y dijo que se conformaba con que al menos uno siguiera sus pasos. "Dos lo hicimos, dos seguimos sus pasos".

Es un monólogo, yo estoy cautivado por la historia de un personaje cuyo nombre había oído mencionar en mis tiempos de joven allendista y que, ahora, recordada con orgullo uno de sus hijos. "En 1967", me dice, "fue la pelea más grande. Fue el combate por el fundo Ñancucheo. Finalmente, esa tierra fue recuperada. Al año siguiente Curín, cayó preso por dos años y medio, en un proceso por la muerte del oficial de Carabineros que comandaba a mil doscientos efectivos y que se desbarrancó. Salió libre en 1970. Sólo faltaba entonces la personalidad jurídica de la Cooperativa Lautaro de Lumaco. Quizá fue un error llamarla así, dice, y debió llamarse comunidad. En todo caso, en ese momento Lumaco estaba muy politizado y el Partido Comunista tenía mucha fuerza. Curín era muy querido, aunque delegaba poco, más bien nada. Nunca fue traicionado porque no dio oportunidad para que lo hicieran. Él quería manejarlo todo.

"En 1973 lo tomaron preso y lo hicieron pedazos. Lo torturaron y persiguieron a toda su familia. Durante el gobierno de la Unidad Popular, la derecha de Patria y Libertad había

reclutado jóvenes mapuche y puso en práctica la política de poner a mapuche contra mapuche.

"En un momento, los milicos decidieron botar a Curín al río, supuestamente muerto, para más tarde hacerlo pasar por ahogado. Pero el peñi era tan creyente, tan convencido de su cosmovisión, que sobrevivió. Volvió una vez más a organizar fuerza para luchar bajo la dictadura y logró vivir hasta alrededor de los sesenta años. Murió en 1993. ¿Cómo se salvó? Lo llevaba un camión militar cuando lo tiraron al río. Pararon cerca del cruce de Santa Clara. El teniente preguntó: ¿quién se anima? Y un milico mapuche dijo: yo, mi Teniente".

Hemos estado largo rato en una esquina del comedor del módulo que ocupan los presos políticos mapuche en la cárcel de Angol, el hijo de Curín hablándome, yo tomando notas. A unos metros, Llaitul y Huillical conversan. Huenuche trabaja sus artesanías. Llanquileo se acerca y nos ofrece un mate.

La mirada debería ser al sur

Sobre los encuentros y desencuentros entre los referentes de izquierda y las posiciones mapuche, se podría discutir bastante, tanto por lo que se refiere a los aspectos políticos e ideológicos, como sobre cuestiones de orden cultural y de valores. De propuestas y proyectos queda mucho por descubrir, porque en la práctica hay una idea instalada: la izquierda en Chile no ha sabido asumir una postura coherente en lo relativo al conflicto de nuestro pueblo nación y el Estado chileno.

Quisiera ejemplificar o granear mi experiencia a través de pequeñas historias que pueden ayudar a comprender la distancia que aún existe entre nosotros, los mapuche autonomistas y la izquierda chilena, especialmente en tiempos en que quienes se definen de izquierda, o revolucionarios, tratan de entender nuestras posiciones. Para hacerlo habría que partir por entender mínimamente cómo se van desarrollando nuestras ideas y prácticas de lucha, fundados en un cierto conocimiento de nuestra cultura y respetándola. Ahora, la mirada debería ser al sur, al Wallmapu.

Comienzo con Kiñe Piam: en cierta ocasión, hace más de diez años, me reuní en territorio mapuche con un alto dirigente del EGP-PL, un grupo del MIR. Hablamos de todo, siempre con cierta sintonía en los diagnósticos y análisis, compartiendo como conclusión posturas anticapitalistas antiimperialistas. De repente, se me ocurrió encaminar al grupo hasta los pies de un cerro. Les mostré el cerro, que estaba plantado de pinos y que de seguro pertenecía a una forestal y les pregunté qué haría el socialismo o un gobierno revolucionario con aquel cerro. Uno me contestó, inmediatamente y sin reflexión alguna, que no sería explotado para beneficio de unos pocos, que no sería objeto de la rapiña de las grandes corporaciones. Luego nos dio clases de economía política para argumentar en favor de la planificación socialista y el rol del Estado. Pensaba que estaba formulando una opción de fondo distinta a la capitalista. Habló de sustentabilidad, de los medios y modos de producción y de otros conceptos. Por mi parte, lo emplacé diciéndole que aquel cerro era un Tren Tren mapuche, era considerado sagrado y por eso estaba en proceso de recuperación. Me referí a su falta de respeto, porque nunca preguntó dónde estaba y qué significado tienen los espacios para nosotros, cuál era nuestra concepción de vida y de mundo.

Los conceptos de explotación, sustentabilidad, desarrollo son occidentales, no nos interpretan.

Porque aquel cerro no estaba concebido para la explotación, menos para la depredación, porque aquello implicaba un acto de genocidio para la vida mapuche. Bueno, el colonialismo ideológico nos desestructura, venga de donde venga. El hermano revolucionario se retiró algo molesto, la reunión terminó y nunca más lo hemos vuelto a ver.

Epu Piam: vinculado a lo que acabo de señalarle, recuerdo que un ex frentista me reprochó en una conversación diciendo que los mapuche autonomistas debíamos ceder ante una propuesta de reivindicación amplia que teníamos y que debíamos considerar una suerte de alianza etnia-clase. Según me dijo, esta relación es la que se impone en ciertas zonas, en donde los hechos y las estadísticas insinúan una mayor presencia de winka. Fue entonces que entramos en una discusión sin llegar a ningún acuerdo. Discutimos sobre la realidad y parecíamos coincidir; cuando desarrollamos visiones históricas, empezamos a distanciarnos y qué decir de los aspectos culturales. Lo emplacé a justificar el despojo y las consecuentes transformaciones que implicaban deterioro y miseria para las comunidades, por no decir derechamente secuelas de un genocidio encubierto. Que nuestro pueblo fuera masacrado por la guerra, las enfermedades, los desplazamientos, el reduccionismo y la pobreza ha impedido hasta hoy cubrir lo que fue en el pasado: un territorio, una sociedad, una memoria que construyó historia, identidad, conocimientos, valores, cultura. Pero para mi ex amigo y camarada ya no importaba, porque había que ser realista y pragmático. La intolerancia no es sólo fruto del desconocimiento.

Küla Piam: un día visité a un amigo comunista, ex miembro del Frente Patriótico, en Valparaíso. Mientras llovía fuertemente y tratábamos de sortear los charcos, buscábamos negocio de barrio para comprar. Él me conversaba sobre su admiración por la lucha mapuche y su aprecio por mi persona, hasta que en una esquina fuimos mojados por un auto que pasó velozmente. A mi amigo le salió de adentro: "¡Indio conchetumadre!", gritó mientras trataba de secarse el agua. Me quedé callado mientras él, bastante cortado, justificaba su enojo. Finalmente le dije: si te escuchó, lo jodiste medio a medio. Sí, me contestó, pocas veces le saco la madre a alguien. No, le repliqué, lo digo por lo de indio, que es la peor forma de insultar en este país. El racismo está incubado hace mucho entre los winka.

Meli Piam: tiempo atrás, mientras compartía experiencias con el movimiento bolivariano, me correspondió exponer sobre nuestro proyecto autonomista. Al llegar al punto referido a las consecuencias del colonialismo ideológico, característico del proceso independentista en América Latina, mencioné la desestructuración sufrida por los pueblos originarios andinos producto de la acción emancipadora de los "libertadores" Bolívar y Rodríguez, que encabezaron transformaciones que a la larga permitieron la expoliación territorial y sociocultural de éstos pueblos. Argumenté con antecedentes históricos y revisé las razones económicas y políticas, en particular el hecho que para consolidar la independencia debía hacerse un ajuste económico real, que solo era posible con la ocupación de los territorios indígenas. Claro, al correr el velo sobre esta experiencia e involucrar al proyecto bolivariano y la mirada histórica particular que este tiene, causé mucha molestia, entonces señalé que tal postura la fundaba

en los antecedentes de un texto de James Petras (un winka). Sólo así se resolvió el impasse. Es decir, no es la verdad de los hechos lo que importa, sino cómo estos hechos se presentan y por quiénes.

Si la izquierda levanta a Bolívar y Miranda, tienen todo el derecho. Pero que lo haga por sobre Leftraru, Weikapuro, Rumiñahue o Tupak Katari y otras tantas figuras indianas, demuestra claramente su limitación ideológica y política: persisten en la idea de que la historia parte con la conquista, sin reconocer y menos comprender el pasado de todos nuestros pueblos originarios.

Chile ha sido gobernado por dos derechas

Me parece indiscutible: durante los gobiernos de la Concertación, los partidos de centro derecha fueron los más fuertes, incluso en el gobierno de Bachelet, que quiso mostrar una supuesta sensibilidad social como emblema. Efectivamente, estaba más cerca de un programa socialdemócrata, pero en la práctica terminó gestionando un sistema económico y político neoliberal, a través de pactos con la derecha. Con Bachelet, la estrategia económica siguió siendo la misma, basada en la industria extractiva y en la sobreexplotación de los recursos naturales, todo orientado a la exportación, promovida mediante los acuerdos de libre comercio.

Por eso siempre hemos sostenido que ese gobierno expresaba simplemente la continuidad de los anteriores. Pienso que, ni siquiera en el plano social, se registraron grandes avances para la sociedad en general, a pesar de ciertas políticas asistenciales en las que la Presidenta puso énfasis. El gobierno de Bachelet mantuvo las mismas bases de funcionamiento que había tenido el de Lagos y, antes, los de los presidentes democratacristianos.

Compartimos aquello que se ha dicho y repetido: durante la transición a la democracia, Chile ha sido gobernado por dos derechas, la derecha propiamente tal y la derecha concertacionista.

Fue en este contexto político-económico que se vitalizó nuestra lucha, a través, como lo hemos conversado, del impulso que tuvieron los procesos de recuperación de tierras usurpadas que desarrollaron las comunidades y que estaban en manos de grandes grupos económicos. ¿Cuál es el conflicto principal? Por supuesto el que tenemos con las empresas forestales. Son nuestros enemigos principales, pero también chocamos con otros intereses transnacionales, en los sectores energético, minero, portuario, de obras viales y aeropuertos. Estos procesos son los que sostienen verdaderamente al modelo neoliberal que arrasa al Wallmapu a través de las transnacionales. Los colonos y latifundistas no han sido lo central en nuestras preocupaciones, ya que se trata de una realidad muy diferenciada y en decadencia.

Nuestra lucha es de resistencia y liberación

El gobierno de Bachelet no generó ningún cambio en el marco general en que situamos nuestra lucha. Como sus antecesores, afinó una estrategia de contención de la lucha mapuche, para salvaguardar el modelo económico

depredador en el territorio ancestral. Por una parte, dio continuidad a la política asistencialista y paternalista referida a programas y proyectos para las comunidades, con la esperanza de silenciarlas y, de paso, cooptar a los sectores más débiles. Se establecieron varias formas de cooptación: la económica y la política. Todos sabemos que estas fórmulas admiten la participación solo de las organizaciones que acepten la actual institucionalidad indígena.

En los hechos, una parte del movimiento mapuche fue aceptando este juego. Por un lado, esta política ha buscado a través de la CONADI una postura más proclive a una salida definida dentro del marco de la dominación. Otras organizaciones, que no validaban una relación con la CONADI y querían entenderse con una instancia mayor del Estado, también fueron atraídas. Hay comunidades que se movilizaron y luego aceptaron el marco institucional establecido, lideradas algunas por dirigentes socialistas o del PPD. En ese marco, estos sectores plantean el reconocimiento de ciertos derechos. Si los mapuche se sujetan a la moldura de la dominación y son dependientes de las instancias de gobierno, del Estado, nunca van a poder romper con esos lazos de dependencia y serán definitivamente funcionales al sistema político económico imperante. Lo primero que debemos dejar en claro es que nuestra lucha es de resistencia y de liberación, que está desvinculada ideológicamente de otras expresiones emancipadoras que nos subsumen en la idea de la lucha de clases o nos conciben como apéndices de movimientos campesinos. Apuntamos al logro de la autonomía, una que no es compatible con las estructuras de dominación capitalista y que obliga a la refundación del Estado. Esta es la clave. Somos un pueblo colonizado, expoliado territorialmente, obligado a sobrevivir bajo políticas de integración forzada. En este contexto, se aplican políticas indigenistas diseñadas para que nuestra gente deje de ser indígena, al menos en un sentido de pertenencia a una nación originaria y se incorporen a los cinturones de pobreza y miseria que el sistema ha generado en las grandes ciudades. Por eso, la postura que propone entrar al juego del actual Estado nos parece inconsistente, la considero inconducente desde el punto de vista mapuche. Pero no todo ha sido zanahoria: el método del garrote se nos aplicó, principalmente, a nosotros, los que no quisimos ni queremos jugar esa partida. Para nosotros, como usted sabe, la represión ha sido sin tregua. Creo necesario mencionar también las formas de represión más encubiertas, que se estrenaron en los gobiernos de la Concertación, formuladas en acuerdo con los empresarios afectados por nuestra lucha. ¿Cuáles? Bien, se procede a estudiar las zonas de inversión más sensibles y se elaboran propuestas con fuerte propaganda mediática, se hace capacitación y se celebran acuerdos de "buena vecindad", como una exigencia de los organismos internacionales, como por ejemplo el Banco Interamericano del Desarrollo (BID), que provee financiamiento.

Se trata de construir circuitos de seguridad en torno a ciertas propiedades forestales principales, circuitos que abarcan una multiplicidad de áreas, en lo político y social, en la esfera de inteligencia y en la acción policial. En este marco, se fomentó y se sigue fomentando la creación de comités de vigilancia rurales, organismos de carácter legal, que conforman parceleros, generalmente racistas, que premunidos de armas y con logística adecuada, se convierten en "guardias blancas".

Este procedimiento sirve de coartada para permeabilizar la aparición de otros grupos de choque antimapuche, que actúan en la ilegalidad y bajo un manto de impunidad, como es el caso del Comando Trizano.

"En efecto, el Presidente, al referirse al tema cultural afirma de manera enfática que Chile, además de ser una sociedad más democrática, es hoy "más pluralista, más diversa, más tolerante", luego afirma, de manera igualmente tajante, que "hoy tenemos una nueva relación con nuestros pueblos originarios", dando cuenta de la entrega durante su mandato de 150 mil becas indígenas y del traspaso en el mismo período de 260 mil hectáreas de tierra al patrimonio indígena.

"Paradojalmente, una semana después del mensaje presidencial, Amnistía Internacional identificaba en su Informe sobre derechos humanos 2005 las "violaciones de derechos humanos que afectaron particularmente a la comunidad mapuche" como uno de los problemas que en esta materia existe en el país, lamentablemente, no se trata de una opinión aislada como el Presidente Lagos bien sabe.

"Llama la atención que en su último mensaje el Presidente Lagos no haya hecho referencia a los conflictos que su gobierno ha tenido con los pueblos indígenas. Llama aún más la atención que no haya hecho mención alguna a la Comisión de Verdad Histórica y Nuevo Trato, la que constituyó el esfuerzo más serio realizado durante su mandato para abordar, desde una mirada intercultural, los problemas que han obstaculizado la construcción de una sociedad tolerante y respetuosa de la diversidad étnica y cultural del país.

"Ello sólo puede encontrar explicación en un hecho que posiblemente los lectores desconozcan: que el Presidente Lagos tuvo serias dificultades para asumir las propuestas políticas, jurídicas y económicas formuladas en el informe de la Comisión de Verdad Histórica y Nuevo Trato, las que apuntaban a la introducción de reformas profundas para hacer realidad la tolerancia, la diversidad cultural y los derechos de los pueblos indígenas en el país."

Fragmentos de la columna "Mensaje Presidencial del 21 de Mayo. Lo que Lagos no señaló", por José Aylwin, www.azkintuwe.cl, junio de 2005.

No hay que olvidar que fueron la oligarquía chilena, los militares y los colonos los que cimentaron una estructura de dominación en la Araucanía basada en el despojo. Son los mismos que, hasta hoy, sustentan una doctrina de ocupación que se manifiesta en la cultura del latifundio, conservadora e ideológicamente ligada a los intereses de los poderosos en la zona.

Esta característica atraviesa todos los ámbitos del quehacer administrativo y político desde entonces. Es una situación que no ha variado en sus formas y, por eso, la Araucanía aún es considerada un bastión de la derecha en su versión más recalcitrante.

En un momento histórico, cuando la confrontación alcanza un cierto grado, se agudizan contradicciones y emergen como actores los sectores oprimidos, los sectores dominantes se organizan para defender sus intereses. En Chile, la mayor demostración durante el siglo veinte, fue la instalación de la dictadura militar. Pero también ocurre ahora, en menor medida, naturalmente. En los últimos años, a raíz de la revitalización de la lucha mapuche, la derecha se ha reagrupado. Es evidente que sectores muy poderosos, como los empresarios forestales, se han reacomodado y exhiben una nueva gran capacidad política.

Los agricultores, más bien los latifundistas, han hecho esfuerzos por readecuar sus fuerzas al margen de la legalidad, aliándose y subordinándose a la línea empresarial. Hubo, en el pasado, agentes de seguridad del régimen dictatorial que operaron a favor de los intereses de las forestales y de los latifundistas Hoy en día, se hace abiertamente, sin necesidad de conspirar; lo hacen en un marco político y social que se los permite. En algún momento de los últimos años se activó un llamado "Comando Hernán Trizano". Era una manifestación de lo que le acabo de señalar. Se veía venir. Este comando es, por decirlo así, el brazo militar operativo de la derecha en esta zona y contó, desde sus inicios, con el amparo de sectores de Renovación Nacional y de la UDI. Este tipo de comandos son los verdaderos promotores del terror, porque orientan sus acciones a generar miedo en las masas oprimidas, en nuestras familias, en las comunidades.

Sin embargo, ellos también están frente a una gran contradicción, pues hoy día la derecha defiende los intereses de los más ricos, en un proceso en que la concentración económica en Chile es creciente. Porque no son los pequeños y medianos empresarios los que se consolidan, sino los grandes empresarios, ¿no? El modelo neoliberal genera el monopolio y el oligopolio, que ya opera a ultranza en Chile y sólo beneficia a unos pocos, en desmedro de las mayorías. Un caso coyuntural, que grafica claramente esta situación, es lo ocurrido también con la pequeña agricultura, gravemente afectada por los derechos de aguas concentrados por las empresas multinacionales, como Endesa. Es debido al conflicto entre el Estado Nación chileno y nuestro Pueblo Nación que esta parte del territorio, denominado por los chilenos como Araucanía, pasa a ser el espacio físico y geográfico para la imposición de un plan llamado precisamente Plan Araucanía, cuyo origen se gesta en plena campaña de la derecha para hacer frente al movimiento social y político mapuche que demanda territorio y autonomía.

La implementación de este plan en cierta área del Wallmapu, es obra de este gobierno de derecha y se basa en las condiciones sociopolíticas y económicas anteriormente descritas. Parte del concepto de que la Nación chilena es única e indivisible, queriendo frenar así las aspiraciones de autodeterminación mapuche. Establecer que existe "una sola nación chilena", impone, nuevamente por la fuerza, las políticas de integración que conducen al exterminio de las

comunidades. Por lo mismo, el objetivo central del plan es "cuidar y promover la cultura e identidad indígena y hacer realidad el acceso de los pueblos originarios a las mismas oportunidades y seguridades que el resto de la población". Y agrega, "el Estado debe terminar con las compras de tierra, las que sólo han generado violencia en la región". La situación es clara.

Sin embargo, la característica fundamental de este plan es reforzar el modelo de desarrollo capitalista en la región, por medio de la activación de las áreas económicas productivas ya instaladas, las que incluirían a los mapuche en la agricultura, el turismo, las forestales, los biocombustibles, estableciéndose para tal efecto una serie de programas y proyectos que promuevan inversiones (a las que llaman emprendimientos) para que las comunidades se involucren.

En definitiva, la actual administración idea e implementa un plan para afrontar el denominado conflicto mapuche, con base en una mirada estratégica, considerando las dimensiones que pudiera tener una confrontación mayor entre el Estado y nuestro pueblo. Es por esta razón que el plan contempla una serie indeterminada de soluciones a los reclamos e inquietudes de los mapuche en el marco de programas y proyectos u otras innovaciones que deberían cautivar a los emprendedores. Hay para lo que pidan, siempre y cuando sea en el marco de la imposición del modelo neoliberal, de la transnacionalización de los territorios.

Por último, hay que decir que la inspiración, la idea y la materialización del Plan Araucanía es eminentemente contrainsurgente, ya que sus iniciativas sociopolíticas y económicas van en paralelo con las medidas represivas y las definiciones que consideran a los mapuche como el "enemigo interno del Estado chileno". De hecho, las políticas de seguridad tendientes a reprimir y perseguir las expresiones de organización y lucha, serán reforzadas con mayores recursos y disposiciones legales y políticas. De ahí las "cumbres de seguridad" que se implementan cada vez que se agudiza el conflicto.

Los mapuche no somos una clase social

Siempre que se habla de la posición de los mapuche, se hace en referencia a la postura de derecha o izquierda y, en el último tiempo, esta mirada está condicionada por el comportamiento que han tenido las diversas organizaciones mapuche. Usted sabe: algunas han mantenido ciertas alianzas con partidos políticos. En este sentido, la izquierda cree tener condiciones de preferencia, porque la realidad de nuestro pueblo oprimido nos acerca a los demás pobres de Chile. Entonces, se esboza una suerte de relación o alianza etnia-clase, que persiste en subordinar lo mapuche a una determinada clase. A estas alturas, este planteamiento es considerado por nosotros como otro signo de colonialismo etnocida. Es absolutamente claro que los mapuche no deberíamos ser de derecha ni estar con la derecha, menos en las actuales condiciones en que el sistema neoliberal pretende aniquilarnos. Pero no por eso manifestamos simpatías o cercanías con la izquierda, pues con ésta tenemos diferencias en el plano ideológico y en lo cultural. No hay que olvidar que poseemos un pensamiento cosmovisionario ancestral. En este sentido, lo mínimo que podemos decir es que los mapuche no somos una clase social, no somos proletarios, ni campesinos empobrecidos, como nos categoriza la visión marxista. Por tanto, nuestra conciencia revolucionaria se contrapone a la de la izquierda, porque si ésta se impusiera, desapareceríamos ideológicamente.

Nos diferenciamos de la izquierda por diversas aristas teóricas generales. Mencionaría, en primer lugar, que en el ámbito de la elaboración científica, en la izquierda existe una perspectiva objetivista que todo lo reduce a una visión economicista y así se menosprecia el papel y el peso de lo subjetivo. Esto, particularmente en lo relativo a los sujetos sociales diferenciados, como es el caso de un pueblo originario.

Segundo, el punto de vista clásico de la izquierda se funda en el predominio casi absoluto de una perspectiva proletaria, que supone que el sujeto social protagónico en los procesos históricos es la clase obrera. En nuestro caso, esta perspectiva excluye el protagonismo de los pueblos originarios. Con este enfoque reduccionista, se coarta nuestro desarrollo como sujeto social y político, como el de otras etnias y nacionalidades. Éstas, no cabe duda, están conectadas con estructuras clasistas, pero tienen identidad diferenciada y, por ende, demandas propias.

Un tercer aspecto a mencionar, es el desprecio al papel sociopolítico de la cultura, negando el carácter esencialmente político de ésta, entendiéndola por nuestra parte como un elemento de vital importancia para desarrollar prácticas políticas, porque es a través de la cultura que se puede generar consenso para desarrollar un pensamiento político. Finalmente, con la visión marxista, se impone solo la cultura popular, la que se contrapone a las clases dominantes. De este modo, se excluyen expresiones que no correspondan a esa única óptica.

No intento solamente criticar, sino salir al paso de los reduccionismos y limitaciones que coartan la comprensión de nuestro movimiento social y político mapuche. Es una crítica que no solo atañe a la visión marxista, sino a todos aquellos paradigmas que derivan en enfoques de tipo occidental, que apuntalan también a la integración y/o asimilación.

Ahora bien, es importante reconocer que en los últimos decenios, ha habido intelectuales que señalan que Marx dio importancia a lo subjetivo y desarrollan sus trabajos en tal sentido. Por ahí puede haber un avance. Lo que nosotros tratamos, en el fondo, es de dar evidencia de una superación de las perspectivas de tipo occidental y reafirmar los fundamentos socioculturales propios, que posibiliten también la transformación social. Se trata, también, de un gran desafío para nuestros intelectuales mapuche más comprometidos.

"Entonces, los indianistas y los kataristas sólo podemos pensar en el verdadero cambio, debemos pensar que podría haber cambio, cambiar todo el sistema. Pero ahora, con este gobierno, no sucede tal cosa, no hay tal cosa. Y muchos se preguntan ¿será posible un verdadero cambio?, ¿podría volver a funcionar, por ejemplo, el indianismo de Tupak Katari? Claro que sí, sí hay futuro. Nosotros en la historia somos sólo pasajeros. Pero ahí están también los jóvenes.

"Pero tampoco nosotros estamos durmiendo, tampoco estamos ahí masticando coca, como los viejos. No.

"Estamos preparando escuela política ideológica, porque es una necesidad porque la pacha misma nos obliga que algún día nosotros, los pobres, tenemos que autogobernarnos. Eso es lo que se quiere." Fragmentos de Felipe Quispe Huanca, "Verdadero cambio sólo en el sendero de Tupac Katari", en "Historia, Coyuntura y Descolonización. Katarismo e Indianismo en el proceso político del MAS en Bolivia", Fondo Editorial Pukará, Edición electrónica 2010, La Paz, Bolivia.

Quispe, en Bolivia, ha recuperado lo indígena

Como le he dicho, hubo un momento en mi vida en que me "desfrenté" y al mismo tiempo me "mapuchicé". Hay un salto cualitativo, desde mi perspectiva. Trataré de explicarme.

Créame: en la lucha que hemos desarrollado con la CAM, no he aplicado nada específico que haya aprendido en el Frente Patriótico, no porque éste no fuera una buena escuela. Lo que hice, desde la realidad mapuche, fue recoger formas ancestrales de lucha y me subordiné a esa experiencia.

Le cuento: una vez en una acción, un chem, enmarcado en una recuperación de tierras, mis hermanos hicieron una pausa para hacer una rogativa, un llellipun. Naturalmente, me plegué y me arrodillé junto a ellos. A pesar de que esto pudiera considerarse como una falla en la seguridad, es la norma entre los mapuche encomendarse a Chau Ngenechen y a los pu longko, nuestros antepasados, sobre todo porque así se rigen los pasos del weychafe. Es el kiñe rüpü, el camino, la determinación. Así, he optado por practicar mi cultura en todas las actividades políticas que desarrollo. A su vez, no he abandonado el hacer análisis y no tengo por qué hacerlo. El punto es que lo aplico para el fortalecimiento de una mayor comprensión de las comunidades y desde las comunidades.

Las famosas "corridas de cerco" que en los años sesenta y durante el gobierno de la Unidad Popular promovió el MIR, no tienen relación con lo que hacemos hoy. No desmerezco esta experiencia, pero no la reivindico para reproducirla.

Otras experiencias, mucho más extremas, por supuesto, como la de Sendero Luminoso en el Perú, intentaron prácticamente lavar el cerebro a los indígenas. Los tuvieron cantando himnos pro chinos de izquierda, en un caso donde se combina lo maoísta y lo indiano. Es a lo que puede llegar el colonialismo ideológico, venga de donde venga, ¿no es así?

Ahora bien, para una mejor comprensión del tema, debemos señalar que el movimiento indígena tiene una larga data, particularmente en varios países de la región, como México, Guatemala, Ecuador y Bolivia, desde los inicios mismos del régimen colonial. Ha pasado por diversos ciclos y experiencias.

A partir de los años 60, se dio un fuerte fenómeno de luchas sociales y políticas en el continente que tuvo su matriz en el marxismo. Lucha legal y pacífica, lucha armada, todas las formas de lucha, pero todas en el marco de propuestas que se supeditaban a un proyecto de país o de Estado. Esta limitación para el desarrollo de una definición, que profundizara en la diferenciación, provocó un nuevo debilitamiento de la cohesión étnica y, en cierta forma, el abandono de las reivindicaciones más de fondo, que son territorialidad y autonomía. Sin embargo, ésta fue una oportunidad para crear frentes comunes y lograr así sus propósitos en el plano nacional, lo que a su vez permitiría el fortalecimiento de su conciencia étnica, a la larga.

Posteriormente, el movimiento indígena se propone un distanciamiento o, derechamente, hacer frente a las políticas de la dominación, como también a las

propuestas que surgían desde la izquierda y que pretendían estrategias de liberación en común. Se trató de una fuerte reacción a la política integracionista y al indigenismo, que hallaban cobertura en el discurso de la "unidad nacional" y en un proyecto de homogeneidad sociocultural. La misma reacción correspondió también al proyecto de "proletarización" esgrimido por la izquierda, como destino inevitable para los indígenas. Para mí, el mejor ejemplo de recuperación de lo indiano, que sale al paso al indigenismo en el continente, ha sido la tarea realizada por Felipe Quispe, en Bolivia. Su pensamiento indiano descoloniza y se funda en el concepto del "ayllu". Quispe es un aymara pobre que viene de una comunidad, luego se hace obrero y dirigente sindical y, más tarde, llega a ser un revolucionario indiano y uno de los primeros en reivindicar la reconstrucción de la nación aymara.

Yo, como Quispe, soy indianista. También en la izquierda boliviana el tema indígena fue incorporado con fuerza por Gutiérrez, una socióloga, ex pareja de García Linera, el actual Vicepresidente de Bolivia. En los años ochenta, creó un referente político, el katarismo, construido en torno a la figura histórica de Tupac Katari, que puso sitio a La Paz por cerca de un año, a fines del siglo dieciocho, ya al final de la dominación española. Más tarde Quispe, Gutiérrez y García Linera, entre otros, generaron una organización guerrillera indígena en la que convergieron las ideas matrices de izquierda, con la cosmovisión aymara. Antes, García Linera y Quispe se conocieron en las minas. Fueron los fundadores del Ejército Guerrillero Tupac Katari. En el último tiempo, estas figuras están separadas y Quispe sigue profundizando en el movimiento nacionalitario indiano para los distintos pueblos del Abya Yala. En cambio, el MAS boliviano, el Movimiento al Socialismo, partido de Evo Morales, es centralista y verticalista. Morales representó otro eje, más del tipo occidental, basado en el mundo de los cocaleros y del movimiento que lucha por el agua. El MAS, como partido de orientación socialista, resolvió uniformar a todos sus miembros, incluyendo a su población indígena, mientras que Quispe ponía en cuestión tanta uniformidad y les pedía a los indígenas que reivindicaran sus colores, sus símbolos, sus ideologías. Quispe se opone a Evo y postula romper con la concepción del Estado boliviano y reconstruir las identidades originarias con base en una propuesta de reconstrucción nacional. Nuestra propuesta, también.

"Afirmamos que no se puede plantear la identidad, y el sentimiento nacionalitario plasmado, solo en propuestas intelectuales, simbólicas y teóricas, si no contamos con una base material y objetiva que es el territorio.

Tampoco estamos hablado de una demanda economicista como se planteó décadas atrás, cuando en América latina los movimientos revolucionarios y de izquierda incluyeron a los pueblos originarios como campesinos sin tierra, dentro de sus procesos de lucha reconociendo sólo su ambición económica para entender sus demandas. Contrario a ellos los procesos actuales desarrollados por nuestros pueblos se alejan de las conceptualizaciones occidentales.

"Es por esta razón que la izquierda debe superar sus propias barreras auto impuestas que insisten sólo en valorar el potencial disruptivo de los movimientos indios, de la ideología indianista, y no de los valores culturales que en ellos están presentes para la construcción de sociedades más justas y libres. "El avance y características de estos procesos que llevan adelante los pueblos originarios no son uniformes, sino que dependen de los contextos económicos y políticos específicos, es decir, de los distintos niveles de confrontación con los intereses de los estados capitalistas en cada una de las regiones de este continente".

Héctor Llaitul Carrillanca, fragmentos de "Lucha mapuche: Una continuidad centenaria", Le Monde Diplomatique, edición chilena, mayo de 2010.

No nos sentimos solos

Somos pueblo mapuche, independiente, con su propia cultura y su propio desenvolvimiento. Y no nos sentimos solos. La lucha traspasa crecientemente las fronteras y nos hemos ido posicionando en el concierto internacional. Nosotros hemos dialogado también con hermanos de otros países. Lo hemos hecho con sinceridad.

En un encuentro, dije a unos hermanos bolivarianos que los pueblos originarios estábamos muy distantes de su postura, porque fueron los procesos de independencia de la corona española los que culminaron la ocupación y despojo de los pueblos originarios. Ningún país de América escapó a esa constante, independientemente de quiénes hayan encabezado dichos procesos. Todos se fundaron en una supuesta supremacía ideológica de quienes pasaron a constituir las nuevas repúblicas. No se contempló a los pueblos originarios. Por ejemplo, Bolivia tenía otro nombre, se borró esa denominación indígena. En el Alto Perú se impusieron fronteras que no respetaron a naciones originarias. Además, el proyecto independentista implicó desmantelamiento del sistema comunitario ancestral o, a lo menos, no lo reconoció. Se impuso el idioma castellano como idioma oficial en circunstancias que las lenguas mayoritarias eran el aymara y el quechua. Y se implantó un sistema de producción distinto, que avasalló en gran medida el sistema propio de los pueblos originarios. Sentimos respeto por la idea bolivariana, pero anteponemos a ella nuestra historia y nuestra realidad. El sello que he señalado ha permanecido por mucho tiempo. De hecho, en un comienzo, Chávez debió enfrentar denuncias por represión a pueblos originarios en la frontera con Colombia, se dio cuenta que eran efectivas y se propuso posteriormente resarcir el daño. Lo mismo ocurrió en la Amazonia, donde se ha desarrollado una política más amplia y no hay ahora represión, al menos durante los actuales gobiernos; los indígenas tienen ciertos derechos reconocidos y ejercen su representación. Siguen peleando, pero con los instrumentos de la política. En Ecuador y Bolivia, que observamos con atención, ocurre otro tanto. Allí las fuerzas indígenas son dispares y sus diferencias generan debates y experiencias.

Por mucho tiempo, en América Latina se impuso el alineamiento con visiones que vienen desde fuera. Ya José Carlos Mariátegui advertía: ni calco, ni copia, sino creación heroica. Alinearse es algo que le sucede a la izquierda todavía, por eso nosotros mostramos cierto recelo, incluso frente a aquellas experiencias más dignas, como las que plantean la sublevación o la rebelión, sobretodo de aquellas que se plantean en territorios con fuerte presencia indígena. Del bagaje y pensamiento de izquierda damos

más atención y provocan mucho más nuestro interés los aportes teóricos de Mariátegui en Perú o los de Lipschüzt en Chile.

De acuerdo a lo dicho y considerando las actuales circunstancias, no podemos aún converger con las expresiones políticas a las que me refiero, pero sí nos sentimos unidos e identificados con los pueblos y nacionalidades originarias y con movimientos que luchan por la liberación del ser humano con una perspectiva propia. Esa es una lucha con la que converge la causa mapuche. Entonces, no tenemos con la izquierda latinoamericana las vinculaciones que dicen algunos fiscales, pero no negamos nuestra cercanía ideológica y moral con la lucha de los pueblos hermanos, como la Nación Aymara, Quechua, Wayu, los pueblos originarios de Chiapas, los palestinos, vascos, catalanes y kurdos, entre otros.

Un área importante, donde quisiera subrayar la diferencia con la izquierda, es la de la noción de militancia. La idea del militante que elabora el movimiento mapuche autónomo se aparta de aquella construida por la izquierda clásica. Nosotros, como mapuche, no somos ni clase ni sector, sino un pueblo oprimido que tiene la comunidad como referencia. Nuestra gente hace militancia de base, donde el componente cultural es lo fundamental. Allí está el emparentamiento que fortalece el compromiso; entonces, la identidad cobra mucha fuerza. Construimos política desde la comunidad. Es una postura que tratamos de socializar, porque puede ser útil para todo el movimiento social y político. En el pasado, los agrupamientos revolucionarios se ordenaban en función de ideologías externas: o se era pro chino o pro soviético o pro cubano, en fin. Cuando Cuba modificó su política, por ejemplo, este cambio indujo a su vez cambios en los referentes de El Salvador, Guatemala y otros países. Se hicieron giros sin consultar a las bases. Participaba sólo la dirección, porque se promovía una militancia que no provenía o no estaba ligada a la base; los dirigentes eran externos a la base, militantes clásicos. Eso quedó demostrado en los distintos procesos de desmovilización que se dieron posteriormente: la dirigencia pactó y las bases, muchas con ascendiente indígena, siguieron luchando. Recuerdo que hace unos quince años atrás, tuvimos la oportunidad de conversar con gente que aún formaba parte de uno de los sectores del MIR, el EGP-PL, y nos dijeron: "estuvimos en la lucha con las comunidades, pero nos sacaron; ahora queremos volver". Y vo les dije: ustedes no son de las comunidades, ¿cómo los podemos hacer volver? Nosotros, en cambio, construimos desde las comunidades, no desde fuera. Esa es nuestra propuesta. Esa es nuestra visión.

Otro episodio ocurrió una de las veces que caí preso por participar en una recuperación de tierras. Entonces, fue a verme un compañero con quien habíamos compartido en el Frente Patriótico y me dijo a modo de reproche: fuiste a la Universidad, tuviste formación académica y ¡caíste tirando piedras...! Estoy orgulloso, le dije, porque caí con mis hermanos y en la lucha de mi pueblo. Hay claramente un choque de concepciones.

"A la vuelta del milenio surge nuevamente la preocupación de las ciencias sociales por reconstruir una visión de América Latina. Lo que comenzó hace dos siglos con una búsqueda ansiosa de las nuevas élites criollas latinoamericanas de su identidad nacional, pasó por diversas etapas: la integración nacional, el proceso de mestizaje, el indigenismo de Estado, el desarrollo modernizador, la democratización, la ciudadanía neoliberal.

"A principios del siglo veintiuno aparece el indianismo como ideología de resistencia, a la par que surge el multiculturalismo

emancipador que plantea una nueva sociedad multinacional. Las disciplinas sociales académicas han estado un poco al margen de estos procesos, sus paradigmas se han quedado, por lo general, en la etapa del desarrollismo y de la democratización. La sociedad civil, al verse liberada del ambiente represor del autoritarismo político, logró enriquecerse con los movimientos sociales de derechos humanos y las luchas de los pueblos indígenas por su emancipación y empoderamiento. La praxis del cambio influyó a su vez en algunas tendencias de las ciencias sociales, como antes lo habían hecho en su momento, el movimiento obrero, los estudiantes, los habitantes urbanos, los campesinos sin tierra y las mujeres feministas. Como ha sucedido anteriormente en América Latina, algunos científicos sociales han saltado la barrera de la academia a la acción política y social. En el movimiento indígena han surgido los intelectuales indígenas, reconocidos cada vez más como líderes sociales y como pensadores y orientadores de nuevas ideas y visiones para la acción política y la práctica social en los campos de la educación y capacitación, la comunicación social, el desarrollo comunitario, la contienda electoral, el cabildeo político y diplomático, el diseño, el manejo y la evaluación de proyectos."

Rodolfo, Stavenhagen, "Repensar América Latina desde la subalternidad: el desafío de Abya Yala", en "Los pueblos originarios: el debate necesario", Ediciones CLACSO-Instituto de Estudios y Formación de la CTA, Buenos Aires, 2010, p. 130.

7. El horizonte de una lucha centenaria

Dos ejes fundamentales

Hacia el año 1999, la CAM se había transformado en un actor protagónico en lo que se ha llamado el Conflicto Mapuche, básicamente por desarrollar una nueva forma de hacer política, lo que se hizo necesario plasmar en un documento en el cual se definiera la línea estratégica y un programa de lucha.

El año 2000, se reunió un grupo de dirigentes y fundadores de la CAM quienes elaboraron el Planteamiento Político – Estratégico (PPE) de la Coordinadora de Comunidades en Conflicto Arauco-Malleco (CA.M.), dentro de cual se encontraba el Proyecto Estratégico, el que en un principio circuló internamente y posteriormente se hizo publico a través de la página Weftun.

Al realizar un diagnóstico histórico en los aspectos económico, social, político y cultural de nuestra realidad, se concluyó que el Pueblo Mapuche estaba en un proceso de exterminio, cuyo principal responsable era el sistema capitalista y la

oligarquía nacional y transnacional. De esta forma, la resistencia mapuche, para la CAM, asumía un carácter anticapitalista. Pero nuestra concepción ancestral, nos obligó también a definir nuestra lucha con un carácter nacionalitario, en tanto nos definimos como un pueblo ocupado y oprimido por el Estado chileno.

La CAM concluyó que el pueblo mapuche fue ocupado militarmente y colonizado por el Estado chileno durante la ocupación de la Araucanía, con el objeto de expandir el capitalismo hacia el territorio mapuche, incorporando éste al naciente mercado.

En resumen, el PPE de la CAM se basó en dos ejes fundamentales: la Resistencia a las inversiones capitalistas en el territorio ancestral mapuche y la Reconstrucción como Pueblo-Nación Mapuche, dentro de los cuales el concepto de Control Territorial es la expresión real y concreta a través de la cual se expresan y se desarrollan ambos ejes.

Un Proyecto Estratégico

Cuando afirmamos que el pensamiento ideológico que se reconstruye tiene como base nuestra cosmovisión, nuestra cultura y religiosidad, estamos haciendo definiciones en el sentido de reafirmar nuestra condición de mapuche y de Pueblo Nación; definiciones que nos hacen contraponernos a un sistema que no es nuestro, que nos oprime y que, más aún, nos condena al exterminio. Por lo anterior, es que nos definimos anticapitalistas, porque este sistema centra su acción en la apropiación de la riqueza en manos de unos pocos, en desmedro de las mayorías, porque se explota a los hombres y mujeres y se les impone un sistema de dominación; se destruye la naturaleza, el ecosistema. Situaciones todas ellas absolutamente contrapuestas a la concepción de nuestro pueblo sobre el hombre, la existencia y el mundo, poniéndose en riesgo nuestro sistema de vida, nuestra cultura, la que tiene como base de sustentación el equilibrio del hombre con los demás elementos de la Naturaleza, donde las relaciones resultan más justas y más humanas. En la actualidad, el sistema capitalista invade nuestro territorio y, por lo tanto, su avance pone en serio riesgo nuestra existencia como Pueblo Nación Mapuche.

Nuestro pensamiento político se nutre de estos aspectos (valóricos y culturales propios) y se reafirma en la interpretación de la realidad que nos toca y en la forma en que superaremos nuestra condición de nación oprimida. Es por ello que resulta necesario utilizar métodos de análisis y de interpretación más amplios, como es el materialismo histórico, para precisar sobre todo la situación general y las condiciones por las que atravesará nuestra lucha. Así, nuestro análisis comienza a ser más claro, al momento de contraponer nuestra condición de Pueblo con el sistema de dominación y las formas que impone el modelo neoliberal, administrado por el Estado chileno.

Por lo anterior es que concluimos que, la única alternativa para dar continuidad a nuestro Pueblo Nación, es iniciar un proceso de Liberación Nacional Mapuche que se sustente ideológica y políticamente en definiciones anticapitalistas y antioligárquicas, planteando la autonomía desde una posición ideológicamente revolucionaria. Porque para el rescate del pensamiento ancestral mapuche, rakiduam, y la diversidad de elementos que nos son propios, es absolutamente necesario disputar y controlar los territorios invadidos por el sistema que nos

oprime; es decir, se debe provocar un cambio en las estructuras de dominación hacia nuestro pueblo, cambios que también conllevan aspectos superestructurales en lo ideológico, cultural y social, reafirmando nuestra condición de Pueblo Nación Mapuche.

Dentro de esta gran definición estratégica es que iniciamos un proceso de acumulación de fuerzas necesario para conseguir nuestro objetivo de liberación y de autonomía. Este planteamiento conlleva en sí un gran desafío, que debemos asumir desde sus primeras fases y que, en el actual estado de correlación de fuerzas, nos hace diseñar un proyecto estratégico sostenido en dos grandes líneas que no trabajan separadamente, sino al contrario, se combinan y se retroalimentan.

Por una parte, planteamos la Resistencia Mapuche al sistema capitalista en el territorio ancestral mapuche. Esta línea se fundamenta por la invasión de que somos objeto por los procesos de inversión capitalista transnacional. Desde el momento mismo de la invasión, hemos sido objeto de la apropiación de nuestras riquezas; esta vez la invasión será definitiva y se hará sobre la base de la desestructuración del mundo mapuche, con la consecuente desaparición física e ideológica de nuestras comunidades.

Las inversiones forestales, energéticas, turísticas y otras, no tendrán contemplación con nuestras formas de vida, como queda en evidencia en la actualidad. Dichos procesos aumentarán, toda vez que la globalización de la economía obliga a las clases dominantes a refundarse. El exterminio de nuestro pueblo será un hecho si no luchamos, pero las definiciones en tal sentido deben ser claras. No compartimos la idea de que sólo se debe renunciar, pedir apoyo o negociar las dádivas de los poderosos.

Proponemos anteponer una fuerza social y política, pero también material y técnica, que vaya desde mínimas expresiones hasta formas más avanzadas de autodefensa, sin la cual será imposible contener al enemigo, que es directo y cruel.

Estas expresiones y formas de lucha deberán ser llevadas a cabo por las propias comunidades y ordenarse a la correlación de fuerzas en las zonas de conflicto, tanto en el plano político, social y cultural y que respondan a necesidades sentidas; elevar los estados de ánimo y de combatividad que nos permitan conseguir nuestros objetivos inmediatos, principalmente orientados, en la primera etapa, a frenar las inversiones capitalistas en nuestro territorio ancestral. La segunda línea que planteamos es la de la Reconstrucción del Pueblo Nación Mapuche. Se plantea esta reconstrucción con un carácter autónomo, política y territorialmente, en que la rearticulación de comunidades permitirá mayores grados de organización, haciendo efectiva la ocupación y control de espacios territoriales cada vez más amplios. El reposicionamiento de los aspectos históricos, identitarios, culturales y religiosos, dará mayor capacidad ideológica y política a nuestras comunidades.

La relación del Estado opresor y el Pueblo Nación Mapuche la caracterizamos de "dominación", con un permanente proceso de desestructuración del mundo mapuche, en todos sus aspectos.

Básicamente, en la imposición de una cultura dominante, winka, occidental, capitalista, en que las ideas, los valores, la actitud penetran nuestra realidad y la distorsionan, lo cual le resulta funcional para mantener intactos los intereses del sistema, donde la apropiación de las riquezas del territorio mapuche es la consecuencia.

Frente a esto, levantamos la idea y la práctica de reconstruir nuestro mundo, confrontándolo a la dominación. La idea es la reestructuración de todos los aspectos propios del Pueblo Mapuche, de orden filosófico-religioso, ideario, valórico, hasta reconstruirlo ideológica y políticamente para sostener nuestro propio sistema de vida como Pueblo Nación Mapuche.

Esto, en las actuales condiciones de nuestras comunidades, requiere del ejercicio de prácticas comunitarias, ceremoniales y organizacionales, como el mingako, ngillañmawun, ngillatun, machitún, palín, trawun, kamarikun, nutram, entre otros y sobre todo el mapuzungun como expresión concreta de nuestra identidad y proyecto de vida propios. A la vez de ir rescatando y fortaleciendo nuestra estructura organizacional tradicional y los roles que cumplen determinadas personas dentro del mundo mapuche, como los longko, werken, machi, wewpife, kona, dugu machife, wewpin, entre otros.

La revitalización de nuestro rakiduam, kimun, religiosidad, mapuzungun, se dará en el marco de un proyecto de lucha permanente, que nos arroje resultados concretos y no sujetos al estado de dominación, ni de las concesiones que en ese plano nos quiere hacer el Estado. La reconstrucción del Pueblo Nación Mapuche, en todos sus aspectos, sólo será posible con el ejercicio de los derechos políticos y territoriales, partiendo de la lucha de nuestras comunidades, hasta el desarrollo de un proceso de Liberación Nacional Mapuche.

Por su parte, el programa de lucha de la CAM se ha hecho efectivo en diversos procesos de recuperación territorial en esta última década.

Recuperación de tierras ancestrales: es decir, no limitadas a los títulos de merced, como es la política del Estado chileno, a través de la CONADI, sino a través de recuperaciones "de hecho" y no institucionales. El Control Territorial en la comunidad y el lof se inicia con las ocupaciones productivas y permanentes de tierra, pero exige un salto cualitativo, que pase del control económico y productivo de los recursos, desde una perspectiva capitalista, a la transformación de ese tipo de relaciones y el rompimiento definitivo con el sistema global. Es decir, no queremos tierras para seguir plantándolas con pino y eucaliptos y venderlas a las forestales e integrarnos al sistema. El Control Territorial significa, además, el control político junto a la reactivación cultural y religiosa de nuestro mundo.

Es necesaria la rearticulación de las comunidades a través de sus lof ancestrales e identidades territoriales. Es decir, que la rearticulación de éstas generen un proceso de acumulación de fuerzas suficientes para el Control Territorial de zonas cada vez más amplias, que restablezcan los antiguos lof y Futalmapu.

Una cuestión política que necesita soluciones políticas

El movimiento mapuche, como usted sabe, es diverso, bastante diverso. Ha sido, en el último tiempo, heterogéneo y multifacético. Y es, obviamente, mucho más que la CAM. Pero nuestro perfil, lo que nos diferencia de otras organizaciones, se funda en una constatación fundamental: la creciente transnacionalización del territorio mapuche. Entonces, la opción es clara: o se pone fin a este proceso, o desparecen las comunidades, victimizadas por la inversión capitalista descontrolada y aniquiladora. Sobre esto no debería haber ambivalencias. Por

eso planteamos con tanta energía la recuperación de tierras y la idea del Control Territorial. Sin este pilar, no podríamos sostener una perspectiva seria. Debemos defender lo que tenemos y avanzar en la recuperación de tierras. Esta política indispensable genera un conflicto permanente, que no se resuelve con una mirada de corto plazo. Habrá conflicto mientras el capital salvaje invada nuestros territorios y el Estado de Chile no asuma que estamos frente a una cuestión política, que necesita soluciones políticas.

La CAM prioriza el proceso de recuperación territorial y eso nos diferencia de otras entidades como la FEMAE o el Wallmapuwen. Todos estamos por la autonomía, pero la autonomía viene en seguida, cuando la recuperación alcance niveles mínimos de consolidación. Otras organizaciones, como la Alianza Territorial, están más inclinadas a priorizar la lucha por el territorio. Hemos tenido una buena relación con ellos y con todos aquellos que se plantean recuperar territorio desde las comunidades. Para nosotros, el principio básico de cualquier propuesta de autonomía es la territorialidad. La disputa territorial es, hoy, nuestro esfuerzo principal.

El motivo básico por el cual nos persiguen con especial ahínco es la persistencia en esta postura, que pone en cuestión los grandes intereses que impulsan la transnacionalización, desde el mundo privado y desde el propio Estado.

Concebimos nuestra lucha como urgente; pensamos, como le he dicho, que constituye una necesidad en estos tiempos. El argumento es bastante simple: una derrota en materia de Control Territorial significaría la extinción paulatina de nuestra cultura. Es imposible concebir un mapuche sin tierra. Agregue usted que, gradualmente, las políticas de integración y cooptación, por parte del Estado, generaron hasta hace unos años un proceso de pérdida de identidad.

La demanda de los mapuche en general siempre ha sido tierra, cultura y libertad. Para enfrentar enemigos poderosísimos, la nuestra debe ser una lucha política de gran envergadura. Por eso, como CAM, hemos actuado en consecuencia, mediante una práctica anticolonial, anticapitalista, antioligárquica, antimperialista. Es en ese espacio donde instalamos la lucha nacionalitaria mapuche de liberación.

Tenemos una ética de la acción política

En la Araucanía hay mucha riqueza para los grupos económicos y mucha pobreza para sus habitantes. Es un gran contrasentido. Usted me dirá que ocurre también en el resto de Chile y de América Latina. Es verdad. Pero pienso que en pocos sitios es tan brutal como en nuestros territorios. Aquí, los indicadores de pobreza son más altos y la riqueza que se genera se la llevan las grandes empresas, buena parte fuera del país. El abuso es enorme.

Bajo nuestras definiciones y praxis política anticapitalista, tenemos claro quiénes son nuestros principales enemigos y por eso no damos prioridad a lidiar con latifundistas y parceleros. En algunos lugares, hay conflicto con agricultores pequeños, porque comunidades autónomas específicas desarrollan objetivos que ellos mismos han definido. Pero las orientaciones de la CAM no consideran una línea de acción contra parceleros menores y menos contra campesinos pobres, muchos de los cuales quedaron situados entre comunidades durante la Reforma Agraria.

Nuestros enemigos son las forestales y los grandes latifundistas. Sin embargo, ellos, que son los verdaderos responsables de la expoliación y despojo de nuestro territorio, usan a su favor las disputas con parceleros, para mostrar al mapuche como un enemigo de los pequeños propietarios y agricultores. Para eso cuentan con una prensa fascista al servicio del poder, que permanentemente desarrolla campañas para denostar la lucha mapuche y crear las condiciones para incriminarnos artificiosamente, lo que a su vez sirve de plataforma para los discursos y posturas anti mapuche de las autoridades de turno.

Por eso, lo habitual es que los Órganos de Resistencia Territorial (ORT) que se identifican con la CAM, reivindiquen las acciones que ejecutan. Así, no se da lugar a ambigüedades. No se actúa contra cualquiera ni de cualquier manera. Tenemos una ética de la acción política. Naturalmente, hay expresiones de la lucha mapuche que no controlamos. Nuestra política es avalar los enfrentamientos que se producen cuando la participación mapuche es defensiva. No planteamos acciones ofensivas, ni siquiera contra la fuerza policial que sostiene hoy una forma de ocupación y militarización. No se han desarrollado acciones contra ellos, por más que los medios de comunicación han intentado hacer creer lo contrario.

Como es evidente al analizar nuestro accionar, no propiciamos muertes ni pretendemos dañar a las personas. Nunca hemos planeado emboscadas. Pese a todo, incluso a circunstancias como las actuales, nos identificamos con valores, con propósitos nobles. Buscamos reconstruir armonía, buscamos justicia, luchamos por restablecer un tipo de sociedad mapuche sana y justa. Por eso, la lucha es eminentemente política. Hay que evitar a toda costa una lucha cruenta. Esta postura no siempre es entendida cabalmente por gente joven marcada por la experiencia de la discriminación, la explotación y la pobreza. Entonces, las influencias externas encuentran un campo favorable para desarrollar posturas proclives a un desorden sin estrategia. Así, no todos comparten nuestro planteamiento y algunos se muestran abiertamente detractores, predican claramente contra la organización, elevan la espontaneidad a la categoría de única fuerza generadora y nos critican por ser, según ellos, una "vanguardia autoproclamada".

Mi punto de vista es que las comunidades definidas como autónomas no tienen el derecho a regirse absolutamente solas, sin considerar a las otras comunidades. La historia es clara: cuando llegaron los españoles, las autoridades del pueblo mapuche estaban bien organizadas. Nuestra propuesta estratégica es un proyecto de rearticulación de comunidades, como lo fue en el pasado, para la resistencia. No hay que confundir autonomía, que es un objetivo estratégico, con una forma de hacer lo que se quiera, sin responder a líneas o preceptos.

Por otra parte, la CAM entiende que no todos los mapuche están compenetrados de su cultura. Trabajamos en ese contexto, porque esa es la realidad. Es por esta razón que seguimos asumiendo como sigla CAM: Coordinadora Arauco Malleco, a pesar de las críticas sobre el concepto "Arauco" que mueve ciertamente a contradicción. Pero, inicialmente, lo que pretendimos fue identificar una zona geográfica como campo de acción. Podíamos haber usado también el nombre Futalmapu Arauco Malleco y reconstruir simbólicamente ese butalmapu, digo simbólicamente porque el único que funciona relativamente hoy día es el williche. Nosotros rehuimos el mesianismo, la retórica vana y las poses culturalistas que distan de la realidad. Entonces, establecimos nuestro nombre como Comunidades en Conflicto Arauco Malleco. A lo mejor las críticas que

nos han hecho por el nombre de la organización pueden ser razonables, pero esa es nuestra explicación. La idea no era hacer un rompimiento con todo; la idea de proceso y de trabajar más realistamente se impuso. No olvide que lo que tenemos hoy día no son precisamente lof, sino reducciones. Los lof tienen todavía que reconstruirse y en eso estamos. No es bueno hacer política ficción frente a nuestros hermanos. Por otra parte, nos preocupaban menos los nombres que los objetivos y acciones: nos interesaba romper específicamente con ciertas prácticas políticas. De hecho, rompimos con la CONADI y otras formas de institucionalidad y nos planteamos una vía de reconstrucción propia que no fuera prohijada por el Estado chileno. Y, por último, la CAM se ha consolidado y es tal vez la más reconocida a todo nivel. Es una referencia obligada.

Planteamos la autonomía y la liberación

A pesar del efecto desestructurador de la ocupación militar ocurrida en el siglo XIX y del nefasto proceso posterior, el pueblo mapuche ha sido capaz de resistir. En la actualidad, ha renacido la necesidad de recuperar nuestros derechos. Este renacer no ha sido uniforme ni transversal a toda la sociedad que pudiéramos definir como mapuche. No hay que olvidar que, como pueblo, hemos sufrido considerables desgarros, como la desaparición de muchas comunidades, la migración forzada, la pobreza y miseria, el desarraigo y la negación sociocultural.

La reemergencia de la causa mapuche se ha manifestado en los procesos de recuperación territorial y política, sobre los que ya hemos hablado. Hay que sumar a ellos diversas iniciativas socioeducativas y culturales que tienen como objetivo reforzar la identidad, la recuperación cultural y, en general, la recomposición de un perfil como pueblo diferenciado culturalmente. Algunas propuestas en este sentido se enmarcan en la actual institucionalidad, otras, como la nuestra, en la demanda de autonomía y liberación.

Es en este marco donde hay que considerar lo que hoy llamamos "comunidades". En estricto rigor, no se trata del lof de antaño, ni tampoco de la "reducción", esas "cárceles al aire libre" que propició la oligarquía chilena. En cada comunidad hay dinámicas internas propias en las que se enfrentan las diversas visiones, la pro occidental y pro chilena y la mapuche, así como también mucho sincretismo. Los que planteamos la autonomía y la liberación, promovemos los procesos de reconstrucción, que comienzan en las unidades básicas territoriales, es decir, en las comunidades, para que recuperen cerros, aguas, lugares sagrados y el hábitat para las familias y así vuelvan a ser semejante a lo que fueron antaño. En el plano sociocultural y político, se trata de que emerja de nuevo el lof como forma auténtica de organización. Y, por último, que las comunidades sean el lugar de proyección de un concepto de pueblo y nación, que se articule con unidades e identidades territoriales más extensas que, a su vez, se ordenen en un todo denominado la "nación mapuche", el wallmapuche.

Tenemos claro que muchas de las comunidades están bajo la dominación del actual Estado capitalista y que les resulta muy difícil salir de esta condición. Hay allí un grado importante de desestructuración ideológica, política y cultural. Su gente se ha empobrecido a un grado tal, que sólo resisten los más ancianos, es decir, unos pocos, mientras el resto ha perdido valores mapuche y se han

chilenizado, campesinizado, awincado. Permítame decirle: es un hecho que nos indigna, que nos desgarra. Por eso también luchamos y, por lo mismo, valoramos el aporte de nuestros porfiados mayores que resisten, manteniendo la cultura.

Existen muchas comunidades que, producto de las políticas asistenciales del Estado, operan como si fueran juntas de vecinos. Algunas son muy pobres en cuanto a cultura mapuche, otras actúan de forma clientelista y se amarran a las corrientes políticas que están en el poder. Pero actualmente existe un segmento significativo de comunidades que ha desarrollado interesantes y maduros procesos de recuperación. Operan en formas distintas, pero comparten el fondo. De las comunidades que han hecho valer sus demandas territoriales y políticas autonomistas, puedo señalar que muchas han iniciado procesos que pudiéramos llamar de reconstrucción. Entre ellas, principalmente las que han recuperado

territorio, han comenzado a superar estados de pobreza material y social. El problema se suscita ahora, cuando algunas de estas comunidades son reprimidas y deben frenar su avance. Otras pactan alternativas con instancias del Estado, que no resuelven la reconstrucción territorial y sus implicancias y luego se dividen o desorganizan. Por eso creemos en las propuestas con continuidad y perseverancia, en las estrategias autonomistas, anteponiendo los principios y valores que nos legaron los Fütake kuyfike che yem, para reconstruir el mundo

mapuche.

Es en este contexto que surge una de las mayores iniciativas de intervención, después de la Ley Indígena, la creación de la CONADI y el programa Orígenes, destinada a contener el conflicto entre nuestro pueblo y el Estado. Me refiero a las llamadas "áreas de desarrollo indígena", que el gobierno ha iniciado también en Ercilla y Collipulli para poner en movimiento su fuerza de cooptación. Se trata de proyectos y recursos para las comunidades y sus dirigentes, cuyo objeto es frenar nuevamente los esfuerzos de recuperación de tierras.

Este nuevo programa, como fue el discurso de "Nuevo Trato" formulado por la Concertación, pretende contener y restringir las demandas mapuche impulsadas por las comunidades. También es necesario mencionar que, en paralelo a estas iniciativas, se van creando las condiciones para una mayor represión de las comunidades movilizadas, sobre todo de aquellas que con más fuerza abrazaban postulados de recuperación territorial y resistencia y en las que la CAM tenía ascendente y presencia.

Efectivamente, las políticas de seguridad del Estado capitalista apuntan en esa dirección y cuentan cada día con más recursos.

La criminalización, como hemos dicho repetidamente, es el mecanismo más utilizado por el Estado chileno para frenar las movilizaciones, con el fin de mantener el "estado de derecho" y la "unidad nacional" del Estado capitalista. Es una política continuadora de la incorporación forzada a la *chilenidad*, puesta en marcha después de la ocupación militar de nuestro territorio ancestral. Es en este contexto que cualquier acto de resistencia y de reafirmación de lo propio es visto como un riesgo a la supuesta "unidad" y, por lo tanto, se sigue identificando todo lo mapuche como una amenaza en potencia al Estado chileno. Es con base en esta perspectiva que hay que situar la implementación, por parte del gobierno de derecha, del denominado Plan Araucanía, que pretende reforzar las políticas de seguridad en paralelo con una serie de medidas socioeconómicas para refundar el capitalismo en el territorio ancestral mapuche.

Rescatamos el rol de los intelectuales mapuche

Entre nosotros, jamás alguien pensó en armar una propuesta y *bajarla* a las comunidades. Ese esquema fue propuesto por algunos dirigentes del movimiento mapuche y, como CAM, lo desechamos porque no respondía a la realidad de nuestro pueblo. Hemos ido conformando la propuesta al calor de nuestras lides y con la participación de nuestros hermanos y hermanas. Muchos han aportado.

Algunos se preguntan cómo se sostiene la CAM, luego del decenio de la operación "paciencia", después de los golpes represivos recibidos y de la persecución permanente de la que hemos sido objeto. Bueno, la CAM se sostiene porque las comunidades en conflicto le otorgan sustento. Rechazamos la idea de que una orgánica se coloque por encima las comunidades y luego pretenda asumir su representación. De lo que se trata es de un proyecto de rearticulación integral, para dar saltos cualitativos y crear referentes.

Son hartos los casos de organizaciones mapuche surgidas en medios ajenos a las comunidades, por ejemplo en las universidades o en las ciudades. Muchas han sido dirigidas por profesionales o intelectuales que pretenden *conducir* la lucha. En general, estas organizaciones instrumentalizan la lucha mapuche. No temo decirlo, subyace en muchos de esos dirigentes un menosprecio hacia los mapuche de comunidades. Se les desconoce el derecho a ser parte integral de los procesos en curso, procesos en lo que ellos, que viven los conflictos reales, sean quienes asuman la dirección.

Por eso, la CAM es dirigida e integrada fundamentalmente por habitantes de comunidades y por hermanos desterrados que se han planteado seriamente retornar al wallmapuche y llegar a poseer su propio espacio mediante la recuperación territorial.

Entendemos que no todo el mundo tiene las condiciones o la decisión para adoptar esta postura. Eso no significa excluirlos de nuestro proyecto. Los intelectuales, específicamente, tienen un gran aporte que hacer, en la medida que trabajen y contribuyan a consolidar un muro frente a las intentonas integradoras del Estado, a los derroteros fijados desde él o al pragmatismo que recorre todo el sistema y desvirtúa principios y valores.

Por eso apreciamos toda propuesta de autonomía y de autodeterminación en cuanto tal, siempre que recoja las demandas históricas de nuestro pueblo. ¿Cómo avanzar en esa dirección? Nuestra respuesta es nítida: un proceso de recuperación territorial y política. Para ese fin hay que comprometerse y arriesgar, si es necesario. Desde la CAM rescatamos el papel de los intelectuales mapuche y a aquellos que se acercan a este rol necesario para restablecer los equilibrios y proyectar nuestra visión del mundo.

A los que, como weupife, por ejemplo, buscan interpretar la realidad sobre la base de la memoria histórica de los propios mapuche y que aportan estos conocimientos a las comunidades y sus referentes, es decir, a los que están en lucha en las comunidades y en el trabajo de base.

Respetamos también a los hermanos que hacen poesía mapuche. Ellos trasladan la palabra de nuestros antepasados, revitalizan a nuestro pueblo y se proyectan para favorecer la comprensión y la tolerancia, para constituir redes de apoyo a la causa nuestra. Los escritores, en general, han cumplido un destacado papel como

denunciantes de la situación de nuestro pueblo. Algunos, sin embargo, han buscado más que nada una promoción, gestada en el marco de las ideas de asimilación que sostiene el Estado chileno, que intenta despojar a ese arte de un significado positivo para los procesos de recuperación territorial y política.

Así como existe un derrotero de cooptación política e ideológica de dirigentes y organizaciones mapuche, en el marco de una supuesta nueva relación entre el Estado y los pueblos originarios, con el objeto de imponer programas de corte indigenista, también existen espacios de promoción desde el Estado para los intelectuales mapuche. En una operación que apunta a convertirlos en correa de transmisión de un discurso integrador.

Pero, le reitero, nosotros, desde nuestra mirada territorial y de reivindicación de lo propio, desde nuestra concepción cosmovisionaria, reconocemos a aquellos escritores que cumplen un rol más allá de lo formal y que utilizan sus tribunas externas.

O sea, a aquellos que, como ülkantufe ka wewpife, retoman la función que se le asigna por espiritualidad para, a través de la palabra, mantener viva la memoria histórica de nuestro pueblo y su base cultural. Esperamos que ellos cumplan un papel en dos grandes sentidos: uno, contribuyendo a la formación de nuestra gente en lo cultural y religioso y, para que eso ocurra, es preciso que su arte se reproduzca en las comunidades, en el marco de un proyecto de rearticulación autonómico y en pos de nuestros derechos territoriales y políticos. Dos, que en su carácter supra comunitario, dando cuenta de nuestra lucha emancipadora. Para ello, sería deseable que asumieran decididamente un mayor protagonismo en la causa mapuche y que se vincularan orgánicamente con aquellas expresiones del movimiento mapuche que sostenemos una lucha coherente y consecuente.

Ahora los mapuche ponen a sus hijos nombres mapuche

El período que la historiografía ha denominado *descubrimiento y conquista* fue, sin duda, un momento aciago en la historia mapuche, por lo que significó como pérdida para la vida en libertad. Pero quisiera concentrarme en el tiempo posterior a la aparición de los distintos Estados nacionales en el siglo XIX.

En este periodo, en el continente americano existían nacionalidades y Estados y en ese marco existía la mayoría de los pueblos originarios, a pesar de la invasión, la conquista y el colonialismo. A través de procesos diversos, nuestros pueblos fueron paulatinamente oprimidos y subordinados a las lógicas del poder de los países en formación. Se trató de un genocidio y de la explotación indiscriminada de los territorios indígenas. En el esfuerzo de resistencia indígena, en general, puedo sostener sin temor a equivocarme, destaca la defensa de su soberanía que hizo el pueblo mapuche.

Un antecedente que no debemos desestimar, es que la élite criolla, que encabezó los procesos independentistas en Hispanoamérica, descendía de españoles castellanos, muy influenciados por las ideas euro céntricas y con una fuerte tendencia al metropolitanismo y al rechazo de todo tipo de autonomía o legítima diferenciación.

A mediados del siglo XIX, comienza nuevamente el asalto al territorio ancestral. Esta vez, la nacionalidad dominante es la criolla-mestiza, que se enfrenta a un

conjunto de comunidades desarticuladas y con poca capacidad política para defender sus derechos políticos y territoriales. De este modo, prima ideológicamente la llamada *unidad nacional* contra la idea de la pluralidad sociocultural. Y así, el capitalismo comienza a desarrollarse en la región y a apoderarse de nuevos territorios.

En el caso mapuche, muchas comunidades consiguieron difícilmente resistir y sobrevivir. En la medida que, en el último tiempo, los indígenas en general resurgen como fuerzas sociales y políticas, la lucha por la autonomía se re sitúa. Es un contexto en que el mapuche llega a comprender que la restitución de sus derechos no podrá ser jamás una concesión desde el poder, sino el resultado de una lucha, cuya viabilidad será probablemente determinada por la capacidad de articulación con otros sujetos sociales oprimidos. Es el periodo en que la influencia de izquierda cruza lo indígena; así ocurrió mayoritariamente en América Latina.

Nos han comparado con los zapatistas, ¿ha visto? Yo recuerdo aquel titular de El Mercurio, hace ya algunos años, que nos definía como un "pequeño Chiapas". Pero, desde nuestra mirada, no son comparables. Ellos son un movimiento de resistencia indígena centenaria, sí, pero el zapatismo siempre se ha reinvindicado como parte de la nación mexicana (no del Estado al cual combate). De ahí que su proyecto de liberación nacional esté pensado para México, es decir, no es sólo indígena o de los pueblos integrados en el EZLN, sino para todo México. En cambio, como CAM, hablamos de un proyecto de liberación nacional mapuche, pensado sólo para la nación mapuche. Efectivamente, la CAM y el EZLN tenemos en común un proyecto de "liberación nacional", pero son de muy distinta índole. Nosotros no nos sentimos parte de los Estados nacionales y, en los hechos, nunca lo hemos sido. Somos un pueblo-nación ocupado. Por eso definimos nuestra lucha como de "liberación nacional" y nuestro empeño es la autoafirmación étnica nacional. Nos reconstruimos como pueblo que pertenece a una nación, como pueblo con posibilidades de construcción de una nación.

Eso significa, es claro, una ruptura con las estructuras existentes.

Entonces, somos anticapitalistas y antisistémicos, como lo son los zapatistas, pero nosotros, insisto, constituimos una propuesta de liberación nacional exclusivamente para el pueblo nación mapuche. Este es otro de los motivos centrales de la persecución especial de la que ha sido objeto la CAM.

De este modo, también nos diferenciamos de aquellos que adoptan definiciones en el marco del Estado existente. Nosotros somos, por decirlo de alguna manera, "anti Estado", sobretodo si este es de tipo capitalista. Y nuestro debate hoy día es cómo acumular fuerzas para esa tarea. Sin embargo, no está en nuestros planteamientos la toma del poder o la construcción de otro Estado. Estamos por la reconstrucción nacional mapuche. ¿Viabilidad? Sí, es por supuesto una cuestión que nos obliga a reflexionar y a debatir. El punto central es que la viabilidad tiene que ver con una primera condición: el renacimiento nuestro, como expresión cultural, el rescate de nuestras ideas, valores y símbolos. Y es en este terreno donde más hemos avanzado con nuestra lucha. Más allá de la defensa territorial y de la recuperación de espacios, cada vez más amplios, se ha ido consolidando cada vez más el sentido de autoafirmación que parte de la recuperación de la identidad mapuche.

Ahora, insisto, los mapuche ponen a sus hijos nombres mapuche, relacionados con nuestra historia o nuestra cultura. Son nombres que claramente identifican como mapuche a quienes los llevan. Este fenómeno que le indico ocurre en

todos los niveles. Se observa también entre empresarios, intelectuales, profesionales mapuche, en fin, en mucha gente que incluso no comparte nuestra línea política, pero que reafirma su condición.

¿Cómo ocurre este proceso? Pienso que los conflictos y la pugna consiguiente, son una suerte de detonador de conciencias y que generan posteriormente escuela ideológica. La gente comienza a debatir, cuestiona, critica, se hace preguntas. En la medida que eso ocurra, iremos avanzando más. Nosotros promovemos la discusión, nos gusta el diálogo, el debate, porque son esclarecedores. Por lo demás, nuestro discurso y práctica ha sido esa. Hacemos propuestas que son para nuestro pueblo, propuestas que permitan afirmar la existencia e identidad propia v avanzar hacia la liberación nacional. En algún momento, deberemos definir cómo ejerceremos nuestros derechos políticos y territoriales. Entonces evaluaremos la fuerza acumulada y la voluntad del gobierno de ese entonces para abordar y llegar a acuerdos que nos habiliten para continuar la proyección de una solución integral. Es lo que más gueremos los mapuche. Ahora bien, dejamos una pregunta esbozada para continuar con la reflexión, dada la multiplicidad de procesos que se definen como nacionalitarios y lo complejo del escenario sociopolítico actual, ¿qué y cómo entendemos la idea de nación?

Una formación inscrita en la tradición mapuche

La educación formal que impone el Estado en las comunidades, no es distinta de la que se dicta en las escuelas chilenas. Este ha sido un importante instrumento para dar continuidad al proceso de asimilación cultural en el marco de la política de integración forzada. Es bastante obvio, ¿no? Bajo la dictadura militar, la situación se profundizó porque se resaltaron aún más algunos valores considerados "patrióticos". Con los gobiernos de la Concertación, surgió una posibilidad de educación intercultural, claro que con un enfoque favorable a la integración. En ese contexto, se abrieron nuevas opciones para el acceso a la educación formal, particularmente a nivel superior. A través de las becas indígenas y los hogares estudiantiles, se han formado nuevas generaciones de mapuche. Hay que subrayar, en todo caso, que en paralelo a su educación formal, tuvieron lugar procesos de formación simultáneos, a través de agrupaciones culturales y políticas mapuche. Si bien muchos de los nuevos profesionales se han visto forzados a integrarse a la sociedad chilena, existió y existe un importante sector de jóvenes mapuche que ha engrosado el movimiento mapuche autónomo. Entre ellos hay que diferenciar al menos dos expresiones. La primera, representa a una generación que incursiona en el ámbito intelectual, en distintas disciplinas académicas y que trata de contribuir desde allí a las reivindicaciones mapuche. Pienso que esos aportes han sido significativos, si bien aún falta capacidad para una asertiva contextualización del conflicto y sus implicancias en la lucha concreta, es decir en la práctica política y en una propuesta estratégica más definida. En síntesis, el aporte para liberarnos no sólo debe ser intelectual, académico, lo cual es importante, sino también político e ideológico.

La segunda, es un sector de jóvenes que, a través de la educación universitaria, comienzan a reforzar un tipo de formación más militante. Es decir, jóvenes que

anteponen su condición de militantes y colocan su educación formal en función de sus definiciones al interior de la organización y lucha mapuche. Ellos apuntan a recuperar una formación inscrita en la tradición mapuche, aquella que aún se conserva en las comunidades y que vitaliza a distintas organizaciones.

Es este sector el que dio vitalidad al movimiento mapuche autónomo, que surge de las comunidades, dotándolo de nuevos elementos dinamizadores. Como usted sabe, este es un movimiento desligado de los partidos políticos tradicionales, incluyendo a las izquierdas y a su vez desligado de cualquier sustentación doctrinaria que provenga desde el exterior. Se funda en la recuperación de la memoria histórica y la cosmovisión mapuche. Por eso, ha hecho posible la creación de nuevos cuerpos teóricos y metodológicos de análisis y lectura de una realidad tan compleja como la nuestra. Podemos afirmar con propiedad que, en este sector, se nutrieron las ideas fuerza que originaron la CAM, que al reinsertarse en las comunidades, conforman un gran potencial. La formación complementaria que se ha entregado, junto a otros elementos, explica la ocurrencia frecuente de un salto cualitativo por el cual estos militantes deciden involucrarse de lleno en la lucha mapuche y dejan de lado el ejercicio profesional para reinsertarse en las comunidades, sobre todo en aquellas que desarrollan procesos de recuperación territorial.

Con una mayor y mejor formación de este nuevo semillero de jóvenes mapuche, ligados a los procesos de lucha, también se ha vigorizado una fase de recuperación de la conciencia de nuestro pueblo en su conjunto. Por supuesto, no se debe sólo a la influencia y trabajo de estos nuevos líderes. Este aporte complementa el que hacen los distintos sujetos en que se sostiene la autoridad tradicional, como los longko, las machi, los wewpife y werken.

El rescate de la identidad, la recuperación de nuestra cultura y de la cosmovisión mapuche, es un desarrollo en marcha. Como era previsible, no ha estado exento de dificultades y entrampamientos. Sabemos que en este tiempo se ha impuesto una visión uniformadora y excluyente, sobre todo en aquellas sociedades de corte occidental capitalista, entre ellas, Chile. El despliegue de colonialismo ideológico y cultural nunca se ha detenido, es más, se ha profundizado. La transculturación es una realidad fuerte en las comunidades mapuche. Desde la institucionalidad se ha instalado una serie de proyectos de carácter intercultural que, en principio, pretenderían mantener y preservar la cultura e identidad mapuche. Por esta razón, vemos a muchas comunidades involucradas. Pero, si analizamos con calma y rigor, podemos divisar allí, como trasfondo, la idea de la integración forzada que tiene como objetivo contener y des estructurar a nuestro pueblo.

Para que exista interculturalidad, debe haber reconocimiento mutuo e igualdad entre las partes, cuestión que no ocurre con nuestro pueblo por parte del Estado chileno, porque somos oprimidos y se nos trata con discriminación, intolerancia e injusticia.

Un guerrero con el espíritu de un antiguo

En el último tiempo, la CAM ha sido protagonista de la lucha mapuche. Propuso una nueva forma de hacer política, desde la realidad mapuche, lo que ciertamente ha provocado un cambio en el escenario sociopolítico de este país.

El surgimiento de la CAM, hacia 1997, no sólo puso fin a las formas sumisas de hacer política, también generó condiciones para una mayor politización del movimiento mapuche en su conjunto. Aún no existen estudios que reflejen fielmente lo que ha sido la experiencia de la CAM y sus resultados concretos. Hace falta examinar el contexto, la trayectoria de la organización y la forma cómo ha ido superando desafíos. Un examen asertivo debe considerar lo difícil de los tiempos que nos correspondió vivir, así como las incomprensiones y prejuicios que persisten y que favorecen la estigmatización que nos hacen nuestros enemigos y detractores. En fin, sobre la historia de la CAM hay un desafío pendiente, que será abordado por nuestra propia organización.

Sobre el contexto, es decir, la llamada transición democrática, ya lo señalé: hay una responsabilidad de la Concertación y de quienes profundizaron el modelo económico heredado de la dictadura militar. En la práctica, los gobiernos concertacionistas y la oposición de derecha se comprometieron, ambos, con el modelo neoliberal. Con cada cambio de gobierno, el pueblo chileno pensó que se enmendaría el rumbo, que se ampliaría la democracia y que habría mayor justicia social. Sin embargo, lo que se intensificaba era el modelo, se privilegiaban las relaciones con el empresariado y la política social era solo un factor para sosegar a los descontentos.

Hasta ahora, bajo un gobierno de derecha, el movimiento social no ha podido jugar un rol más protagónico, si bien despuntan potentes expresiones en el campo social y estudiantil, que pueden tener interesantes proyecciones en el futuro. Sin caer en la soberbia, creemos que el movimiento mapuche fue el único que a duras penas pudo sostener un conflicto con continuidad tal, que se transformó en protagonista social y político durante más de una década de lucha. En este tiempo, la Coordinadora Arauco Malleco se convirtió en un verdadero enemigo de la oligarquía criolla y del gran empresariado nacional y transnacional.

Ya me referí a los orígenes de la CAM. Quizá sea preciso agregar que los iniciadores de la CAM fueron parte de una nueva generación mapuche. La mayoría eran hijos de mapuche que resistieron a la dictadura. Muchos pertenecieron a un abanico de organizaciones influidas por la izquierda y experimentaron en carne propia las secuelas del modelo neoliberal en las comunidades. Se trata de una generación de mapuche que se expresó en abierto desacuerdo con las formas de hacer política de sus propias organizaciones comunitarias, que fueron y eventualmente continúan siendo seguidoras de las políticas del Estado opresor.

El punto culminante de esta discrepancia fue la actitud ante la Ley Indígena y la CONADI. Entonces se abrió una profunda brecha entre las "organizaciones tradicionales", influidas por la izquierda y una nueva generación en rebeldía. Los fundadores e integrantes de la CAM configuraron un discurso propio, "mapuchista", que a poco andar se nutrió de elementos ideológicos y políticos de mayor alcance y con claras definiciones autonomistas y revolucionarias. En este proceso, tuvo vital importancia la reemergencia internacional de los pueblos originarios y las lecturas sobre luchas de liberación nacional en otros lugares del planeta, como Palestina, el País Vasco, el Kurdistán.

Esta nueva generación volvió la mirada hacia un esplendoroso pasado mapuche y retomó la figura del weychafe. De hecho, con la reconfiguración del weychafe se visibilizó en forma novedosa una expresión de violencia política con ribetes de una lucha ritual y mística, como no se había conocido en el último tiempo.

Este retorno del weychafe combina en una figura lo mejor de un militante necesario y de un guerrero con el espíritu de un antiguo.

Es por eso que se entiende como aparición oficial de la CAM ciertas acciones de resistencia a las transnacionales, como la quema de camiones forestales en Lumaco. Se trata de una acción que, en lengua mapuche, pasa a llamarse *chem* y que tuvo todos los elementos que nos retrotraen a un pasado de alta pureza, lo que la transforma en un acto ritual de profundas connotaciones, sólo entendida en su magnitud por nuestra propia gente. Es en este contexto que los distintos gobiernos de la Concertación fueron asumiendo, fríamente, la estrategia de contención de la lucha mapuche. La prueba de fuego que demostró el verdadero rostro de estos gobiernos, fue la muerte de nuestros militantes y la aplicación de leyes de la dictadura a los dirigentes mapuche, como es la Ley Antiterrorista.

Debemos ser responsables y sinceros a la vez: hay ciclos de flujo y reflujo en la lucha mapuche. Nuestra organización ha recibido golpes que nos han resentido, pero no será por mucho tiempo, ya que la CAM no está desarticulada y nuestros planteamientos han tenido la virtud de hacerse transversales y de generar un nuevo semillero en el seno de nuestro pueblo nación. Hay sectores en que la expresión de lucha no involucra orgánicamente a la CAM, pero en que se revitalizan y validan nuestras definiciones.

Desde nuestro punto de vista, el gran logro de la CAM y de la resistencia mapuche, en general, es haber consolidado un proceso de autoafirmación. Se lo explico de la siguiente forma: yo tenía familiares que se teñían el pelo, o se hacían la "permanente", se enrulaban el cabello porque el desarraigo y la negación se imponían. Hoy, ya no se tiñen y protegen su pelo natural, lucen su vestimenta, se sienten orgullosos de sus prácticas cotidianas y comienzan a participar de las reivindicaciones mapuche.

Fíjese usted: me vine de la zona de Osorno, de la que soy originario, como ya sabe, a Arauco y a Malleco, me vine a la región que era el corazón de la lucha. Y ahora veo con alegría cómo surge con mucha fuerza, en mis tierras de origen, el movimiento huilliche autónomo. Por otro lado, los puelche reafirman que se sienten parte del Wallmapu y desarrollan posiciones que se van rearticulando con aquellas sustentadas desde el Gulumapu.

La idea de autonomía gana terreno constantemente. ¿Qué autonomía? Bueno, hay que definir bien este punto. Tenemos hermanos de otras organizaciones que están visitando lugares del mundo donde hay experiencias efectivas de autonomía. Son todas diversas y, está bien, hay que estudiarlas todas. Lo que nosotros buscamos es una autonomía que signifique, realmente, autoafirmación étnica nacional para nuestro pueblo.

Ahora bien, en este contexto que he descrito a grandes rasgos y por los planteamientos que he formulado, me considero un preso de este proceso, un preso político. No soy, precisamente, un preso de la CAM. Lo soy, sí, pero no sólo de la CAM. La CAM es una de las expresiones de nuestra lucha histórica, los ORT, Órganos de Resistencia Territorial, tienen un alto grado de autonomía y de movilidad propia. La CAM mantiene una línea clara, se ha constituido en una escuela ideológica y en una práctica de lucha. Lo que quiero decirle es que, sí, soy un preso de la CAM, pero soy un preso de un proceso político estratégico que está en marcha, de modo que si, supongamos, la CAM fuera derrotada orgánicamente, el proceso continuará de todos modos.

El autogobierno de los pueblos originarios

El autogobierno de los pueblos originarios, la autonomía, es un norte compartido. Pero hay distintas propuestas. Entonces, el estudio y debate sobre este punto debe ser permanente en nuestro pueblo y entre sus expresiones políticas más representativas. En este ámbito, la propuesta de autonomía regional lleva la delantera. Son numerosas las organizaciones indígenas que plantean como demanda la autonomía de este tipo, un régimen jurídico político en el marco de la sociedad nacional; un autogobierno regido por una colectividad política indígena verdaderamente representativa de las comunidades, donde se ejerzan competencias legalmente atribuidas, para administrar todos sus asuntos, en distintos grados.

Es claro que los proyectos de autonomía pueden realizarse en el marco de la vida política y jurídica de un Estado específico, es decir, como parte integrante de un Estado nacional. En este cuadro, se pueden lograr facultades legislativas, pero no poder constituyente. Se trata, por lo tanto, de autonomías relativas, como parte de las estructuras de un Estado Nación. Las experiencias de este tipo han significado un cierto avance en el reposicionamiento de los derechos fundamentales de nuestros pueblos originarios. No obstante, es también claro que la autonomía regional y relativa tiene limitaciones para una verdadera emancipación. Por lo tanto, es preciso reivindicar un concepto mucho más amplio de autonomía, que garantice mejor los derechos de nuestros pueblos. Por esta razón, nosotros reivindicamos lo que entendemos como autonomía plena y el derecho a la autodeterminación, entendiendo que este último es un derecho y una facultad de todos los pueblos. Es a través de este principio v derecho fundamental, que nuestro pueblo puede decidir libremente qué tipo o qué forma de gobierno queremos, desde aquellos que puedan ser definidos de autónomos en el marco de un Estado determinado, o la constitución de un Estado Nacional propio, lo que incluye procesos de reconstrucción nacional para aquellos pueblos que nos definimos como naciones originarias. En síntesis, para aquellos pueblosnaciones originarios que aún cuenten con las condiciones para su reconstrucción, se abren dos grandes vías para la liberación; una, mediante formas de autonomía en el marco de un Estado Nacional; la otra, mediante la independencia y la formación de un Estado Nación propio, lo que a su vez puede considerar, como va se dijo, la reconstrucción de una nación originaria. Para una definición más precisa a este respecto, falta mucha discusión y elaboración. Es una cuestión que dejamos abierta. Nosotros, por ahora, mantenemos la posición de la reconstrucción nacional mapuche, planteamos abiertamente desarrollar un proceso de liberación nacional.

Una síntesis para fundamentar esta propuesta es la siguiente: nuestro pueblo mantuvo soberanía por mucho tiempo. Incluso hasta un período muy avanzado en la relación con el Estado colonial, poseía una territorialidad aproximada de diez millones de hectáreas al sur del Bío Bío. Como le he señalado, fueron muchos los parlamentos que se celebraron entre la nación mapuche y los españoles, en los que se establecía claramente la soberanía e independencia de nuestro pueblo. Esa independencia se debió a una denodada resistencia, así como también a la capacidad política de negociar acuerdos y tratados en el marco de los parlamentos.

Esta es la razón fundamental para reivindicar un proceso de liberación que denominamos de liberación nacional mapuche, que tiene su antesala en la autonomía y el autogobierno que permita sentar las bases de un definitivo proceso de liberación nacional. Nosotros planteamos una reconstrucción concreta, no un horizonte imaginario.

Estamos de acuerdo con muchos de nuestros hermanos que, a través de distintas expresiones políticas al interior del movimiento mapuche, reivindican también la autonomía como una herramienta para que se cursen experiencias de autogobierno y se ejerza la autodeterminación. Sí, estamos de acuerdo, pero la autonomía debe ser una herramienta que permita dar curso a una experiencia social y política distanciada de la institucionalidad winka opresora y que reposiciona al mundo mapuche sobre la base de un proyecto de reconstrucción nacional, por tanto, el territorio, la lucha por el territorio es fundamental.

Ahora bien, discutir acerca de la autonomía también significa abordar otras aristas. El concepto de autonomía es muy amplio, diverso, razón por la cual ha sido malinterpretado y tergiversado. De hecho, ha servido como argumento de agentes externos para intervenir en las comunidades. Muchos de estos agentes se presentan como organizaciones aliadas, que pretenden tener su propia parcela dentro del movimiento mapuche para influir y hacer valer sus conceptos ideológicos. Esta es una muestra más de expresiones del colonialismo ideológico que atenta contra nuestro pensamiento propio y nuestra cosmovisión. Esta, claramente, también es una intervención occidental.

Producto de la crisis de la izquierda tradicional, hay sectores que comienzan a cuestionar sus formas de hacer política y conceptos tales como vanguardia, partido único, centralismo, verticalismo y premisas como que el fin justifica los medios, confrontándolos con nuevas ideas como la horizontalidad, los luchadores sociales, las asambleas, etc. Así, comienzan a surgir los llamados "colectivos", los movimientos autónomos, que tuvieron entre sus máximas expresiones a los piqueteros, zapatistas, movimientos sin tierra, etc.

Sin embargo, con el paso del tiempo, la autonomía como concepto y práctica se transformó también en un principio dogmático, un cuchillo de doble filo que pone en riesgo la elaboración y el planteamiento de una estrategia única, efectiva y fuerte, capaz de poner en riesgo los intereses del sistema. De la misma manera, el movimiento autonomista comienza progresivamente a acercarse a posiciones reformistas, alejándose de los planteamientos revolucionarios, lo que trae consigo el cuestionamiento y surgimiento de colectivos que reniegan de la autonomía. Un ejemplo son los MTD o piqueteros argentinos en que la autonomía de cada uno termina transformando al movimiento en diversos sub grupos atomizados, tales como piqueteros comunistas, peronistas, kirchneristas, etc. Lo mismo puede suceder con el movimiento mapuche, repitiéndose lo que sucede con la izquierda tradicional, cuando se obliga a cada agrupación mapuche a definirse por algún partido o agrupación, convirtiéndose en la práctica en un apéndice de éstos.

Como CAM, nos planteamos la conformación de una organización revolucionaria mapuche, transversal a todas las comunidades, para el desarrollo de una estrategia común, como Pueblo Nación independiente de todas las influencias externas. Reivindicamos y demandamos autonomía, como una estrategia, para lograr la autodeterminación del Pueblo Nación mapuche. Las comunidades deben estar cohesionadas en torno a un proyecto de rearticulación.

De este modo, los conceptos de vanguardia y referente, cobran vigencia y sentido.

La necesidad de un referente

Somos una nación oprimida que, actualmente, está en una situación de dominación colonial. El Estado chileno no sólo coarta derechos fundamentales, sino que nos pone en serio riesgo de desaparición paulatina como pueblo. En este sentido, reafirmamos que aún somos un Pueblo Nación con todas sus características para ser definido como tal en el plano idiomático, de prácticas culturales y sociales vigentes, con un pensamiento cosmovisionario en franca recuperación. Estos son los elementos que nos permiten reivindicar, en las actuales condiciones, el derecho a la autonomía. Nuestro territorio histórico-ancestral está bajo ocupación. Por tanto, para la viabilidad de nuestros procesos, es necesario recuperar territorio para fortalecer la resistencia. Esta lucha debe convertirse en práctica política de las diversas expresiones mapuche, para conformar así un fuerte movimiento, lo más amplio posible, concordante con los objetivos autonómicos y de liberación. Y que rechace las prácticas que presumen supuestos logros que sólo reafirman al sistema.

Surge entonces la necesidad de un referente político e ideológico para la nación mapuche, autonomista y revolucionario, que corresponda a las actuales condiciones y circunstancias del proceso, con definiciones y prácticas políticas eminentemente anticapitalistas. Además, que no se integre dentro de los márgenes de la institucionalidad opresora. Por eso, no debería ser un clásico partido político u organización de tradición sistémica. Por otra parte, se trata de un referente que no se plantee solo la recuperación romántica de la tradición culturalista. Más bien, debe situarse en el marco de un proceso de descolonización y por la reconstrucción nacional.

Un referente así es un desafío. Para superarlo hay que aunar cada día más voluntades de lucha.

Una milenaria tradición en defensa de la Madre Tierra

La lucha mapuche emprendida por nuestra organización, se inscribe y se reafirma en un diagnóstico bastante abrumador: la humanidad atraviesa por una profunda crisis que tiene su origen y forma en el desarrollo del capitalismo. Más allá de lo que esto significa para los seres humanos, en cuanto a explotación y desigualdades, estamos en presencia de una catástrofe paulatina que agrede a la Naturaleza.

La explotación indiscriminada de los recursos naturales ha provocado esta crisis. La economía está basada en esta lógica, en la que predominan modelos de depredación.

El capitalismo, gracias a los avances científicos y tecnológicos, ha logrado amplificar el despojo y la explotación de estos recursos. Esta es una realidad que afecta a la mayoría de los países del mundo, insertos en el proceso de

transnacionalización y ha significado un marcado proceso de concentración de la riqueza en los grupos de poder corporativos.

Las multinacionales son las entidades que han tenido una mayor capacidad de apropiación de los recursos naturales, gracias al control que ejercen sobre los Estados para lograr legislaciones a favor de sus intereses. También es una realidad que, para mantener esta situación, los distintos grupos de poder deben superar sus propias contradicciones para sostener su hegemonía económica y política, como a su vez desarrollar políticas de contención a través de los Estados, para poner freno al descontento social que el sistema provoca. Porque, lo sabemos usted y yo y muchos en el mundo entero, han surgido en las últimas décadas expresiones de protesta y resistencias para poner fin a la expoliación y la depredación en marcha. Entre otros, la defensa de la Tierra y de la Naturaleza ha sido uno de los activadores más importantes en la dinámica de la lucha. No me refiero sólo a los movimientos ecologistas propiamente tales, sino que a una serie de expresiones en que la demanda por salvaguardar los recursos ha sido transversal. Muchos de estos movimientos han asumido consecuentes posiciones anticapitalistas, pasando a ser parte de un nuevo movimiento revolucionario a nivel mundial, que se proyecta como sujeto social y político para hacer frente a la crisis capitalista. Sólo por mencionar algunas, entre las múltiples manifestaciones que evidencian la crisis, hay que registrar el aumento de los precios del petróleo y de los alimentos, el calentamiento global producto del efecto invernadero que produce la emisión de gases de las industrias, la escasez de agua en algunas regiones, la falta de alimentos en otras, la mercantilización de las semillas, el efecto de los transgénicos y los biocombustibles, los mega proyectos forestales, hidroeléctricos y mineros que generan graves problemas socio-ambientales.

Entonces, en el último tiempo, en el marco de la mundialización financiera y de los mercados globales, la necesidad del capitalismo de continuar la expoliación de la Naturaleza se ha acelerado a pasos agigantados. Son los conglomerados multinacionales los responsables.

Por lo tanto, el desarrollo y la expansión de la acumulación capitalista, requiere de nuevos territorios y recursos. Hoy, los capitalistas llegan hasta sitios que no imaginábamos. Sin embargo, muchas de estas empresas transnacionales y nacionales chocan con espacios territoriales que son de propiedad pública, o con recursos y bienes ambientales que son bienes colectivos, o deben enfrentarse a colectividades que actúan como sujetos sociales y políticos.

Finalmente, también chocan con los pueblos originarios, herederos de una milenaria tradición en defensa de la Madre Tierra. Así se explican muchos de los conflictos que tenemos los pueblos originarios con el capital nacional y transnacional en distintos puntos del orbe. Los poderosos conglomerados multinacionales, chilenos y extranjeros, se han apropiado a sangre y fuego de nuestros territorios. La explotación de tierras y bosques ha causado estragos. Ahora vienen por las aguas y demás recursos hídricos, así como los recursos del suelo y subsuelo, por parte de la actividad minera.

La expansión capitalista en todo el planeta se ha materializado, lo que en cierta forma ha provocado el agotamiento de los espacios territoriales básicos. Se ha impuesto a costa de depredar la Naturaleza. Es el tiempo de las resistencias, de luchar y de crear propuestas alternativas contra ese capitalismo depredador.

También es el tiempo de mirar con respeto a los pueblos originarios, a su vida tradicional, la experiencia social y cultural que forjó sólidas estrategias de vida,

con respeto a la Naturaleza, estrategias productivas con mirada selectiva, integral.

Es por lo anterior que reafirmamos que la lucha de nuestro pueblo mapuche se inscribe también en un contexto mayor: el de la nueva emergencia nacionalitaria de los pueblos originarios del continente, en defensa de los territorios y la libertad. Se trata de una reemergencia en un marco más amplio y con un nuevo tipo de sujeto social y político, que levanta un proyecto de emancipación y que postula la continuidad de la resistencia. En ese trayecto largo de lucha, la CAM se va constituyendo en un referente para gran parte de la sociedad oprimida. En el conflicto global que está en curso, el pueblo mapuche será uno de los actores. Eso lo damos por seguro los weychafe.

Glosario

Capítulo 1

Weychafe : Guerrero/a.

Wewaifi : Ganaremos. Wewngelayaiñ; no nos vencerán, no nos ganarán.

Weychan : Guerrear.

Wünen : Mayor. Wüne; Wünen, el primero.

Longko : Jefe, cabeza, líder.

Kiñe rupü : Un camino, el camino a seguir como forma de vida.

Ad Mapu : Faz de la tierra, conteniendo las costumbre y tradiciones, además

de las leyes naturales.

Ngen pin : Dueño de la palabra.

Machi : Hombre o mujer conocedor de remedios y enfermedades. En el

contexto actual se plantea, también, que como autoridades ancestrales están asumiendo, además un rol político. Se dice que el resurgimiento de los pu weychafe, también lo están las machis, particularmente para la guerra, como expresión de la defensa del

territorio y los espacios sagrados.

Fütalmapu : Gran extensión de tierra, país.

Lof : Comunidad.

Nidol longko : Longko mayor, longko principal. El más sabio y el que mejor

habla en mapudungun.

Wewpife : Parlamentador u orador. El más capaz, el mejor para parlamentar

en mapudungun, el que cuenta la historia en forma oral.

Wewpin : El mejor orador. Wewün : Ganar. Pin : el decir. El que gana en

hablar y bien. Wew, es la raíz de la palabra wewün.

Aukan kawellu: Caballo alzado. Auka también significa yegua

Ngillatún : Rogativa.

Williche : Gente del sur

Reche mapuche : Sólo gente mapuche, gente pura. Se dice que los antiguos

mapuches, antes de la conquista, se consideraban Reche.

Rewe : Lugar puro. Re; puro, sin mezcla. We; lugar. **Itrofill mongen** : Todo ser viviente, naturaleza y seres humanos.

Winkul : Cerro Pichiche : Niño/a

Ngillanmawun: Ceremonia, es un tipo de rogativa.

Dungu machife : Es el que recibe en mensaje del o la machi.

Ngüchal machife : Es el que arenga al o a la machi.

Ngillatuwe : Lugar donde se realiza la ceremonia más significativa del

pueblo mapuche (ngillatun), espacio sagrado que en el centro

tiene un rewe plantado.

Mawida : Bosque o monte, lugar donde existe un equilibrio natural y

sobrenatural.

Paliwe : Lugar donde se juega el palín.

Tren tren: Terreno en altura, que como espacio físico, representa la

protección y el renacer del mapuche.

Menoko : Lugar reservado para los seres sobrenaturales.

Trayen ko : Agua de cascada.
Eltun : Cementerio.
Trawüwe : Lugar de reunión.
Ülkatuwe : Lugar donde se canta.

Capítulo 2

Ngen: Dueño de un espacio o lugar.Wallmapuche: Mapuche en su entorno.

Kupalme : Historia, ser o pueblo con historia. Küpalmengechi trokinche.

Kupal, linaje.

Weftupe pu weychafe

: Que broten, que surjan, que se levanten los guerreros. Weftupe;

que vuelvan a aparecer, renacer. Renazcan.

Wallmapu Tuwün : Territorio ancestral mapuche. : Lugar de procedencia, territorio.

Capítulo 3

Aillarewe : Nueve parcialidades, nueve alianzas.

Capítulo 4

Pu peni ka pu lamngen

williche : Hermanos y hermanas williche.

Capítulo 5

Püllü : Alma o espíritu de los muertos.

Capítulo 6

Kollellawaiñ

o Kollallawaiñ : Nos transformaremos en hormigas Kollellarekeleaiñ.

Estaremos como hormigas.

Kiñe, Epu, Küla, Meli

ka Kechu : Números en mapudungun: Uno, dos, tres, cuatro y cinco.

Piam : Es la narración de un cuento o acontecimiento en forma oral con

una moraleja o enseñanza.

Chau Ngenechen : Es el Ngen más importante para la espiritualidad mapuche. Es el

creador y regidor de todo, símbolo de equilibrio y bienestar. Actualmente se asocia al equivalente de dios cristiano,

particularmente por la composición de su nombre. Padre dueño de

los mapuche.

Pu longko : Autoridades ancestrales que habitan en el Wenumapu, la tierra

de arriba.

Capítulo 7

Fütake kuyfike

che yem : Grandes personajes antiguos, se refiere a nuestros antepasados.

Gülumapu : Territorio mapuche del oeste.

Índice

Prólogo

Reconocimientos

Introducción

- l. Weychafe
- 2. Los nuevos invasores
- 3. Lo indígena y lo popular
- 4. La recuperación del territorio
- 5. El crimen de resistir
- 6. Visiones políticas
- 7. El horizonte de una lucha centenaria

Glosario